

BRITAINY C. CHERRY

EL SILENCIO
BAJO
EL AGUA

SERIE DE LOS ELEMENTOS 3

CHIC



Gracias por comprar este ebook.

Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



CONTENIDOS

[Portada](#)

[Página de créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Dedicatoria](#)

[Momentos](#)

[Prólogo](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Momentos](#)

[*Nota de la autora*](#)

[*Agradecimientos*](#)

[*Sobre la autora*](#)

EL SILENCIO BAJO EL AGUA

Brittainy C. Cherry

Traducción de Vicky Vázquez

Principal de los Libros



EL SILENCIO BAJO EL AGUA

V.1: Septiembre, 2017

Título original: *The Silent Waters*

© Brittainy C. Cherry, 2016

© de la traducción, Vicky Vázquez, 2017

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2017

Todos los derechos reservados.

Los derechos de esta obra se han gestionado con Bookcase Literary Agency.

Diseño de cubierta: Quirky Bird

Modelo de cubierta: Luke Ditella

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-90-59

IBIC: FR

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

EL SILENCIO BAJO EL AGUA

«Siempre estaré ahí para escuchar tu silencio.»

Maggie May perdió la voz a los diez años.
Su amigo Brooks es el único que logra
conectar con ella y se convierte en su ancla, en
una constante a lo largo del tiempo, en su voz.
El suyo es un amor en silencio pero poderoso.
Cuando la tragedia golpea a Brooks,
solo el amor de Maggie podrá salvar su alma.

**Una historia conmovedora de la autora
del *best seller* mundial *El aire que respira***

«Sabía que este libro me llegaría al alma, ¡pero no sabía que me rompería el corazón!»

Scandalicious Book Reviews

«Una novela poderosa, impactante, inolvidable. Entrarás en la orilla de este libro poco a poco, y una ola de emoción te cubrirá antes de que te des cuenta.»

The Smokin' Hot Book Blog

*Para los errantes que van a la deriva como yo.
Para las anclas que siempre nos traen a casa.*

Momentos

Los humanos siempre recuerdan los momentos.

Recordamos los pasos que nos condujeron allá donde debíamos estar. Las palabras que nos inspiraron o nos derrumbaron. Los incidentes que nos marcaron y que nos engulleron por completo. He tenido muchos momentos a lo largo de mi vida, momentos que me cambiaron, me retaron, momentos que me asustaron y me sepultaron. Sin embargo, los más grandes —los más desgarradores y asombrosos— lo incluían a él.

**Todo empezó con una luz nocturna
con forma de cohete y un chico
que no me conocía.**

Prólogo

Maggie

8 de julio de 2004 - Seis años

—Esta vez será diferente, Maggie, te lo juro. Esta vez es para siempre —prometió papá mientras aparcaba el coche junto a la casa de ladrillos amarillos, en la esquina de la calle Jacobson. La prometida de papá, Katie, observaba desde el porche mientras nuestra vieja furgoneta se detenía en el camino de entrada.

Magia.

Ir a esa casa parecía cosa de magia. Había pasado de vivir en un sitio pequeño a mudarme a un palacio. Papá y yo habíamos vivido en un piso diminuto de dos habitaciones durante toda nuestra vida, y ahora íbamos a mudarnos a una casa de dos plantas con cinco habitaciones, un salón, una cocina del tamaño de Florida, dos baños y medio, y un comedor de verdad, y no una sala de estar donde papá servía cada día la cena en unas bandejas delante de la tele a las cinco de la tarde. Papá me había dicho que habían construido hasta una piscina en el patio trasero. ¡Una *piscina!* ¡En su *patio!*

Había pasado de vivir con una persona a formar parte de una familia.

Pero lo de vivir en familia no era nuevo. Por lo que recordaba, siempre había formado parte de muchas familias con papá. La primera no la conocí realmente, ya que mi madre nos dejó a papá y a mí antes de que yo pronunciara mi primera palabra. Había encontrado a alguien que la hacía sentirse más querida que papá, algo que me costaba creer. Papá quería con toda su alma, a cualquier precio. Cuando ella se marchó, papá me dio unas fotos suyas para que pudiera recordarla, pero me parecía algo raro. ¿Cómo iba a recordar a una mujer que nunca había estado allí? Después de ella, papá se especializó en flechazos, y muchas veces ellas también se enamoraban de él. Se mudaban a nuestro mundo diminuto con todas sus pertenencias y papá me decía que era para siempre, pero ese siempre era más breve de lo que él esperaba.

Esta vez era distinto.

Esta vez había conocido al amor de su vida en una sala de chat de AOL. Papá había tenido unas cuantas relaciones malas después de que mamá nos dejara, así que pensó que conocer a alguien por internet sería mejor, y funcionó. Katie había perdido a su marido unos años antes, y no había salido con nadie hasta que entró en el chat y conoció a papá.

Y al contrario que las veces anteriores, esta vez papá y yo nos mudamos con Katie y sus hijos, y no al revés.

—Esta vez es para siempre —susurré a papá.

Katie era preciosa, como las mujeres de la tele. Papá y yo mirábamos la tele cuando cenábamos juntos, y yo siempre me fijaba en lo guapa que era la gente. Katie era como ellos. Tenía el pelo rubio y largo y ojos azules como de cristal, un poco como los míos. Llevaba las uñas pintadas de rojo intenso a juego con su barra de labios, y tenía las pestañas largas, espesas y oscuras. Mientras papá y yo aparcamos en su —nuestro— camino de entrada, nos esperaba ataviada con un bonito vestido blanco y unos zapatos de tacón amarillos.

—¡Oh, Maggie! —exclamó acercándose a toda prisa y abriendo de par en par la puerta del

coche para poder rodearme con sus brazos—. Me alegro mucho de conocerte por fin.

Arqué una ceja. No sabía si devolverle el abrazo, aunque olía a coco y fresa. Antes de conocer a Katie, no sabía que el coco y la fresa quedaban bien juntos.

Miré a papá, que me sonreía, y asintió, dándome permiso para abrazarla.

Me abrazó muy fuerte y me sacó del coche en brazos, dejando mis pulmones sin aire, pero no me quejé. Hacía mucho tiempo que no me abrazaban tan fuerte. La última vez debió de ser cuando mi abuelo vino de visita y me estrechó entre sus brazos.

—Vamos. Déjame presentarte a mis hijos. Primero haremos una parada en la habitación de Calvin. Tenéis la misma edad, así que iréis juntos a la escuela. Está dentro con un amigo suyo.

Katie no se molestó en dejarme en el suelo. Me llevó hasta los escalones mientras papá cogía algunas maletas. Al entrar por la puerta principal, abrí mucho los ojos. *Vaya*. Era precioso, algo sacado directamente del palacio de la Cenicienta, estaba segura. Me llevó arriba, a la última habitación a la izquierda, y abrió la puerta. Mis ojos se encontraron con dos chicos que estaban jugando a la Nintendo y gritándose. Katie me dejó en el suelo.

—Chicos, una pausa —dijo Katie.

No la oyeron.

Siguieron discutiendo.

—*Chicos* —repitió Katie más tajante—. *Una pausa*.

Nada.

Soltó un bufido y se colocó las manos en las caderas.

Yo solté un bufido y repetí su gesto.

—¡CHICOS! —gritó mientras desenchufaba la consola.

—¡MAMÁ!

—¡SEÑORA FRANKS!

Solté una risita. Los chicos se giraron para mirarnos completamente conmocionados, y Katie sonrió.

—Ahora que tengo vuestra atención, quiero que saludéis a Maggie. Calvin, va a quedarse con nosotros junto a su padre. ¿Recuerdas que te dije que ibas a tener una hermana, Calvin?

Los chicos me miraron de modo inexpresivo. Era evidente que Calvin era el rubio, porque era idéntico a Katie. El chico que estaba sentado a su lado tenía el pelo oscuro y despeinado y ojos marrones, además de un agujero en su camiseta amarillo pálido y migas de patatas fritas en los vaqueros.

—No sabía que tenías otra hermana, Cal —dijo el chico, mirándome. Cuanto más me miraba, más me dolía el estómago. Me escondí detrás de las piernas de Katie y me sonrojé.

—Yo tampoco —respondió Calvin.

—Y, Maggie, este es Brooks. Vive al otro lado de la calle, pero esta noche se queda a dormir.

Me asomé por detrás de la rodilla de Katie y miré a Brooks, que me sonrió antes de comerse las migas del pantalón.

—¿Podemos volver a jugar? —preguntó Brooks, mirando su mando y la pantalla vacía del televisor.

Katie se rio y asintió.

—Cosas de chicos —me susurró antes de enchufar de nuevo la consola.

Asentí y me reí como lo había hecho Katie.

—Sí. Cosas de chicos.

Fuimos a otra habitación. Era la habitación más rosa que había visto nunca. Había una niña sentada en el suelo, dibujando. Llevaba unas orejas de conejo y un vestido de princesa, y estaba comiendo de un cuenco de plástico rosa lleno de Doritos.

—Cheryl —dijo Katie al entrar. Me escondí otra vez detrás de su pierna—. Esta es Maggie. Va a quedarse con nosotros junto con su padre. ¿Recuerdas que te lo expliqué?

Cheryl levantó la vista, sonrió y se metió más Doritos en la boca.

—Vale, mamá. —Siguió dibujando, y su pelo rojo rizado se balanceaba de un lado a otro mientras canturreaba una canción. Entonces, se detuvo y volvió a levantar la vista. —Oye, ¿cuántos años tienes?

—Seis —dije. Ella sonrió.

—¡Yo cinco! ¿Te gusta jugar con muñecas?

Asentí. Ella volvió a sonreír y siguió dibujando.

—Vale, adiós.

Katie se rio y me condujo al pasillo, susurrándome:

—Creo que vais a ser muy buenas amigas.

A continuación me llevó a mi habitación, donde papá estaba colocando mis maletas. Abrí mucho los ojos al ver lo grande que era, y era toda para mí.

—Vaya... —Inspiré profundamente—. ¿Esto es mío?

—Esto es tuyo.

Vaya.

—Sé que debéis de estar cansados después de un viaje tan largo, así que dejaré que prepares a Maggie para acostarse. —Katie sonrió a papá y le dio un beso en la mejilla.

Cuando papá empezó a sacar mi pijama, pregunté:

—¿Puede arroparme Katie?

Ella no se negó.

Cuando lo hizo, le sonreí y ella me devolvió la sonrisa. Hubo muchas sonrisas y muchas palabras.

—Sabes, siempre he querido tener otra hija —dijo mientras me cepillaba el pelo.

No dije nada, pero yo siempre había querido tener una madre.

—Vamos a divertirnos mucho juntas, Maggie. Tú, Cheryl y yo. Podremos pintarnos las uñas, y sentarnos en la piscina, y beber limonada y hojear revistas. Podremos hacer todo lo que odian los chicos.

Me dio un abrazo de buenas noches, se marchó y apagó la luz.

No dormí nada.

Me estremecí, di vueltas y lloriqueé durante mucho tiempo, pero papá no podía oírme porque estaba en el primer piso, durmiendo en su habitación con Katie. Incluso si hubiera querido ir a buscarlo, no hubiera podido, porque el pasillo estaba oscuro, y odiaba los lugares oscuros más que nada en el mundo. Sollocé un poco, haciendo lo posible por contar ovejas en mi mente, pero nada funcionaba.

—¿Qué te pasa? —dijo una figura entre sombras desde la puerta.

Me quedé sin aliento y me incorporé abrazando la almohada.

La sombra se acercó y dejé escapar un suspiro cuando vi que era Brooks. Tenía el pelo despeinado y de punta, y la almohada le había dejado marcas en la mejilla.

—Tienes que parar de llorar. No me dejas dormir.

Me sorbí los mocos.

—Perdona.

—¿Qué te pasa? ¿Echas de menos tu casa o algo?

—No.

—¿Entonces qué es?

Bajé la cabeza, avergonzada.

—Me da miedo la oscuridad.

—Ah. —Entrecerró los ojos durante un segundo y salió de la habitación. Yo seguí abrazada a mi almohada, y me sorprendió ver que Brooks regresaba. Tenía algo en la mano, y se acercó a la pared para enchufarlo—. Calvin no necesita la luz nocturna, pero su madre se la ha puesto en la habitación de todos modos—. Levantó una ceja—. ¿Mejor?

Asentí. *Mejor*. Él bostezó.

—Vale, bueno, buenas noches... eh... ¿cómo te llamabas?

—Maggie.

—Buenas noches, Maggie. No te preocupes por nada. Este pueblo es seguro. Aquí estás a salvo. Y si eso no te basta, estoy seguro de que puedes venir a dormir al suelo de la habitación de Calvin. No le importará. —Se marchó rascándose el pelo despeinado y bostezando.

Fijé la vista en la luz nocturna, que tenía forma de cohete, y se me empezaron a cerrar los ojos. Me sentía cansada. Me sentía segura. Me sentía protegida por un cohete que me había dado un niño que acababa de conocer.

Antes no estaba segura, pero esta vez lo supe.

Papá tenía razón.

—Para siempre —susurré, adentrándome cada vez más en mis sueños—. Esta vez es para siempre.

Primera parte

Capítulo 1

Maggie

25 de julio de 2008 - Diez años

Una nota para el chico que está enamorado de mí

Por: Maggie May Riley

Querido Brooks Tyler,

El otro día estuve enfadada contigo durante mucho rato porque me insultaste y me tiraste a un charco. Estropeaste mi vestido favorito y mis sandalias rosas y amarillas. Me enfadó enfadé un montón contigo por haberme empujado.

Tu hermano Jamie me ha dicho que eres malo conmigo porque me quieres. Que me insultas porque eso es lo que hacen los chicos cuando están enamorados. Que me empujas solo porque quieres acercarte a mí. Me parece estúpido estúpido, pero mi madre dice que todos los hombres son estúpidos, así que no es culpa tuya. Está en tu ADN.

Así que acepto tu amor, Brooks. Te dejo que me quieras por siempre jamás.

He empezado a planear la boda.

Es dentro de unos días, en el bosque, donde los chicos vais siempre a pescar. Siempre he querido casarme junto al agua como mi padre y mi madre.

Más vale que lleves una corbata, y no esa de color barro que llevaste a la iglesia el domingo pasado. Ponte la colonia de tu padre también. Sé que eres un chico, pero no tienes que oler a chico. Te quiero, Brooks Tyler Griffin.

Por siempre jamás.

Tu futura esposa,

Maggie May

P. D.: Acepto la disculpa que nunca me diste. Jamie ya me dijo que lo sentías, así que no te preocupes, no estoy enfadada.

Una nota para la chica que está loca

Por: Brooks Tyler Griffin

Maggie May,

¡No. Me. Gustas!

Piérdete para siempre.

Tu NO futuro marido,
Brooks Tyler

Una nota para el chico divertido

Por: Maggie May Riley

Mi Brooks Tyler,

Me haces reír. Jamie dijo que responderías así.

¿Qué te parecen los colores morado y rosa para la ceremonia? Deberíamos vivir juntos, pero soy demasiado joven para pagar una hipoteca. Tal vez podríamos quedarnos con tus padres hasta que consigas un trabajo fijo para mantenernos a mí y a nuestras mascotas.

Tendremos un perro llamado Skippy y una gata llamada Mermelada.

Tu Maggie May

Una nota para la chica que sigue estando loca

Por: Brooks Tyler Griffin

Maggie,

No vamos a casarnos. No vamos a tener mascotas. Ni siquiera somos amigos. ¡TE ODIO, Maggie May! ¡Si tu hermano no fuera mi mejor amigo, no te hablaría NUNCA MÁS! Creo que estás loca.

¿Skippy y Mermelada? Qué estupidez. Es la cosa más estúpida que he oído jamás. Además, todo el mundo sabe que la mejor mantequilla de cacahuete es Jif.

NUNCA TUYO,

Brooks

Una nota para el chico que tiene mal gusto

Por: Maggie May Riley

Brooks Tyler,

Mi madre siempre dice que una gran relación está hecha de dos cosas importantes: amar las similitudes similitudes similitudes las cosas que tiene en común la pareja y también respetar las diferencias.

Me encanta que a los dos nos guste la mantequilla de cacahuete, y respeto tu opinión sobre Jif. Aunque estés equivocado.

Siempre tuya,
Maggie May

P. D.: ¿Has encontrado una corbata ya?

Una nota para la chica que sigue, SIGUE estando loca

Por: Brooks Tyler Griffin

Maggie May,

No necesito una corbata porque nunca vamos a casarnos.
Y se escribe «similitudes», idiota.

Brooks

Una nota para el chico que me ha hecho llorar

Por: Maggie May Riley

Brooks,

Eso ha sido cruel.

Maggie

Una nota para la chica que sigue, SIGUE estando loca, pero no debería llorar

Por: Brooks Tyler Griffin

Maggie May,

Perdona. A veces puedo ser un auténtico capullo.

Brooks

Una nota para el chico que me ha hecho sonreír

Por: Maggie May Riley

Brooks Tyler Griffin,

Te perdono.

Lleva la corbata de color barro si quieres. Da igual lo mal que te vistas, me encantará convertirme en tu esposa.

Nos vemos el fin de semana que viene a las cinco entre los dos árboles torcidos.

Por siempre jamás,
Maggie May Riley

Capítulo 2

Brooks

Odiaba a Maggie May.

Ojalá hubiera una palabra más fuerte que pudiera describir lo que sentía por esa chica pesada y gritona que no paraba de perseguirme últimamente, pero odio era lo único que se me ocurría cuando la tenía cerca. No debería haberle dado aquella luz nocturna. Debería haber fingido que no existía.

—¿Por qué tiene que venir? —gruñí, metiendo en mi caja de aparejos hilo de pescar, boyas, plomos y anzuelos. Durante los últimos dos años había ido a pescar con mi padre, mi hermano mayor, Jamie, Calvin y su nuevo padre, Eric (o el señor Riley, como lo llamaba yo). Íbamos a Harper Creek, a unos quince minutos a pie, y nos sentábamos en el barco del señor Riley, donde reíamos y hacíamos bromas. El lago era tan enorme que si mirabas al frente, apenas alcanzabas a ver el otro lado, donde estaban las tiendas del pueblo. Calvin y yo intentábamos señalar a menudo hacia los edificios, como la librería, la tienda de comida y el centro comercial. Luego hacíamos lo posible por pescar algún pez. Era un día de chicos en el que comíamos un montón de comida basura sin que nos importara que la barriga estuviera a punto de estallarnos. Era nuestra tradición, y ahora la estaba arruinando una niña estúpida de diez años que cantaba todo el rato y no dejaba de bailar en círculos. Maggie May era la definición del fastidio. Y lo era de verdad. Una vez busqué su nombre en el diccionario y ponía: «La hermanastra fastidiosa de Calvin».

Puede que hubiera añadido la definición yo mismo y que mi madre me hubiese gritado por escribir en un libro, pero era la verdad.

—Mis padres han dicho que tiene que venir —explicó Calvin levantando la caña—. Mamá va a llevar a Cheryl al médico, así que no hay nadie que pueda quedarse con ella en estas horas.

—¿No puede quedarse en casa y ya está? Tus padres podrían dejarle un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada y un zumo o algo así.

Calvin sonrió.

—Ojalá. Esto es una estupidez.

—¡Ella es la estúpida! —exclamé—. Está convencida de que va a casarse conmigo en el bosque. Está loca.

Jamie se rio.

—Solo dices eso porque la quieres en secreto.

—¡No es verdad! —grité—. Qué asco. Maggie May me pone enfermo. Solo pensar en ella me da pesadillas.

—Lo dices porque la quieres —se burló Jamie.

—Más vale que cierres la boca antes de que te la cierre yo, capullo. ¡Me dijo que fuiste tú quien extendió el rumor de que me gusta! Por tu culpa piensa que vamos a casarnos.

Se echó a reír.

—Ya lo sé.

—¿Por qué lo hiciste?

Jamie me dio un puñetazo en el hombro.

—Porque soy tu hermano mayor, y los hermanos mayores están para hacer un infierno de las

vidas de sus hermanos pequeños. Lo pone en el contrato de hermanos.

—Nunca he firmado un contrato.

—Eras menor de edad, así que mamá lo firmó por ti, obviamente.

Puse los ojos en blanco.

—Lo que tú digas. Lo que sé es que Maggie va a arruinarnos el día. Tiene un don para arruinarlo todo. ¡Además, *ni siquiera sabe pescar!*

—¡Sí que sé! —gritó Maggie mientras salía de su casa con un vestido, sandalias amarillas y una caña de pescar de Barbie en la mano.

¡Uf! ¿Quién va a pescar con vestido y una caña de Barbie?

Se pasó los dedos por los mechones de pelo rubio y abrió las fosas nasales de su enorme nariz.

—¡Apuesto a que pesco más peces de los que podrían pescar Calvin y Brooks! Más que tú no, Jamie. Seguro que a ti se te da bien pescar. —Le dirigió una sonrisa que me dio arcadas. Tenía una sonrisa feísima. Jamie le devolvió la sonrisa.

—Apuesto a que a ti tampoco se te da mal, Maggie.

Poner ojos en blanco. Jamie siempre hacía eso: era muy amable con Maggie porque sabía que me molestaba. Yo sabía que ella no podía gustarle de ninguna manera, porque era muy desagradable.

—Chicos, ¿vais a quedaros ahí sentados todo el día, o vamos a bajar al arroyo? —preguntó el señor Riley al salir de casa con su caja de aparejos y su caña de pescar—. Pongámonos en marcha.

Bajamos andando por la calle. Bueno, los chicos andábamos. Maggie daba saltitos y hacía piruetas, y cantaba un sinfín de canciones pop. Por Dios, si bailaba la Macarena una vez más, me volvería loco. Cuando llegamos al bosque, fantaseé con que los chicos subiéramos al barco del señor Riley y Maggie se quedase atrás.

Qué fantasía más maravillosa.

—Vamos a necesitar cebo —dijo el señor Riley, que sacó una pala pequeña y su cubo de metal—. ¿A quién le toca?

—A Brooks —dijo Calvin, señalándome. Cada vez que íbamos a pescar, alguien se encargaba de escarbar en la tierra del bosque para coger gusanos. Tomé la pala y el cubo sin protestar. La verdad es que buscar gusanos era una de mis partes favoritas de la pesca.

—Creo que Maggie debería ir con él. —Jamie sonrió y le guiñó un ojo a Maggie. Se le iluminó la cara, llena de esperanza, y yo estuve a punto de pegarle a mi hermano en la cabeza.

—No, está bien. Puedo hacerlo yo solo.

—Puedo ir de todos modos. —Maggie sonrió de oreja a oreja.

¡Qué sonrisa más fea!

—Papá, ¿puedo ir con Brooks?

Miré al señor Riley y rápidamente supe que estaba condenado, porque el señor Riley sufría de SH: síndrome de hija. Nunca le había visto decir que no a Maggie, y dudaba que fuera a hacerlo esa tarde.

—Claro, cariño. Divertíos los dos. —Sonrió—. Vamos a preparar el barco, y cuando volváis, zarparemos.

Antes de adentrarnos en el bosque, me aseguré de darle a Jamie un fuerte puñetazo en el brazo. Él me golpeó todavía más fuerte, por lo que Maggie se echó a reír. Cuando nos internamos en el bosque, me puse los auriculares que llevaba enchufados al MP3 y me apresuré, confiando en dejarla atrás, pero sus saltitos y piruetas eran sorprendentemente rápidos.

—¿Has encontrado una corbata ya? —preguntó.

Puse los ojos en blanco. A pesar de la música, todavía oía su parloteo.

—No voy a casarme contigo.

Ella se rio.

—Nos casamos en dos días, Brooks. No seas tonto. Supongo que Calvin será tu padrino, ¿o lo será Jamie? Cheryl será mi dama de honor. Oye, ¿puedo escuchar tu música? Calvin dice que tienes la mejor música del mundo, y creo que debería saber qué tipo de música escuchas si vamos a casarnos.

—No vamos a casarnos, y nunca tocarás mi MP3.

Se rio como si yo hubiera contado un chiste divertido.

Empecé a cavar en la tierra y ella se columpió en las ramas de un árbol.

—¿Vas a ayudarme a cavar o no?

—No voy a tocar gusanos.

—¿Entonces para qué has venido?

—Tonto, para que podamos terminar de planearlo todo. Además, esperaba que pudiéramos ir a echar un vistazo a la cabaña que hay por aquí cerca. Podría ser nuestra casa, si quieres. Podríamos arreglarla para nosotros y para Skippy y Mermelada. De todas formas, nadie vive allí y es lo suficientemente grande para nuestra familia.

Esta chica era una auténtica lunática.

Seguí cavando mientras ella hablaba. Cuanto más rápido cavaba, más rápido hablaba ella de tonterías de niña que no me importaban: zapatos, maquillaje, primeros bailes, tartas de boda, decoración. Incluso habló de cómo podríamos usar la cabaña abandonada para celebrar una recepción y comer allí. La lista continuaba. Me planteé tirar a un lado la pala y el cubo y salir corriendo; estaba claro que Maggie pretendía matarme. Cuando mencionó el nombre de nuestro primer hijo, supe que las cosas habían ido demasiado lejos.

—¡Oye! —grité, tirando el cubo que contenía los pocos gusanos que había encontrado. Se alejaron retorciéndose para volver a la tierra, y ni siquiera me importó. Saqué pecho y arrastré los pies en su dirección. Levanté los puños en el aire y le grité a la cara—. ¡No vamos a casarnos! ¡Ni hoy, ni mañana ni nunca! Me das asco, y solo fui amable contigo en la última carta porque Jamie me dijo que si te escribía más cartas desagradables, se lo diría a mis padres y me metería en problemas. ¿Vale? Así que, deja de hablar de una vez de esa boda.

Nuestras caras estaban a pocos centímetros de distancia. Maggie tenía los dedos entrelazados tras la espalda y vi que le temblaba un poco el labio inferior. Entrecerró los ojos mientras me observaba, como si tratara de descifrar las palabras, claras como el día, que acababa de soltarle. Por un segundo, frunció el ceño, pero entonces volvió a esbozar esa fea sonrisa. Antes de tener ocasión de poner los ojos en blanco, se acercó a mí, me agarró de las mejillas con las dos manos y me atrajo hacia ella.

—¿Qué haces? —pregunté con las mejillas aplastadas.

—Voy a besarte, Brooks, porque tenemos que practicar nuestro primer beso antes de hacerlo delante de nuestras familias y amigos.

—No vas a besar... —Me detuve y el corazón me golpeó con fuerza. Maggie apretó sus labios contra los míos y me atrajo hacia sí. Sin dudarlo, me solté de un tirón. Quería decir algo, pero me resultaba difícil hablar, así que la miré incómodo.

—Deberíamos intentarlo otra vez —propuso.

—¡No! No me bes...

De nuevo, me besó. Sentí que se me encendía el cuerpo con una sensación de... ¿ira? ¿O tal vez confusión? No. Ira. Definitivamente era ira. *O quizá...*

—¿Quieres parar? —grité mientras me liberaba y retrocedí—. ¡No puedes ir por ahí besando a alguien que no quiere!

Bajó la vista y se le enrojecieron las mejillas.

—¿No quieres besarme?

—¡No! No quiero. ¡No quiero tener nada que ver contigo, Maggie May Riley! No quiero seguir siendo tu vecino. No quiero ser tu amigo. No quiero casarme contigo y, desde luego, no quiero bes... —Una vez más, me interrumpí, pero ahora por cuenta propia. De algún modo, mientras despotricaba, me había acercado a ella cada vez más, y mis labios robaron su siguiente aliento. Coloqué las manos sobre sus mejillas y las aplasté, y luego la besé con fuerza durante diez segundos. Conté cada uno de los segundos. Cuando nos separamos, nos quedamos quietos.

—Me has besado —susurró.

—Ha sido un error —respondí.

—¿Un error bueno?

—Un error malo.

—Ah.

—Sí.

—¿Brooks?

—¿Maggie?

—¿Podemos cometer otro error malo?

Di una patada a la hierba y me froté la nuca.

—Pero no significará que vaya a casarme contigo.

—Vale.

Arqueeé una ceja.

—Lo digo en serio. Serán solo diez segundos y ya está. No volveremos a besarnos. *Nunca*.

—Vale —respondió asintiendo.

Me acerqué a ella y apretamos nuestras cara una contra la otra. Cuando nos besamos, cerré los ojos y conté hasta diez.

Conté despacio, tan despacio como el movimiento de los gusanos.

1...

1,3...

1,5...

2...

—¿Brooks? —murmuró en mi boca, y al abrir los ojos me encontré a Maggie mirándome.

—¿Sí? —pregunté. Todavía teníamos las mejillas aplastadas una contra la otra.

—Ya podemos dejar de besarnos. He contado hasta diez cinco veces.

Retrocedí, avergonzado.

—Claro. De todas formas, tenemos que volver al barco. —Intenté coger los gusanos de nuevo, pero fallé estrepitosamente, y por el rabillo del ojo vi a Maggie balanceándose dentro de su vestido y tarareando.

—Oye, Brooks. Sé que dije que podías llevar la corbata de color barro a la boda, pero creo que estarás mejor con una verde. Trae la corbata para el ensayo mañana. Nos encontraremos aquí a

las siete. —Sus labios se curvaron hacia arriba y no pude evitar preguntarme qué había cambiado en ella en ese momento.

Su sonrisa ya no parecía horrible.

Cuando empezó a alejarse, me levanté rápidamente y tiré otra vez el cubo con los gusanos.

—Oye, Maggie.

Ella se giró.

—¿Sí?

—¿Podemos volver a intentar lo del beso una vez más?

Ella se sonrojó y sonrió, y fue hermoso.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé... —Me metí las manos en los bolsillos y me encogí de hombros, mirando la hierba. Un gusano se retorcía en dirección a mis cordones—. Quizá otros diez segundos.

Capítulo 3

Maggie

Amaba a Brooks Tyler.

Ojalá hubiera una palabra más fuerte que pudiera describir lo que sentía por ese chico guapo y grosero con el que me había besado, pero amor era lo único que se me ocurría cuando lo tenía cerca.

Estaba tumbada en mi cama, pensando una y otra vez en nuestro último beso de diez segundos, cuando oí a Cheryl gritar: «¡Tienes que estar de broma!»

No estaba segura de qué aullaba más, si el viento o Cheryl.

—¡No sé qué tiene que hacer una dama de honor! —protestó Cheryl dejándose caer a mi lado. Su pelo rojo rizado se movía arriba y abajo mientras brincaba en mi cama. Cheryl había sido mi mejor amiga desde que me había mudado con su familia, además de ser mi hermanastra. Por tanto, tenía que ser mi dama de honor.

—No tienes que hacer nada, de verdad, salvo las cosas que no quiero hacer yo, y cuando me estrese planeando la boda, tú serás la chica a quien grite sin parar. Ah, y tienes que sostener la cola de mi vestido mientras avanzo por el pasillo.

—¿Por qué tengo que sostener tu vestido?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, pero la dama de honor de mi tía lo hizo, así que creo que es algo que haces cuando te casas. —Había reproducido en el suelo de mi habitación la disposición de la ceremonia con mis Barbies, peluches y muñecos de My Little Pony. Ken representaba a Brooks en el papel novio y Barbie me representaba a mí.

—¿Y cómo conseguiste novio? —preguntó Cheryl sin dejar de brincar.

—*Prometido* —corregí—. La verdad es que fue bastante fácil. Estoy segura de que tú puedes conseguir uno. Solo tienes que retorcerte un mechón de pelo y escribirle una carta diciéndole que se va a casar contigo.

—¿En serio? —Cheryl alzó la voz—. ¿Eso es todo?

Asentí.

—Eso es todo.

—Vaya. —Suspiró. Parecía un poco sorprendida, pero no sabía por qué. Era muy fácil conseguir un chico. Mamá decía que lo difícil era deshacerse de ellos—. ¿Cómo sabes todo esto?

—Me lo dijo mamá.

Hizo una mueca.

—¿Por qué no me lo ha dicho a mí? Yo también soy su hija. Además, ella era *mi* madre primero.

—Seguramente porque eres demasiado joven. Supongo que te lo dirá el año que viene.

—No quiero esperar un año. —Cheryl dejó de brincar y empezó a retorcerse el pelo—. Necesito papel y boli. O, bueno... ¿Estás segura de que Brooks no querrá casarse conmigo también?

Me llevé las manos a la cadera y arqueé una ceja.

—¿Qué quieres decir con eso?

Siguió retorciéndose el pelo.

—Solo digo que me sonrío mucho.

Ay. Dios. Mío.

Mi hermana era una golfa. Mamá me dijo que no podía decir esa palabra, pero una vez la oí llamar así a su hermana por ir detrás de un hombre casado, y a la tía Mary no le había hecho mucha gracia. Cheryl intentaba hacer lo mismo.

—Es algo amistoso. Sonrío a todo el mundo. Una vez lo vi sonreír a una ardilla.

—¿Estás comparando la forma en que sonrío a las ardillas con cómo me sonrío a mí? — preguntó alzando la voz.

Dudé por un instante y lo pensé. Cheryl tenía unas cuantas cosas en común con las ardillas. Por ejemplo, las ardillas estaban locas por las nueces, y Cheryl estaba completamente loca si pensaba por un segundo que Brooks la preferiría a ella antes que a mí.

Cheryl se levantó y soltó un bufido sin dejar de retorcerse el pelo.

—¡Tardas demasiado en contestar! ¡Espera a que le cuente a mamá lo que has dicho! ¡Podría conseguir el novio que yo quisiera, Maggie May, y tú no vas a decirme lo contrario!

—Me da igual, pero no puedes quedarte con mi prometido.

—¡Podría!

—¡No podrías!

—¡Podría!

—¡Cállate y deja de retorcer tu estúpido pelo! —grité.

Ella soltó un grito ahogado, se le llenaron los ojos de lágrimas y salió a trompicones gritando:

—¡No pienso ir a tu boda!

—¡Ni siquiera estás invitada! —grité en su dirección.

Poco después, mamá entró en mi habitación con los ojos entrecerrados.

—Habéis vuelto a pelearos, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Se ha vuelto a poner dramática.

—Para ser mejores amigas, os peleáis muy a menudo.

—Sí, bueno, es lo que hacen las chicas.

Asintió, estaba completamente de acuerdo.

—Pero recuerda que es más pequeña que tú, Maggie, y Cheryl no lo tiene tan fácil como tú. Es un poco rara y solitaria, y no encaja con los demás demasiado bien. Tú eres su única amiga de verdad y su hermana. Es tu familia, ¿y qué hace la familia?

—¿Cuidar unos de otros?

Mamá asintió y me besó la frente.

—Exacto. Nos cuidamos entre nosotros, incluso en los días difíciles.

Cada vez que Cheryl y yo nos peleábamos, mamá me decía lo mismo. *En la familia cuidamos unos de otros.* Sobre todo en los días difíciles en que costaba incluso *mirarnos* a la cara.

Recordaba la primera vez que me lo dijo. Ella y papá nos habían sentado a Calvin, a solitaria Cheryl y a mí en la sala de estar para decirnos que, si queríamos, podíamos llamarlos papá y mamá. Fue en la noche de su boda, y ya éramos oficialmente una familia. Nos sentamos y mamá y papá nos hicieron poner las manos, unas encima de otras, y prometer que siempre nos cuidaríamos entre todos. *Porque eso es lo que hacen las familias.*

—Le pediré perdón —susurré refiriéndome a Cheryl. Después de todo, era mi mejor amiga.

Me pasé el resto de la tarde planeando la boda. Había soñado con mi boda desde los siete años, eso era un montón de tiempo. Me pregunté qué tipo de música le gustaba a Brooks. Como no me dejaría escucharla, tenía que adivinarlo yo misma. Él y Calvin habían tocado un poco las guitarras de papá, y decían que algún día serían músicos famosos. Al principio no les creía, pero cuanto más practicaban, mejor lo hacían. Tal vez podrían tocar en la boda. Y quizá escogiera su canción favorita para avanzar por el pasillo. Pero la verdad era que él y mi hermano se habían pasado toda la semana cantando *Sexy Back* de Justin Timberlake, y no me parecía una canción apropiada para una boda.

Tal vez para el primer baile.

Cada noche, después de que mamá y papá nos acostaran, oía música en la sala de estar. Siempre era la misma canción: *You Send Me*, de Sam Cooke, la canción de su primer baile en pareja. Salí de mi habitación de puntillas, me fui hasta la escalera y miré hacia la planta de abajo. La luz era tenue, papá cogió a mamá de la mano y le preguntó: «¿Bailas conmigo?» Se lo preguntaba cada noche antes de bailar. Papá hizo que mamá girara en círculos, y los dos se reían como si fueran niños. Mamá sostenía una copa de vino en la mano, y mientras papá la mecía, el vino se derramó de la copa y aterrizó en la alfombra blanca. Se rieron todavía más por el estropicio y se abrazaron. Mamá apoyaba la cabeza en el pecho de papá y él le susurraba al oído mientras bailaban despacio.

Para mí, eso era el amor verdadero.

El amor verdadero hacía que pudieras reírte de los errores.

El amor verdadero hacía que pudieras susurrar secretos a otra persona.

El amor verdadero hacía que nunca tuvieras que bailar sola.

A la mañana siguiente, me desperté preparada para el día que me esperaba.

—¡Hoy es el ensayo para la boda! —exclamé estirando los brazos y saliendo de la cama de un salto—. ¡Es *mi* ensayo! ¡Es el día del ensayo!

Calvin entró a trompicones en la habitación, frotándose los ojos soñolientos.

—Dios, Maggie, ¿puedes callarte? Son las tres de la mañana —protestó bostezando. Yo sonreí.

—¡No importa, porque es el día del ensayo, Calvin!

Siguió refunfuñando e incluso me insultó, pero no me importó.

Papá entró en mi cuarto también a trompicones, exactamente igual que mi hermano, frotándose los ojos y bostezando. Se acercó a la cama y le rodeé el cuello con los brazos, obligándole a cogerme.

—¡Papá, adivina! ¡Adivina! —chillé emocionada.

—Déjame pensar... ¿hoy es el ensayo de la boda?

Asentí rápidamente y me reí mientras él me sostenía y daba vueltas en círculos con aire cansado.

—¿Cómo lo has sabido?

Sonrió.

—Ha sido suerte.

—¿Puedes hacer que deje de gritar para que podamos volver a dormir? —protestó Calvin—.

¡Ni siquiera es una boda real!

Por un momento, me dejó sin aliento e iba a protestar por la mentira que había dicho, pero papá me detuvo y me susurró:

—Lo tuyo no es madrugar. ¿Qué te parece si volvemos a la cama unas horas más y luego te preparo un desayuno propio del día antes una boda?

—¿Gofres con fresas y nata montada?

—¡Y con virutas! —Sonrió.

Calvin regresó a su habitación entre gruñidos y patadas y papá me tumbó en la cama y me dio besos de esquimal.

—Intenta dormir unas horas más, ¿vale, cariño? Te espera un gran día. —Me arropó como cada noche.

—Vale.

—Y Maggie May...

—¿Sí?

—El mundo sigue girando gracias a los latidos de tu corazón. —Desde que me alcanzaba la memoria, cada día me decía esas palabras.

Cuando salió de la habitación, apagó la luz y me quedé tumbada en la cama, mirando las pegatinas de estrellas fluorescentes del techo y sonriendo con las manos en el pecho, donde sentía cada uno de los latidos que hacían que el mundo siguiera girando.

Sabía que tenía que dormir, pero no podía, porque era el día antes de mi boda y estaba a punto de casarme con un chico que todavía no sabía que llegaría a ser mi mejor amigo cuando celebráramos nuestro décimo aniversario de boda.

Seguramente necesitaba esos diez años para darse cuenta de que sí quería ser mi marido.

Y, obviamente, viviríamos felices para siempre.

Por la mañana, fui la primera en levantarme y esperé a mis gofres en el piso de abajo. Papá y mamá seguían durmiendo cuando entré sigilosamente en su habitación.

—¿Estáis despiertos? —susurré. Nada. Toqué a papá en la mejilla y repetí—: ¿Estás despierto, papá?

—Maggie May, todavía no es hora de levantarse —murmuró.

—¡Pero dijiste que harías gofres! —protesté.

—Por la mañana.

—Ya es por la mañana —repliqué dirigiéndome a la ventana y abriendo las cortinas—. ¿Lo veis? Ha salido el sol.

—El sol es un mentiroso, por eso Dios creó las cortinas. —Mamá bostezó y se dio la vuelta. Abrió los ojos y miró el reloj de la mesita de noche—. Las cinco y media de la mañana de un sábado no es por la mañana, Maggie May. Ahora vuelve a la cama, ya iremos nosotros a despertarte.

No vinieron a despertarme hasta las ocho de la mañana, pero sorprendentemente, ya estaba levantada. El día transcurrió más despacio de lo que deseaba, y mis padres me obligaron a ir al recital de baile de Cheryl, que duró más de lo esperado, pero cuando llegamos a casa, ya estaba lista para reunirme con Brooks.

Mamá me dijo que solo podía salir a jugar si me llevaba a Cheryl, pero aunque le había pedido

perdón, seguía sin querer ser mi dama de honor, así que tuve que escabullirme sola para encontrarme con Brooks en el bosque. Fui dando saltitos por el vecindario, observando el césped perfectamente cortado y las flores perfectamente plantadas. Harper County era un pequeño pueblo en el que todo el mundo se conocía, así que mamá no tardaría en recibir una llamada de alguien que me hubiera visto dando saltitos por la calle. Tenía que ser rápida.

Pero no *demasiado* rápida, porque siempre debía detenerme en la esquina de mi bloque, mirar a ambos lados de la calle y cruzar en dirección a la casa de la señora Boone. El césped de la señora Boone era completamente diferente al de los demás. Tenía flores por todas partes, sin orden ni concierto. Rosas amarillas, lavanda, amapolas... podías nombrar cualquier flor y seguramente la encontrarías en el patio de la señora Boone.

Nadie se molestaba en pasarse por la casa de aquella anciana. Todo el mundo decía que era desagradable, gruñona y poco amigable. Se pasaba la mayor parte del tiempo sentada sola en el porche, balanceándose en su mecedora y murmurando para sí misma mientras su gata, Muffins, hacía la croqueta por el patio.

Mi momento favorito del día era cuando la señora Boone entraba en casa para hacerse un té. Bebía más té que nadie que hubiera conocido. Un día Cheryl y yo la observamos desde el otro lado de la calle y nos sorprendió el número de veces que la señora Boone se levantó de su mecedora y volvió con una taza de té.

Cuando estaba dentro de su casa, me colaba en el patio delantero, que estaba protegido por una valla blanca. Entonces olía tantas flores como me fuera posible y hacía la croqueta sobre la hierba con Muffins.

Esa noche me metí a toda prisa en su patio, porque pronto tenía que encontrarme con Brooks.

—¡Eh! ¡Niña de Eric! ¡Sal de mi césped! —siseó la señora Boone abriendo de golpe la puerta de tela metálica con una taza de té en la mano. Le había dicho mi nombre cientos de veces, pero se negaba a aprenderlo.

—Maggie —dije al incorporarme, sosteniendo a Muffins, que ronroneaba—. Me llamo Maggie, señora Boone. *Maggie*. —Lo dije despacio y alto la segunda vez para asegurarme de que me entendía.

—¡Oh, ya sé quién eres, pequeña bandida! ¡Aléjate ahora mismo de mis flores y de mi gata!

La ignoré.

—Vaya, señora B, tiene las flores más bonitas que he visto jamás. ¿Lo sabía? Me llamo Maggie, por si lo ha olvidado. Puede llamarme Maggie May, si quiere. En mi familia me llaman así a menudo. Hablando de familia y de flores, estaba pensando en preguntarle... ¿Cree que puedo coger algunas flores para mi boda? Es mañana.

—¿Boda? —bufó entrecerrando los ojos. Iba excesivamente maquillada. Mamá siempre dice que menos es más. Es obvio que la señora Boone opina lo contrario—. ¿No eres un poco joven para casarte?

—El amor no entiende de edad, señora B. —Estiré el brazo hacia una amapola, la cogí y me la puse detrás de la oreja. Muffins saltó de mis brazos.

—Coge otra flor y no podrás volver a coger nada más el resto de tu vida —me advirtió con el ceño fruncido.

—¡Le traeré helado a cambio de las flores, señora B! Puedo cogerlas todas ahora para que no tenga que preocuparse por...

—¡Vete! —gritó, y su voz me dio escalofríos. Me mantuve erguida, con los ojos llenos de pánico, y retrocedí.

—Vale. Bueno, me pasaré por aquí mañana también, antes de la boda, por si cambia de opinión. Puede venir si quiere. Será entre los dos árboles torcidos del bosque a las cinco de la tarde. Mamá hará una tarta y papá preparará ponche. ¡Puede traerse también a Muffins! ¡Adiós, señora B! ¡Nos vemos mañana!

Siguió refunfuñando un rato más mientras me apresuraba a salir de su patio y cogía otras dos rosas amarillas. Di unos saltitos y dije adiós con la mano a la señora gruñona que probablemente ni siquiera era gruñona de verdad, sino que le gustaba cumplir con las expectativas de los rumores que habían inventado los vecinos.

Cuanto más me acercaba a los árboles torcidos, más aumentaban mis latidos. Mi respiración se llenaba cada vez más de apremio y emoción. Cada paso me acercaba a Brooks. *Está pasando*. Por fin se hacía realidad. Iba a conseguir lo que tenían papá y mamá. Iba a ser suya, y él iba a ser mío.

Esta vez es para siempre.

Llegaba tarde.

Sabía que tenía varios relojes en su casa, y sabía que era capaz de leer la hora, pero aun así, Brooks llegaba tarde.

¿Cómo podríamos vivir felices para siempre si no llegaba a tiempo?

Miré mi reloj de Barbie y se me encogió el pecho.

Las 19:16.

Llegaba tarde. Le había dicho a las siete, y llegaba dieciséis minutos tarde.

¿Dónde estaba? ¿Iba a dejarme plantada? *No, él no haría eso.*

¿Acaso no me quería como yo lo quería a él? *No, sí que me quería.*

Me dolía el corazón mientras caminaba por el bosque en busca de un chico tonto de ojos bonitos.

—Se habrá equivocado de árboles —me dije a mí misma, escuchando el sonido de las hojas al crujir bajo mis pasos—. Vendrá —me juré.

El cielo, antes iluminado, se oscurecía cada vez más.

No me dejaban estar en la calle cuando anocheecía y se encendían las farolas, pero sabía que todo iría bien, porque al día siguiente me casaría, y no estaría sola en la oscuridad porque Brooks iba a reunirse conmigo.

Las 19:32.

¿Por dónde había venido? ¿Y dónde estaban los árboles torcidos? El corazón empezó a latirme con fuerza y me sudaban las manos mientras avanzaba a trompicones por el bosque.

—Brooks —grité. Estaba cada vez más nerviosa porque me había perdido. Seguro que él me encontraría. *Vendrá*. Seguí caminando. ¿Estaba adentrándome más en el bosque? ¿O alejándome de los árboles? ¿Cómo podía saberlo? No era capaz de encontrar el camino de vuelta. ¿Dónde estaban los árboles?

Las 19:59.

El lago.

Encontraría el lago donde los chicos iban a pescar. Tal vez Brooks estaría allí. ¿Pero dónde estaba el lago? Empecé a correr. Corrí y corrí, esperando ver el agua ondeando que me recordase dónde estaba y cómo podía volver a casa, o cómo podía encontrar a Brooks. Tal vez él también se había perdido. Tal vez estaba solo y asustado, y sudoroso. Tal vez él también me estaba buscando.

Tenía que encontrarle, porque sabía que estaría mejor cuando estuviéramos juntos.

Las 20:13.

El lago.

Lo encontré.

Encontré las ondas, las piedras y los sonidos tranquilos.

Encontré el lago y lo encontré a él.

—No te vayas, Julia, por favor. Escúchame.

¿Brooks?

No.

No era él.

Era otra persona que no estaba sola. Había un hombre con alguien más. Una mujer. Ella no dejaba de decir que no, le decía que no podía seguir con él, y a él no le gustaba eso.

—Tenemos una vida juntos, Julia. Tenemos una familia.

—¿Quieres escucharme? No quiero seguir contigo.

—¿Es por ese tipo del trabajo?

La mujer puso los ojos en blanco.

—No empieces otra vez. ¿Ves? Me refiero a esto. Tienes problemas de ira. No puedo dejar que mi hijo viva así. No puedo seguir adelante con esto.

El hombre se pasó las manos por el pelo.

—Te lo estás tirando, ¿verdad? Te estás tirando al tipo del trabajo. —Antes de que ella pudiera responder, se mostró cada vez más enfadado. Su pecho subía y bajaba.

Me costaba tragar saliva por culpa del hombre, estaba cada vez más asustada. Tenía menos miedo cuando estaba sola junto a los árboles torcidos equivocados. Debería haberme quedado junto a los árboles equivocados.

El hombre gritó y se le quebró la voz.

—¡Maldita puta! —aulló, dándole un fuerte bofetón en la cara. Ella trastabilló y gimoteó, llevándose la mano a la mejilla—. Te lo he dado todo. Teníamos una vida juntos. Me hice cargo del negocio. Estábamos remontándolo. ¿Y qué pasa con nuestro hijo? ¿Qué pasa con nuestra familia? —La abofeteó una y otra vez—. ¡Teníamos una vida! —La empujó contra el suelo y abrió mucho los ojos, como si estuviera loco, perturbado.

Se me hizo un nudo en la garganta y me quedé paralizada, observando al hombre, que me recordaba al cielo oscuro, mientras agarraba a la mujer por el cuello.

—No puedes dejarme —dijo, casi en una súplica, mientras la ahogaba y la sacudía. Ella gritaba y le arañaba las manos. Él la sacudía. Ella gritaba, intentando coger aire. Él la sacudía. Ella gritaba, y yo sentía sus manos.

Me sentía como si mi cuello estuviera en sus manos. Como si me ahogara. Como si me sacudiera. Como si me arrastrara.

Me agarré el cuello con las manos y rogué poder respirar. Si yo me sentía como si no pudiera respirar, sabía que a la mujer le estaría doliendo aún más.

Entonces el hombre malvado la arrastró hacia el agua.

En ese momento supe quién era.

El demonio.

El demonio arrastró el cuerpo de la mujer hasta el agua y le hundió la cabeza bajo las olas.

Y yo dejé de respirar.

La ahogó.

La ahogó.

El demonio ahogó a una mujer en la orilla de Harper Creek.

Sabía que estaba muerta. Se resistía mientras el demonio seguía sosteniéndole la cabeza debajo del agua. El demonio la mantuvo en la orilla del lago y le sostuvo la cabeza bajo el agua.

Al principio la mujer se defendía, le clavaba las uñas, hacía lo posible por atacar al demonio. Lo empujaba con su propio cuerpo, pero cada vez que el demonio sacaba la cabeza de la mujer del lago, ella inhalaba y exhalaba, atragantándose con el agua, luchando por respirar. El demonio volvió a meterla en el agua, todavía más abajo, salpicando ruidosamente. El agua le llegaba al cuello al demonio, y ya ni siquiera veía a la mujer.

—No me dejes —le imploró—. No me dejes, Julia.

Debería haber dejado de mirar.

Pero no podía apartar la mirada.

Estaba completamente sumergida, y yo no veía más que la oscuridad del demonio.

Sacó del agua el cuerpo flácido de la mujer y lo dejó en la orilla, sin dejar de hablarle.

—¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido hacernos esto? —Le cogió la mano izquierda y le quitó el anillo del dedo anular para deslizarlo en su propio dedo.

Había matado a la mujer.

La había matado.

Y lo vi: vi cómo lo hizo, vi cómo él se dio cuenta de lo que había hecho. Empezó a sacudir a la mujer, pero su cuerpo estaba inerte.

—Julia —gimoteó—. Julia, despierta. —Se dejó caer en el suelo junto a ella y la sacudió para intentar traerla de vuelta, pero no podía. Empezó a sollozar sobre su cuerpo—. Por favor, vuelve.

Di un paso atrás y pisé una rama.

Él levantó la vista.

Había matado a esa mujer y me estaba mirando a mí.

No me mires.

Junté las manos y mi mente empezó a dar vueltas. Retrocedí con torpeza, rompiendo todas las ramas que había detrás de mí. Mi espalda chocó contra el tronco del árbol más cercano mientras los ojos marrón chocolate del demonio recorrían mi cuerpo. Tenía la mirada petrificada, y dejó caer el cuerpo de la mujer.

—¡Eh! —gritó mirándome—. Eh, ¿qué haces? —Empezó a acercarse a mí.

No vayas por ahí tú sola, Maggie May. ¿Me entiendes? No debes ir por ahí sin tu hermana.

Las palabras de mi madre sobrevolaban mi mente. El hombre estaba cada vez más cerca, y yo chillé, di media vuelta y empecé a correr lo más rápido que pude, volando entre las ramas, sintiendo el corazón martillar en mi pecho.

Sus pasos se oían cada vez más cerca, pero no podía mirar atrás. Me perseguía. Cada vez más cerca, más cerca, más cerca. *Corre, Maggie.* Más rápido, más rápido. ¡Corre!

Un tirón brusco de mi vestido me detuvo en seco y la amapola de mi pelo salió volando y aterrizó junto a las ramas rotas del bosque. Había agarrado mi vestido con los dedos y me tiró al

suelo. Con la respiración entrecortada, grité cuando se colocó encima y dejó caer todo su peso sobre mí. Sus manos sucias me taparon la boca para silenciar mis gritos.

Pataleé y grité, grité y pataleé. Iba a matarme.

Iba a matarme.

No, por favor.

Las lágrimas me rodaron por las mejillas mientras forcejeaba.

—Tú no tenías que estar aquí —siseó, y empezó a sollozar—. No tenías que haber visto eso. Ha sido un error. No pretendía...

¡No!

Me agarró del cuello con una mano, me costaba respirar. Lloraba. Lloraba mucho. Lloraba y se disculpaba. Me pedía perdón por hacerme daño, por presionar con unos cuantos dedos el lateral de mi cuello, provocando que cada vez me costase más trabajo seguir respirando. Me dijo que la quería, que el amor le había hecho eso tanto a él como a ella. Juró que nunca le había hecho daño. Prometió que nunca le haría daño a la mujer que había matado.

—No tenías que estar aquí, pero ahora estás aquí —dijo inclinando la cabeza sobre mí—. Lo siento. Lo siento. —Oía a tabaco y regaliz, y en el antebrazo llevaba un tatuaje grande de dos manos rezando con el nombre de una persona debajo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó.

Su boca estaba a pocos centímetros de la mía y sacudió la cabeza cuando abrí la boca para gritar llamando a Brooks, rogando para que me oyera, para que me encontrase. Colocó el dedo sobre mi boca, luego apretó sus labios contra sus dedos y emitió un leve sonido para hacerme callar.

—Shh —susurró. Abrí mucho los ojos por el miedo—. Por favor, no grites. Ha sido un accidente. —Puso sus labios en mi frente y los apretó contra mi piel—. Shh —volvió a decir. Sus labios viajaron hasta el lóbulo de mi oreja y sentí que su boca me tocaba antes de sisear una última vez—. Shh...

Me perdí a mí misma.

Me robó de mí misma en ese momento.

Me sentí sucia.

Me sentí utilizada.

Me sentí atrapada.

—¡Maggie May! ¿Dónde estás? —gritó Brooks. Su voz sacó al demonio de sus pensamientos.

Se apartó de mí y se alejó de un salto.

Me incorporé con dificultad, sin molestarme en sacudirme la tierra, las hojas y las ramas que se me habían enredado por todas partes. Estaba mojada. Su ropa mojada me había empapado y yo, además, me había hecho pis encima. Me resultó difícil, pero corrí. Corrí. Corrí tan rápido como pude hacia el sonido de la voz de Brooks. Cuanto más alto sonaba su voz, más se me aceleraba el corazón.

—¡Jolín, Maggie! ¡Me pongo la estúpida corbata morada porque estabas en contra de la corbata marrón, y ahora me dejás plantado! ¡No puedo creerlo!

Cuando mis ojos visualizaron su espalda, estaba dando patadas a la hierba y murmurando para sí mismo.

Brooks.

Cuando se dio la vuelta y me vio, la irritación desapareció de su mirada y la substituyó una preocupación intensa. Al correr hacia él, tropecé y él extendió los brazos para sujetarme.

—Eh, Maggie, ¿qué pasa?

Abrí la boca para responder, pero solo oía en mi mente el sonido del diablo silenciándome, presionando su piel contra la mía, apretando el dedo contra mis labios. Contra mi frente. Contra los lóbulos de mis orejas. Contra mí. *Iba a matarme.*

Se oyó un crujido detrás de nosotros y me sobresalté, abriendo mucho los ojos mientras me apretaba contra Brooks, suplicando protección.

—Maggie, no pasa nada. Solo es una ardilla. ¿Qué te ha asustado? ¿Qué te ha pasado? —No era capaz de hablar. Mis dedos se aferraron a la camiseta de Brooks y lo atraje hacia mí. Él no hizo más preguntas, pero me abrazó con fuerza—. Todo está bien, Maggie. Estás bien.

Lloré sobre su camiseta y él me abrazó aún más fuerte.

Capítulo 4

Maggie

Parpadeé.

Las luces eran brillantes de por sí, y la enfermera no dejaba de apuntarme a los ojos con la linterna. A las orejas. A la boca.

Parpadeé.

Papá tenía los ojos cubiertos de lágrimas, pero no se caían. Estaba apoyado en la pared, con la mano cerrada en un puño y el puño apretado contra la boca. De su boca no salían las palabras.

Parpadeo.

Mamá se echó a llorar cuando la enfermera mencionó un kit de profilaxis. Yo no sabía lo que era, pero mamá lloró.

Parpadeo.

La enfermera pasó un bastoncillo por todo mi cuerpo. Por mis labios, mis mejillas, mis muslos, mi...

Parpadeo.

Me peinó el pelo. Cayeron hojas. Encontró sangre. Papá empezó a llorar muy bajito.

Parpadeo.

Cortó mi vestido y lo sacudió. Tenía tierra. Mi vestido estaba sucio. Yo estaba sucia. Por todas partes. Mi amapola había desaparecido. ¿Dónde había ido a parar mi amapola? Me revisó las uñas. El esmalte de uñas se había estropeado. Mis uñas se habían estropeado. Yo me había estropeado.

Parpadeo.

Me llevaron al coche. Me hice un ovillo. Los semáforos parpadeaban en verde y rojo. El amarillo se desdibujaba. Vi su cara en mi mente.

Parpadeo.

Calvin y Cheryl estaban en el porche cuando llegué a casa. No dijeron nada. Yo tampoco.

Parpadeo.

Mamá y papá me llevaron a su habitación, y lloré en sus sábanas, temblando, sintiéndome sucia, rota, utilizada. Asustada. Muy asustada.

Shh...

Shh...

¿Lo encontró la enfermera? ¿Encontró su sabor en mis labios? ¿Encontró su piel en mi piel? ¿Encontró...?

Parpadeo.

Cerré los ojos. No quería sentir. No quería ser. No quería volver a parpadear. Mantuve los ojos cerrados. No quería ver, pero a pesar de todo, vi. Lo veía a él. Lo sentía. Lo saboreaba.

Todo se volvió más oscuro.

Todo se convirtió en sombras.

Todo se volvió negro.

Capítulo 5

Maggie

Mamá no paraba de pasear de un lado para otro en su habitación, retorciendo sus manos. Yo estaba sentada en el borde de la cama, escuchando el sonido de sus zapatos de tacón contra el suelo de madera. Tenía la sensación de estar sentada en una montaña de un millón de plumas y era casi imposible no entregarse a esa suavidad. También estaba cansada, lo cual era una mala combinación. Mis ojos luchaban por mantenerse abiertos, aunque últimamente soñar parecía una opción mejor que estar despierta. El único problema de los sueños era que a veces se convertían en pesadillas, y últimamente siempre me ahogaba en ellas.

—Hace días que no hablas, Maggie May —me regañó mamá—. Ni una sola palabra. Tu padre y yo estamos aterrados. —Su pelo color caramelo le caía por encima de los hombros, y ella no paraba de colocárselo detrás de las orejas. Cuando no se estaba tocando el pelo, hacía bailar las uñas arregladas por sus antebrazos y se las clavaba en la piel. La preocupación la inundaba mientras se paseaba rápido de un lado para otro. Me habría gustado que papá estuviese en casa y no en el trabajo. Normalmente lograba evitar los ataques de pánico de mamá.

—¿Qué pasó ahí fuera, Maggie? —preguntó—. ¿Qué hacías en el bosque? Tu padre y yo te dijimos... Te pedimos que no te alejaras.

Hundí los dedos en el lateral del colchón y mantuve la cabeza gacha.

—Ya había pasado tu toque de queda —susurró. Le temblaba la voz—. Y te supliqué que estuvieras en casa cuando se encendieran las farolas, ¿no es así? —Empezó a tartamudear, lo cual era extraño porque mamá siempre estaba serena y tenía buena dicción—. Te di... dije que no... no debías salir por la noche, Maggie May.

Abrí la boca para hablar, pero las palabras no me salieron. Mamá se volvió hacia mí y se mordió el labio inferior. Se cruzó de brazos y metió las manos debajo de las axilas antes de caminar en mi dirección. Yo desvié la mirada.

—Mírame, Maggie —ordenó.

Negué con la cabeza.

Unas pocas lágrimas rodaron por mis mejillas y me tembló el cuerpo.

—¡Maggie May, cuando te digo que me mires, tienes que hacerme caso! —Tenía la voz inundada de pánico, casi como si temiera que su hijita se hubiera ido y no fuera a volver jamás.

Tal vez no lo haga.

Tal vez me había sumergido tan profundamente en el trasfondo de mi mente que nunca tendría que recordar lo que era sentir, experimentar dolor, romperse, respirar. Me dolían los ojos de estar despierta tanto tiempo, pero ese dolor no era comparable al que sentía en mi pecho. Todavía oía los gritos de la persona a la que atacó. En mi mente aún la veía luchando por su vida, y en mi corazón, aún sentía al monstruo apretándose contra mi alma.

Me rodaron unas cuantas lágrimas por las mejillas y empecé a temblar.

—Ay, cariño —exclamó mamá. Deslizó los dedos por debajo de mi barbilla y me levantó la cabeza—. Cuéntame lo que pasó, palabra por palabra. ¿Qué te pasó en el bosque?

Por el rabillo del ojo vi a Calvin y Brooks en el pasillo, escuchando la conversación entre mamá y yo. Estaban apoyados contra la pared, mirándonos. Los ojos de Brooks reflejaban una

tristeza que nunca habría imaginado que podría existir. Calvin tenía los puños cerrados y daba golpecitos a la pared que tenía detrás. Mamá siguió mi mirada, y cuando vio a los chicos, se fueron corriendo. Pero estaba segura de que no se habrían ido muy lejos. Esos dos no se habían separado de mí en los últimos días.

En cambio, a Cheryl le ocurría lo contrario. Parecía temer acercarse a mí. Se comportaba como si tuviera una enfermedad y pudiera contagiarse si me miraba. La otra noche la había oído llorar porque tuvo que perderse su recital de baile. Era culpa mía, porque nuestros padres no querían separarse de mí.

—Maggie May —susurró mamá.

Giré la cabeza hacia el otro lado y ella volvió a suspirar.

—Por favor, Maggie. Habla. No sé cómo ayudarte si no me cuentas lo que pasó. —No dejaba de rogarme que dijera algo, pero no podía. Tenía la garganta seca. Quizá necesitaba agua helada. Necesitaba algo para soltarme, algo que lograra que las palabras volaran desde mis labios, pero no podía moverme—. ¡No lo entiendo! No entiendo por qué no me lo cuentas. Tienes que contármelo, mi amor, porque mi mente se está poniendo en lo peor. ¿Te hizo daño alguien? ¿Te...? —No era capaz de decir las palabras, pero sabía lo que me estaba preguntando—. Dime lo que pasó, incluso si alguien te hizo daño, cariño. No voy a juzgarte. Te lo juro. Mamá solo quiere saber si alguien te hizo daño. —Tragó saliva con dificultad—. Puedes asentir si alguien te hizo daño, cariño. Puedes decírmelo —susurró—. ¿Te acuerdas de cuando hablamos de mantenerte a salvo? ¿Y de que la gente no tiene permiso para tocarte, y si lo hiciera, tendrías que contárnoslo a tu padre y a mí? ¿Ocurrió eso? Sé que los médicos hicieron pruebas, pero esas pruebas... llevan tiempo. ¿Alguien te...? —Su voz volvió a quebrarse.

Bajé la cabeza. El desconocido no me había violado físicamente, y sabía que era eso lo que mamá preguntaba. Pero, a decir verdad, me había violado prácticamente en el resto de los sentidos. Había violado mi inocencia.

Mi juventud.

Mi voz.

Me había robado tanto cuando presencié su horrible acto, y cuando intentó acabar conmigo. Me había robado tanto de mi alma.

Pero respondí a mamá negando con la cabeza. No me había violado físicamente.

Mamá dejó escapar un suspiro de alivio y rompió a llorar de forma incontrolable. Se tapaba la cara con las manos y temblaba violentamente, y resultaba difícil entender lo que decía.

—¿Por qué no hablas? —preguntó.

Porque no me queda nada que decir.

—Creo que es suficiente por ahora, Katie —dijo una voz.

Levanté la vista y vi a papá en la puerta. Nos miraba. Debía de haber vuelto temprano del trabajo para cuidar de ella. Mamá siempre se encontraba mejor cuando él estaba cerca.

Se acercó a él y, en unos segundos, los brazos de papá rodearon su pequeña figura. Le susurró algo al oído, y al parecer fueron las palabras apropiadas, porque mamá dejó de llorar y asintió como respuesta a la voz suave de papá.

Tras unos minutos, mamá dijo que necesitaba aire y salió de la habitación. Papá se acercó a mí, se arrodilló y me dirigió su mejor mueca.

—¿Maggie May?

¿Sí, papá?

—El mundo sigue girando porque existen tus latidos —prometió. Rozó mi nariz con la suya,

dándome sus besos de esquimal—. Y todo irá bien. ¿Sabes por qué?

Negué con la cabeza, y él continuó.

—Porque ninguno de nosotros está nunca solo. Tienes una familia que te quiere y que siempre estará aquí para ti. ¿Vale, pequeña?

Vale, papá.

Sonrió como si hubiera oído las palabras que no había pronunciado.

—¿Qué te parece si salimos más tarde a por un yogur helado? Creo que nos vendrá bien salir un poco. ¿Qué me dices?

Sí.

Su sonrisa se hizo más amplia, como si me hubiera oído otra vez.

Tal vez los padres siempre saben lo que piensan sus hijos. Tal vez es una especie de sexto sentido. Agradecía los superpoderes de papá.

Salió para ver cómo estaba mamá y yo me quedé en su habitación, sentada en el colchón de plumas, y me permití hundirme en su suavidad. Me recosté y dejé las piernas colgando por encima del borde de la cama. Cerré los ojos. Últimamente mis oídos estaban más agudizados y percibían cualquier sonido cerca de mí, desde el viento azotando los manzanos del patio hasta la mosca que zumbaba en el baño al otro lado del pasillo.

Abrí los ojos antes de que Brooks abriera la boca para hablar. Oí sus suaves y cuidadosos pasos acercándose en mi dirección. Los pasos de Calvin siempre eran pesados, como si pusiera todo su peso encima, pero los de Brooks eran mucho más ligeros, casi como si fuera de puntillas. Me pregunté si siempre había caminado así o si había adoptado esa ligereza en los últimos días. Mentiría si dijera que me había fijado en sus pasos antes. Me pregunté cuántas cosas pasan desapercibidas a las personas cuando están ocupadas hablando demasiado.

—¿Estás bien, Maggie? —preguntó desde la puerta. No me incorporé, pero ladeé la cabeza en su dirección. Cuando nuestras miradas se cruzaron, su pecho se desplomó y dejó caer los hombros. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones—. Calvin y tu padre están fuera con tu madre. Me ha dicho que me vaya a casa, y le he dicho que sí, pero no podía irme sin pasar a verte, para ver si puedo hacer algo.

Me encogí de hombros. Él frunció el ceño.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Asentí. Él frunció todavía más el ceño.

Brooks se sentó en la cama y se inclinó hasta tumbarse a mi lado. Yo tenía la cabeza ladeada hacia él, y él me miraba.

—Tu madre dice que no hablas. Dice que no tienes nada que decir, pero creo que eso no es verdad. Creo que tienes mucho que decir, pero no sabes cómo hacerlo.

Una lágrima me rodó por la mejilla. Me di la vuelta para que no me viera llorar, pero la lágrima no le pasó desapercibida. Dejé que el resto se deslizara por mi cara hasta aterrizar en la almohada. Él habló en voz baja.

—Es culpa mía, ¿sabes? Teníamos que vernos en el bosque para el ensayo, pero perdí mucho tiempo escogiendo una corbata que pudiera gustarte. Seguramente pensaste que te había dejado plantada, pero no es así, Maggie May. Te juro que iba a ir, y cuando llegué, no te encontraba por ninguna parte. Lo siento mucho.

Lloré todavía más y oí a Brooks sorberse los mocos antes de seguir hablando.

—Lo siento mucho. Lo siento, lo siento...

Permanecemos así unos cuantos minutos más. Las lágrimas seguían botando y él no intentaba convencerme de que dejase de llorar. Quizá era cosa de mi imaginación, pero me pareció que Brooks también lloró un poco a mi lado.

—¿A quién le apetece helado? —dijo papá entrando en su habitación, la habitación en la que aún estábamos Brooks y yo.

No sabía cuándo había ocurrido, pero en algún momento, Brooks y yo nos habíamos cogido de la mano, y aún no había encontrado las fuerzas para soltarla. Nos incorporamos de golpe, y Brooks me soltó la mano rápidamente.

—¡A mí me apetece mucho un helado! —vociferó.

Mamá entró detrás de papá y frunció el ceño.

—Brooks, hace bastante tiempo estás aquí. Quizá deberías volver a casa. Creo que necesitamos pasar un rato en familia, si te parece bien. —No pretendía ser grosera, pero al ver la sonrisa de Brooks, deduje que había herido un poco sus sentimientos.

La mayoría de la gente habría pensado que era una sonrisa normal, pero yo sabía que era la sonrisa que esbozaba cuando estaba un poco avergonzado.

—Claro, señora Riley. Lo siento. Me voy. —Se volvió hacia mí y me dirigió una sonrisa torcida—. ¿Estás bien hoy, Maggie May? —Desde el incidente, cada día me había preguntado lo mismo. Asentí lentamente.

Estoy bien, Brooks.

Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta, pero papá se aclaró la garganta.

—Creo que Brooks puede unirse a nosotros para tomar un poco de helado.

—Eric —protestó mamá, pero papá puso una mano en su hombro para tranquilizarla.

—Solo si a Maggie le parece bien —dijo y me miró.

Los ojos de Brooks se posaron en mí, llenos de esperanza, y me fue imposible decirle que no. Al fin y al cabo, había escuchado mi silencio. Cuando accedí, nos pusimos los zapatos y nos dirigimos a la parte delantera de la casa. Cuando todo el mundo hubo cruzado la puerta, yo me detuve en la entrada.

Me entró el pánico y se me encogió el pecho. ¿Y si el hombre seguía ahí fuera? ¿Y si me estaba esperando? ¿Y si quería hacerme daño? ¿Y si estaba haciendo daño a otra persona, o...?

—Maggie —dijo mamá, mirándome. Levantó una ceja—. Vamos, cariño.

Intenté salir de casa. Intenté avanzar, pero el pánico era abrumador. Cada vez que mi mente me decía que avanzase, de alguna forma, acababa dando un paso atrás.

—¿Qué haces? —preguntó Calvin mirándome como si me hubiese vuelto loca.

Todo el mundo me miraba de ese modo.

¿Era cierto?

¿Me había vuelto loca?

Puedo oírle susurrándome para hacerme callar, pensé para mis adentros. Puede verme. Puede hacerme daño.

Seguí retrocediendo cada vez más hasta que mi espalda chocó con una pared, lo que me sobresaltó. No podía salir. Ahí fuera no estaba a salvo. Sabía que no lo estaba, y yo solo quería sentirme a salvo.

El mundo era amenazador, y últimamente tenía más miedo que fuerzas.

—Venga ya, Maggie —gruñó Cheryl—. Estás arruinando el momento.

Mamá le dio un pellizco a Cheryl en el brazo.

—¡Basta, Cheryl Rae!

Pero tenía razón. Estaba arruinando el momento. *Lo siento. Lo siento.* Di otro paso atrás y, antes de darme cuenta de lo que hacía, salí corriendo hacia la habitación de mis padres. Era el lugar donde me sentía más a salvo, y no estaba segura de cómo salir de allí. Me metí debajo de las mantas, temblando violentamente. No podía respirar. No podía bloquear los sonidos de mi cabeza. No podía desconectar el cerebro.

Cuando noté que las sábanas se movían, las agarré y luché por mantenerlo fuera. *Me ha encontrado, me ha encontrado.*

Me inundó una sensación de alivio cuando vi los ojos de papá. Los míos estaban muy abiertos y llenos de pánico, y la preocupación de papá era casi palpable a través de su piel. Se metió debajo de las sábanas y se sentó a mi lado. No podía dejar de temblar.

Shh...

Shhh...

El sonido del demonio envenenaba mis recuerdos. No podía pensar en otra cosa, solo en el recuerdo de sus susurros silenciándome. No podía salir de casa. Si lo hacía, él me vería. No podía hablar. Si lo hacía, él me oiría.

—Solucionaremos esto, Maggie —dijo papá abrazándome—. Cueste lo que cueste, vamos a solucionarlo.

Era la primera vez que papá me mentía.

Cuando se levantó para ir a hablar con mamá en el pasillo, agarré las sábanas con más fuerza. No podía dejar de temblar mientras oía a mamá hablar de sus mayores temores.

—¿Y si nunca se recupera de esto? ¿Y si nunca vuelve a ser la misma? ¿Qué pensará la gente? ¿Qué dirán?

—¿Desde cuándo nos preocupa lo que diga la gente?

—Desde siempre, Eric. Siempre nos preocupa lo que piense la gente de nosotros.

Era la primera vez que presenciaba una grieta en los cimientos del amor de mis padres.

Y todo era culpa mía.

Capítulo 6

Brooks

—Estúpida corbata marrón. Estúpida corbata morada. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! —murmuré metiendo todas las corbatas en el primer cajón de mi cómoda. Odiaba las corbatas, porque me habían hecho llegar tarde. Me odiaba a mí mismo por ser la razón por la que Maggie había estado sola en el bosque.

Al empujar el cajón para cerrarlo, me enfadé todavía más, porque estaba tan lleno que no cerraba.

—¡Uf! —aullé, dándole un puñetazo—. ¡Te odio! ¡Te odio! —Le di una patada fuerte a la cómoda, lo cual solo consiguió que acabase cojeando y frotándome el dedo gordo.

—¿Va todo bien, Brooks? —preguntó mamá al entrar, preocupada. Ya se había puesto el uniforme para ir al hospital, donde trabajaba de enfermera, y la manera como miraba el reloj de pulsera me indicaba que llegaba tarde.

—Estoy bien —bufé mientras cojeaba hasta la cama. Me senté para seguir frotándome los dedos. Se acercó a mí y colocó el dorso de la mano sobre mi frente.

—¿Qué pasa, cariño?

—Nada —murmuré—. Vas a llegar tarde.

Se quitó el reloj y lo guardó en el bolsillo. Luego me sonrió.

—No te preocupes. Quiero que hablemos antes de que me vaya. Sé que lo estás pasando mal después de lo que le ocurrió a Maggie.

—No. No es eso. Es que no podía cerrar el cajón. —Noté que se me encendían las mejillas y apreté las manos en un puño—. La culpa es de esas estúpidas corbatas —susurré entre dientes.

—¿Las corbatas?

—¡Sí! Saqué todas esas estúpidas corbatas del cajón, y ahora no consigo que quepan dentro, así que le he dado una patada y me he hecho daño en el pie.

—¿Y por qué estaban las corbatas fuera?

—Porque... —Titubeé y arqueé una ceja mirando a mamá—. Vas a llegar tardísimo.

—No te preocupes. —Sonrió y pasó los dedos por mi pelo—. Llegaré bien. Dime qué es lo que te preocupa en realidad.

—Pues... Tenía que encontrarme con Maggie en el bosque para el ensayo.

—¿Ensayo?

—De nuestra boda.

—¿Os ibais a casar?

Me sonrojé aún más y bajé la vista al suelo. ¿Cómo es que no le había contado a mi madre que iba a casarme? Maggie se lo había dicho a todo el mundo, ¿y yo? A nadie.

—Sí, bueno, no sé. Era una idea estúpida de Maggie. Yo solo iba a hacerlo porque Jamie me obligó. El caso es que Maggie me dijo que eligiera una corbata y me encontrase con ella en el bosque, y se suponía que sería fácil, pero me pasé demasiado tiempo eligiendo una corbata. Así que estaba en el bosque sola, y lo que le pasó ahí fuera es culpa mía. Se asustó por mi culpa, porque llegué tarde a los árboles torcidos.

—Ay, cariño. —Mamá suspiró y empezó a frotarme la espalda—. No fue culpa tuya.

—Sí, lo fue. Fue culpa mía por no estar ahí para protegerla, y ahora no habla ni sale de casa porque algo la asustó, y debería haber estado allí para evitarlo, para salvarla.

—Brooks... —Mamá bajó la voz y juntó las manos—. Lo que le pasó a Maggie es trágico, pero no fue culpa tuya. Si he aprendido algo en esta vida, es que no sirve de nada sentarse a recrear una situación en tu mente una y otra vez. No puedes cambiar el pasado, pero ahora mismo puedes crear el futuro. ¿Sabes cómo puedes ayudar a Maggie ahora?

—¿Cómo? —pregunté con impaciencia. Habría hecho cualquier cosa por que se recuperase.

—Sé su amigo. Seguramente ahora mismo está muy asustada y confundida. Incluso se sentirá sola. No necesita que te compadezcas de ella, cariño. Solo necesita un amigo. Alguien que de vez en cuando se pase a ver cómo está. Alguien que le pregunte si está bien. Alguien que le haga saber que no está sola.

Sí. Un amigo.

—Puedo hacer eso. Creo que puedo ser un buen amigo.

Ella se rio un poco y se inclinó para besarme la frente.

—Claro que sí. Un segundo, voy a buscarte una cosa. —Salió a toda prisa de la habitación y cuando volvió, tenía la mano izquierda cerrada en un puño. Se sentó a mi lado y abrió la mano; tenía un colgante de un ancla—. Tu padre me lo dio cuando éramos jóvenes, después de que muriera mi padre, y me prometió que siempre estaría ahí para mí cuando lo necesitara. Decía que sería mi ancla cuando sintiera que me estaba yendo a la deriva. Siempre fue un amigo increíble para mí, y todavía lo es. A lo mejor puedes dárselo a Maggie, para hacerle sonreír.

Cogí el colgante y le di las gracias. Me había ayudado más de lo que pensaba, y si esa ancla podía hacer sonreír a Maggie, entonces era suya. Haría cualquier cosa por traer de vuelta al mundo sus feas bonitas sonrisas.

—¿Estás bien hoy, Maggie May? —pregunté con el MP3 en las manos desde la puerta de su habitación.

Cuando llegué estaba de pie junto a la ventana, mirando la calle. Se giró despacio y se abrazó a sí misma con fuerza. Tenía una mirada triste, lo cual me entristeció, pero no dejé que lo notara. Tan solo le dirigí una leve sonrisa.

—¿Estás bien hoy? —repetí.

Asintió lentamente, y supe que mentía, pero no importaba. Podía tomarse todo el tiempo que necesitara para recuperarse. No me importaba. No pensaba irme a ninguna parte.

—¿Puedo pasar?

Volvió a asentir.

Cuando entré, me puse bien la corbata, la de color verde que tanto le gustaba. Notaba las palmas de las manos sudorosas en contacto con el MP3, y me sorbí los mocos cuando los dos nos sentamos en su cama. No sabía qué decir. Normalmente, cuando hay una amistad, las dos personas hablan. Cuanto más silencio había, más nervioso me ponía. Empecé a dar golpecitos en el suelo con los pies y observé a Maggie apretar las manos en su regazo. Estaba más pálida de lo normal, con la mirada apesadumbrada y, en ese momento, lo eché de menos. Eché de menos eso que me había molestado durante tanto tiempo.

Eché de menos su voz.

—¿Puedo volver a cogerte la mano? —pregunté.

Deslizó la mano izquierda en mi mano derecha y suspiré. Sus dedos parecían de hielo.

—Apriétame la mano una vez si la respuesta es no, y dos veces si es sí, ¿vale?

Asintió y cerró los ojos.

—¿Tienes miedo?

Dos apretones.

—¿Estás triste?

Dos apretones.

—¿Quieres estar sola?

Un apretón.

—¿Crees que podría... crees que podría ser tu amigo? —susurré.

Abrió los ojos y fijó su mirada en la mía. Me pregunté si sus latidos estarían sincronizados con los míos: salvajes, vertiginosos, llenos de pánico.

Bajó la vista hasta nuestras manos y apretó una vez. Entonces volvió a apretar y me estalló el corazón.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo.

Me llevé la mano libre al bolsillo y saqué el colgante de mamá.

—Esto es para ti. Es un collar de la amistad. Un ancla. Prometo ser tu amigo, uno bueno. Por lo menos haré lo posible por que sea así. Seré tu ancla. Te ayudaré a mantenerte firme cuando sientas que vas a la deriva. Solo quiero que... —Suspiré y miré el colgante que tenía en la mano—. Quiero que vuelvas a sonreír. Quiero que tengas lo que siempre has querido, y voy a trabajar duro para asegurarme de que lo consigas, incluso si es un perro llamado Skippy y una gata llamada Mermelada. Quiero que sepas... —Volví a suspirar porque cada vez que se le humedecían los ojos, me dolía mucho el pecho—. Necesito que sepas que incluso si decides no volver a hablar nunca, siempre tendrás a alguien cerca para oírte, Maggie. ¿Vale? Siempre estaré ahí para escuchar tu silencio. Así que, ¿lo quieres? ¿Quieres el colgante?

Me apretó la mano dos veces y una sonrisa diminuta, casi inexistente, asomó a sus labios.

—Y si quieres, podemos escuchar mi música juntos. Sé que dije que nunca te dejaría oírla, pero sí que puedes, si quieres. Anoche Jamie me hizo una nueva lista de canciones en su ordenador y las he metido en mi MP3. No sé qué ha puesto, pero podemos escucharlo juntos.

Volvió a apretarme la mano dos veces. Le di uno de los auriculares y me quedé el otro. Nos tumbamos boca arriba en la cama, con los pies colgando del borde. Pulsé el botón play y empezó a sonar *Low* de Flo Rida con T-Pain. *Jolín, Jamie*. No era una canción ideal para este momento. Fui a cambiarla, pero Maggie me apretó la mano una vez para detenerme. Tenía los ojos cerrados, y le rodaban lágrimas por las mejillas, pero estaba seguro de haberla visto: una sonrisa diminuta. Era tan diminuta que algunos habrían pensado que era una mueca, pero yo sabía que no lo era.

Me dolía el pecho al ver aquel amago de sonrisa en sus labios. Cerré los ojos y yo también derramé unas pocas lágrimas mientras escuchábamos a Flo Rida. No sabía por qué, pero siempre que ella lloraba, yo también lo hacía.

En ese momento supe que ella tenía razón desde el principio.

Tenía razón sobre mí, y ella, y nosotros.

Sería la única chica que querría hasta la eternidad.

Sin importar si la vida intentaba cambiarnos.

Segunda parte

Capítulo 7

Maggie

15 de mayo de 2016 - Dieciocho años

Mamá y papá ya nunca bailaban.

En los últimos diez años había notado muchos cambios entre ellos, pero ese era el que más me entristecía. Todavía se abrazaban cada mañana y papá siempre le daba un beso en la frente antes de irse a trabajar a la universidad cada día. Cuando salía por la puerta, siempre le decía «te» y mamá terminaba la frase, «quiero».

Todavía se querían, pero nunca bailaban.

Normalmente, mamá se pasaba la noche hablando por teléfono sobre mí con sus mejores amigos de la universidad, con distintos terapeutas, leyendo artículos en internet o pagando facturas. Papá se sentaba en la sala de estar para corregir una pila de trabajos de sus estudiantes o veía la serie *The Big Bang Theory*.

En el pasado, papá solía intentar poner la canción de su boda, pero mamá estaba demasiado cansada para mecerse con él.

—¿Bailas conmigo? —le preguntaba.

—Esta noche no. Me duele la cabeza, Eric —respondía.

Ella no lo sabía, pero yo siempre veía a papá fruncir el ceño cuando mamá se alejaba.

—Te... —decía mirándole la espalda.

—Quiero —murmuraba ella de forma rutinaria.

Cuando mamá levantaba la vista y me veía en lo alto de la escalera, fruncía el ceño. Siempre fruncía el ceño al mirarme, como si fuese una grieta en el retrato familiar.

—A la cama, Maggie May. Tienes que levantarte temprano para ir a clase.

A veces se quedaba allí mirándome, esperando una respuesta. Pero al no obtenerla, suspiraba y se marchaba, más cansada de lo que estaba antes.

Era difícil saber lo mucho que la agotaba.

Era incluso más difícil saber lo mucho que me agotaba yo a mí misma.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó papá al asomarse a mi habitación.

Sonreí.

—Bien, bien. —Se frotó la barba, que ahora estaba llena de canas—. ¿Hora de contar un chiste? —preguntó.

Mi padre era un bicho raro en el mejor de los sentidos. Era profesor de Lengua y Literatura en la Universidad Harper Lane y sabía más de literatura que la mayoría, pero su verdadero talento era saberse los peores chistes del mundo entero. Cada noche me deleitaba con algo espantoso.

—¿Qué encontrarías en la cocina de Charles Dickens? —Se dio unos golpecitos en las piernas imitando un redoble de tambores, y entonces exclamó—: ¡El mejor de los tiestos, el peor de los tiestos!

Puse los ojos en blanco, aunque era lo más divertido que había oído en mucho tiempo. Se acercó a mí y me besó la frente.

—Buenas noches, Maggie. El mundo sigue girando porque existen tus latidos.

Cada noche, cuando me tumbaba en la cama, oía a Calvin tocando música al otro lado del pasillo. Se quedaba levantado hasta tarde escuchando música mientras hacía los deberes o pasaba el rato con su novia, Stacey. Sabía cuándo estaba ella, porque se reía como una chica locamente enamorada. Llevaban tanto tiempo juntos que los dos tenían un anillo de novios a modo de compromiso eterno.

Alrededor de las once de la noche, me desperté y oí a Cheryl salir de casa sigilosamente para ver a su novio, Jordan. Jordan era el típico chico malo del que había leído en muchos libros, y Cheryl estaría mucho mejor sin él, pero no podía decirle eso. Y aunque pudiera, no me haría caso.

Todos los miembros de mi familia habían encontrado alguna manera de lidiar conmigo y mi silencio durante los últimos diez años. Calvin se convirtió en uno de mis mejores amigos. Pasaba mucho tiempo conmigo, junto con Brooks, y jugábamos a videojuegos, veíamos películas que no debíamos ver y descubríamos la mejor música antes que el resto del mundo.

Mamá se distanció un poco cuando se dio cuenta de que no volvería a hablar. Dejó su trabajo para educarme en casa, pero apenas me hablaba de nada que no estuviera relacionado con las lecciones. La verdad es que notaba que se culpaba por lo que me había pasado. Verme cada día le resultaba difícil, por lo que levantó un muro. No sabía qué decirme, así que, al cabo de un tiempo, las miradas perdidas fueron demasiado para ella. A veces, cuando entraba en una habitación, se iba a otro lado. Pero no la culpaba. Verme así le recordaba que no se dio cuenta de que salí de casa para encontrarme con Brooks aquel día en el bosque, años atrás. Mirarme le hacía daño.

Pero papá seguía siendo el mismo, o incluso más bobalicon y más cariñoso que antes. Lo agradecía. Era la única constante en mi vida. Nunca me miraba como si estuviera rota. A sus ojos, estaba totalmente completa.

En cambio, Cheryl me odiaba. Tal vez odiar era una palabra demasiado fuerte, pero era la única que se me ocurría. La verdad es que tenía bastantes motivos para no gustarle. A lo largo de los años, la relegaron un poco a un segundo plano debido a mis problemas. Hubo viajes que no pudimos hacer, concursos de talentos que tuvo que perderse por culpa de mis sesiones de terapia en casa, dinero que no estaba disponible por todo lo que se gastaban mis padres en mí. Además, como mamá no podía mirarme, siempre miraba a Cheryl y le gritaba por minucias, culpándola de todo. No fue de extrañar que cuando Cheryl llegó a la adolescencia empezara a rebelarse contra el mundo. Jordan era su mayor rebelión, su error perfecto.

Volví a dormirme escuchando la música de Calvin, y luego desperté otra vez cerca de las tres de la mañana, cuando Cheryl entró en casa a hurtadillas.

A veces la oía llorar, pero no podía ir a ver cómo estaba, porque le gustaba más cuando hacía como si fuera invisible.

—¿Quieres darte prisa?! —dijo Calvin a la mañana siguiente, en el pasillo, mientras golpeaba la puerta del baño. Tenía los pelos de punta y los pantalones del pijama arrugados, con una pierna remangada hacia arriba y la otra arrastrando por el suelo, y llevaba una toalla al hombro. Volvió a golpear la puerta—. ¡Cheryl! ¡Venga! Brooks estará aquí en cualquier momento y voy a llegar tarde. Sal ya. Por mucho rímel que te pongas, no va a arreglarte la cara.

Cheryl abrió la puerta de golpe y puso los ojos en blanco.

—Y por mucha agua que uses para ducharte, no va a arreglar tu olor.

—Ah, qué bueno. Me pregunto qué pensaría mamá de eso, y del hecho de que te escabulleras anoche.

Cheryl entrecerró los ojos y le dio un empujón al salir.

—Joder, eres la persona más desagradable del mundo.

—Yo también te quiero, hermanita.

Cheryl le hizo un corte de mangas.

—He gastado toda el agua caliente. —Al regresar a su habitación haciendo el mayor ruido posible, me miró porque tenía la puerta abierta—. ¿Qué miras, bicho raro?

Y entonces entró en su cuarto dando un portazo.

Calvin me miró y soltó una risita.

—Es un sol. Buenos días, Maggie.

Lo saludé con la mano.

Mi rutina para prepararme para las clases era muy sencilla. Me levantaba, leía unas páginas de mi libro favorito, me lavaba los dientes, me peinaba y bajaba a la sala de estar para recibir las lecciones.

Mi momento favorito del día era cuando Brooks venía a visitarme. Cada día llevaba a Calvin a clase en coche, y como Cheryl siempre acaparaba el baño, Calvin tardaba en prepararse por las mañanas.

Brooks era una de esas personas que todo el mundo quería de inmediato. A pesar de su toque *hipster*, era uno de los chicos más populares del instituto, lo cual no era de extrañar, porque tenía mucho don de gentes. Todos eran adictos a su encanto, por eso siempre tenía novia. Lacey Palmer era la chica afortunada del momento, pero había una lista de chicas esperando su turno con impaciencia. No era sorprendente, ya que no solo era encantador, sino también guapísimo. Tenía el bronceado ideal, brazos musculosos y un pelo ondulado perfecto.

Su sonrisa también era perfecta. Siempre sonreía con la comisura izquierda y se reía con la derecha. Vestía camisetas de grupos de rock que coleccionaba de los conciertos a los que iba con Calvin y sus otros dos amigos, Oliver y Owen. Siempre llevaba los vaqueros rotos y se los sujetaba con un cinturón de cuero que estaba lleno de pins pequeños con la letra de las canciones de sus músicos favoritos. En el bolsillo delantero siempre llevaba unas cuantas púas de guitarra con las que jugueteaba entre los dedos a lo largo del día, y sus zapatillas Chuck Taylor siempre estaban desatadas y pintadas con subrayadores.

Además, sentía fascinación por los calcetines desaparejados. Si alguna vez llevaba calcetines a juego, quería decir que se había vestido a oscuras.

—¿Estás bien hoy, Magnetismo? —me preguntó.

Asentí. Me hacía la misma pregunta cada día cuando venía de visita. Tras aquel suceso, Brooks había prometido cuidar de mí, y mantenía su promesa. Más tarde empezó a llamarme Magnetismo, porque decía que se sentía como si nuestra amistad tirase de él. «Hay una atracción magnética que nos une como amigos, Maggie May. Eres magnetismo». Por supuesto, el apodo surgió una noche después de ir a una fiesta y emborracharse con mi hermano para después vomitar en el suelo, pero siguió llamándome así.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Siempre pedía permiso, lo cual se me hacía raro. La respuesta siempre era sí.

Entró trotando en mi habitación. Era un conejito enérgico incluso a las siete de la mañana.

—Tengo algo que me gustaría que escucharas —dijo acercándose a mí y llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón para sacar su iPod. Nos tumbamos en mi cama, con las piernas colgando en el borde y los pies tocando el suelo. Se puso un auricular en la oreja y yo me puse el otro, y entonces le dio al play.

La música era etérea y ligera, pero había un sólido bajo a lo largo de la canción. Sonaba romántica y libre, salvaje.

—*All Around And Away We Go* de Mr. Twin Sister —dijo tamborileando con los dedos sobre el colchón.

Brooks era mi gramola humana. Me decía que no pusiera nunca la radio para descubrir música, porque todo era un montón de basura de Hollywood que te lavaba el cerebro. Así que, cada día, por la mañana y por la noche, me entregaba la que él consideraba la mejor música.

Permanecimos tumbados en mi cama, mirando al techo y escuchando música, hasta que Calvin entró a toda prisa en la habitación con el pelo mojado y una magdalena metida en la boca.

—¡Listo! —gritó dejando caer migas en la alfombra.

Brooks y yo nos incorporamos, y él cogió sus auriculares y los enrolló alrededor del iPod.

—Vale, te traeré más material después de clase, Magnetismo —dijo con una sonrisa—. Recuerda, di no a las drogas a menos que sean de las buenas, y quédate en la escuela, a menos que no quieras.

Y se fueron.

Miré el reloj de la pared.

Ay.

Quedaban unas once horas hasta que la música volviera a mí.

Capítulo 8

Maggie

Cada día, a las cinco de la tarde, me daba un baño de una hora. Me sentaba en la bañera con una novela en las manos y leía durante cuarenta y cinco minutos. Luego dejaba a un lado el libro y me duchaba. Los dedos se me arrugaban como pasas mientras cerraba los ojos y me frotaba los brazos con jabón de lavanda. Me encantaba el olor a lavanda, casi tanto como las gardenias. Las gardenias eran mi flor favorita. Cada miércoles, papá iba al mercado y me compraba un ramo fresco de flores para colocarlo en el alféizar de mi ventana.

La primera vez que compró gardenias se dio cuenta de que eran las que más me gustaban, tal vez porque curvé los labios hacia arriba, o tal vez por el número de veces que asentí con la cabeza al inhalar el aroma, o tal vez simplemente porque había aprendido a interpretar mi silencio.

Mi padre lo sabía casi todo de mí a partir de mis leves gestos y pequeños movimientos. Lo que no sabía era que cada día, al final de mi baño, cuando el agua se enfriaba, metía la cabeza debajo del agua y aguantaba la respiración durante los últimos cinco minutos.

Durante esos cinco minutos recordaba lo que me pasó. Era importante para mí: recordar al diablo, su aspecto. La sensación que sentía. Si no lo recordaba, durante algunos días me culpaba a mí misma por lo ocurrido, por olvidar que había sido una víctima aquella noche. Cuando recordaba, no me costaba tanto respirar. Pensaba mejor cuando estaba debajo del agua. Me perdonaba a mí misma por los sentimientos de culpa cuando me sumergía.

Ella no podía respirar.

Se me hizo un nudo en la garganta, como si los dedos del diablo rodearan mi cuello en lugar del de la mujer.

El demonio.

Al menos para mí era el demonio.

¡Corre! ¡Corre, Maggie! Mi mente seguía gritando, pero yo permanecía inmóvil, incapaz de apartar la mirada del horror que tenía enfrente.

—¡Maggie!

Emergí del agua al oír mi nombre y dejé escapar un largo suspiro antes de inhalar más profundamente.

—Maggie, la señora Boone está aquí —gritó papá desde el piso de abajo.

Me incorporé en la bañera y quité el tapón, dejando que el agua descendiese en un remolino por la tubería, en el sentido de las agujas del reloj. El pelo largo, rubio y ralo me llegaba hasta el trasero, y tenía la piel pálida como un fantasma.

Miré el reloj de la pared.

Las 18:01.

La señora Boone llegaba tarde. Muy tarde.

Años atrás, cuando supo lo de mi trauma, preguntó si podía venir a verme una vez al día para que yo pudiera interactuar con alguien. Yo pensaba que me venía a ver cada día para ocultar su propia soledad, pero no me importaba. Cuando dos almas solitarias se encuentran, se aferran con fuerza la una a la otra, pase lo que pase. Pero no estaba segura de si eso era bueno o malo. Cualquiera pensaría que cuando dos personas solitarias se unen, los dos negativos se convierten en

positivo, pero no era el caso. Estos dos parecían convertirse en una soledad aún más profunda, una soledad en la que nos gustaba sumergirnos.

La señora Boone traía a menudo a su gata Muffins para que me entretuviera a la hora de comer. Siempre venía al mediodía, y nos sentábamos en el comedor a comer unos sándwiches y tomábamos un té. Odiaba el té, y la señora Boone lo sabía, pero cada día tenía la necesidad de traérmelo de la pastelería del pueblo, Dulce Adicción.

—Eres joven, lo cual significa que eres estúpida, así que no entiendes lo realmente bueno que es el té para ti. Acabará gustándote —prometía, pero esa promesa nunca dejó de ser una mentira. De hecho, sucedía más bien al contrario: lo odiaba cada vez más.

Ella había vivido en Gran Bretaña cuando era joven y estaba en la flor de la vida, y llegó a la conclusión de que su amor por esa bebida asquerosa venía de allí. Desde que su marido murió años atrás, siempre había soñado con mudarse a Inglaterra. Él era la razón por la que había venido a América, pero después de su muerte, supongo que pasó el tiempo y perdió el valor para regresar a Inglaterra.

—Stanley era mi hogar —decía siempre sobre su difunto marido—. No importaba dónde viviésemos, porque mientras él estuviera allí, me sentía en casa.

Al fallecer, fue casi como si la señora Boone se quedase sin hogar. Cuando Stanley preparó las maletas y se fue al más allá, se llevó consigo el refugio de la señora Boone: sus latidos. A menudo me preguntaba si alguna vez cerraba los ojos durante unos minutos y recordaba esos latidos.

Estaba segura de que yo lo hubiera hecho.

—¡Maggie! —gritó papá, sacándome de mis pensamientos.

Cogí la enorme toalla blanca del lavabo y me envolví en ella. Salí de la bañera, me coloqué delante del espejo y cogí el cepillo del pelo. Al empezar a deshacer los nudos de mi pelo, miré mis ojos azules como los de papá, y los pómulos esculpidos que también había heredado de él. Las pequeñas pecas de mi nariz eran herencia de mi abuela, y las pestañas largas, de mi abuelo. Veía mucho de mis ancestros cada día tan solo con mirarme al espejo. Sabía que era imposible, pero a veces juraría que tenía la sonrisa y el ceño de mamá.

—Maggie —volvió a gritar papá—. ¿Me has oído?

Me planteé no responder, porque me irritaba bastante que a la señora Boone le pareciera bien presentarse en casa tan tarde, como si yo no tuviera otras cosas que hacer. Tenía que venir a las doce del mediodía. Teníamos una rutina, un horario concreto, y esa tarde se lo había saltado. Ni siquiera entendía muy bien para qué se molestaba en venir cada día, o por qué le permitía que viniese a comer. La mayor parte del tiempo era de lo más antipática, diciéndome lo estúpida que era y lo ridículo que le parecía que no dijera una palabra.

Decía que era infantil.

Incluso inmaduro.

Supongo que seguí viéndola cada tarde porque era una de mis pocas amigas. A veces sus comentarios groseros eran tan molestos que me hacían reaccionar: una pequeña sonrisa, una risita silenciosa que solo yo podía oír. Aquel vejstorio de setenta años era una de las mejores amigas que había tenido jamás. También era mi enemiga favorita. Nuestra relación era complicada, así que la mejor forma de describirnos era como *enamigas*, enemigas amistosas. Además, quería tanto a su gata como cuando era una niña, y ella todavía me seguía por la casa, frotando su pelaje suave contra mis piernas.

—¿Maggie May? —exclamó de nuevo papá, esta vez dando unos golpecitos en la puerta del baño—. ¿Me has oído?

Di dos golpes en la puerta. Uno significaba que no y dos que sí.

—Bueno, no hagamos esperar a la señora Boone, ¿vale? Baja rápido.

Estuve a punto de dar un único golpe en la puerta con descaro, pero me contuve. Me recogí el pelo, empapado, en una trenza gigante que me caía por encima del hombro izquierdo. Me puse la ropa interior y deslicé mi vestido amarillo claro por mi cabeza. Cogí la novela que había dejado junto a la bañera, abrí la puerta del baño y bajé rápidamente las escaleras en dirección al comedor para ver a mi *enamiga* favorita.

La señora Boone siempre se vestía como si fuera a ver a la reina Isabel. Llevaba joyas y gemas en el cuello y en los dedos, que siempre relucían sobre las pieles sintéticas que llevaba en los hombros. Solía mentir diciendo que era piel de verdad, pero a mí no me engañaba. Había leído bastantes libros ambientados en los años cuarenta como para saber la diferencia entre la piel real y la sintética.

Siempre llevaba vestidos y medias con jerséis y tacones bajos, y le ponía a Muffins un collar reluciente y colorido que hiciera juego con su atuendo.

—Es de mala educación hacer esperar a las personas mayores, Maggie May —dijo la señora Boone tamborileando con los dedos sobre la mesa de roble de color cereza.

También es de mala educación hacer esperar a los jóvenes, señora Boone.

Le dirigí una sonrisa tirante y ella arqueó una ceja de forma desaprobadora. Me senté junto a ella y me acercó mi taza de té.

—Es té negro Earl Grey. Esta vez te gustará —dijo.

Di un sorbo y me dieron arcadas.

De nuevo, se equivocaba. Sonrió satisfecha al ver mi desagrado.

—Llevas el pelo fatal. No deberías dejar que se secara al aire libre. Cogerás un resfriado.

No, no lo cogeré.

—Sí —bufó—. Lo cogerás.

De algún modo, siempre sabía las palabras que no llegaba a pronunciar. Últimamente me preguntaba si sería una bruja o algo así. Si, tal vez, cuando era niña, un búho apareció en su ventana y le dejó una invitación para asistir a una escuela de brujas y magos, pero en algún momento se enamoró de un *muggle* y volvió a Wisconsin para escoger el amor en lugar de una auténtica aventura.

Si me pasara a mí, nunca escogería el amor en lugar de la aventura.

Siempre aceptaría la invitación del búho.

Era irónico, porque las únicas aventuras que había vivido habían sido a través de las páginas de las novelas.

—¿Qué has estado leyendo? —preguntó metiendo la mano en su enorme bolso y sacando dos sándwiches de pavo. No podía ver los sándwiches porque estaban envueltos en el papel marrón que utilizaban en Dulce Adicción, pero sabía que eran de pavo. La señora Boone siempre traía lo mismo: pavo, tomate, lechuga y mayonesa en pan de centeno. Ni más ni menos. Incluso los días que me apetecía atún, tenía que fingir que mi pavo era pescado.

Dejó uno delante de mí y desenvolvió el otro y le dio un gran mordisco. Desde luego, para ser una mujer menuda, sabía dar un gran mordisco.

Coloqué la novela delante de ella y suspiró.

—¿Otra vez?

Sí, otra vez.

En el último mes, había estado relejendo la saga de Harry Potter, lo que quizá tenía algo que ver con el hecho de que pensara que la señora Boone era una bruja. A decir verdad, también tenía la verruga típica de una bruja cerca de la nariz.

—Hay tantos libros en el mundo, y tú te las arreglas para leer los mismos una y otra vez. Es imposible que esas historias te sorprendan después de todo este tiempo.

Era evidente que no había leído ni releído Harry Potter.

Cada vez era diferente.

Cuando leí los libros por primera vez, sentí la emoción de la historia.

Cuando los releí, sentí más el dolor.

Nadie lee un libro excepcional dos veces y lo acaba con las mismas creencias que al principio. Un libro excepcional siempre te sorprende y te sugiere nuevas ideas y maneras de ver el mundo, sin importar cuántas veces hayas leído esas palabras.

—Voy a empezar a creer que te interesa la Wicca —dijo devorando su sándwich y sorbiendo su té. Sinceramente, era algo peculiar que una bruja le dijera eso a una *muggle*.

Muffins salió de debajo de la mesa y se frotó contra mi pierna para saludarme. Me agaché para acariciarla. *Hola, amiga*. Muffins maulló antes de tumbarse para que le rascara la barriga. Como no lo hice de la manera que quería, me pareció que murmuraba una palabrota en idioma gato, y entonces se fue, seguramente en busca de mi madre, que era una profesional acariciando a Muffins.

—¿Qué te pasa en la cara? —espetó mirándome con los ojos entrecerrados.

Arqueé una ceja, confundida. Ella movió la cabeza de lado a lado.

—Tus ojos tienen un aspecto horrible, como si no hubieras dormido desde hace días. Deberías dejar que Katie te trajera maquillaje. Estás espantosa.

Me toqué la zona inferior de los ojos. Era preocupante que alguien te dijera que tenías aspecto cansado cuando no te sentías así.

—Maggie, escucha. Tenemos que hablar. —La señora Boone se puso muy recta en su asiento y se aclaró la garganta—. Es decir, tienes que escuchar mientras yo hablo.

Yo también me erguí. Sabía que era algo serio, porque siempre que se ponía severa, se le dilataban las fosas nasales, y era lo que ocurría en ese momento.

—Tienes que salir de casa —dijo.

Casi me eché a reír.

¿Salir de casa?

Qué idea más absurda. Ella conocía mi situación; bueno, no la *conocía*, pero sabía bastante del asunto. En los últimos diez años, no había salido nunca. Mamá y papá me habían educado en casa desde el incidente, y cuando necesitaba ir al médico o al dentista, mis padres hacían que viniera a casa. La señora Boone sabía todo esto; era la razón por la que nunca bebíamos su asqueroso té en su casa.

Frunció el ceño.

—No bromeo, Maggie May. Tienes que salir. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte aquí para siempre? Estás a punto de terminar el instituto. ¿No te interesa la universidad?

No tenía respuesta a esa pregunta.

La señora Boone volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo esperas vivir tu vida? ¿Cómo te enamorarás? ¿O escalarás una montaña? ¿O verás la Torre Eiffel por la noche? Jessica, no podemos seguir apoyando esto —dijo.

Me quedé inmóvil y levanté una ceja. ¿Jessica?

—Tu padre y yo estamos llegando al límite y no podremos aguantar mucho más. ¿No quieres ser algo? ¿Hacer algo?

El silencio inundó la sala, y la señora Boone frunció el ceño como si estuviera muy concentrada pensando. Una nube de confusión asomó por su rostro y se presionó los ojos con las palmas de las manos. Sacudió la cabeza un poco antes de coger el té y darle un sorbo. Sus ojos parecieron perplejos cuando levantó la vista hacia mí.

—¿Qué estábamos diciendo? —¿A dónde iba?— Ah, sí. Tienes que salir, Maggie May. ¿Qué pasa con tus padres? ¿Van a tener que pasar el resto de sus días aquí metidos contigo? ¿No tendrán la oportunidad de vivir como un matrimonio sin hijos en su casa? Esto no es lo que tenían en mente.

Le di la espalda, enfadada y dolida, pero sobre todo avergonzada, porque tenía razón. Por el rabillo del ojo vi que seguía frunciendo el ceño. Cuanto más lo hacía, más me enfadaba.

Vete.

—Ah. Ahora estás gruñona y vas a tener una rabieta —murmuró.

Di un único golpe en la mesa. *No.*

Ella dio dos golpes.

—Sí. Una adolescente alterada que monta rabietas, qué original. Termínate el sándwich, gruñona. Volveré mañana.

Lo que tú digas, vejstorio. No vuelvas a venir tarde. Puse los ojos en blanco y golpeé el suelo con los pies con fuerza. Dios, estaba montando una rabieta. *Qué original.*

—Estás enfadada conmigo, y no pasa nada —dijo arrugando la bolsa marrón hasta formar una bola. Se levantó de la silla, se colgó el bolso al hombro y cogió mi novela. Dio unos pasos hacia mí y me levantó la barbilla con el dedo—. Pero solo estás enfadada porque sabes que tengo razón. — Me puso el libro en el regazo—. No puedes limitarte a leer estos libros y pensar que eso es vivir. Esa es su historia, no la tuya, y es muy doloroso ver a alguien tan joven desperdiciar la oportunidad de escribir su propia historia.

Capítulo 9

Maggie

—Estás empezando a cabrearme de verdad, Cheryl.

Cheryl y su novio Jordan discutían al otro lado del pasillo mientras yo leía una novela sentada en mi cama.

Corrección: Cheryl y su ex novio Jordan discutían al otro lado del pasillo mientras yo leía una novela sentada en mi cama.

—Ya te lo he dicho —gritó Cheryl dando golpecitos con el tacón de su zapato contra la pared. Tenía los brazos cruzados y no paraba de hacer burbujas con el chicle—. No soy yo, eres tú. Ya no me gustas como antes.

—Tienes que estar de coña —bufó Jordan dando puntapiés por el pasillo—. ¡Rompí con mi ex por ti! Pagué más de cien pavos por las entradas para el baile de graduación, un puto baile al que ni siquiera quería ir, por ti. Me he desvivido por tratarte bien. He rechazado fiestas para ver pelis de chicas contigo.

Cheryl se retorció un mechón de pelo con el dedo y se encogió de hombros.

—Nadie te pidió que hicieras todo eso.

Jordan soltó una risita, atónito.

—¡Sí! ¡Me lo pediste tú! Hasta te has fumado mi hierba cada noche.

—Solo estaba siendo amable contigo —explicó—. Si hubieras fumado maría tú solo, serías un fumeta. Fumar conmigo te hizo una persona sociable.

—Esto es una mierda —espetó, pasándose las manos por el pelo—. El baile es mañana. ¿Qué demonios voy a hacer?

—Ve tú solo.

Cheryl era hermosa, eso era un hecho. A lo largo de los años, su cuerpo se había desarrollado plenamente: pechos grandes, caderas grandes, cintura estrecha, mucho más rápido que mi cuerpo. En mi mente, tenía el cuerpo perfecto, y tras haber llevado aparato durante años, también tenía una sonrisa perfecta. Después de sentirse como una marginada por mucho tiempo, había creado una imagen que estaba decidida a representar, aunque eso implicara adoptar medidas extremas para perder peso por un mínimo de atención.

Otro hecho irrefutable de mi hermana: era consciente de su belleza y la utilizaba en casi cualquier situación para conseguir lo que quería, sin importar a quién pudiera hacer daño. Entonces venía a mi habitación y me hablaba de todos los chicos a los que utilizaba y a los que trataba mal solo para conseguir cosas de ellos. Citas, dinero, regalos, sexo, cualquier cosa, todo.

A veces pensaba que me contaba todo eso porque estaba resentida por haberse perdido tantas cosas de niña por mi culpa. Otras veces creía que se sentía culpable por lo que hacía, y mi silencio le hacía confiar un poquito en que lo que hacía estaba bien.

Era una falsa amante del amor profesional. Y además hacía que los chicos creyeran en el amor, algo difícil para los chicos de nuestra edad, sobre todo para un tipo malo reformado como Jordan. Literalmente, pasó de ser el mayor capullo existente a transformarse en un cachorrito cuando estaba cerca de Cheryl. Siempre parecía como si le suplicara que lo quisiera, salvo cuando lo cabreaba. Cuando se cabreaba, revelaba qué tipo de persona era realmente. Uno puede ocultar su verdadero yo

durante un tiempo, pero a la larga, las máscaras siempre acaban cayendo.

—No. Venga ya. Dijiste que me querías. —Jordan se atragantó. Estaba al borde de las lágrimas.

—Sí, quería, *en pasado*.

Eché un vistazo por encima de mi libro. Jordan tenía la cara roja, y a Cheryl parecía divertirse mucho al verle enfadado.

—No —siseó Jordan, agarrándola con fuerza del brazo.

Dejé el libro a un lado.

—No. No puedes hacer esto. No sin un motivo real.

—¿Quieres un motivo real? Vale. —Cheryl se liberó de un tirón y se irguió mirándole directamente a los ojos—. Me acosté con Hank.

Jordan abrió mucho los ojos.

—¿Qué? No, no es verdad.

—Sí. —Ella también abrió los ojos, y una sonrisa malvada asomó en sus labios.

Oh no. Iba a destrozarlo emocionalmente, igual que había hecho con muchos otros chicos en nuestro pasillo.

—Me lo tiré en la fiesta de Tim cuando estabas enfermo, y en su casa cuando te dije que iba a la peluquería, y ayer en mi habitación cuando...

Jordan cerró los ojos y los puños.

—Hank es mi mejor amigo.

Ella se rio y le dio un empujoncito en el pecho, obligándolo a alejarse de ella.

—Deberías escoger a tus amigos con más cuidado.

Su risa se desvaneció cuando Jordan le dio una fuerte bofetada. Su espalda colisionó contra la pared y se deslizó hasta el suelo.

No tenía ni idea de cómo había pasado, pero cuando me di cuenta, estaba en el pasillo con la novela en la mano, preparada para dejar inconsciente a Jordan si se acercaba un poco más a mi hermana. La cara de Cheryl se puso roja y se tocó la piel con la mano.

—Eres una puta —dijo Jordan, escupiéndole. Sus palabras me hicieron daño, y sus actos todavía más.

Empezó a gritarle y se le quebró la voz. «¡Maldita puta!», gritó, dándole un fuerte bofetón en la cara. Ella trastabilló y gimoteó, se llevó la mano a la mejilla. «Te lo he dado todo. Teníamos una vida juntos. Me hice cargo del negocio. Estábamos remontándolo. ¿Y qué pasa con nuestro hijo? ¿Qué pasa con nuestra familia?» La abofeteó una y otra vez. «¡Teníamos una vida!» La empujó contra el suelo y abrió mucho los ojos, como si estuviera loco, perturbado.

—Entrarás en razón, créeme —dijo Jordan a mi hermana—. Y estaré esperando cuando vuelvas a mí corriendo.

Levanté mucho los brazos, a punto de golpearle. Pisé fuerte. Mi mente viajaba del pasado al presente cada vez que pestañeaba. Di un pisotón detrás de otro hasta que Jordan se giró para mirarme. Cuando nuestras miradas se encontraron, retrocedí.

Jordan estaba revelando su lado oscuro. Todo el mundo tiene un lado oscuro, su propio demonio personal que mantiene encadenado la mayoría de los días. El demonio susurra mentiras al oído de la gente, llenándolos de miedo y de dudas, empujándolos a hacer cosas oscuras. El objetivo principal es controlar el sonido del demonio, permitirle únicamente que se asome un poco fuera del armario donde está encadenado. El demonio solo puede dominar la mente de la persona si lo libera

y le permite salir.

El demonio de Jordan se liberó de sus cadenas esa noche.

Su oscuridad me asustó.

Shh...

Parpadeé lentamente, y cuando volví a abrir los ojos, Jordan tenía una sonrisa astuta en la cara.

—¿Qué coño vas a hacer, bicho raro? ¿Vas a golpearme en silencio hasta la muerte con un libro? —Se acercó a mí e hizo como si fuera a abalanzarse sobre mí y a pegarme.

Un tirón brusco de mi vestido me detuvo en seco y la amapola de mi pelo salió volando y aterrizó junto a las ramas rotas del bosque. Había agarrado mi vestido con los dedos y me tiró al suelo. Con la respiración entrecortada, grité cuando se colocó encima y dejó caer todo su peso sobre mí. Sus manos sucias me taparon la boca para silenciar mis gritos.

Pataleé y grité, grité y pataleé. Iba a matarme.

Cuando abrí los ojos, estaba en el suelo, tapándome la cara con el libro, temblando de miedo, temblando por esos recuerdos. Odiaba esa parte de mí, esa parte que a veces volvía al pasado. Odiaba cómo me hacía temblar, cómo todavía se apoderaba de mí a veces, pero sobre todo, odiaba cuando los demás se daban cuenta. Había logrado esconder a los demás la mayor parte de mis ataques de pánico. La mayoría de mis ansiedades eran mi secreto.

Se echó a reír al ver mi reacción.

—Putá chiflada. Me largo de aquí.

Bajó corriendo la escalera y cerró la puerta principal al salir.

Me levanté rápidamente y corrí a asistir a Cheryl. Me incliné y extendí la mano para ayudarla a levantarse, pero ella la apartó de un manotazo.

—Dios, Maggie. ¿Por qué no te buscas una vida propia y te olvidas de la mía? —refunfuñó levantándose y frotándose la mejilla—. Eres ridícula.

Corrió a su habitación y cerró la puerta de golpe.

Yo me apresuré a entrar en la mía, cogí mi libreta y un rotulador, y corrí a llamar a la puerta de Cheryl.

Ella la abrió y puso los ojos en blanco.

—¿Qué quieres?

Garabateé en el papel.

No te acostaste con Hank.

Se pasó los dedos por el pelo y cambió el peso del cuerpo de un lado a otro.

—Vete, Maggie.

Ayer estabas comprando con mamá. No te acostaste con Hank.

—No es asunto tuyo.

Jordan te ha pegado.

—Yo le he provocado.

Te ha hecho daño.

—Yo le había empujado, Maggie. Le había empujado.

Tengo que decirle a mamá y papá que te ha pegado.

—¿Quieres callarte, Maggie? —dijo, medio gritando, medio susurrando. Cogió una página de mi libreta, la arrugó y la lanzó al otro lado de la habitación—. No entiendes cómo funcionan las relaciones de pareja, ni tan siquiera los chicos. Jordan se pone así a veces. Yo le presiono y él

reacciona presionándome a mí. Deja de montar un drama por todo. No todo el mundo está tan traumatizado ni tan dañado como tú, ¿vale? Y solo porque seas un bicho raro y no tengas vida propia, no significa que puedas entrometerte en la mía.

Di un paso atrás.

Uff.

Durante un segundo, el labio superior de Cheryl tembló y se le pusieron los ojos vidriosos. ¿Quizá se arrepentía de haber herido mis sentimientos? Sacudió la cabeza para deshacerse de la sensación.

—No voy a disculparme, ¿vale? Me has presionado, Maggie, así que yo hago lo mismo. De todas formas, Jordan y yo ya no estamos juntos, así que da igual. Ahora tengo cosas mejores de las que ocuparme. Así que, si no te importa... —Levantó la mano y me hizo un ademán de despedida—. Adiós.

Suspiré y me fui a mi habitación, de vuelta a mi rincón tranquilo del mundo, y volví a coger el libro.

A veces me preguntaba cómo sería salir de casa, pero si había gente como Jordan al otro lado de la puerta, estaba mejor dentro.

No podía concentrarme.

Llevaba varios minutos sentada en la cama con el libro abierto por la página 209, pero no era capaz de empezar a leer. Mi mente no paraba de proyectar la imagen de Jordan pegándole a mi hermana. La expresión de sorpresa de Cheryl al sentir el contacto de su mano. El grito que escapó de sus labios.

Cerré los ojos.

Shh...

—¿Estás bien esta noche, Magnetismo? —dijo más tarde Brooks desde la puerta de mi habitación con una mochila colgada al hombro. Abrí los ojos y suspiré de alivio. Él no sabía lo oportuno que era, pero siempre aparecía cuando lo necesitaba.

Cerré el libro y me senté con las piernas cruzadas en la cama, mirándolo. Le había crecido bastante esa mata de pelo castaño, su estilo de estrella del rock, y le llegaba por debajo de las cejas. De vez en cuando echaba un poco la cabeza hacia atrás para apartarse el pelo de los ojos. A veces arrugaba los labios y soplaba fuerte para mover los mechones, pero nunca, nunca, utilizaba los dedos para guiarlos. Siempre me dirigía una amplia sonrisa cuando me miraba, lo cual me hacía sonreír. No siempre me apetecía sonreír, pero Brooks me hacía sentir como si no deseara hacer otra cosa que sonreír.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

La respuesta era sí. La respuesta siempre era sí.

Se sentó en mi cama. Cogí la libreta y el bolígrafo de mi mesita de noche y abrí la libreta por la primera página que había en blanco. Junto a mi cama había una papelera llena de bolas de papel de las noches anteriores en que Brooks había venido a visitarme. Era la mejor forma de comunicarnos. Por la mañana solo escuchábamos música, pero por la tarde él hablaba y yo escribía. Había intentado comunicarme de la misma forma con la señora Boone, pero me dijo que no iba a ayudarme a matar árboles. Además, decía que tenía voz, y que debería poder usarla.

—He oído que la señora Boone y tú os habéis peleado —dijo. Puse los ojos en blanco y él se

echó a reír—. Tiene buenas intenciones, ya lo sabes, ¿verdad? Fui a su casa a dejar a Muffins y me contó todo lo que te había dicho. No estoy diciendo que la forma de decirlo fuera la correcta, pero llevaba razón... —Guardó silencio al ver mi mirada de enfado.

—Tenía razón. —Se rio—. Eres una gruñona.

Empecé a escribir en el papel.

Me llamó Jessica.

Él frunció el ceño.

—Sí. —Se movió un poco y miró hacia arriba. Levanté una ceja y él miró hacia arriba, fingiendo no haberme visto. Le di un golpecito en el hombro con los dedos—. No puedo contártelo, Maggie.

Volví a darle un golpe y él suspiró.

—Está bien, pero tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie, ¿vale?

Arrugué la nariz. ¿A quién se lo iba a decir? Él se echó a reír y me dio dos toques en la nariz.

—Olvidaba que estaba hablando con la chica perfecta para guardar secretos. Pues mi madre dice que la señora Boone está teniendo problemas de memoria. El fin de semana pasado se la encontró dando vueltas, sin saber muy bien dónde estaba. Mamá dice que podría ser un principio de Alzheimer, y que quiere que examinen a la señora Boone, solo por si acaso.

¿Y lo han hecho?

Frunció el ceño.

—Ya conoces a la señora B. Es un poco cabezota, por decirlo suavemente. Dice que está bien y que no necesita que nadie se meta en sus asuntos.

Empezó a formarse en mi estómago una sensación de preocupación al imaginar que pudiera pasarle algo grave a la señora Boone. Aunque la odiaba, la quería mucho. La idea de que le ocurriera algo me daba náuseas.

Hice amago de escribir más palabras a Brooks, pero él me lo impidió.

—Espera, tengo algo para ti. Para nosotros dos. —Se quitó la mochila, la abrió y sacó una enorme pizarra blanca y un paquete de rotuladores—. He pensado que así será más fácil escribir y no desperdiciar todo ese papel. Además, así, si alguna vez tenemos que decirnos algún secreto, no tendré que hablar, y entonces podremos borrar las pruebas y ya está.

Sonreí.

Él sonrió.

Cogí un rotulador para escribir, pero antes de que pudiera hacerlo, él habló.

—Hoy he roto con Lacey. —Arrastré el rotulador por la pizarra y lo miré boquiabierto. Él se rio nerviosamente y se encogió de hombros—. Sí, ya lo sé. —Lacey y Brooks llevaban saliendo nueve meses, nueve meses, dos semanas y cuatro días, para ser exactos, pero no es que los estuviera contando.

¿Por qué?

—Bueno, supongo que ella rompió conmigo. Dice que no puede ser la tercera opción en mi vida.

¿Tercera?

—Música... y, bueno... —Me dirigió una sonrisa que parecía más bien una mueca—. Tú.

Se me encogió el pecho y me erguí. Él siguió hablando.

—Cree que paso demasiado tiempo contigo porque vengo a verte cada día. Está un poco celosa, y tiene esta idea absurda de que hay algo entre nosotros.

¿Era así? ¿Había algo entre nosotros?

Puso los ojos en blanco.

—Lo cual no es verdad, por supuesto. Le dije que solo somos amigos, porque lo somos.

Claro. Por supuesto. No teníamos nada más. Agarré el colgante del ancla que llevaba alrededor del cuello y lo apreté un poco en la palma de la mano.

Brooks y yo éramos solo amigos. ¿Por qué sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago?

—Bueno, pensé en decírtelo a ti antes que a nadie. Es una lata porque me he gastado un montón de dinero en un esmoquin para ir mañana a la graduación. Pero bueno, no es para tanto.

Pero yo sabía que sí era para tanto, porque siempre que Brooks lo pasaba mal, se mordía el pulgar derecho.

Lo siento mucho, Brooks. Siento que lo estés pasando mal.

—Sí, yo también. Me gustaba, ¿sabes? Lacey era genial. Pero... —Frunció el ceño al mirar las palabras de la pizarra, y luego las borró con la palma de la mano—. ¿Lo ves? Un barrido con la mano y el dolor se va.

Se levantó y empezó a dar vueltas por mi habitación y a pasar el dedo por el borde de todas mis novelas. Sabía que el dolor seguía allí, porque otra cosa que hacía Brooks cuando estaba triste era ir de un lado a otro y echar un vistazo a mis libros.

La estantería diminuta, que tenía desde que era pequeña, estaba abarrotada de novelas, y las que no cabían en los estantes, estaban en el suelo, rodeando el perímetro de mi habitación.

Al contrario que la mayoría de la gente, mis libros no estaban organizados por temática o autor. Estaban colocados en base al color de la portada. Todos los rojos estaban agrupados, mientras que los morados también estaban juntos. Así que, cuando alguien entraba en mi cuarto, veía una especie de arcoíris en la habitación.

—¿Qué es esto? —preguntó. Había cogido un cuaderno pequeño con encuadernación de cuero.

Me levanté de la cama de un salto y corrí hasta él. Sonrió maliciosamente.

—Vaya... ¿tal vez el diario de Magnetismo?

Di un salto para cogerlo y él lo sostuvo por encima de su cabeza. Volví a saltar, y él se lo escondió detrás de la espalda. Moví los brazos sin parar, intentando arrebatárselo.

—¿Qué tipo de cosas escribes aquí, eh? ¿Tus sucios secretillos? No puedo evitar preguntármelo... —Sonrió más y su sonrisa me hizo sentirme feliz, y enfadada, y alterada, y asustada, todo a la vez. Cuanto más brincaba para evitar que le quitase el diario, más saltaba yo para intentar agarrarlo. Cada vez que mi piel rozaba la suya, deseaba acercarme más. Cada vez que me tocaba, quería más. Se reía sin parar—. Perdona, Maggie. Sé que nunca me perdonarás, pero tengo que hacerlo. Voy a leer una página para ver qué tipo de ideas se te pasan por...

Lo abrió por la primera página.

Dejó de moverse.

Dejó de hablar.

Y dejó de reírse.

—¿La lista de Maggie de cosas por hacer? —preguntó.

Las mejillas me ardían y se me encogió el estómago. Retrocedí hasta mi cama y me senté.

Él me siguió, se sentó y me devolvió el diario.

La culpa era de la lectura.

La lectura era un regalo y una maldición para mí. Los libros hacían que pudiera escapar a un

mundo que nunca había experimentado, pero al mismo tiempo, me recordaban todas las cosas que me estaba perdiendo.

Así que hice una lista.

Una lista para que, si algún día, de alguna forma, lograba salir por la puerta de casa, tuviera cosas que hacer, que ver, que explorar. Tal vez eran castillos en el aire, pero si los libros me habían enseñado algo, era que soñar valía la pena. Siempre.

Mi lista crecía cada día. Siempre que ocurría algo emocionante en alguna de mis novelas, lo añadía al cuaderno, junto con el nombre de la novela de donde había sacado la idea. Montar a caballo, gracias a *Fuego de juventud*. Ir a un baile y salir corriendo de forma dramática, por *Cenicienta*. Estar en dos lugares al mismo tiempo, por *Un paseo para recordar*.

Había cientos de cosas en mi lista, y había días en que me preguntaba si llegaría a tachar al menos una.

—¿Es una lista de cosas que quieres hacer? —preguntó aunque sabía la respuesta. Asentí—. Puedes hacerlas todas, ¿lo sabes?

Quizá.

Entonces borré la palabra.

Él escribió: *Seguro*.

Y borró la palabra de la pizarra, pero permaneció en mi mente.

Nos quedamos en silencio un momento, mirando la pizarra vacía.

—¿Qué quieres ser cuando seas mayor, Maggie?

Había pensado mucho en ello. ¿Qué quería ser? ¿Qué *podría* ser? Tal vez escritora. Podría publicar libros por internet, y nunca tendría que salir de casa. O quizá artista, y papá podría llevar mis obras a las ferias para venderlas. O tal vez...

Cogí el rotulador y escribí exactamente lo que quería ser.

Feliz.

Brooks cogió otro rotulador y escribió también lo que quería ser él.

Feliz.

Borró nuestras palabras con los dedos y se levantó de un salto de la cama, fue al escritorio y empezó a revolver mis bolígrafos y lápices. Cuando encontró lo que buscaba, volvió conmigo y empezó a escribir en la pizarra.

Un día te despertarás y saldrás de casa, Magnetismo, y descubrirás el mundo. Un día verás el mundo entero, Maggie May, y ese día, cuando salgas al exterior y respires por primera vez, quiero que me busques. Pase lo que pase, búscame, porque yo seré quien te lo enseñe. Voy a ayudarte a tachar cosas de tu lista. Voy a enseñarte el mundo entero.

Y así fui suya, y él ni siquiera lo supo.

¿Lo prometes?, escribí.

Lo prometo, respondió.

Borré las palabras y, cuando pasé la mano por encima de cada letra, solo desapareció mi promesa, pero la suya permaneció escrita. Él sonrió y me enseñó su rotulador permanente.

—No se puede borrar. Quiero que conserves la pizarra así. Que guardes mi promesa. Mañana te traeré otra pizarra para conversaciones banales.

Asentí, y los dos nos tumbamos en la cama. Brooks sacó el iPod.

Waterfall de The Fresh & Onlys.

—La guitarra eléctrica en esta canción es una puta maravilla. Te hace sentir como si estuvieras

en medio de la nada y del todo al mismo tiempo. Si escuchas, oirás también lo perfecto que es el bajo. La manera en la que aumenta el diapasón es... —Suspiró y dejó caer las manos sobre el pecho—. Una joya.

Casi nunca entendía de qué hablaba cuando explicaba cosas de música, pero me gustaba cómo lo revivía.

—Brooks. —Calvin asomó la cabeza por la puerta y le hizo un gesto con la ceja a su mejor amigo—. En cinco minutos ensayamos. Vamos. Tenemos que repasar la carta que enviaremos con las demos —dijo.

Brooks y Calvin eran famosos... bueno, *algo* famosos. Famosos en el sentido de que solo yo sabía que existían. Eran los cantantes en su banda, y tenían mucha práctica a base de actuar en nuestro garaje. Aunque no los habían descubierto todavía, sabía que algún día serían grandes.

Eran demasiado buenos como para pasar desapercibidos.

—Vienes a grabarnos, ¿verdad, Magnetismo? —preguntó Brooks tras levantarse de mi cama. Parecía tan animado como siempre.

Por supuesto. Cogí mi cámara de vídeo y me levanté. Con la otra mano, cogí mi lectura actual. Nunca me perdía el ensayo de la banda; era lo mejor del día. Siempre me sentaba y los grababa desde la cocina. Mamá y papá me habían regalado una cámara de vídeo hacía unos años, porque un terapeuta dijo que podría abrirme y hablarle a la cámara o algo así. El resultado fue que me pasé horas mirándome a mí misma, parpadeando, así que en vez de desperdiciar la cámara, la utilizaba para grabar la banda de mi hermano.

Antes de bajar, me asomé a la ventana, que daba a la calle, y miré al porche de la señora Boone, donde descansaba en su mecedora de mimbre mientras Muffins dormía a su lado.

Movía los labios como si estuviera manteniendo una conversación con el hombre invisible que estaba sentado en la otra mecedora de mimbre. *Su Stanley*.

Toqué con los dedos el cristal frío y sus labios formaron una sonrisa. Se rio de algo que había dicho, y luego tocó la mecedora vacía que descansaba junto a ella y la movió al mismo ritmo que la suya.

La vida de la señora Boone se estaba ralentizando, y durante días vivía en sus recuerdos. Cuando no vivía en sus recuerdos, me decía a mí cómo debería construir los míos. A muchos les habría parecido triste cómo vivía actualmente, pero en mi opinión, la señora Boone era muy afortunada. Puede que estuviera aislada, pero en su mente nunca estaba sola del todo.

Mis recuerdos eran dispersos, y estaba segura de que algunos de ellos, quizá la mayoría, los había robado de los libros. Parte de mí estaba molesta por la manera en que me presionaba, pero otra parte sabía que necesitaba que lo hiciera. Ella era, en parte, la razón por la que tuve que hacer una lista de cosas por hacer. Incluso cuando era desagradable conmigo, seguía creyendo que yo tenía un futuro.

Hay que mantener cerca a aquellos que creen en ti cuando tú no crees en ti misma.

Capítulo 10

Maggie

—¡Un, dos, un, dos, tres, vamos! —canturreó Calvin en el garaje antes de empezar a *rockear* con su bajo junto con Brooks y su banda. Me senté en el suelo de la cocina para grabarlos desde la puerta del garaje, y cada vez que paraban para hablar, seguía leyendo mi novela.

Cuando era más joven, leer no era exactamente lo mío, pero con el paso de los años, se convirtió en la voz que había perdido. Era casi como si los personajes viviesen en mi cabeza y compartieran sus pensamientos conmigo y viceversa.

En los últimos diez años, había leído más de ochocientos libros. Había vivido más de ochocientos érase una vez. Me había enamorado unas seiscientas noventa veces, había sentido lujuria alrededor de veinte veces, y había odiado unos mil millones de veces. A través de esas páginas, había fumado marihuana, había hecho paracaidismo y había nadado desnuda. Algunos amigos me habían apuñalado por la espalda, física y emocionalmente, y había lamentado la muerte de mis seres queridos.

Había vivido las vidas de cada personaje entre las cuatro paredes de mi habitación.

Mi padre me traía un libro nuevo (o cinco) cada dos semanas, cuando cobraba. Supuse que pasaba el veinte por ciento de su tiempo en las librerías, buscando mi próxima lectura.

Mi momento favorito del día era cuando los chicos venían a casa después de clase y tocaban en el garaje mientras yo me sentaba a leer y los escuchaba desde la cocina. Siempre me tomaba un descanso de los libros cuando los chicos empezaban a discutir sobre las letras, los acordes o la forma en que Owen tocaba la batería.

—Rudolph, yo solo digo que vas a destiempo —dijo Oliver, el teclista, con un gruñido.

Oliver era un tipo grande que sudaba más de lo que respiraba. Siempre llevaba la camiseta llena de manchas de sudor. Cuando se levantaba del taburete de su batería, se veían las manchas de sudor de su trasero, y los chicos se burlaban de eso. Además, Oliver siempre tenía hambre. Si no estaba comiendo, estaba hablando de comida. Era un carnívoro al que le gustaba cualquier tipo de carne más que nadie que hubiera conocido. Al margen de su exceso de sudor y su amor por los filetes, Oliver era también el osito de peluche más grande del grupo, y nunca se peleaba con nadie por nada, salvo con Owen, también conocido como Rudolph. Los dos discutían por cualquier cosa. Ese día, la discusión empezó porque Rudolph iba a destiempo; siempre iba a destiempo.

—No sabes de lo que hablas, Oli. Estás tocando demasiado rápido. Tienes que frenar.

Rudolph era completamente opuesto a Oliver: vegetariano, flaco y siempre llevaba varias capas de ropa porque hiciera la temperatura que hiciera, estaba helado. Solía tener la nariz roja, como el reno de Papá Noel, de ahí el apodo.

—Tío, ¿estás de coña? No sabes nada de nada. Tienes que... —empezó a decir Oliver, pero Rudolph le interrumpió.

—No, eres tú quien tiene que...

—¡LIMPIARSE LAS OREJAS! —Oliver y Rudolph gritaron al unísono.

En pocos segundos estaban mirándose cara a cara, empujándose y dándose golpecitos mientras gritaban. Oliver rodeó el cuello de Rudolph con el brazo y le obligó a meter la cabeza debajo de su axila.

—¡Uf! Qué asco. ¡Venga ya, Oli! ¡Nadie se merece eso! —exclamó Rudolph. La cara se le estaba poniendo del mismo color que la nariz—. ¡Suéltame!

—¡Dilo! ¡Dilo! —ordenó Oliver—. ¡Di que soy el mejor al teclado!

—Eres el mejor al teclado, ¿vale, imbécil?

—¡Y di que mamá me quiere más a mí porque nací antes! —se burló Oliver.

—Que te den, Oli... —Oliver hundió más la cabeza de Rudolph debajo de su brazo, haciéndole lloriquear como a un cachorrito triste—. ¡Vale! ¡Mamá te quiere más a ti! Eres al que más quiere, maldita albóndiga.

Oliver soltó a su hermano pequeño (se llevaban diecisiete minutos) y aplaudió con una amplia sonrisa. Eran mellizos, y peleaban como tal. Siempre era entretenido verlo.

Mientras observaba cómo los chicos seguían peleándose, Brooks y Calvin se quedaron en una esquina, con la atención puesta en un cuaderno en el que garabateaban letras y cualquier idea que se les ocurriera para la banda. La mayor parte del tiempo, Brooks y mi hermano eran unos auténticos gansos, como los mellizos, salvo cuando ensayaban. Estaban motivados, centrados y decididos a ser los diamantes en bruto de Harper County, Wisconsin, que llegarían a Hollywood.

Mamá entró en la cocina con cuatro pizzas en la mano y gritó:

—¡Chicos! ¡A comer!

Eso bastaba para que todos entrasen en casa. Solo la pizza de pepperoni era mejor que Hollywood.

Me senté a la mesa con los chicos mientras repasaban sus planes de comprar enormes mansiones, Ferraris, yates y monos cuando fueran grandes.

—¿No creéis que deberíamos pensar un nombre para la banda si vamos a ser grandes? —preguntó Rudolph devorando su pizza de queso sin gluten.

—Espera, ¿entonces Loros Sin Padres no os parece bien? —preguntó Brooks, limpiándose la salsa de la cara con el dorso de la mano.

—A mí me parece genial —respondió Oliver.

—¡A mí me parece ridículo! —replicó Rudolph—. ¡Tendríamos que tener algo relacionado con los ninjas!

—¡No, piratas!

—¡Piratas ninja! —gritó Calvin.

Los chicos empezaron a interrumpirse unos a otros, y yo me quedé sentada en silencio, mordisqueando mi pizza, observándolos. La mayor parte del tiempo me sentía como una mosca en la pared siempre que había gente, escuchando disimuladamente sus vidas, porque en general olvidaban que existía debido a mi silencio.

Pero de vez en cuando...

—¿Tú qué opinas, Magnetismo?

Brooks me dio un toque en el costado, y aquel leve gesto hizo que una sensación de calor me recorriera todo el cuerpo. Sus ojos me sonrieron, y mis latidos se aceleraron. Me encantaba eso de él. Me encantaba que me viera cuando el resto del mundo olvidaba que existía. Le dirigí una pequeña sonrisa y me encogí de hombros.

—Venga —dijo abriendo su cuaderno por una página en blanco y pasándome el bolígrafo. Al cogerlo, dejé que mis dedos le rozaran la mano. Observaba todos mis movimientos y yo me aseguré de hacer que cada gesto fuera importante.

¿Podía sentirlo? ¿Mi calor? ¿Mi deseo? ¿Mi necesidad?

Cuando empecé a escribir, él sonrió y estudió la curva de mi mano al recorrer el papel. Cuando terminé, empujé el cuaderno hacia él.

—Crooks —dijo en voz alta, sosteniendo el cuaderno en la mano.

—¿Crooks? —bramó Rudolph, desconcertado.

—¿Crooks? —repitió Oliver con un tono algo más agudo que Owen.

—La C es de Calvin, la O es de Owen, la otra O es de Oliver, y bueno, el resto es Brooks —explicó—. ¿Verdad, Maggie?

Asentí.

Sí. Sí.

El hecho de que hubiera entendido el significado del nombre sin que yo se lo explicara hizo que mi corazón quisiera estallar. ¿Cómo podía entender los pensamientos que nunca expresaba? ¿Cómo podía comprenderme sin esfuerzo?

—¡Crooks! —exclamó Calvin, dando un manotazo en la mesa.

—Me encanta. Joder, me encanta —gritó mi hermano—. Imaginaos en el escenario. «Hola, somos The Crooks, y esta noche estamos aquí para robaros los oídos».

Me reí para mis adentros mientras ellos seguían charlando.

—¡Somos The Crooks, y esta noche estamos aquí para robaros el dinero! —bromeó Oliver.

—¡Somos The Crooks, y esta noche estamos aquí para robaros el corazón! —rio Brooks.

—¡Sí! ¡Sí! Y qué tal... Somos The Crooks y... y... y... —Rudolph frunció el ceño—. Vaya, ya habéis dicho las mejores frases.

—El que se fue a Sevilla, perdió su silla, hermanito. A lo mejor si añadieras más proteína a tu dieta, tu cerebro no sería tan lento. —Oliver se echó a reír.

—Sí, Oli, porque comerte a Bambi es lo que te hace inteligente. Eso es. Seguramente por eso has sacado un sobresaliente en cálculo, ¿verdad? —respondió Rudolph con sarcasmo—. Ah, espera, que has suspendido.

Los mellizos empezaron a discutir y supe que nada podría detenerlos, hasta que apareció ella. Cheryl. Parecía haberse recuperado por completo del encuentro con su ex novio y volvía a hacer gala de su personalidad seductora.

—Hola chicos —canturreó Cheryl meneando las caderas y retorciendo un mechón de su pelo alrededor del dedo.

¡Yo te enseñé ese gesto cuando éramos niñas!

—No sabía que estaríais todos aquí esta noche. —Cheryl siempre adoptaba un tono más grave cuando hablaba con chicos. Intentaba sonar seductora, pero a mí me sonaba a alguien que fumaba quince paquetes de cigarrillos diarios. Ridículo. Y por supuesto, ya sabía que estarían allí ensayando. Siempre estaban en nuestra casa.

—¡Ah, hola, Cheryl! —Los mellizos se incorporaron y sus ojos aterrizaron en su propio par de mellizas.

—Estás guapa —exclamó Rudolph.

—¡No, estás estupenda! —gritó Oliver.

—¡Radiante!

—¡Despampanante!

—¡Sexy! —gritaron los mellizos al unísono.

Cheryl pestañeó con coquetería y los ignoró. Miró a Brooks, que no le hacía ni caso. Calvin y Brooks tenían la cabeza metida en el cuaderno, concentrados en sus futuros planes. Brooks nunca

había parecido interesarse mucho por mi hermana, seguramente porque la conocía desde que llevaba pañales. Pero yo notaba que eso molestaba a Cheryl. Todas las chicas querían que Brooks se fijara en ellas... incluida yo.

—Hola, Brooks —dijo—. ¿Cómo estás?

Siguió retorciéndose el pelo y yo puse los ojos en blanco. Brooks la miró y sonrió antes de volver a centrarse en su cuaderno.

—Bien, Cheryl. ¿Tú cómo estás?

Se sentó en la mesa del comedor y entonces presionó con los codos sus pechos para juntarlos.

—Estoy bien. Jordan ha roto conmigo hoy.

¿De veras? ¿Él ha roto contigo? Eso no es lo que he oído...

—¿Ah sí? —respondió educadamente, sin mucho interés—. Siento oír eso.

—Sí. He oído rumores de que tú has roto con Lacey. —Frunció el ceño, por supuesto, con dramatismo—. O, bueno, que ella ha roto contigo. Qué mal.

Brooks se encogió de hombros.

—Esas cosas pasan, supongo.

—Sí, pero es una lata, porque iba a ir al baile con él, porque está en el último año. Ya había comprado el vestido.

—¡Yo no tengo con quién ir! —exclamó Rudolph.

—¡Yo tampoco! —intervino Oliver.

—Pero vosotros no tenéis esmoquin. Sé que Calvin fue con Brooks a comprar el suyo... ¡Ah! ¡Tengo una idea! —gritó Cheryl dando una palmada.

Oh, no.

—¿Qué te parece si vamos juntos tú y yo, Brooks? Podríamos ir como amigos, ¿sabes? No tiene sentido que nos perdamos el baile, ¿verdad?

Brooks titubeó, porque quería ser amable. No quería avergonzar a Cheryl delante de todos, y Cheryl lo sabía. Probablemente por eso se lo había pedido delante del grupo.

—¿No crees que es una idea genial, Maggie? —dijo Cheryl lanzándome una mirada de advertencia antes de girarse hacia Brooks y adoptar una voz empalagosa—. Maggie ha estado ahí para ayudarme después de que rompiéramos. Y sabe lo importante que es el baile para mí. Hemos estado hablando del tema durante semanas.

No, no era cierto. Ni siquiera sabía que mi hermana iba al baile hasta poco antes de que su ex novio le pegara.

Cerré los ojos un segundo.

Shh...

—Bueno... —A Brooks se le quebró la voz y abrí los ojos. Se frotó la nuca y me miró, suplicándome con los ojos que lo ayudara, pero ¿qué podía decir yo?

Nada.

—Supongo que estaría bien ir como amigos.

Me asombró que un corazón pudiera romperse en una habitación abarrotada y que ni una sola persona pudiera oírlo.

Capítulo 11

Maggie

Odiaba todo lo relacionado con el baile: los vestidos, el baile lento, las flores. Odiaba lo artificial y cliché que era, lo falso que parecía, pero sobre todo odiaba el hecho de que nunca podría ir a un baile porque me estaba educando en casa. También odiaba que Cheryl estuviera en tercero y ya fuera a asistir a su *segundo* baile de último curso.

—A ver, de todas formas, no es que puedas ir tú con él, y no tiene sentido que vaya solo, ¿sabes? —Cheryl hacía explotar la burbuja de su chicle una y otra vez. Estaba delante de mi tocador, poniéndose la decimoquinta capa de barra de labios rojo intenso. Yo estaba sentada en mi cama con un libro contra el pecho, escuchando a mi hermana dándome la tabarra.

Se quitó la barra de labios roja y se puso un tono morado oscuro. Cuando acabó, se sonrió a sí misma, como si estuviera muy orgullosa de su belleza. *Como si fuera obra suya y no de la genética.* Su vestido largo y dorado brillaba cada vez que movía las caderas, algo que hacía a menudo.

—Además —sonrió de forma traviesa—, creo que le gusto.

Me reí para mis adentros.

No es verdad.

Se giró hacia mí y apretó los labios.

—¿Qué opinas? ¿Este color o el rojo? —Frunció el ceño—. No sé ni por qué pregunto. No sabes nada de maquillaje. A lo mejor sabrías más si no tuvieras siempre la cara metida en un libro. —Se acercó a mí rápidamente y se sentó en la cama. Agarré el libro con más fuerza pero ella me lo quitó y lo tiró al suelo.

Dios mío. Eso tenía que ser algún tipo de maltrato, ¿no? Acababa de machacar y golpear a decenas de personajes, decenas de amigos míos. Quitarme el libro de esa manera era grosero, pero tirarlo era razón de más para romper nuestros lazos familiares.

—En serio, Maggie. Ya eres rara de por sí con eso de no hablar y no salir de casa. ¿De verdad quieres que se te conozca como la chica que solo lee? Es un poco siniestro.

Tu cara es un poco siniestra.

Me limité a sonreír y encogerme de hombros. Ella se echó el pelo hacia atrás.

—Bueno, centrémonos en lo importante. Estoy bastante segura de que todavía está triste porque Lacey ha roto con él antes del baile. Y sabiendo lo mucho que te importa, me ofrecí a ir con él, porque sé que no te gustaría que se perdiera algo que deseaba tanto. Solo voy por ti, Maggie.

Qué noble.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo por no poner los ojos en blanco delante de mi hermana. *Hermana.* Ese día estaba utilizando el término en un sentido muy amplio.

—El caso es que le dije a Brooks lo mucho que apoyabas la idea de que fuese con él, así que gracias por tu apoyo. —Me dedicó una sonrisa cursi y volvió a echarse el pelo rizado hacia atrás—. Brooks y yo hemos quedado con Calvin y Stacey en nuestro patio para hacernos fotos dentro de unos diez minutos. Así que, ¿qué barra de labios?

Señalé la morada porque quería que estuviera horrible.

Ella escogió la roja, que le sentaba genial.

—¡Perfecto! —Se levantó de mi cama, se alisó su precioso vestido y se contoneó delante de mi espejo por última vez—. Debería salir ya. Brooks estará esperándome. —Salió de mi habitación meneando las caderas de izquierda a derecha sin parar.

En cuanto desapareció de mi vista, me acerqué rápidamente a mi novela, la cogí y froté la cubierta.

Lo siento, amigos.

Apreté el libro con fuerza y me asomé a las ventanas que daban al patio para mirar a mi hermano y su novia riéndose y abrazándose, muy bien vestidos para el baile. Calvin hacía reír tanto a Stacey que el sonido llegaba hasta el cielo. Apoyaba las manos en su pecho, y los ojos de él siempre estaban fijos en ella. Me pregunté cómo se sentiría alguien cuando te miraban un par de ojos tan llenos de amor.

Desvié la mirada hacia Cheryl, que se hacía fotos a sí misma mientras esperaba con impaciencia a que Brooks apareciera para ser su chico escaparate. Él nunca llegaba tarde, así que me sorprendió un poco no verlo todavía. Se me encogió el estómago y corrí a la otra ventana para ver si todavía estaba en su casa, al otro lado de la calle. No recordaba la última vez que había visto a Brooks con esmoquin, y mentiría si dijera que no me interesaba ver eso. Siempre estaba muy guapo y parecía feliz.

Se me aceleraron los latidos del corazón mientras esperaba a que saliera de su casa y cruzase la calle en dirección a mi patio para que le invadiese la lujuria al ver a Cheryl.

Cerré los ojos e inhalé profundamente. Un breve ruego cruzó mi mente.

No lo hagas, Brooks.

Se merecía algo más. Se merecía más que los juegos de Cheryl.

Se merecía que lo quisiera alguien que supiera lo hermosas que eran sus sonrisas ladeadas, lo brillante que era su mente y lo bien que se le daba comunicarse sin pronunciar ninguna palabra.

—¿Estás bien hoy, Magnetismo?

Eran mis palabras favoritas. Abrí los ojos de golpe y me volví para ver a Brooks en la puerta. Llevaba un esmoquin azul marino y una corbata de lunares blanca y negra, a juego con unos calcetines de lunares. Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás, y sus ojos marrones sonreían por sí solos, como lo hacían siempre. En la mano llevaba una caja transparente que contenía un ramillete para la muñeca, un arreglo muy bonito de flores amarillas y lazos rosas.

Vaya, Brooks.

Estaba más guapo de lo que había imaginado, y el estómago se me llenó de mariposas mientras me desenredaba el pelo con los dedos. Sonreí. Él me devolvió la sonrisa, siempre por la comisura izquierda de la boca. Me pregunté si sabría... Si sabría que su sonrisa me mareaba.

—¿Puedo pasar? —preguntó metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

Asentí. *Siempre.*

Entró en mi habitación y se acercó a la ventana para mirar al patio, donde Cheryl le mandaba un mensaje de texto a alguien, aporreando las teclas con los pulgares. En unos segundos, sonó el teléfono de Brooks.

—Está enfadada conmigo por llegar tarde —explicó meciéndose un poco. Su teléfono volvió a sonar dos veces más—. Ese es el decimoséptimo mensaje que me manda.

Miré a mi hermana, que iba a salir con Brooks solo para fastidiarme. Por algún motivo, estaba mejor cuando veía lo mal que yo me sentía al no poder hablar o salir de casa.

—No quería ir con ella —dijo Brooks. Ladeó la cabeza hacia mí y frunció el ceño—. Cuando Lacey rompió conmigo, pensé en quedarme en casa o algo así. Jugar a algún videojuego. Tal vez

venir aquí a escuchar música contigo o algo, pero Cheryl no paraba de decirme lo mucho que significaba para ti que fuera con ella.

Arqueeé una ceja. Él se rio.

—Ya. Debí suponerlo. —Nos quedamos en silencio un momento, observando cómo Cheryl entraba en pánico y cómo Calvin y Stacey se enamoraban aún más. Unos cuantos pájaros pasaron volando junto a la ventana, y Brooks dejó escapar un leve suspiro—. ¿Tú crees que Calvin y Stacey saben que son tan perfectos que hasta resultan irritantes?

Asentí y él soltó una risita. Sí, lo sabían.

—Cal y yo vamos a actuar en el baile esta noche. ¿Te lo ha dicho?

Me lo había dicho. Después de pasar años escuchando sus ensayos en el garaje de mis padres, sería increíble verlos en directo esa noche. Un sueño hecho realidad.

—Sabes, Stacey grabará la actuación y te la enviará, por si quieres verla.

Le cogí la mano y la apreté dos veces. Sí.

Él me devolvió el apretón.

Sí. Sí.

—¿Quieres bailar conmigo, Maggie May?

Me volví hacia él y se sonrojó. Miré sus labios, casi preguntándome si había imaginado las palabras que había pronunciado su boca. Se mordió nerviosamente el labio inferior y soltó una risita.

—Bueno... no tienes que hacerlo. Perdona. Ha sido una tontería. Es que... Como Lacey ha roto conmigo, y Cheryl es... Cheryl, he pensado que estaría bien bailar con alguien que me importa de verdad el día de mi baile de graduación.

Respiré profundamente. La novela que tenía entre las manos empezó a resbalarse y mi mirada de pánico se encontró con sus ojos nerviosos.

Nunca había bailado. No sabía cómo hacerlo.

Solo había leído acerca de bailes, bailes de fin de curso y dos personas que se fundían en los brazos del otro hasta convertirse en una sola.

—No tienes que hacerlo. Lo siento. —Se aclaró la garganta y miró hacia la ventana. Murmuró la palabra «estúpido» y comprendí que se estaba torturando internamente.

Coloqué el libro en el alféizar y asentí.

Debía de estar mirándome por el rabillo del ojo, porque su sonrisa se hizo más amplia sin girarse hacia mí.

—¿Sí? —preguntó.

Sí.

Me pasé los dedos por el pelo alborotado y me dieron escalofríos. Mi largo vestido blanco no se parecía en nada al de Cheryl ni al de Stacey. No llevaba maquillaje, y mi cuerpo pálido y fantasmal tenía pocas curvas, pero a Brooks no parecía importarle. Siempre me miraba y me hacía sentir que era suficiente, pasara lo que pasara.

Se volvió hacia mí y sonrió.

—¿Me prestas tu muñeca? —preguntó.

Se la ofrecí y él abrió la caja que contenía el ramillete de Cheryl y lo deslizó por mi brazo.

—Solo por ahora, ya sabes, para hacerlo más real.

Sacó el iPod de su bolsillo y rebuscó entre sus canciones hasta que encontró la que quería. Me pasó un auricular y él cogió el otro, y entonces apretó play y se guardó el iPod en el bolsillo.

delantero de los pantalones. Levanté una ceja, preguntándome qué canción sería.

—Es algo que compuse y grabé en acústico hace un tiempo. Solo es instrumental. Nadie ha oído la letra ni nada, pero supongo que tú puedes oírla ahora, porque la escribí para ti.

Estoy embelesada.

Me encantaba.

Se acercó a mí y extendió sus manos. Yo di un paso al frente y él me rodeó la espalda con los brazos, y entonces rodeé su cuello con los míos y él me atrajo hacia sí. Su piel olía a espuma de afeitado y miel: mi nuevo olor favorito. Si estaba soñando, juré que no me despertaría nunca. Mientras nos mecíamos, él me atrajo más hacia su cuerpo. Y al hacerlo, empezó a cantar.

*Se apoya en mi pecho
y sus gotas de lluvia empiezan a caer.
Se siente tan débil, flotando sin rumbo,
chocando con las paredes.
Rogando que llegue el momento
en que no empiece a ahogarse.
Su corazón suplica encontrar la respuesta
al dolor silencioso que ha atado su alma.*

Empezó a dolerme el pecho al oír su voz. Sus labios estaban cerca de los míos, sus palabras caían sobre mí. Sentí su leve aliento cada vez que exhalaba y noté sus dedos temblorosos sobre mi columna. Sentí su alma, mi cuerpo presionando el suyo, mis ojos observando sus labios mientras cantaba. *Brooks...*

*Yo seré tu ancla.
Te agarraré con fuerza por la noche.
Seré tu firmeza
durante las mareas oscuras y solitarias.
Te abrazaré, seré tu luz, te prometo que estarás bien.
Seré tu ancla
y ganaremos esta lucha.*

Me volvía loca. Su abrazo, su tacto, su voz, sus palabras. Toda su alma me hacía arder en llamas, y estaba orgullosa de arder a su lado.

*Cada día intenta huir
de la inundación de su mente.
Pierde la esperanza cuando la oscuridad la amarra.
Se desliza alejándose de mí, y yo intento agarrarla.
Le prometo que todo acabará al alba.*

*Yo seré tu ancla.
Te agarraré con fuerza por la noche.
Seré tu firmeza*

durante las mareas oscuras y solitarias.
Te abrazaré, seré tu luz, te prometo que estarás bien.
Seré tu ancla
y superaremos esta lucha.

Te abrazaré, seré tu luz, te prometo que estarás bien.
Te abrazaré, seré tu luz, cariño, estaremos bien.
Seré tu ancla
y superaremos esta noche.

—Maggie —susurró contra mí. Nuestros labios no llegaban a tocarse. Nuestros cuerpos temblaban el uno contra el otro, y él se rio—. Estás temblando.

Tú también.

Sonrió como si me hubiera leído la mente, y yo hice lo posible por leer la suya.

—Eres mi mejor amiga, Magnetismo, pero... —Sus labios se acercaron y juraría que los sentí rozar los míos. Sus dedos me masajearon la espalda formando círculos y me derretí cada vez que completaba uno—. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Lacey no iba desencaminada? ¿Y si hay algo más que amistad entre nosotros? —Se aferró más a mi espalda, atrayéndome hacia él.

Nuestros labios volvieron a rozarse y se me hizo un nudo en el estómago.

—Da un paso atrás, y yo haré lo mismo —dijo.

Me acerqué más, coloqué las manos en su pecho y sentí sus latidos. Su mirada aterrizó en mis labios, y sus temblores se convirtieron en los míos.

—Dime que no te bese, Maggie. Retrocede, y no te besaré.

Me quedé quieta.

Por supuesto que me quedé quieta.

Me quedé inmóvil y esperé, y morí, y esperé.

Cuando encontró su sitio, cuando sus labios se deslizaron sobre los míos, empecé a marearme y volví a la vida.

Apretó sus labios contra los míos, al principio suavemente, y todo dentro de mí se convirtió en una parte de él. Sus dedos me rodearon la espalda y siguió apretando sus labios contra los míos con más fuerza. Por primera vez en mucho tiempo, lo sentí.

Felicidad.

¿Es real?

¿Se me está permitiendo esto?

¿Se me está permitiendo ser feliz?

La última vez que me habían besado, lo había hecho el mismo chico que ahora me rodeaba con sus brazos, que me sostenía como si yo fuera la promesa de un sueño que no sabía que tenía.

Este beso fue diferente de aquel que nos dimos hacía tantos años. Esta vez no contamos los segundos, pero yo conté las respiraciones que me robó.

Una...

Dos...

Veinticinco...

Esta vez sentí el beso real, perfecto, eterno.

Esta vez es para siempre.

—Maggie, ¿has visto...?

Brooks me soltó y retrocedió de un salto, dándole la espalda a la persona que estaba en la puerta. El auricular que llevaba en la oreja se soltó de un tirón, y eso me hizo trastabillar.

Mis ojos encontraron a mamá, que estaba en la puerta, sorprendida.

—El pintalabios rojo de Cheryl —terminó la frase. Se hizo un silencio incómodo, y mamá entrecerró los ojos mientras Brooks se ponía bien la corbata—. Brooks, creo que Cheryl te espera abajo para las fotos.

—Sí, claro. Gracias, señora Riley. Voy a... —Se acercó a mí y me quitó el ramillete del brazo, y así, la eternidad se acabó—. Te... eh... te veo luego, Maggie.

Pasó a toda prisa junto a mamá, con la cabeza gacha por la vergüenza.

Mamá se quedó quieta, mirándome, y sentía la decepción en su postura. Fui al tocador, donde Cheryl había dejado el pintalabios, y se lo di a mamá. Ella frunció el ceño.

—Es tu hermana, Maggie May, y va a ir al baile con Brooks. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

Bajé la cabeza.

No lo sé.

—Sé que Cheryl puede ser difícil a veces, pero... *es tu hermana* —repitió.

Se marchó antes de que pudiera escribir una respuesta. De todas formas, no la habría leído. Mamá era como la señora Boone en ese aspecto: quería palabras de verdad, no trozos de papel.

Me acerqué a la ventana y observé el brazo de Brooks rodeando la cintura de Cheryl para las fotos. Le ofrecía a la cámara su mejor sonrisa falsa, y cuando levantaba la vista hacia mi ventana, me apartaba para que no me viera.

Era un bonito sueño, él y yo.

Pero no era más que eso.

Un sueño del que estaba obligada a despertar.

—¡Zorra! —gritó Cheryl entrando en mi habitación. Yo me estaba poniendo los pantalones del pijama, me los subí de un tirón y retrocedí tambaleándome por la sorpresa. Se le había corrido el rímel con las lágrimas y el pintalabios estaba emborronado. Parecía que hubiera arrastrado la parte inferior del vestido por la hierba y tenía los ojos muy abiertos—. ¡No puedo creerlo! ¡Joder, no puedo creer que se lo hayas contado! —exclamó.

Parpadeé, confundida. *¿Contado qué?*

—Ah, no me vengas con esa mierda de ser inocente. —Se rio de forma histérica, y su risa me indicó que había tomado algo; su mirada era demasiado salvaje para no haber tomado nada—. ¡Es ridículo que alguien se trague esa mierda cuando en realidad eres un monstruo! ¡No puedo creer que le hayas contado a mamá y papá lo que pasó con Jordan ayer!

Abrí la boca, pero no salió ninguna palabra, lo que la hizo enfadar aún más. Me apresuré a coger un trozo de papel y un bolígrafo para escribir que no se lo había contado a nuestros padres, pero ella me lo tiró de un manotazo.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué puñetas abres la boca si no vas a decir nada? ¿Y qué sentido tiene escribir en un papel? ¡Eso es lo mismo que hablar, Maggie! ¡Usa tu puta voz, bicho raro!

Empecé a temblar a medida que su ira iba en aumento. Avanzó hasta las paredes de mi habitación y comenzó a tirar todos mis libros, que estaban perfectamente alineados. Los tiró por la habitación, furiosa, y empezó a arrancar páginas.

—¿Te gusta esto? ¿Eh? ¿Te gusta que alguien te arruine la vida como lo has hecho tú con la mía?

Nunca la había visto tan enfadada, tan cabreada.

—Papá apareció en el baile y se puso a insultar a Jordan. Me morí de la vergüenza. Pero eso no es todo, no. Antes de que me avergonzase delante de los alumnos, intenté besar a Brooks, y me dijo que no podía. ¿Sabes por qué? —Se rio maliciosamente, cogió una de mis novelas y empezó a arrancar páginas. Intenté detenerla, pero ella era más fuerte que yo—. Porque dice que siente algo por ti. ¡Por ti! ¿Te lo puedes creer? Porque yo no me lo creo. ¿Por qué podría alguien quererte a ti? ¿Qué vas a hacer? ¿Estar con él y no salir nunca de casa? ¿Vais a tener cenas románticas en la sala de estar? ¿Viajaréis por el mundo a través del Discovery Channel? No te mereces a Brooks. No te mereces una mierda.

—¡Cheryl! —gritó papá subiendo por la escalera—. Vete a tu habitación.

—¿Estás de broma? ¿Me arruina la vida y soy yo quien recibe un castigo?

—Cheryl —rugió papá. Él nunca perdía los nervios—. Ve a tu habitación. *Ahora*. Estás borracha y colocada, y por la mañana te arrepentirás de lo que le has hecho a tu hermana.

—No es mi hermana —replicó Cheryl antes de soltar las páginas de la novela que le quedaban en el regazo—. Ojalá te hubieras quedado perdida en el bosque. —Pasó junto a papá y siseó—: Y tú no eres mi padre.

Lo vi, vi que una parte del corazón de mi padre se rompía.

Se agachó para recoger mis novelas, pero le puse una mano en el brazo para detenerle.

Notó mis temblores, y yo noté los suyos. Se rozó la sien con los dedos y dejó escapar un suspiro.

—¿Estás bien?

Asentí lentamente. Él sacudió la cabeza.

—Tu madre encontró la nota arrugada en la habitación de Cheryl. Se lo hemos dicho, pero estaba demasiado borracha para entender nada. Brooks intentó traerla a casa, pero ella se fue hecha una furia con Jordan antes de que lográsemos que nos escuchara, y veo que ha llegado a casa antes que nosotros. —Se quitó las gafas y se pellizcó el puente de la nariz—. Debería haber venido a casa más rápido y así no habría pagado su furia contigo, ni habría destrozado tu habitación de esta manera. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Tus libros.

Le cogí de la mano y la apreté una vez. *No*. No era culpa suya.

—Déjame ayudarte a recoger este desastre.

Volví a apretarle la mano una vez más. *No*.

Me dirigió una sonrisa rota y me abrazó. Me besó la frente y dijo:

—El mundo sigue girando porque existen tus latidos.

Quería creerle, de verdad, pero esa noche el mundo se había estrellado por mis latidos.

—Madre mía —murmuró Brooks más tarde desde el umbral de la puerta. La corbata colgaba suelta por los hombros y tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones. Yo estaba sentada en el suelo, en medio de la habitación, rodeada de novelas y páginas rotas. Era imposible juntar los

pedazos con las historias a las que pertenecían.

Estaban destrozadas.

Nuestras miradas se cruzaron y, al ver el dolor en sus ojos, me di cuenta de lo mal que pintaba todo. Estaba sentada en medio de un rompecabezas de historias y no tenía ni idea de cómo conectar las piezas. Él frunció el ceño.

—¿Estás bien, Magnetismo?

Sacudí la cabeza.

—¿Puedo entrar?

Asentí.

Entró sorteando los libros de puntillas para evitar pisarlos.

—No está tan mal.

Mentiroso.

Cuando oí que soltaba un grito ahogado, miré sus manos. Sujetaba mi diario.

—Oh no... —murmuró.

Me inundaron las emociones.

Mi lista de cosas por hacer... estaba completamente destrozada. Se habían perdido decenas y decenas de aventuras que esperaba vivir algún día, y no pude evitar echarme a llorar. Sabía que parecía dramático, pero esos libros, esos personajes... eran mis amigos, mi refugio, mi protección.

Esa lista era mi promesa del mañana.

Y ahora no tenía nada.

En unos segundos, los brazos de Brooks me rodearon con fuerza y yo me recosté contra su pecho, sollozando.

—Estarás bien, Maggie —susurró. Esa promesa me parecía vacía—. Solo estás cansada. Arreglaremos esto por la mañana. Todo irá bien.

Me llevó hasta la cama y me tumbó, y entonces empezó a trastear por la habitación, rebuscando entre las pilas de libros. Cuando encontró uno que no estaba dañado, se sentó en el suelo, junto a mi cama, y lo abrió por la primera página. Dobló las rodillas y apoyó el libro en una de ellas. Luego se desabotonó los puños de la camisa, se remangó y, finalmente, cogió el libro.

—*The Walk Home* —dijo, leyendo el título—. Capítulo Uno. Lauren Sue Lock no estaba teniendo su mejor día...

Leyó para mí mientras yo lloraba de forma incontrolable. Leyó mientras mis lágrimas remitían. Leyó mientras mi corazón acelerado se calmaba. Leyó mientras sentía los ojos pesados. Leyó mientras me quedaba dormida.

Soñé que su voz me leía un poco más.

Cuando desperté a la mañana siguiente, se había ido. Al levantarme de la cama, parte de mí se preguntaba si realmente había estado allí, pero había dejado bastantes pruebas que indicaban lo que había ocurrido la noche anterior.

Todos los libros volvían a estar colocados en el perímetro de la habitación, desde los rojos hasta los morados. Todos los libros estaban pegados con cinta adhesiva. En mi escritorio encontré mi lista de cosas por hacer, dentro del diario, dañada, pero de alguna forma parecía más entera que antes.

Encima del diario había un post-it en el que ponía: *Hoy estás bien, Maggie May Riley.*

Le quería.

No estaba segura de cuándo había ocurrido. No estaba segura de sí había sido una sucesión de

momentos recogidos durante el tiempo, o si se trataba simplemente del acto heroico que había llevado a cabo mientras dormía, pero no importaba. No importaba cuándo ni por qué ni cómo había pasado. No importaba cuántos momentos se habían reunido para formar ese amor. No importaba si estaba bien o mal.

El amor tiene pautas. Fluye dentro de una persona con la esperanza como única corriente. No hay una lista de normas a seguir que te asegure que lo estás cuidando correctamente. No te da instrucciones para que lo mantengas puro. Simplemente aparece en silencio, rogando para que no lo dejes escapar.

Capítulo 12

Brooks

Hay que reconocer una cosa sobre la elección del momento oportuno. Elegir el momento oportuno en cualquier situación es importante. Decir lo correcto en el momento apropiado, tomar la decisión correcta cuando hay que elegir. Al acercarme a la habitación de Maggie, noté el pecho tenso. Me había pasado mucho tiempo pegando las hojas de sus libros, incapaz de dejar de preguntarme qué pensaría cuando despertara a la mañana siguiente. Quería verla sonreír. Si pudiera hacer solo una cosa durante el resto de mi vida, sería verla sonreír, y había llegado el momento de que lo supiera, de que supiera cómo me sentía. Que, cuando estábamos juntos, siempre pensaba en ella. Y que, cuando nos separábamos, siempre pensaba en ella.

—Quería devolverte el libro anoche, pero necesitaba saber qué iba a ocurrirle a Lauren Sue Lock. Además, te he traído una pizarra nueva —dije desde la puerta—. Estás bien hoy, Mag...

Antes de que pudiera pronunciar las palabras, Maggie corrió hacia mí y apretó sus labios contra los míos. Retrocedí tambaleándome hasta el pasillo y la abracé. No cuestioné su beso; me caí en él. Dejé que me besara y yo la besé todavía más. Cuando se apartó un poco, le coloqué el cabello detrás de las orejas.

Se sonrojó y la besé en las mejillas. Bajó la mirada y con los dedos le levanté la barbilla. Volví a besarla en las mejillas. Luego en la frente. Luego en la nariz. Luego en cada una de las pecas invisibles que le poblaban la cara.

Y, finalmente, en sus labios.

—Buenas tardes, Maggie May.

Me sonrió y me besó en las mejillas. Luego en la frente. Luego en la nariz. Luego en cada una de las pecas invisibles que poblaban mi cara.

Y, finalmente, en mis labios.

Me imaginé que ella también me lo decía a mí. *Buenas tardes, Brooks Tyler.*

Me cogió de las manos y caminó hacia atrás para conducirme a su habitación. Cuando estuvimos dentro, cerré la puerta con el pie.

Durante un rato nos comportamos de forma tonta y estúpida, mirándonos y sonriendo sin más. También nos besamos; quizá esa fue mi parte favorita. Su dedo recorrió mi omoplato y observó mi cuerpo, como si fuese real. Deslizó los dedos por mis brazos, y luego por los costados, antes de viajar hasta mi pecho, donde puso la palma de la mano para sentir mis latidos.

—Para ti —dije.

Volvió a sonrojarse, y la besé en las mejillas otra vez. Moví el dedo por su clavícula, bajando hacia los costados, y luego subiendo hasta que mi palma aterrizó en sus latidos.

Se mordió el labio inferior y levantó cuatro dedos, y entonces me señaló. *Para mí.*

Sus latidos estaban hechos para mí, y los míos para ella.

—Me gustas.

Se señaló a sí misma y levantó dos dedos. *Y tú a mí.*

—¿Saldrías conmigo? —pregunté.

Retrocedió un paso, casi sorprendida por mis palabras. Sacudió la cabeza. Di un paso hacia

ella.

—¿Saldrías conmigo? —volví a preguntar.

Volvió a retroceder, negando con la cabeza.

—Por favor, deja de decir que no. Estás dejando por los suelos mi confianza.

Se encogió de hombros y se acercó al escritorio para coger un cuaderno, y empezó a escribir.

¿Cómo?

—¿Cómo? ¿Cómo qué? ¿Cómo salimos?

Sí.

Bueno, como todo el mundo, supongo.

¿Cómo sales con otra gente? ¿Cómo lo hacías con tus ex novias?

—No lo sé, pasaba mucho tiempo con ellas. A algunas les gustaba ir de compras, al cine, a...

—Me detuve. Ella frunció el ceño. No podía salir con Maggie como lo hacía con las demás—. Ah. Ya lo pillo, pero no estoy intentando salir con ellas. Estoy intentando salir contigo. Sea como sea, quiero hacerlo. Quiero estar cerca de ti. Quiero besarte. Quiero abrazarte. Quiero verte sonreír. Además... —Levanté su diario—. Salir con alguien está en tu lista.

Ella negó con la cabeza.

—Maggie, he pasado cinco horas pegando trozo a trozo este libro. Creo que sé qué hay en tu diario. —Pasé las páginas y se lo ofrecí cuando lo encontré—. Número cincuenta y seis: salir con Brooks Tyler Griffin, de *El libro de Brooks*.

Una sonrisa astuta asomó a sus labios. *Yo no he escrito eso*. Me encogí de hombros.

—Oye, no tienes que avergonzarte. Me siento halagado. Aunque yo no he creado la lista, estoy aquí para asegurarme de que la cumplas. Diantres, de haber sabido que estabas tan locamente enamorada de mí, habría empezado a salir contigo hace años.

Levantó una ceja y se llevó las manos a las caderas, y supe exactamente lo que estaba pensando.

—Vale, siendo justos, cuando teníamos diez años y planeaste nuestra boda, estaba en esa edad en la que odiaba a las chicas. No puedes reprocharme eso.

Se rio en silencio y puso los ojos en blanco. Me encantaba. Me encantaba cuando se reía, aunque fuera tan silenciosamente. Era lo más cerca que estaba de su voz.

—¿Lo ves? Tenemos esto que hace que sepa lo que estás pensando sin que hables siquiera. Eres mi mejor amiga, Maggie. Si salir contigo significa pasar cada noche en esta casa contigo, entonces sería el tipo más afortunado del mundo. —Le coloqué el pelo detrás de la oreja—. Así que voy a preguntártelo una vez más: ¿quieres ser mi novia?

Negó con la cabeza, riéndose, pero entonces empezó a asentir y se encogió de hombros. Oía claramente las palabras que no había pronunciado. *Lo que tú digas, Brooks. Supongo que saldré contigo*.

Mensaje completo recibido.

Nos fuimos a su cama, nos tiramos de espaldas en el colchón y saqué el iPod para escuchar nuestra primera canción oficial como pareja. *Fever Dreaming* de No Age. La canción era ruidosa y acelerada, justo lo que no debería ser una canción para una cita. Iba a cambiarla, pero Maggie empezó a tamborilear con los dedos en la cama. Luego comenzó a hacer lo mismo con el pie en el suelo, y mis dedos y mis pies siguieron su ritmo al entrar la batería. Unos segundos más tarde, estábamos de pie, saltando, *rockeando* al ritmo de la música. Se me aceleró el corazón al estar tan cerca de ella y seguir la canción. Cuando terminó, respirábamos entrecortadamente. Maggie cogió el

rotulador y escribió en la pizarra.

¿Otra vez?

Puse la canción otra vez, y otra. Bailamos y bailamos hasta que se nos aceleró mucho el ritmo del corazón y nos quedamos sin aliento.

Esa noche era el momento oportuno.

Por fin era el momento oportuno.

Cada día que pasaba con Maggie me hacía sentir que todo iba bien.

Cada vez que nos cogíamos de la mano sentía calidez.

Cada beso era real.

Cada abrazo era perfecto, salvo cuando no lo era.

Pocas veces las cosas eran menos que perfectas entre Maggie y yo, pero siendo sincero, algunos días eran difíciles.

Salir con Maggie era una de las mejores decisiones que había tomado nunca, pero eso no significaba que fuera fácil. Y aun así, siempre era como debía ser. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más me percataba de sus pequeños detalles que nadie más notaba, como la manera en que se estremecía al oír el sonido del agua cayendo, o el respingo que daba cuando estaba de espaldas y alguien la tocaba. O cuando había más de dos personas en una habitación, se escondía en las esquinas, o a veces, cuando nos sentábamos a ver películas, le caían las lágrimas por las mejillas.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

Se llevó los dedos a los ojos y pareció sorprendida al encontrarse las lágrimas. Se las enjugó, me dedicó una sonrisa tirante y agarró el colgante del ancla.

Luego estaban los ataques de pánico.

Durante los años que había conocido a Maggie, nunca había sabido que sufría ataques de pánico.

Los había mantenido ocultos. Pero sabía que los tenía porque algunas noches me colaba en su habitación para dormir con ella. A veces se quedaba dormida y daba tantas vueltas en la cama que habría jurado que las pesadillas iban a provocarle un ataque al corazón. Cuando la despertaba, abría mucho los ojos, horrorizada, como si no supiera quién era cuando la tocaba.

Se hacía un ovillo y se tapaba las orejas, como si oyera voces que no existían. Tenía el cuerpo cubierto de sudor, le temblaban las manos y su respiración estaba acelerada. A veces se rodeaba el cuello con los dedos y respiraba de forma breve y errática.

Cada vez que intentaba adentrarme en su mente, me apartaba. Teníamos peleas en las que yo era el único que gritaba. Pelear con alguien que no se defiende es peor que pelear con alguien que te tira sillas. Te sientes inútil, como si estuvieras gritando a una pared.

«¡Di algo!», suplicaba, «¡reacciona!» Pero ella siempre se quedaba tranquila, lo cual me cabreaba incluso más.

Me volvía loco intentar descubrir lo que todavía la consumía después de tantos años.

Me volvía loco no poder arreglar su dolor.

Había salido con bastantes chicas antes de ella y siempre me había parecido fácil. Pensaba que si tenía cosas de que hablar con ellas, eso significaba que hacíamos buena pareja. Si teníamos las mismas aficiones, debíamos estar juntos. Nunca me encontraba en la situación de no saber qué decir en mis anteriores relaciones; siempre hablábamos, a veces durante horas. Cuando se hacía el silencio, siempre se me hacía extraño. Siempre buscaba algo más que decir, otra conversación.

Con Maggie no era así. Ella no respondía a las palabras.

Durante su ataque de pánico más reciente, descubrí cómo ayudarla. Antes, cuando le gritaba y le exigía que me dejase entrar en su mente, nunca funcionaba. Cuando le suplicaba que se explicase, se alejaba aún más.

La música ayudaría. La música podía ayudar. Sabía que lo haría. La música era lo que siempre me ayudaba a mí. Estaba sentada en su cama, llorando, y entonces apagué la luz de su habitación y encendí el iPod, donde sonaba *To Be Alone With You*, de Sufjan Stevens.

No la ayudó la primera vez que la puse, ni la segunda, pero me quedé sentado en silencio, esperando a que su respiración volviera a la normalidad.

—Estás bien, Magnetismo —decía de vez en cuando, sin saber muy bien si podía oírme, pero con la esperanza de que fuera así.

Cuando por fin se recuperó, la canción había sonado once veces.

Se enjugó las lágrimas y fue a buscar un trozo de papel, pero negué con la cabeza y di unas palmaditas en el suelo, a mi lado.

No tenía que ofrecerme sus palabras.

A veces sus palabras estaban más vacías que el silencio.

Se sentó delante de mí, con las piernas cruzadas. Apagué la música.

—Cinco minutos —susurré tendiéndole las manos—. Solo cinco minutos.

Colocó sus manos sobre las mías y permanecemos completamente inmóviles y en silencio, mirándonos a los ojos, durante cinco minutos. El primer minuto que lo hicimos, no podíamos dejar de reír. Nos parecía un poco ridículo. El segundo minuto, nos reímos un poco más. En el minuto tres, Maggie empezó a llorar. En el cuatro, lloramos juntos, porque nada me dolía más que ver tanta tristeza en sus ojos. En el quinto minuto, sonreímos.

Dejó escapar el aire que había estado conteniendo, y yo dejé escapar el mío.

Resultaba liberador sentir tan intensamente con alguien que también sentía lo mismo. Fue durante esos momentos cuando me pareció aprender más sobre ella. Fue durante esos momentos cuando ella aprendió más sobre mí.

No sabía que podías oír la voz de alguien tan claramente en los momentos de silencio.

Capítulo 13

Maggie

Brooks no volvió a preguntarme nunca por mis ataques de pánico, y eso me hacía feliz. Todavía no me sentía capaz de hablar sobre ello, y Brooks lo entendía. Pero sabía que si llegaba el día en que estuviera preparada, él estaría dispuesto a escuchar, y eso significaba más para mí de lo que podía imaginarse.

En lugar de llenar nuestro verano con temas serios, lo llenamos de besos. Cuando no estábamos besándonos, elaborábamos nuestra propia lista de cosas por hacer juntos en el futuro. Me gustaba que creyera que algún día saldría de casa.

Me gustaba la idea de ver el mundo con él a mi lado.

—Será genial, Maggie. Además, como iré a una facultad que está en pueblo de al lado, podré venir a verte cada tarde después de clase. Será fácil —decía Brooks a menudo.

Su esperanza en nosotros me hacía ser más optimista que nunca.

Entonces nos besábamos otra vez. No hacíamos más que besarnos y besarnos.

No se me daba bien entrar en materia.

No era sorprendente que no se me diera bien, porque nunca había tenido un novio con el que practicar las cosas que hacía la gente cuando tenía una relación. Cada vez que Brooks venía y empezaba a tocarme, me tensaba; no porque me tocara, porque quería que lo hiciera, sino porque no estaba segura de cómo tocarlo yo.

Era vergonzoso. Lo odiaba. Pensaba que había leído suficientes libros con bastantes referencias sexuales como para saber tocar a mi novio, pero nada más lejos de la realidad.

—No pasa nada, de verdad —sonrió Brooks levantándose después de una de nuestras sesiones de besos que siempre conducían a más besos—. No tenemos que precipitarnos.

Pero no sentía que nos precipitáramos. Me sentía estúpida. *¿Dónde coloco las manos? ¿Le gustará esa sensación? ¿Cómo sé si le gusta de verdad?*

—Debería bajar a ensayar con el grupo. —Se estiró el pantalón por la zona de la entrepierna y eso me hizo sentir peor. Era una calientapollas accidental—. Te veo abajo, ¿vale?

Asentí. Se inclinó y me besó en la frente antes de irse a toda prisa.

En cuanto desapareció de mi vista, agarré la almohada, hundí la cara en ella y grité en silencio. Empecé a patallar de la frustración. *¡Uf!*

Cuando oí sollozos, levanté la cabeza de la almohada y vi a Cheryl andando por el pasillo, con la mano en la mejilla. Se metió rápidamente en su habitación y cerró de un portazo.

Dos segundos después estaba llamando a su puerta.

—¡Vete! —gritó.

Di un único golpe. *No*. Oí que refunfuñaba.

—Por favor, Maggie, vete. Sé que eres tú.

Giré el picaporte y abrí lentamente la puerta. La encontré delante del espejo, tocándose un corte que tenía debajo del ojo y del que goteaba sangre que le caía por las mejillas.

—¡Por Dios, Maggie! ¿También estás sorda?

Me acerqué y le di la vuelta para examinar el corte. Ladeé la cabeza y la miré de forma

inquisitiva. Ella hizo una mueca.

—Jordan pensó que como dejé que me trajera en coche después del baile hace semanas, eso significaba que volvíamos a estar juntos. Y como odio estar sola, volví con él. Pero resulta que no me había perdonado del todo, y al cabo de unos días, se volvió cada vez más mezquino. Así que cuando le dije que no quería seguir con él... se enfadó... un poco.

Se me encogió el pecho.

—No te pongas como loca, ¿vale? —me advirtió. Se giró lentamente y se levantó la camiseta. Me llevé las manos a la boca al ver la piel roja, donde parecía que le había pegado Jordan.

Cheryl...

Soltó una risita y dijo:

—Si te parece que esto tiene mal aspecto, deberías verlo a él.

Fruncí el ceño.

Ella hizo lo mismo.

Seguramente él se había marchado sin despeinarse siquiera, dejando a mi hermana con cicatrices no solo en el cuerpo, sino también en su mente.

Fui al baño a buscar un trapo húmedo y una tirita. Cuando volví, la llevé hasta la cama, acerqué la silla de escritorio a la cama y me senté en ella. Cuando empecé a limpiarle el corte, ella se echó a temblar.

—No voy a denunciarlo, Maggie —afirmó—. Sé que seguramente es lo que quieres que haga, pero no voy a hacerlo. Tiene más de dieciocho años. Lo condenarían como a un adulto y no puedo arruinar su vida de esa manera...

Seguí limpiándole la herida, sin reaccionar a sus palabras.

—A ver, es culpa mía. No debería haberme ido con él la noche del baile. Le envié señales confusas.

Le di un golpecito en la pierna. *No.*

Se estaba culpando a sí misma. Yo también lo hice una vez. En ocasiones, mi mente aún me culpaba. *No debería haber estado en el bosque. Mamá me dijo que no me alejara. Me expuse a una situación peligrosa. Fue culpa mía.*

Pero cuando me daba un baño y me sumergía en el agua, desechaba todos esos pensamientos.

A veces nuestra mente actúa un poco como la kriptonita, y en defensa de nuestra autoestima, tenemos la responsabilidad de gritarle que se vaya a la mierda con sus mentiras.

No era culpa mía.

Y tampoco era culpa de Cheryl.

Una lágrima le cayó por la mejilla y se la enjugó.

—¿Y tú qué? ¿Por qué me ayudas? Destrocé tu habitación. Te dije cosas horribles, y aun así me ayudas. ¿Por qué?

Alcé y dejé caer los hombros.

Se apartó a un lado, haciendo una mueca al sentir el dolor de la espalda, y cogió lápiz y papel.

—¿Por qué, Maggie?

Eres mi familia.

Derramó más lágrimas, y no intentó ocultarlas.

—Lo siento mucho, sabes, por lo que le hice a tu habitación, por lo que te hice a ti. Es que... —Alzó las manos en un gesto de frustración. Su voz estaba llena de vergüenza y de claros remordimientos—. No sé qué estoy haciendo con mi vida.

Creo que casi nadie lo sabe. Cualquiera persona que asegure tener la vida resuelta miente. A veces me preguntaba si había algo que resolver, o si todos íbamos a la deriva en busca de una razón, cuando en realidad no existía ninguna.

—Quiero decirle a mamá y papá lo que ha hecho —susurró con los ojos llenos de tristeza—. Pero sé que perderán los papeles. Ya están cabreados conmigo por todos los errores de mierda que he cometido. He metido la pata demasiadas veces como para que les importe.

Volví a darle un golpecito en la pierna. *No.*

—¿Cómo lo sabes?

Levanté de nuevo el trozo de papel donde había escrito lo de la familia. Después de eso, reunió el valor necesario para contárselo a nuestros padres. Cuando la abrazaron y le dijeron que nada de eso era culpa suya, Cheryl soltó el aire que había estado conteniendo durante lo que parecían años.

—Lo echo de menos —dijo Cheryl después de tirarse en mi cama unas semanas después de romper «oficialmente» con Jordan. El corte de la cara se estaba curando bastante bien, pero sabía que el daño que le había hecho a su mente no se curaría tan rápido—. Bueno, no lo echo de menos a él. Echo de menos la idea de él. Echo de menos la idea de tener a alguien a mi lado. Hoy me he sentado y he intentado pensar en la última vez que estuve soltera, y no me acuerdo.

Hice una mueca y ella siguió hablando.

—¿Y si soy una de esas chicas que no pueden estar solas? ¿Y si tengo que estar siempre con un chico? ¿En qué demonios voy a emplear mi tiempo si no tengo ningún chico del que hablar? No sé si te has dado cuenta, pero no se me da muy bien hacer amigas. Las chicas nunca se me acercan, seguramente porque les he robado a casi todos sus novios. ¿Qué diantres voy a hacer?

Me levanté de la silla y me dirigí a mi pared repleta de libros para buscar una lectura concreta para mi hermana. Cogí *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, y se lo ofrecí.

Ella frunció el ceño y adoptó una expresión apesadumbrada.

—¿Qué quieres que haga con esto? —Levanté una ceja, y ella me imitó—. Maggie, yo no leo. —La combinación de esas cuatro palabras creó la frase más triste que había oído jamás. Le tendí el libro, insistiendo, y esta vez lo cogió con un gesto cansado—. Está bien. Probaré, solo porque estoy la hostia de aburrida, pero dudo que me guste.

Acabó el libro en tres días y, cuando lo hizo, volvió citándolo, con los ojos abiertos y llenos de una emoción que nunca había visto en ella.

—¿Quieres saber cuál es mi cita favorita? «No dejes que los bastardos te machaquen». Dios. Es. Tan. Bueno. Margaret Atwood es mi animal espiritual. —Sostuvo el libro delante de mí y entrecerró los ojos—. ¿Tienes más libros como este?

Le pasaba un libro nuevo cada tres días. Al cabo de un tiempo, empezamos a tener noches de chicas los viernes: comíamos Doritos, bebíamos un montón de refrescos y nos tumbábamos en el suelo con los pies apoyados en el somier de mi cama.

—La leche, Maggie. Todo este tiempo pensaba que leías para escapar del mundo, pero ahora sé que no leías para escapar; leías para descubrirlo.

La mejor noche sin duda fue cuando Cheryl terminó *Criadas y señoras* de Kathryn Stockett. Leía entre lágrimas, y a veces esas lágrimas se convertían en risas y viceversa.

—¡MENUDAS ZORRAS! —aullaba de vez en cuando—. No, en serio, ¡MENUDAS ZORRAS!

Una noche, cerca de las dos de la mañana, estaba durmiendo en mi cama cuando Cheryl empezó

a darme golpecitos en el costado para despertarme.

—Maggie —susurró—. ¡Hermanita! —Cuando abrí los ojos, vi que tenía la novela apretada contra el pecho y una enorme sonrisa en la cara, el tipo de sonrisa que adoptan los niños cuando oyen el sonido de un camión de helados acercarse por su calle y ellos tienen las monedas suficientes en el bolsillo para comprarse un polo—. Maggie, creo que soy eso. Creo que lo soy.

Arqueé una ceja, cansada, esperando a que me explicase qué era.

—Creo que lo soy por fin. —De algún modo, su sonrisa se ensanchó, lo cual me hizo sonreír—. Creo que soy una lectora.

Al pasar los días y las semanas, Cheryl empezó a quedarse más noches en casa. Se pasaba la mayor parte del tiempo leyendo libros. Cuando venía a mi habitación, no me contaba las historias de todas sus aventuras salvajes con varios chicos. Me hablaba de sus sueños de aventuras salvajes: viajar por el mundo, ver algunos de los sitios de los que había leído en las novelas. Ella también empezó a confeccionar su propia lista de cosas por hacer.

Una noche, cuando estaba hablando de Londres, saqué el tema del sexo, y ella se quedó boquiabierta.

—¡Dios mío, Maggie! —dijo, quitándome el papel de la mano y rompiéndolo en pedazos—. Uno: ese es el tipo de notas que no te gustaría que papá encontrase nunca, y dos: ¿te acuestas con Brooks?

Se me encendieron las mejillas y negué con la cabeza.

—Pero hacéis algo, ¿verdad? ¡Ay Dios mío! ¡He soñado con tener estas conversaciones contigo! Vale. —Se dejó caer en mi cama y cruzó las piernas—. Cuéntame todo lo que habéis hecho. —Abrió mucho los ojos del asombro.

Besarnos.

Ella asintió rápidamente.

—¡Ajá, ajá! ¡Bien! ¿Qué más?

Volví a escribir lo mismo.

—¿Qué? Pero lleváis saliendo varias semanas. Es mucho tiempo para besaros y ya está. ¿Por qué no habéis hecho nada más? ¿No estás preparada? Porque si no estás preparada, no pasa nada. A Brooks no le importará.

No. Estoy preparada.

—¿Entonces qué pasa?

Me sonrojé.

No sé cómo hacer nada.

—Te refieres a... ¿nada? ¿Cómo pajas? ¿O besos negros? ¿O mamadas? ¿O lametones en los pezones? ¿O felaciones invertidas? —Arqueé una ceja y Cheryl asintió—. Sé lo que estás pensando. Todo esto suena a posiciones no retribuidas, pero créeme, si las haces bien, te pagarán con creces.

Ay Dios. A veces no podía con ella. Pero aun así la echaba tanto de menos.

Se levantó y salió corriendo de la habitación. Cuando volvió, trajo consigo caramelos, plátanos y otras frutas, incluidas rodajas de piña.

—Vale, empezaremos por el principio. —Cogió un plátano—. Pajas 101.

—Hola, chicas —dijo Brooks asomando la cabeza por la puerta.

Cheryl se tiró encima de los objetos.

—¡No estamos haciendo nada! —gritó.

Buen trabajo, hermanita. Eso no ha parecido nada sospechoso.

Brooks arqueó una ceja.

—Vaaale. Solo vengo a decirles que la cena está lista, y que vuestro padre me ha dicho que tengo que irme a casa porque ya no soy bienvenido en la casa donde duerme Maggie.

Sonreí. *Suena a algo que diría papá.*

—Vale, bueno, ya puedes irte —respondió Cheryl dirigiéndole una sonrisa tirante a Brooks.

Él se acercó a mí y me dio un beso en la frente.

—Te veo mañana.

Cuando se marchó, Cheryl refunfuñó y se incorporó. Tenía un plátano aplastado en el pecho y mi manta estaba manchada.

—Perdón por el estropicio —dijo, limpiándose el plátano de la camiseta—. Pero créeme, si lo haces bien, la fase del estropicio es completamente normal.

Capítulo 14

Brooks

En un sábado nublado por la noche, fui a la habitación de Maggie para estar un rato con ella. Pasábamos mucho tiempo en su casa, y no me importaba en absoluto. Mientras ella estuviera allí, yo era feliz. Al llegar a su habitación me la encontré en la puerta con un taco de papeles en las manos. Tenía un aspecto diferente. Llevaba el pelo rizado, y... ¿maquillaje? Seguía estando guapa, pero era un tipo de belleza diferente.

¡Adivina qué!

Sonreí ampliamente.

—¿Qué?

Dejó caer el primer papel, revelando así el siguiente.

Mis padres me han regalado un móvil por mi graduación.

—Venga ya. ¿En serio?

Asintió rápidamente y dejó caer el papel.

En serio.

Entré en su habitación y miré al pasillo para asegurarme de que el señor Riley no estuviera mirando antes de cerrar la puerta.

—¿Eso significa que ahora puedo enviarte mensajes inapropiados?

Se puso colorada. No era muy difícil hacer sonrojar a Maggie, y me encantaba cuando ocurría. Rebuscó entre las páginas hasta encontrar la respuesta apropiada.

No seas friki.

Arqueé una ceja y me acerqué a ella, rodeándola con los brazos.

—¿Y fotos inapropiadas?

Volvió a rebuscar entre las páginas.

No seas tan friki.

Me eché a reír. Ella se inclinó para apoyar las manos en mi pecho y empezó a bajar los dedos hacia mi entrepierna mientras deslizaba lentamente la lengua entre mis labios, abriéndose paso antes de besarme intensamente. Nunca había hecho algo así y dejé escapar un gemido, porque me había gustado más de lo que podría imaginar.

—Maggie, no puedes decirme que no sea *friki* y luego hacer una cosa así.

Retrocedió y se mordió el labio inferior, y entonces dejó caer otro papel.

Vale, pues sé friki.

Entrecerré los ojos al notar un tirón en mis pantalones al contemplarla. Su pelo largo estaba ondulado y aún seguía un poco húmedo de la ducha. Le caía por los hombros, rozándole el vestido de tirantes finos que le llegaba hasta los pies. Tenía un aspecto muy sencillo en el sentido más hermoso de la palabra. Aún tenía las mejillas rojas, pero había determinación en sus ojos.

—¿Quieres...?

Sí.

—¿Y tus padres?

Dejó caer otro papel, y no pude evitar sonreír. Era como si supiera todo lo que iba a preguntar.

En casa de mis abuelos hasta mañana.

—¿Y Calvin?

Con Stacey.

—¿Y Cheryl?

Sonrió y puso los ojos en blanco, dejando caer la antepenúltima hoja.

¿Quién sabe?

¿Brooks?

—¿Sí?

La manera como se balanceaba me estaba matando. Joder, era tan preciosa, y estaba seguro de que ni siquiera lo sabía.

Levantó la última hoja de papel.

Ven a quitarme la ropa.

Me acerqué a ella y le acaricié el pelo.

—¿Estás segura? —pregunté.

Ella asintió. Me incliné sobre su cuello y lo lamí lentamente, succionándolo con suavidad. Deslicé mi boca hasta su clavícula, dando besos durante todo el recorrido. Cuando llegué a su tirante, lo deslicé hacia abajo y le mordí la piel un poco. Un débil jadeo escapó de sus labios, y ese sonido me hizo desearla todavía más.

—Iremos despacio. No tenemos que correr —dije, consciente de que era su primera vez. Le bajé el otro tirante y su amplio vestido se deslizó hasta el suelo. Retrocedí para observar su cuerpo. Llevaba un sujetador blanco de encaje que no hacía juego con sus braguitas rosas de algodón, pero de alguna forma, era perfecto. Sus piernas eran largas y delgadas, y tenía los brazos caídos a ambos lados—. Eres preciosa —susurré.

Dio un paso hacia mí, agarró mi camisa desde abajo y la deslizó por encima de mi cabeza para tirarla al suelo. Aterrizó encima de su vestido. Mientras me desabrochaba el cinturón, me quité los zapatos y los calcetines. Ella me bajó la cremallera de los vaqueros y los dejó caer al suelo.

Maggie observó mi cuerpo, mirándome de arriba abajo mientras yo observaba el suyo. Recorrió mi pecho con los dedos, bajando cada vez más, hasta el borde de mis bóxers. Cerré los ojos cuando me rozó la erección con el pulgar, y empezó a acariciarme lentamente a través de los calzoncillos.

—Mag... —gemí. Sentía que empezaba a acariciarme más intensamente. Con la mano libre, agarró el borde de mis bóxers y cuando empezó a bajarlos, abrí los ojos. Se estaba agachando para ponerse de rodillas. Noté que le temblaban las manos y la agarré rápidamente por debajo del antebrazo—. Maggie, ¿qué haces?

Me miró confundida.

—Quiero decir... —Solté una risita—. Sé lo que estás haciendo, pero no tienes que... —La ayudé a incorporarse y pasé los dedos por su pelo—. Sé que no has hecho nada nunca.

Su mirada se llenó de vergüenza y empezó a girarse para darme la espalda, pero hice que se diera la vuelta y le cogí las manos.

—¿Quién te ha dicho que hagas eso? ¿Cheryl?

Me apretó la mano dos veces.

Lo odiaba. Odiaba que sintiera que tenía que hacer ciertas cosas porque lo decían otras personas.

—¿Cinco minutos? —pregunté retrocediendo unos pasos.

Cerró los ojos, inspiró profundamente y dio un paso atrás. Cuando volvió a abrirlos, sonrió, se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Me quité los bóxers y los aparté a un lado. Ella deslizó sus braguitas por sus bonitos muslos y se las quitó.

Levantó la mano y asintió. Cinco minutos.

Nos quedamos de pie, mirándonos. Cinco minutos para eliminar miedos. Cinco minutos para recordar quiénes éramos. Cinco minutos para encontrar nuestro propio camino, nuestra propia historia.

Cuando los cinco minutos llegaron a su fin, cogí a Maggie de la mano y la conduje hasta la cama para tumbarla.

—Maggie... —La besé en los labios—. No tenemos que hacer lo que hacen los demás... —Le besé el cuello—. No somos ellos. No tenemos que seguir sus reglas. —Le besé la clavícula, y ella cerró los ojos mientras bajaba por su cuerpo, besando cada centímetro de su piel, saboreando cada célula—. No hay que hacer las cosas de una manera determinada.

Le separé las piernas y besé los muslos. Rocé su piel con la boca y ella enredó los dedos en mi pelo.

—Y siempre puedes pellizcarme o golpearme si quieres parar.

Arqueó las caderas hacia mi boca, demostrando lo mucho que deseaba que continuara, suplicándome en silencio que la saboreara. Ah, cómo deseaba saborearla. La miré y encontré sus ojos fijos en mí. Observaba todos mis movimientos, y yo quería que lo viera todo. Quería que me viese explorar su cuerpo, saborear su cuerpo, amar su cuerpo. Ella y yo no seguíamos las reglas de nadie ni el guion de nadie. Estábamos escribiendo nuestra propia historia.

Me incliné hacia adelante, deslicé la lengua e inserté un dedo dentro de ella, y así la introduje en el capítulo uno.

Capítulo 15

Maggie

—¡No puedo creerlo! No puedo.

La noche del sábado siguiente vinieron de visita las amigas de mamá. Habían ido al instituto con ella, y como ahora vivían en diferentes estados, solo se reunían una o dos veces al año, lo cual a mí me parecía demasiado. Cada vez que venían, hacía lo posible por hacerme invisible. No eran las personas más agradables del mundo. Eran cinco, incluida mamá. Aunque habían ido juntas al instituto, no tenía ni idea de por qué viajaban para reunirse, porque no se soportaban. Todas sus conversaciones parecían siempre una competición. Si la hija de Loren había empezado a caminar a los diez meses, la de Wendy conducía un coche a los nueve meses. Si Hannah podía correr cinco kilómetros, Janice corría diez en menos tiempo.

Pero su tema favorito de conversación era yo. Con respecto a mi silencio, todas eran expertas en lo que significaba no hablar.

Esa noche me senté en lo alto de la escalera a escuchar lo que decían de mí. Me habría gustado que viniera Brooks, pero los chicos y él se habían ido a ver un concierto de una banda muy *indie* y *underground* que tocaba en un cuchitril. No paraba de enviarme vídeos de la sala, donde estaban apelotonados como sardinas y todo era muy ruidoso. Cuando la cámara lo enfocaba y veía su sonrisa embelesada, mi corazón se enamoraba un poquito más de él.

Quería estar allí con Brooks, sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, perderme completamente en el sonido. En el vídeo vi a Stacey meciéndose al ritmo de la música con Calvin, y me sentí egoísta, egoísta por no estar allí con Brooks, egoísta por no ser capaz de hacer las cosas que hacían las parejas normales.

—¿De verdad tiene novio? —preguntó Loren terminando de beberse la copa de vino antes de servirse un poco más—. ¿Pero cómo es... posible?

—¿Quién es? —inquirió Wendy.

—Brooks —dijo mamá con indiferencia mientras comía patatas fritas mojadas en salsa.

—¿Brooks *qué*? —insistió Wendy.

—Griffin.

—¿Qué? —chillaron las cuatro a la vez.

—No puede ser —dijo Janice—. Pero si Brooks es... Es muy popular con las chicas, ¿no? Sé que la visitaba cada día porque tiene un gran corazón pero, ¿*salir juntos*? No puede ser.

—¿Es saludable eso? —preguntó Loren—. Ya sabes, teniendo en cuenta el... estado de Maggie.

—¿El estado de Maggie? —preguntó mamá.

—Ya sabes, su... trauma. Lo digo porque un día leí un artículo... —empezó a explicar Loren.

—Tú siempre estás leyendo artículos —interrumpió Hannah con un tono un poco guerrero.

—Sí, pero este tenía estadísticas científicas reales. Decía que los individuos que sufren incidentes traumáticos de niños padecen recaídas cuando inician una relación durante el proceso de recuperación.

—Loren —la regañó Hannah.

Me gustaba Hannah. Mamá debería haber mantenido la amistad con ella y olvidarse de las demás.

—¿Qué? Es la verdad. Que esté con Brooks puede provocar algún tipo de recaída, y sinceramente, ¿qué van a hacer? ¿Estar juntos en casa de Katie para siempre? Solo digo que no me parece buena idea. Podría retrasar el progreso, por pequeño que sea, que ha hecho Maggie. Además, no me parece justo para Brooks. ¿Qué gana él con esto?

Cállate, Loren. Me gana a mí.

No quería seguir escuchando, pero no podía irme.

—¿Sabes qué? Yo digo que sea lo que tenga que ser —opinó Hannah—. Son unos críos, déjalos vivir un poco.

¡Eso es, Hannah! Hannah era la menos dramática del grupo. En todo caso, solo venía por la pizza y el vino. No la culpaba: mamá siempre pedía la pizza en Marco's, que era la mejor pizzería del pueblo.

—Eso es una estupidez, Hannah. «Vivir un poco». Esa es la mentalidad que hizo que te casaras tres veces y te divorciarás tres veces.

—Y voy por la cuarta, en ambos sentidos. —Hannah se sirvió más vino, sonrió y empezó a cantar—. Qué será, será.

—Ya sabes lo que opina tu madre de escuchar a escondidas —susurró papá al subir la escalera. Se sentó a mi lado, tenía una bolsa de M&Ms en la mano y me ofreció unos pocos—. Además, estas mujeres son unas víboras. No necesitas que te laven el cerebro con sus locuras.

Sonreí y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Están hablando de ti otra vez?

Asentí. Él frunció el ceño.

—Le dije a tu madre que cambiase de tema, o que dejase de invitar a los cuatro jinetes a nuestra casa. No es un inmueble lo suficientemente grande como para ser la sede central del apocalipsis. No dejes que te afecte, Maggie, ¿vale?

No me preocupaba que me afectase. Hacía mucho tiempo que había deducido que esas mujeres estaban locas. Lo que más me preocupaba era cómo sus palabras afectaban a mamá. Aunque intentaba contradecir sus opiniones, se filtraban a través de las grietas hasta su subconsciente. A veces, cuando mamá reaccionaba a algunas situaciones, no actuaba como si fuera ella misma y, en lugar de eso, decía cosas que dirían los cuatro jinetes. Papá siempre decía que tuviera cuidado con los grupos, porque a veces te convierten en una persona que, de otro modo, nunca serías.

—Solo digo que nunca se va a recuperar si permites que esto siga así —insistió Loren—. No deberías permitirle...

—¡Ay, Loren, cállate! —gritó mamá, sobresaltándonos tanto a papá como a mí. Incluso ella retrocedió tambaleándose un poco, sorprendida por su propia voz—. Ya es suficiente. Sí, mi hija tiene sus cosas, pero eso no es motivo para que te sientes aquí a menospreciarla durante una hora entera. Yo nunca hablaría así de tu hija, y me gustaría recibir el mismo respeto cuando se trata de la mía. Y que mi hija salga con alguien, y con quién salga, es algo que discutiremos su padre y yo. Respeto tu opinión, pero eso es lo que es. Una opinión. Tienes derecho a tenerla, pero sería estupendo que no la compartieras conmigo.

—Vaya —susurró papá con una pequeña sonrisa en los labios—. Ahí está —dijo—. Esa es la mujer con la que me casé.

Cambiaron de tema y Loren murmuró una disculpa.

—¿Chiste? —preguntó papá.

Claro.

—¿Por qué pensó el párrafo que se iba a desangrar? Porque necesitaba puntos. —Se echó a reír dándose palmaditas en la rodilla y yo puse los ojos en blanco.

Dios.

Adoraba a mi padre.

Era más de la una de la madrugada cuando los jinetes se fueron cabalgando a sus hoteles. Brooks no me había escrito desde hacía rato, y supuse que estaría pasándose en grande en el concierto. Un par de horas más tarde, me desperté al oír que se abría mi puerta.

—¿Magnetismo? —susurró Brooks—. ¿Estás dormida?

Me incorporé.

Él sonrió y entró en mi habitación. Cerró la puerta tras de sí. Se acercó a mi escritorio y encendió la lámpara, con lo que iluminó la habitación lo suficiente como para despertarme.

—Perdona por dejar de escribirte. Me he quedado sin batería a la mitad del concierto. Entonces, cuando se suponía que se había acabado, ¡empezó un bis alucinante! ¡Dios! La energía que había en la sala, Maggie. Te lo juro, sentías que las paredes vibraban solo por la energía. ¡Y los músicos! —Siguió hablando, agitando los brazos de emoción, explicándome todo sobre la banda, las guitarras que utilizaron, los teclados, la batería, cómo recibió Rudolph el golpe de una baqueta en la cara, que Oliver fue quien le golpeó en la cara...

Estaba exultante. La manera en que la música lo transformaba, liberándolo de las restricciones de la vida... Me encantaba.

Me encantaba su felicidad.

—¡Te he traído esto! —dijo y se metió la mano en el bolsillo y sacó un pin del concierto—. Es de la banda que tocaba esta noche: Jungle Treehouse. Dios, Maggie, te habría encantado. Sé que te habría encantado. Ojalá hubieras podido estar allí. Mientras volvía del concierto, he cargado el teléfono en el coche y he descargado unas cuantas canciones tuyas, por si quieres escucharlas.

Quería.

Nos tumbamos en la cama con los auriculares puestos y el corazón en la mano, y escuchamos la música iluminados por la tenue luz que brillaba en la esquina. Ladeó la cabeza en mi dirección, y yo hice lo mismo. Entrelazó sus dedos con los míos y se llevó la mano al pecho. Sentí su pulso acelerado en el pecho a medida que la música vibraba de mi alma a la suya.

—Te quiero, Maggie May —susurró mirándome a los ojos—. Te miro y no puedo dejar de pensar «vaya, ahora mismo quiero mucho a esta chica». ¿Sabes? Adoro cada parte de ti. Los días fáciles y los días difíciles. Tal vez hasta te quiero más los días difíciles. No estoy seguro de si debería decirlo ya, porque no sé si estás preparada, pero no pasa nada. Tómame todo el tiempo que necesites, pero yo quería decírtelo, porque cuando quieres a alguien, creo que tienes que gritarlo, de lo contrario, el amor que guardas en el pecho se hace un poco pesado. Te aplasta y empiezas a preguntarte si la otra persona también te quiere. Pero eso no me preocupa. Estoy sentado aquí sin más, a tu lado, mirando las pequeñas pecas de tu cara que pasarían desapercibidas para la mayoría de la gente, y estoy pensando en lo mucho que te quiero en este momento.

Me acurruqué con él, apoyé la cabeza en su pecho, y él me rodeó con sus brazos. Cerró los ojos y me abrazó mientras su pecho subía y bajaba con cada inspiración y espiración, y en pocos minutos se quedó dormido. Apreté los labios contra su cuello y le di un suave beso. Rocé su boca

con la mía, y se revolvió un poco. Agarré su labio inferior con los dientes y lo mordisqueé con suavidad. Abrió los ojos, adormilado y aturdido, pero sonrió. Siempre sonreía cuando me miraba.

Le besé y le miré a los ojos. Volví a besarle y él colocó mi cuerpo encima del suyo.

—¿Sí? —susurró.

Asentí.

Lo quería.

Lo quería, y él lo sabía. Aunque no pudiera decir las palabras, él las sentía en mi forma de tocarle, de besarle, en mi manera de abrazarle.

¿Y no es el mejor tipo de amor el que se siente?

—Yo también te quiero —dijo en voz baja, posando sus labios sobre los míos—. Yo también te quiero —repitió.

Empezamos a desnudarnos el uno al otro, lentamente, con facilidad, con cuidado. Esa noche hicimos el amor por primera vez. Con cada roce, me enamoré más de su espíritu. Con cada beso, saboreé una parte de su alma.

En mi mente, le susurraba una y otra vez. Le hablaba con cada lágrima y cada latido. Tan bajo, y a la vez tan alto.

Yo también te quiero. Yo también te quiero. Yo también te quiero...

—¿Estás preparada? —preguntó Brooks entrando en mi habitación unos días más tarde con la guitarra acústica a la espalda.

¿No tienes ensayo?

Él asintió.

—Sí, pero esta noche no ensayo con The Crooks. Esta noche voy a crear una banda nueva que se llama BAM.

¿Ah sí?

Se mordió el labio inferior y se acercó para besarle la frente. Cada vez que me tocaba, había cierta ternura en él. Me encantaba esa sensación.

—Sí, viene de Brooks y Maggie.

¿Qué?

—Está en tu lista de cosas por hacer: tocar en una banda. He pensado, ¿por qué no empezar a tachar cosas de tu lista? No hay motivo para esperar cuando podemos hacer algunas de las cosas ya. Venga. Te enseñaré a tocar Bettie.

¿Bettie?

—Le puse el nombre de mi abuela.

Adorable.

Colocó la guitarra en mis manos y cuando fui a rasguitarla, me detuvo.

—Huy, huy, huy. No puedes tocarla como si solo estuviera aquí para que la utilicen, Maggie. Tienes que presentarte. Tienes que aprender cosas sobre ella, sus partes, como por ejemplo, su bonito clavijero, y el cuello, que aloja el diapason.

Se pasó media hora explicando las diferentes partes de la guitarra, y yo escuché de manera egoísta. Me encantaba lo mucho que le gustaba la música. Me encantaba que quisiera introducirme en su mundo. Cuando llegó el momento, me hizo presionar las cuerdas para practicar, y luego

seguimos con las primeras posiciones de los acordes.

Cada vez que me equivocaba, él me animaba.

—¡Muy bien, Magnetismo! Eres, literalmente, cien veces mejor que yo cuando empecé a tocar.

Llevábamos tocando varias horas cuando llegó papá y le dijo a Brooks que no podía volver a nuestra casa después de que nos hubiera pillado besándonos.

—Debería irme de todas formas. Estás empezando a bostezar.

Cuando se levantó, le cogí del brazo para detenerlo. Fui rápidamente hasta mis libros y cogí uno de mis favoritos.

—¿*Cometas en el cielo*? —preguntó al tomar el libro. La novela de Khaled Hosseini era una de mis lecturas favoritas de las que me había traído papá, y quería que Brooks conociera esa parte de mí, del mismo modo que él quería que yo aprendiera música. El libro estaba marcado con pequeñas etiquetas de color rosa que indicaban mis partes preferidas—. ¿Es uno de tus favoritos?

Sí.

—Entonces lo leeré dos veces —respondió besándome en la clavícula. Al acercarse, me susurró al oído—: Me colaré en tu habitación esta noche para dormir contigo cuando ya se haya dormido tu padre.

—¡VETE A CASA, Brooks! —gritó papá, y los dos nos echamos a reír.

Capítulo 16

Brooks

—Eh, Tierra llamando a Brooks. ¿Sigues ahí, tío? —preguntó Rudolph dándome golpecitos en el hombro. Estaba sentado en el taburete de Oliver, en el garaje, y Rudolph empezó a mover la mano, con la que sostenía una manzana, delante de mi libro—. Normalmente, cuando hacemos un descanso, te pones a tocar la guitarra, pero ahora estás...

—¡Leyendo! —dijo Oliver, que salía de la casa de Calvin con dos manzanas en la mano. Mordió las dos al mismo tiempo y masticó ruidosamente—. Ni siquiera sabía que supieras leer. ¿Estás seguro de que el libro no está al revés?

Los mandé callar con un gesto y pasé la página. Tenía el antebrazo lleno de papelitos pequeños de color amarillo que utilizaba para escribirle cosas a Maggie. Los mellizos seguían intentando captar mi atención, pero yo estaba demasiado metido en el libro.

Calvin entró en la habitación con tres manzanas en la mano y mordió las tres. Mis amigos eran muy exagerados.

—Tío, no te molestes. Está demasiado enamorado para centrarse en nada más.

—Uf, no quiero más amor de mierda —protestó Oliver—. Primero tuvimos que lidiar con Calvin cuando quería añadir el nombre de Stacey a todas las canciones que hacíamos, y ahora tenemos a Brooks leyendo. ¡LEYENDO!

—Por primera vez en mi vida, estoy de acuerdo con mi hermano —dijo Rudolph.

Oliver se lo agradeció chupándose el dedo y metiéndoselo en la oreja.

—¡Dios! Lo retiro. Eres asqueroso.

Seguí ignorándolos. Era interesante ver dónde Maggie había puesto sus marcas, y ver si coincidíamos en alguna. Me encantaba descubrir las partes que le hacían reír y llorar, las partes que la enfadaban y la hacían feliz. Era una sensación insuperable.

—Pues mi padre está pensando en librarse del barco —dijo Calvin—. Quiere venderlo dentro de unas semanas, y quería saber si os gustaría hacer un viaje de tíos de despedida e ir a pescar antes de irnos a la universidad en otoño.

—¿Va a vender el barco? —espeté, levantando la vista del libro—. Pero es... nuestro barco. —Habíamos pasado buena parte de nuestra infancia sentados en el lago. Era consciente de que no salíamos a pescar desde hacía años, pero la idea de que el señor Riley lo vendiera me entristecía bastante.

—¿Es el mismo barco del que habláis siempre, polluelos? —preguntó Rudolph.

—¿El mismo barco sobre el que escribisteis una canción? —intervino Oliver.

—Sí. Ese es.

—Qué diantres. Me apunto. Si ese barco tiene el poder de hacer que Brooks deje de leer, tiene que ser algo que valga la pena experimentar.

Oliver tiró los corazones de la manzana en una papelera y Rudolph se apresuró a cogerlos con una servilleta y los guardó en una bolsa de papel.

Arqueé una ceja mirando a mi extraño amigo y él se encogió de hombros.

—¿Qué? Estoy ayudando a mi madre a hacer abono en el patio. Los corazones de manzana son

perfectos para eso. En cualquier caso, si podemos conseguir fruta orgánica y no tengo que hacer daño a ningún pez, entonces me apunto.

—La manzana que te has comido no es orgánica, hermano. Mamá me pidió que no te lo dijera, y por eso te lo digo. —Oliver sonrió al ver que Rudolph se ponía rojo.

En pocos minutos, empezaron a gritarse otra vez.

Así que seguí leyendo el libro.

Unas semanas más tarde, el señor Riley nos llevó a todos, incluyendo a mi padre y a mi hermano, Jamie, en el barco para hacer una última escapada. Era un día perfecto. Comimos un montón de comida basura, salvo Rudolph, que trajo uvas orgánicas y un pan de plátano orgánico que había hecho con su madre. Sorprendentemente, cuando nos lo ofreció, todo el mundo prefirió las patatas fritas.

—Os estáis perdiendo los enormes beneficios para la salud que ofrecen las semillas de lino y chía, pero sí, por supuesto, comeos vuestros aperitivos salados de maíz modificados genéticamente —dijo Rudolph.

Oliver cogió un puñado de Fritos y se los metió en la boca.

—De acuerdo.

Pasamos horas allí sentados, hablando de nuestro futuro y de cómo, aunque se acercaba la universidad, íbamos a mantener los ensayos de la banda como una prioridad en nuestra vida. Que nos fuéramos a la universidad no significaba que el sueño tuviera que morir; solo significaba que tenía que adaptarse un poco a las fluctuaciones de la vida.

—Brooks, ¿puedes cogerme una cerveza de debajo de la cubierta? —preguntó el señor Riley desde el lado opuesto del barco.

Me levanté e hice lo que me pedía.

—Tome, señor R.

Me dio las gracias y me dijo que me sentara a su lado. Me senté. Abrió la cerveza y le dio unos cuantos sorbos.

—Así que tú y Maggie, ¿eh?

Tragué saliva, consciente de lo que iba a ocurrir: la típica conversación con el padre de la novia.

—Sí, señor.

¿Señor? Durante todos los años que había conocido al señor Riley, nunca le había llamado señor. Qué diantres, nunca había llamado *señor* a nadie.

Recogió el hilo de pescar y lo lanzó aún más lejos.

—Sinceramente, no estaba seguro de qué pensar al respecto. Maggie es mi niña. Siempre será mi niña.

—Lo entiendo perfectamente.

—Y Maggie no es como las otras chicas, así que podrás entender mis reticencias respecto a eso de que salga con alguien. La verdad es que le he dado muchas vueltas al asunto con Katie. Parte de mí iba a venir aquí hoy a pedirte que rompieras con ella, por Katie. Ella cree que es una idea espantosa.

¿Cómo podía responder a eso? Saber que la madre de Maggie no apoyaba nuestra relación fue como un puñetazo en el estómago, pero antes de que pudiera responder, el señor Riley volvió a hablar.

—Pero cuando estaba cogiendo las cañas de pescar del armario de arriba os oí. Me refiero a

que la oí a ella. Contigo se ríe. Se ríe en voz alta, y te aseguro que no recuerdo la última vez que la oí emitir ese sonido. Así que, mientras sigas haciendo reír a mi niña, tienes mi bendición.

Tragué saliva con dificultad.

—Gracias, señor.

—De nada. —Se bebió el resto de la cerveza—. Pero cuando deje de reírse contigo, tú y yo hablaremos seriamente. Si alguna vez haces daño a mi hija... —Me miró directamente a los ojos y aplastó la lata con la mano—. Bueno, simplemente, no hagas daño a mi hija.

Abrí mucho los ojos del miedo.

—No le haré daño, y tiene razón en lo que ha dicho: Maggie no es como las demás chicas.

Su mirada amenazadora se suavizó y recuperó su vieja sonrisa feliz y despreocupada. Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Ahora ve a divertirte.

—Gracias, señor.

—¿Brooks?

—¿Sí?

—Vuelve a llamarme señor y tendremos otra charla que no tendrá un final tan feliz.

Después del viaje en barco, Calvin y yo convencimos al señor Riley de que nos dejara acompañarle cuando llegara el momento de vender al viejo fiel barco. Aparcamos en la costa, donde estaba la tienda James' Boat Shop justo al lado del lago Harper. Aunque era el mismo lago en el que habíamos pescado, tardamos unos veinte minutos en rodear la costa, porque el lago era muy grande. En la parte delantera de la tienda había un cartel grande de madera que decía: «Compramos, vendemos, alquilamos e intercambiamos».

En el porche delantero un perro ladraba y ladraba mientras los tres subíamos los escalones para hablar con James.

—Eres un perrito escandaloso, ¿eh? —El señor Riley sonrió al perro, que no dejó de ladrar, pero empezó a mover la cola.

Se abrió la puerta metálica y salió un hombre alto y corpulento con unos vaqueros y una camiseta que le quedaban demasiado pequeños.

—¡Calla, Wilson! ¡Shh! —El hombre nos sonrió—. No os preocupéis por Wilson, ladra mucho pero no muerde. He hecho lo posible por hacer callar a ese chuchó durante los últimos ocho años, pero no he tenido suerte.

—No te preocupes —respondió el señor Riley—. Yo también he intentado durante los últimos años hacer que estos dos críos se callaran, sin ninguna suerte.

El tipo sonrió y extendió su mano.

—Soy James Bateman. Supongo que eres Eric, con quien hablé por teléfono, así que esa debe de ser tu nena —dijo señalando el barco, que estaba enganchado a la camioneta del señor Riley. Se acercó al barco y empezó a acariciarlo—. ¿Estás seguro de que no quieres hacer un trueque o algo? Podría conseguirte algo muy bueno a cambio de esta nena.

El señor Riley hizo una mueca.

—No, gracias. Nos vendría muy bien el dinero extra, o al menos eso ha dicho mi esposa.

—Ah, siempre es mejor escuchar a tu esposa. —Se echó a reír. El señor Riley soltó una risita.

—Los grandes problemas del matrimonio.

—Conozco esos problemas demasiado bien. Por eso probablemente nunca volveré a casarme después de que mi esposa me dejara.

—Yo pensé lo mismo después de que me dejara mi primera esposa, pero aquí estoy de nuevo.
—El señor Riley sonrió y miró su anillo de casado.

—¿No te arrepientes? —preguntó James.

—Nunca —respondió el señor Riley—. Ni siquiera en los días malos.

James soltó una risita y asintió. Dio unas palmaditas al señor Riley en la espalda.

—Me das esperanzas de que tal vez un día cambie mi situación. Así que, ¿qué te parece si entramos y hablamos de números? —Se volvió hacia la tienda y gritó—: ¡Michael! Michael, ven aquí un segundo.

Salió un chico joven. Parecía tener poco más de veinte años.

—¿Sí?

—¿Puedes enseñar a estos dos chicos algunos de nuestros mejores barcos mientras trabajo con un cliente? Chicos. —James dirigió sus palabras hacia Calvin y hacia mí—. Mi hijo se encargará de cuidar de vosotros y os entretendrá. Michael, ¿por qué no les enseñas a *Jenna*?

—Claro. —Michael sonrió y nos hizo un gesto con la mano para que lo acompañáramos—. Bueno, ¿os gustaría ver el mejor yate que nadie en todo Harper County puede permitirse comprar? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Calvin—. ¿Es el tipo de yate en el que Leonardo DiCaprio celebraría una fiesta?

—Claro. Mi padre y yo lo tuvimos difícil para conseguir un barco como *Jenna*. No está a la venta porque es nuestro orgullo particular, pero algunas personas del norte del pueblo lo alquilan de vez en cuando para celebrar bodas o fiestas de jubilación.

La parte norte del pueblo era donde vivía la gente acaudalada de Harper County. Tenías que tener una cartera de un tamaño considerable para poder vivir en esa zona.

Cuando doblamos la esquina vimos decenas de barcos en el muelle. Había trabajadores por todas partes que se encargaban de los barcos. Nunca había estado en un sitio donde hubiera tantos barcos de diferentes tamaños, y quería llevármelos todos a casa. Mis tres cosas favoritas en el mundo eran Maggie, la música y estar en el agua. Tenía pensado juntar esas tres cosas algún día.

—Joder —murmuré mirando a *Jenna*. Tenía que ser *Jenna*. Era el barco más grande y más bonito de todos. Seguramente Maggie me habría abofeteado por mirarlo de esa manera.

—Es la pera, ¿eh? —dijo Michael.

—Oh, es más que eso. —Lo acaricié cuando nos acercamos.

—Espera a subir. —Michael se rio.

Cuando estuvimos dentro del yate, me sentí como si fuera Leonardo: rico y la mar de guay.

—Esta nena viene con toda clase de equipamiento para deportes acuáticos. Tenemos una moto de agua Yamaha WaveRunner, una Kawasaki Ultra 250 y una Kawasaki Super Jet. Hay material para hacer buceo, para pescar y todo eso. En cuanto al entretenimiento. —Michael nos condujo a la parte inferior y sonrió antes de abrir unas puertas—. Solo tenemos lo mejor. Tenemos esta área, el bar principal con un televisor de plasma de sesenta y cinco pulgadas. Aquí tenemos el salón de lujo con dos barras. Luego está el camarote de lujo principal, la cabina VIP y las tres cabinas de invitados, todas con televisores de cincuenta pulgadas y las camas más cómodas que hayáis probado nunca. ¿Qué os parece, chicos? —preguntó.

Calvin tenía los ojos abiertos de par en par, igual que yo.

—Esto es lo que siente la realeza —suspiró Calvin—. Me encanta la realeza.

—Nos lo quedamos —vociferé.

Michael nos acompañó a la parte superior y nos detuvimos en la proa.

—Así que, Michael, ¿tu padre y tú lleváis el negocio juntos?

—Sí. Heredó el negocio de mi abuelo. Yo pienso hacer lo mismo algún día. No hay nada que me guste más que esto, los barcos, el agua.

—¿No te gustaría hacer otra cosa? —preguntó Calvin.

Michael frunció el ceño, considerando cuál sería su respuesta.

—No. Nada más. Cuando mi madre se fue con otro hombre, a papá le costó mucho pasar página. Entró en una depresión profunda. Yo tenía catorce años, y recuerdo que había días en que tenía que obligarlo a comer. Se culpaba a sí mismo por que ella se hubiera ido.

—¿Por qué se culpaba?

—No lo sé, la verdad. Él trabaja muchas horas y sabía que a ella le molestaba, pero esa no era razón para dejar a tu marido. Sí, es verdad que discutían, pero había más risas que discusiones. A veces las personas no son quienes crees que son, y resultó que estábamos mejor sin ella. Pero él nunca diría eso. Todavía tiene una foto de nosotros tres en el escritorio de su despacho. Algunos días me da la sensación de que está esperando a que vuelva. Lo único que le ayudó a superarlo fue estar en el agua. Creo que lo purificaba. De no ser por este sitio, probablemente también habría perdido a mi padre. Este lugar es mi hogar. ¿Y vosotros? ¿Qué queréis hacer?

—Música —dijimos al unísono.

Michael se rio.

—Bueno, no paréis hasta que lo consigáis. Entonces podréis alquilarnos a *Jenna*.

—Pido disculpas por adelantado por el comportamiento infantil que voy a tener ahora mismo, pero tengo que hacerlo —afirmó mi mejor amigo.

Calvin se subió a la baranda y extendió los brazos. Yo me eché a reír.

—Siempre supe que tú serías Kate Winslet y yo sería Leo en esta situación.

—¡Cállate y abrázame! —bromeó Calvin.

Me coloqué detrás de él de un salto y le rodeé la cintura con los brazos.

—¡Nunca te soltaré, Cal! —grité mientras él mantenía los brazos extendidos.

Michael soltó una risita.

—Ojalá pudiera deciros la cantidad de romances entre amigos que he presenciado en esa baranda.

—¿Romances entre amigos? —preguntó Calvin—. Ah, no, nosotros tenemos una relación estable.

Michael abrió mucho los ojos, lleno de culpa.

—Ah, lo siento. No quería...

—No hagas caso a Calvin, es un mentiroso. En realidad, me tiro a su hermana. —Sonreí y vi que Calvin hacía una mueca y me apartaba, obligándome a bajar. Él también se bajó.

—Si vuelvo a oírte mencionar algo sobre tirarte a mi hermana, hay muchas posibilidades de que no sobrevivas.

—*Touché*.

Habría mentido si dijera que no me gustaba provocarle de esa manera. Odiaba toda clase de conversaciones que incluyeran alguna mención a besar a su hermana, así que hablar de tirármela era traspasar la línea totalmente. Por eso, siempre lo hacía.

Capítulo 17

Maggie

Cada vez que Brooks me devolvía un libro, lo revisaba ávidamente para ver los comentarios e ideas que había añadido. Empezamos a hacer esto de forma habitual, y cada vez que un libro volvía a mi estantería con más post-its que antes, sentía que Brooks era todavía más parte de mi mundo. Él debía de sentir lo mismo cuando yo tocaba bien un acorde. Hace poco había tocado *Mary tenía un corderito* utilizando un dedo cada vez, y prácticamente lloró de la emoción.

Después de estar con él, mi idea de lo que era el amor había cambiado.

Me había enamorado de cientos de hombres diferentes procedentes de centenares de libros. Pensaba que sabía cómo era el amor basándome en las palabras que contenían esas páginas. El amor era unión, fuerza, y algo por lo que valía la pena vivir.

Lo que no esperaba eran los miedos que traía consigo el amor verdadero. El miedo a que yo nunca fuera a ser suficiente para él. El miedo a que encontrase a otra. El miedo a que, a veces, valiera la pena morir por amor. El miedo a que el amor no siempre fuera suficiente. Querer a alguien implicaba ser vulnerable ante la posibilidad de que algún día se marchara, y yo solo quería que Brooks se quedase.

Le di unos golpecitos suaves en el hombro y él se despertó. *¿Estás dormido?*, escribí cuando pareció estar lo suficientemente despierto para leer.

—Estoy dormido —respondió sonriendo un poco—. *¿Estás dándole vueltas a la cabeza?*

Me conocía tan bien. Le rocé la oreja con los labios antes de besarle el cuello.

¿Me prometes el mismo tipo de amor que he leído en mis libros?

Sacudió la cabeza, bostezando. Me había rodeado con los brazos, y me atrajo hacia él, haciendo que su calidez me engullera.

—No, Maggie May. Te prometo mucho más.

Capítulo 18

Maggie

—Te estás bebiendo el té —dijo una sorprendida señora Boone el lunes a la hora de comer—. Nunca te bebes el té.

¿Qué podía decir? El amor nos hace hacer cosas ridículas.

—Es ese chico, ¿verdad? —preguntó arqueando una ceja—. ¿Es él la razón por la que te has estado comportando como una colegiala atolondrada cada vez que he venido de visita?

Seguí sorbiendo mi té.

Ella sonrió sabiamente y continuó comiéndose su sándwich.

—¡Dios mío! ¡Ya sé qué quiero hacer con mi vida! —gritó Cheryl entrando a toda prisa en el comedor, dando saltitos y agitando las manos con un libro en una de ellas—. ¡Ya sé lo que quiero ser cuando termine el instituto el año que viene!

—Bueno, suéltalo —ordenó la señora Boone.

Cheryl detuvo sus erráticos movimientos, se irguió muy derecha y se llevó la novela a su pecho.

—Quiero ser activista.

La señora Boone y yo arqueamos las cejas sorprendidas, esperando a que Cheryl terminase la frase.

—¿Activista de...? —preguntó la señora Boone.

Cheryl parpadeó.

—¿Qué quiere decir?

—Tienes que ser activista de algo. Medioambiente o política, de derechos humanos, o tal vez contra el maltrato animal. Lo que sea. No puedes ser activista sin más.

Cheryl se palpó el labio inferior.

—¿En serio? ¿No puedo ser activista y ya está?

Negamos con la cabeza.

—Joder... eh... digo, jolín. Perdona, señora Boone. Supongo que tendré que averiguar qué clase de activista quiero ser. Uf. Parece que implica más trabajo del que pensaba.

Cheryl salió del comedor con bastante menos entusiasmo que cuando había entrado. La señora Boone y yo nos reímos.

—De verdad, tus padres deben de haberos dado de desayunar estupidez cada día. Es increíble lo idiotas que sois todos. —Cogió el sándwich y cuando estaba a punto de hincarle el diente, dijo —: Espera, ¿Cheryl llevaba un libro?

Asentí.

Dejó el sándwich y sacudió la cabeza.

—Sabía que se acercaba el fin del mundo, pero no imaginaba que llegaría tan pronto.

Me reí para mis adentros y seguí bebiendo té.

Esa tarde no sabía tan mal.

—No me estás escuchando, Eric, solo quiero asegurarme de que hacemos lo correcto —le decía mamá a papá por la noche en el comedor mientras él iba de un lado para otro. Ella tenía una copa de vino en la mano e iba dando sorbos mientras le hablaba. Yo estaba sentada en lo alto de la escalera con Cheryl a mi lado—. Quizá el hecho de que Maggie salga con Brooks no beneficia a nadie. Loren dice...

Papá soltó una risita sarcástica.

—«Loren dice». Dios, claro. Sabes, por un segundo pensé que no te había afectado su visita, pero me equivocaba. Tendría que haber imaginado que esto tenía algo que ver con esas mujeres.

—Esas mujeres son mis amigas.

—A esas mujeres no les importas lo más mínimo, Katie. ¿Crees que vienen aquí a verte porque les importas? Vienen aquí para burlarse de ti, para decirte que consideres la idea de mudarte, aunque saben que no puedes. Vienen a ver lo jodidamente deprimente que es tu vida en comparación con sus vidas perfectas, lo cual tiene un pase, pero cuando se sientan aquí a hablar de nuestra hija toda la noche...

—No lo hacían con mala intención. Me estaban informando sobre cómo ayudarla.

—¡La estaban denigrando! —gritó. Cheryl y yo nos sobresaltamos a la vez. Papá nunca gritaba. Nunca le había visto la cara tan roja en toda mi vida—. La estaban denigrando, insultándola como si fuera sorda y no pudiera oírlas. No sé qué es peor, el hecho de que dejaras que esas mujeres entrasen en casa para cotillear sobre tu propia hija, o que defendieras a Maggie y te retractases unos días después. Estás aquí preocupándote porque tenga novio cuando es más feliz de lo que lo ha sido en años. Tú también te darías cuenta si te tomaras la molestia de mirarla.

—La miro.

—Miras, pero no ves, Katie, y entonces invitas a esos *trolls* a nuestra casa y se ponen a hablar de Maggie como si no fuera nada.

—Es algo. ¿No te das cuenta? Por eso quiero probar con la terapeuta que Wendy...

—¡Es feliz, Katie!

—¡Está enferma!

—Está mejorando delante de nuestras narices, y es como si en secreto no quisieras que mejorase. ¿No quieres que salga? ¿Que viva?

Mamá titubeó antes de decir...

—Pero Loren...

—¡Basta! —gritó, agitando las manos de puro enfado, y tirando sin querer la copa de vino que mamá tenía en la mano. La copa se estrelló contra la alfombra.

Toda la habitación se quedó en silencio.

Papá se quitó las gafas y se frotó los ojos con los dedos antes de llevarse las manos a la cintura. Los dos se quedaron mirando la mancha roja de la alfombra, el mismo tipo de derrame accidental que solía ocurrir antes, cuando eran felices juntos, antes de que yo empezase a destruir su amor.

Sin decir nada más, cada uno se fue por su lado.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Cheryl temblando un poco.

Le cogí la mano temblorosa para intentar tranquilizar sus nervios.

En ese momento, me alegré de no poder hablar, porque de lo contrario habría tenido que contarle a Cheryl la verdad. Sabía lo que le estaba pasando a nuestros padres: estaban dejando de

quererse justo delante de mi hermana y de mí.

Dejar de quererse significaba que no podías reírte de los errores.

Dejar de quererse significaba que gritabas cuando estabas irritado.

Dejar de quererse significaba separarse.

—Una caja de delicias para Maggie May —dijo Brooks esa noche desde la puerta de mi habitación.

Le sonreí sin saber muy bien qué tenía en mente. Entró en la habitación, se sentó en el suelo y colocó la caja delante de él. Dio unos golpecitos en el suelo, invitándome a unirme a él.

¿Qué había planeado?

—Es una degustación —explicó cuando me senté—. Como no puedes hablar, al menos quiero saber todo lo demás de ti: cómo reaccionas a ciertas cosas, tus expresiones... Así que vamos a hacer una degustación de comida a ciegas. En esta caja tengo diferentes alimentos, algunos dulces, otros blandos, otros tremendamente amargos... y vas a probarlos. Luego me los darás tú a mí.

Sonreí sin saber muy bien cómo podía querer a ese chico más de lo que ya lo quería. Sacó una venda y se inclinó para cubrirme los ojos.

—Vale. ¿Me ves? —preguntó. Negué con la cabeza—. Vale, bien. Ahora abre la boca.

Abrí mucho la boca y él metió un trozo de algo. Relajé los labios alrededor del alimento. *Mmm... chocolate.*

Me gustaba tanto el chocolate como a cualquier persona inteligente.

—Expresión de placer, perfecto. Siguiente...

Arrugué la cara con lo siguiente: caramelos amargos. Él no podía dejar de reír.

—Dios mío, ojalá pudieras ver cómo estás arrugando la nariz ahora mismo.

Los siguientes alimentos incluían uvas, salsa de espaguetis, rodajas de limón y queso, un queso que seguro que estaba rancio.

Cuando me quité la venda, no podía estar más ilusionada, porque me tocaba a mí torturarlo. Le ató la venda y él sonrió, mordiéndose el labio inferior.

—Fetichista.

Puse los ojos en blanco. Primero le metí en la boca una cucharada de puré de patata frío, y le gustó más de lo que debería. Luego tocaba salsa de espaguetis con picante —eso no le gustó demasiado—, plátanos y más cosas. Por último, cogí un trozo de chocolate, lo cubrí de ketchup y exprimí un poco de zumo de limón encima. Intentó escupirlo inmediatamente, pero le tapé la boca con la mano, riéndome mientras él se retorció, intentando tragárselo.

—Eso ha sido malvado, Maggie. Malvado. —Se rio limpiándose la boca con las manos. Me incliné para besarle, y él me sujetó el labio inferior entre sus dientes y me lo mordió con suavidad.

Mmm... me gusta eso.

Antes de que pudiéramos volver a besarnos, Calvin, Rudolph y Oliver entraron a toda prisa en la habitación.

—¡Joder! —gritó Calvin.

Arqué una ceja y Brooks pareció tan confundido como yo.

—¡Dios mío, Dios mío! —dijo Rudolph dando vueltas en círculos. Le temblaban las manos. Estaba hiperventilando, pero eso era algo habitual en Rudolph. No le costaba mucho entrar en *shock*.

Lo que más me asustó fue ver a Oliver dando saltitos. Oliver no era el tipo de persona que daba saltitos: le gustaba más quedarse sentado. Nunca lo había visto tan alborotado.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —exclamó Brooks sorprendido.

Calvin se detuvo.

—¿Llevas... una venda en los ojos?

Los mellizos silbaron a la vez.

—Fetichistas.

Brooks dejó a un lado la venda.

—Olvidaos de eso. ¿Qué pasa?

Los tres chicos guardaron silencio un instante antes de volver a mostrar su nivel anterior de entusiasmo.

Calvin corrió hacia Brooks, le puso las manos en los hombros y empezó a sacudirlo.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Jo...! —Calvin le puso el móvil a Brooks en la mano.

Brooks entrecerró los ojos mientras leía las palabras. Me coloqué detrás de él a toda prisa para poder leer yo también. Cada palabra envió una descarga a mi estómago.

—¡JODER! —gritó Brooks con las manos temblorosas.

Le quité el teléfono para volver a leerlo.

—¿Cómo es posible?

—¡Vieron nuestra versión de su canción en YouTube, luego escucharon nuestras canciones originales y entonces hablaron de nosotros en Twitter!

—Lo han compartido más de cuarenta mil veces en las últimas dos horas —gritó Rudolph. Tenía la nariz más roja de lo normal por la emoción.

—Más de cincuenta mil veces, novato —corrigió Oliver.

Le di un golpecito a Brooks en el hombro y le devolví el teléfono, señalando con el dedo. *Dios. Mío.*

—¡Lo han compartido ciento sesenta mil veces! —dijo Brooks.

Los chicos gritaron al unísono. Seguramente les ardía la garganta.

—¡AH!

—¡Ni siquiera sabía que nos habías colgado en YouTube, Cal! —gritó Brooks.

Lo único que podían hacer era gritar. Los chicos solían ser muy reacios a la idea de ser populares, porque siempre decían que eran *indies* y *guays*, hasta que la popularidad llamó a su puerta y perdieron la cabeza.

—¡Yo no he sido!

—¿Has sido tú, Rudolph? ¿Oli? —preguntó Brooks.

—No —dijeron los mellizos al unísono.

—Entonces quién... —Se volvió despacio hacia mí y sonreí levemente. Los chicos se giraron en mi dirección al mismo tiempo y me miraron. Lo comprendieron enseguida—. ¿Has sido tú? ¿Los vídeos que grababas sobre nosotros?

Asentí lentamente y en pocos segundos, todos me abrazaron con fuerza y empezaron a saltar.

—¡Joder, Maggie, eres increíble! —dijo Oliver frotándome la cabeza con los nudillos.

—Madre mía, Mags, no tienes ni idea de cómo has cambiado nuestras vidas —dijo Calvin.

—¡Tío! —Oliver empezó a agitar los brazos en dirección a Calvin—. Léeles el mensaje privado.

—¿Hay un mensaje privado? —preguntó Brooks.

—Ah. —Calvin asintió, eufórico, y lo buscó en su teléfono—. Hay un mensaje directo. —Se aclaró la garganta y los mellizos hicieron lo mismo. Lo habían memorizado.

—Querido Calvin, soy Mark, el mánager de The Present Yesterdays. Hace unos días vimos vuestros vídeos y no hemos dejado de verlos. Vuestro sonido es limpio, fresco y algo que le falta a la industria. Si os interesa, me encantaría reunirme con vosotros para hablar de vuestros futuros planes musicales. ¡Paz! —citaron los tres perfectamente sincronizados, y el corazón prácticamente se me salió del pecho.

The Present Yesterdays era la mejor banda de pop-rock de nuestro tiempo. Los chicos me habían enseñado su música y yo me había enamorado de ellos antes incluso de que el mundo supiera que existían. ¿Cómo era posible?

Brooks se volvió hacia sus compañeros con los ojos muy abiertos y vi que a ellos también les invadía esa sensación: la visión de que los sueños se hacían realidad, incluso para unos chicos que ensayaban en un garaje en un pueblo pequeño de Wisconsin. La oleada de emoción nos engulló y empezamos a dar saltos por la habitación, celebrándolo.

Nunca me había hecho tan feliz ver cómo los sueños de otras personas empezaban a hacerse realidad.

—Todo esto es gracias a ti, Magnetismo —dijo Brooks mientras me abrazaba contra su pecho—. Es porque usaste tu voz para que nos oyeran.

Esa noche me recordó que tenía voz, aunque de mi boca nunca salían palabras.

Todavía tenía voz.

En la siguiente noche, mi hora del baño duró más de lo normal. Seguí el mismo ritual de siempre: leí, me lavé, y entonces me sumergí en el agua y recordé lo que había pasado en el bosque, y me repetí a mí misma que no fue culpa mía. A mi mente todavía se le daba muy bien aferrarse a esas imágenes, pero últimamente los recuerdos más recientes hacían que las visiones se volvieran más borrosas.

Cada vez que intentaba visualizar la cara del demonio, veía a Cheryl riéndose con un libro en la mano. Cuando corría por el bosque, me veía a mí misma corriendo a los brazos de Brooks. Cada vez que me tropezaba, veía a la señora Boone regañándome.

Los malos recuerdos no habían desaparecido. Sabía que mi mente todavía contenía la imagen del demonio, pero cada vez me resultaba más fácil mantenerlo encerrado en el armario. No estaba segura de si era gracias a Brooks, a Cheryl, o al tiempo, pero en cualquier caso, me sentía agradecida.

Después de recordar, volvía a la superficie para tomar aire, inhalaba profundamente y volvía a sumergirme para soñar.

Soñaba con un futuro. Soñaba que exploraba el mundo, subía montañas, visitaba Italia, probaba caracoles en Francia. Veía a Brooks y a mi hermano actuando en un estadio enorme. Tenía una familia. Descubría lo que significaba estar viva. El agua me limpiaba de la oscuridad que intentaba agarrarme con fuerza. Me estaba renovando lentamente. Empezaba a tener mi propia vida por primera vez...

—Maggie, te he traído toallas lim... ¡Dios mío! —gritó mamá entrando a toda prisa en el baño y sacándome del agua.

Aquel movimiento tan rápido me hizo abrir la boca y tragar agua. Empecé a toser y me ardía la garganta mientras escupía. ¿Qué estaba pasando? A mamá le temblaban las manos, y empezó a gritar, sosteniéndome entre sus brazos. Tenía los oídos llenos de agua e intenté sacudírmelos mientras ella llamaba a papá a voces.

—¡Eric! ¡Eric! —gritó, con la voz más llena de pánico de lo necesario. ¿Qué hacía? ¿Por qué estaba tan asustada? ¿Habría pensado que...?

Ay, Dios, no.

No, mamá. No intentaba ahogarme. No intentaba ahogarme. Se me llenaron los ojos de lágrimas al ver el pánico que estaba experimentando. Me sacó de la bañera y me envolvió en toallas. Lloraba y seguía gritando el nombre de papá cuando él entró corriendo en el baño.

El agua que tenía en los oídos me impedía escuchar bien. Intenté levantarme, pero mamá me agarraba con fuerza.

Con mucha fuerza.

—¡Ha intentado ahogarse, Eric! —dijo mamá. Papá adoptó una expresión apesadumbrada y le pidió que repitiera lo que había dicho—. Te lo dije. Te dije que esto era demasiado para ella.

Sacudí la cabeza. *No, papá.* Tenía las manos blancas como un fantasma. *Yo no haría eso. No me suicidaría. Soy feliz. ¿Te acuerdas? Soy feliz.*

Necesitaba un trozo de papel. Necesitaba escribirles. Necesitaba hacerles entender.

No intentaba suicidarme. Ahora los dos estaban llorando y papá casi no podía respirar. Me miró a los ojos y luego desvió la mirada. Tenía que saber que mamá se equivocaba. Había cometido un error. No sabía todos los detalles. Me había sacado para que cogiese aire, sin saber que respiraba mejor debajo del agua.

Estaban discutiendo otra vez.

Cheryl y yo estábamos sentadas en lo alto de la escalera, observándolos de nuevo. Todavía tenía el pelo húmedo del baño y Cheryl me lo cepillaba mientras escuchábamos.

—¿Sigues sin creerme? —gritó mamá, sorprendida.

—Estás exagerando —dijo papá a mamá—. Ha dicho que no intentaba...

—No ha dicho nada, Eric. No habla, pero esta noche sus actos hablaban por sí solos.

—¡Estaba sumergiéndose en el agua cuando has entrado! ¡Estaba aguantando la respiración! ¡Por Dios, Katie! Esta es Loren hablando, no tú.

—No le echas la culpa de esto a ella. No culpes a mi amiga. Sé lo que vi. Tu hija se estaba ahogando.

—¿Mi hija? —bufó papá, dejando escapar un leve silbido—. Vaya.

Yo también lo he sentido, papá, el puñetazo en el estómago.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No, creo que no. Últimamente no entiendo nada de lo que dices.

Mamá puso los ojos en blanco y se alejó para volver con una copa de vino.

—Está enferma.

—Está mejorando.

—Está empeorando, y sé que tiene que ver con Brooks. Lo sé...

Observé a mamá.

Observé cada uno de sus movimientos. Papá no lo veía, porque solo oía su estribillo paranoide y él estaba demasiado ocupado escupiendo sus versos cargados de enfado. No vio cómo movía los dedos nerviosamente, cómo le temblaban las piernas, ni tampoco el débil temblor en el labio inferior. Estaba asustada. Horrorizada. El nivel de miedo de su cuerpo era algo más que una reacción a lo que había sucedido. El miedo de sus movimientos había estado presente durante años, por lo visto.

¿Pero de qué tenía tanto miedo?

Papá se llevó las manos a la nuca.

—Estamos dando vueltas en círculos, Katie. ¿Qué tienes en contra de que Brooks y Maggie estén juntos? Porque no parecías tener ningún problema hasta que las cuatro fantásticas vinieron de visita. En serio, siempre estás soltando mierda sobre que Maggie no hable, y tú ni siquiera tienes voz propia. Vas corriendo a tus amigas para escuchar sus opiniones de mierda sobre nuestra familia, y luego te bebes una botella de vino cada noche. Dime, Katie, ¿quién necesita ayuda realmente?

Mamá abrió mucho los ojos, sorprendida por sus palabras. Papá parecía igual de estupefacto al escucharse a sí mismo. Mamá se fue hecha una furia a su habitación, y papá la llamó para disculparse, pero ella ya estaba tirándole almohadas y mantas.

—Puedes quedarte aquí fuera hasta que consiga la ayuda que necesito —dijo—. Y, por cierto, cuando acabe como Jessica, recuerda que habrá sido obra tuya. Recuerda que tú hiciste que sucediera.

¿Quién es Jessica?

Se marchó y no volvió. Papá salió rápidamente por la puerta principal. ¿Por qué daba la sensación de que todo se estaba derrumbando cuando por primera vez en mi vida sentía que por fin empezaba a recomponerme?

—Sé que antes no solía estar en casa por la noche, pero... ¿siempre han discutido de esta manera? —susurró Cheryl. Negué con la cabeza. Ella siguió cepillándose el pelo—. Es casi como si fueran desconocidos.

Eso era descorazonador.

—¿Maggie? —susurró Cheryl con la voz rota—. ¿Es verdad? ¿Has intentado...?

Me giré hacia ella, le quité el cepillo de las manos y coloqué sus manos en mis mejillas. Empecé a agitar la cabeza de lado a lado, mirándola a los ojos. *No. No. No. No.*

Dejó escapar un suspiro.

—Te creo. Mamá también te creería si se molestase en mirarte a los ojos.

No podía dejar de pensar que mis padres se estaban distanciando por mi culpa. No estaba segura de qué hacer. ¿Dejar a Brooks para que volvieran a unirse? ¿Seguir con él por mi propia felicidad egoísta? ¿Qué debía hacer? ¿Cuál era la elección correcta? ¿Cómo podía arreglarlo?

No quería que mis padres discutieran. Fue un accidente. *Juro que fue un accidente...*

Parpadeé y lo vi.

El demonio había vuelto a visitarme.

No...

Intenté parpadear para que desapareciera. Estaba mejorando. Estaba recomponiéndome.

«Shh», susurró. *Abrí mucho los ojos por el miedo. «Por favor, no grites. Ha sido un accidente». Puso sus labios en mi frente y los apretó contra mi piel. «Shh» volvió a decir. Sus labios viajaron hasta el lóbulo de mi oreja y sentí que su boca me tocaba antes de sisear una última vez. «Shh...»*

Estaba ahí, en mi mente. Sentía su presencia.

Shh...

Shh...

Shh...

Capítulo 19

Brooks

Maggie me dijo que no se había sentido muy bien durante los últimos días y que no quería verme. Hice lo posible por convencerla para que me dejara visitarla, pero cada vez que aparecía, su madre me pedía que me fuera porque necesitaba más tiempo para recuperarse.

Una tarde, después de ensayar con la banda, no le di elección.

—No estás enferma realmente, ¿verdad? —le pregunté al verla salir del baño y dirigirse a su habitación. Abrió mucho los ojos al verme, y en ellos percibí un destello de pánico—. ¿Estás enfadada conmigo? —Tragué saliva, sintiéndome cada vez más nervioso. ¿Había hecho algo malo? —¿Es porque dije que te quería? ¿Era demasiado pronto? ¿Te asusté? Lo siento, es que...

Empezó a negar con la cabeza y se acercó a mí rápidamente para cogerme las manos. Apretó una vez. *No*.

—¿Entonces, qué es?

Me miró a los ojos y los suyos se le llenaron de lágrimas. Empezó a sollozar y no sabía qué hacer, así que la abracé. La abracé con fuerza contra mi pecho, y ella se derrumbó en mis brazos mientras yo recogía todos sus pedazos.

—¿Música? —pregunté.

Asintió, entramos en su habitación y cerramos la puerta. Empezó a calmarse cuando nos pusimos a escuchar música. Nos tumbamos en la cama y, al poco de quedarse dormida en mis brazos, empezaron las pesadillas. Cuando despertó, estaba muy cerca de mí, pero al mismo tiempo me parecía como si estuviera a millones de kilómetros.

—Maggie, puedes hablar conmigo —le aseguré dando vueltas por su habitación mientras ella despertaba de un sueño que le había hecho llorar. Se incorporó y se hizo un ovillo en su cama, y empezó a balancearse de delante hacia atrás, sin mirar en mi dirección.

Cuando me acerqué a ella, se encogió, casi como si temiera que la tocara, casi como si pensara que iba a hacerle daño.

—Maggie —supliqué, con la voz y el corazón rotos—. ¿Qué pasa?

No dijo nada.

—Podemos darnos cinco minutos —dije agachándome delante de ella—. Magnetismo, podemos darnos cinco minutos. Céntrate, ¿vale? Puedes volver a mí. Todo va bien.

No paraba de tragar saliva con dificultad y se agarraba el cuello con las manos. Tenía los ojos desorbitados, y entonces supe que estaba demasiado ida como para oírme.

—¡Señor Riley! —grité—. ¡Señor Riley! —volví a gritar corriendo por la casa. Cuando salió de su habitación, me miró con los ojos muy abiertos, llenos de preocupación.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Maggie. Está en su habitación. No sé qué está pasando. Está...

No esperó a que terminara. Se lanzó escaleras arriba, donde su hija estaba teniendo un colapso. La señora Riley también apareció pocos segundos después.

—Mags —dijo acercándose despacio y con cautela—. Estás bien —le aseguró el señor Riley.

Cuanto más se acercaba, más se tensaba ella, pero él no dejó de aproximarse. Levantó las

manos para demostrarle que no iba a hacerle daño, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, la envolvió en sus brazos y la apretó contra el pecho. Ella se agarró a su camiseta y tiró de él mientras sollozaba entre sus brazos.

¿Qué te ha pasado?

Mi mente iba a mil por hora al verla derrumbarse junto a su padre. Tenía un nudo en el estómago porque odiaba no poder protegerla. ¿Por qué no podía curarla? ¿Por qué no podía coger su dolor y hacerlo mío? La llevó abajo y yo los seguí.

Calvin y Stacey entraron por la puerta principal abrazados y riendo. Cuando vieron el alboroto, dejaron de reír de inmediato.

—¿Qué pasa? —preguntó Calvin.

El señor Riley no respondió. Se limitó a llevar a Maggie a su habitación. La señora Riley lo seguía de cerca.

No podía moverme. No podía dejar de temblar.

Calvin se acercó a mí y me puso una mano en el hombro. Tenía los ojos entrecerrados, y estaba confuso.

—¿Brooks? ¿Qué pasa?

—No lo sé —dije. Tenía la garganta seca y me ardía el pecho—. Se ha despertado y... se ha puesto como loca. No sabía qué hacer. No podía pararlo. No podía evitar que... —Se me humedecieron los ojos, y me presioné la cara con las palmas de las manos. Stacey y él se acercaron y me rodearon con sus brazos.

Pero odiaba el consuelo que me daban, porque Maggie lo necesitaba más.

Necesitaba que alguien se sumergiera en sus recuerdos y borrara las aguas oscuras en las que nadaba cada día.

Me senté en la escalera, esperando a que los padres de Maggie salieran de su habitación. Cheryl, Calvin y Stacey se unieron a mí.

No dijimos ni una palabra. Me pasé el rato trasteando con el iPod, buscando música que pudiera hacerle sentir mejor. La música siempre le despertaba una sonrisa.

Cuando se abrió la puerta, todos nos levantamos de golpe. El señor y la señora Riley nos miraron con el ceño fruncido.

—Ha vuelto a dormirse —dijo el señor Riley.

—¿Puedo verla? —pregunté. Le enseñé el iPod al señor Riley—. Creo que un poco de música podría ayudar. Siempre le ayuda.

Abrió la boca para contestar, pero la señora Riley se adelantó.

—Creo que ya hemos tenido suficiente por esta noche. —Se pasó los dedos por el pelo y el señor Riley cerró la boca.

Empecé a protestar, pero la señora Riley me dirigió una mirada cansada, así que asentí.

—Bueno, ¿puede dárselo usted, señor R, por si le ayuda? Ahora mismo no lo necesito. —Le di mi iPod y él dibujó una sonrisa forzada.

Todo el mundo se fue a su habitación, y yo tuve que irme. Odiaba la sensación que tenía en el estómago. Odiaba no saber cómo estaba. ¿Cómo iba a marcharme sin saber si estaba bien?

—Brooks, ¿puedo hablar contigo un segundo? —preguntó la señora Riley cuando me dirigí a la puerta principal. Tenía los brazos cruzados y los ojos parecían pesados.

—Sí, ¿qué pasa?

Eché un vistazo a su alrededor para asegurarse de que todo el mundo se había ido, y entonces

se acercó a mí.

—Quiero que sepas que... Maggie está enferma. Puede que no lo parezca, pero su mente... —Frunció el ceño—. Lo que le pasó hace años le afectó. Incluso los días en que parece estar bien, falta una parte de ella. Sé que te gusta, pero tener una relación con ella... Creo que no es muy inteligente. Está rota.

Mentiría si dijera que sus palabras no me dejaron de piedra. Hablaba de su hija como si fuera un bicho raro, una marginada. Sí, Maggie tenía días malos, ¿pero quién no los tenía? Miré a la vuelta de la esquina y vi a Maggie asomándose por la puerta de la habitación de sus padres, escuchando. Le sonreí, y ella frunció el ceño. Hasta ese momento no sabía que un ceño fruncido podía ser más bonito que una sonrisa.

—No todas las cosas rotas tienen que arreglarse. A veces solo hay que quererlas. Sería una pena que solo la gente que está entera mereciese amor.

—Brooks. —Suspiró como si mis palabras no significaran nada—. Eres joven, y tienes toda la vida por delante. No puedo evitar pensar que tu empeño por intentar que Maggie se sienta incluida acabará arrastrándote. La semana que viene te vas a Los Ángeles por lo de la música, y allí tendrás todo tipo de experiencias nuevas...

—Maggie y yo tenemos experiencias nuevas cada día.

—Sí, pero tendrás oportunidades nuevas, oportunidades más importantes.

—Y ella también.

La señora Riley suspiró y se frotó la nuca.

—No lo entiendes, Brooks. Maggie no va a salir de esta casa. Nunca. Sé que intentas mantener la esperanza, pero ahora hay que seguir la lógica. Deberías romper con ella antes de que le hagas más daño.

—Saldrá. Sé que lo hará. Hemos hablado de eso, sabe. Ella también tiene sueños, como usted y como yo. Tiene sueños.

—Mira, Brooks... Entiendo que es tu amiga, y sé que te gusta compartir tu música con ella, pero eso no va a ayudarla. Una relación necesita algo más que música para existir. Necesita carne, no solo huesos. Maggie no podrá darte lo que necesitarás para tener una relación real.

—Usted no sabe lo que necesito.

—Con todos mis respetos, sé lo que no necesitas. Eres joven y estás enamorado, lo entiendo, pero Maggie no es la persona adecuada para ti.

Tenía el pecho encogido, y sabía que si me quedaba allí un segundo más, diría algo de lo que me arrepentiría. Levanté la vista hacia donde estaba Maggie, pero se había ido, así que abrí la puerta principal y salí al porche, dándole la espalda a la señora Riley.

—Lo siento Brooks, pero esto es lo mejor para los dos.

Me giré hacia ella una vez más y estallé.

—Con todos mis respetos, señora Riley, creo que se equivoca respecto a ella. Maggie es inteligente. Es muy inteligente, amable y expresiva, incluso sin palabras. Dice muchas cosas cuando no puede oírla. Sí, tiene la mente ocupada, pero es más profunda que cualquier océano. Ve las cosas de forma diferente que la mayoría, ¿pero qué tiene eso de malo? Y también se equivoca con respecto a la música. Si puede creer por un segundo que la música no puede curar a la gente, eso significa que no escucha con atención.

Me giré para marcharme con el corazón a mil por hora.

—Ha intentado suicidarse —gritó la señora Riley, haciendo que me detuviera. Me volví hacia ella. Mi mente se negaba a aceptarlo.

—No.

—Sí. Sé que seguramente parezco el gran lobo malo de esta situación, pero no está bien. Tienes razón, su mente es más profunda que cualquier océano, pero un día las olas van a alzarse tanto que no tendrá más opción que ahogarse.

Ha intentado suicidarse.

No podía respirar.

Ha intentado suicidarse.

Ella no haría eso.

Joder, no podía respirar.

Di vueltas por el vecindario, arriba, abajo, izquierda, derecha, una y otra vez. No dejaba de pensar que quizá había hecho algo mal. Quizá la manera de abrazarla o tocarla le había provocado un *flashback*. A lo mejor había dicho algo que no debía decir.

—Es duro, ¿verdad? —dijo la señora Boone desde su porche cuando empezaba a dar otra vuelta por el vecindario, intentando aclararme la cabeza. Me detuve delante de su casa y Muffins se revolcó en la hierba—. Cuando tiene esos colapsos.

—¿Cómo lo ha sabido?

Sonrió y se balanceó en su mecedora de mimbre.

—Conozco a Maggie, y conozco la expresión que adopta la gente cuando ella se derrumba. La he visto en las caras de sus padres más veces de las que me gustaría admitir. Ven aquí. Tómate un descanso. Entra y te haré un té.

Arqueé una ceja. *¿Entrar?* Nunca había visto a la señora Boone invitar a nadie a su casa. Parte de mí pensaba que si entraba, podría matarme, pero otra parte tenía demasiada curiosidad por ver cómo era el interior de su casa.

La puerta metálica chirrió al abrirla. La sostuvo para que yo entrase, y me siguió de cerca.

—Puedes esperar aquí, en la sala de estar. Iré a calentar un poco de agua —dijo mientras se dirigía a la cocina.

Empecé a dar vueltas por la sala de estar, echando un vistazo a su casa. Era como un museo; cada obra de arte parecía del siglo xix, y todas las esculturas estaban protegidas por una caja de vidrio. Todo estaba pulido y limpio, y parecía encontrarse donde debía estar.

—¿Está segura de que no necesita ayuda? —pregunté.

—Llevo años preparando té y nunca he necesitado ayuda.

Pasé la mano por la repisa de la chimenea y los dedos se me llenaron de polvo. Fruncí el ceño y me limpié la mano en los pantalones. La chimenea era lo único que tenía polvo en la habitación. Era casi como si hubiera cogido cada centímetro de suciedad y lo hubiera dejado caer en la chimenea. *Qué extraño*. Levanté uno de los marcos de fotos que estaban cubiertos de polvo y vi en él a la señora Boone con un hombre que, supuse, sería su marido. Estaba sentada en su regazo, sonriéndole, y él le sonreía a ella. Nunca había visto a la señora Boone sonreír como en esa imagen.

Cogí otra foto, la pareja estaba en un muelle con una niña que se estaba riendo. La transición de la niña creciendo en las fotos era dura de ver. Pasó de ser una niña sonriente a alguien que fruncía el ceño, a alguien que no mostraba ningún tipo de emoción. Sus ojos se veían tan vacíos. Debía de haber más de treinta marcos de fotos apilados en la repisa, y cada imagen mostraba distintos momentos del pasado de la señora Boone.

—¿Quién es la chica? ¿La de las fotos? —pregunté.

Se asomó a la habitación antes de volver a meterse en la cocina.

—Jessica. Mi hija.

—No sabía que tenía una hija.

—¿Alguna vez me lo has preguntado?

—No.

—Por eso no lo sabías. Vosotros, chicos estúpidos, nunca hacéis preguntas. No hacéis más que hablar, hablar, hablar y ninguno de vosotros escucha nunca. —Volvió a la sala de estar, moviendo los dedos de manera nerviosa, y se sentó en el sofá—. El agua se está calentando.

Cogí un disco cubierto de polvo y soplé para quitar un poco la mugre.

—¿*Sittin' On The Dock of The Bay*, de Otis Redding? —pregunté. Ella asintió.

—Mi marido y yo teníamos una cabaña al norte del lago. Todavía la tengo... Debería venderla, pero no me animo a hacerlo. Es el último sitio en el que mi familia fue realmente feliz —dijo, recordándolo—. Cada noche, Stanley y yo nos sentábamos al final del muelle a mirar la puesta de sol mientras sonaba ese disco, y Jessica corría por la hierba, intentando atrapar libélulas.

Me senté en la silla enfrente de ella y sonreí.

Ella no me devolvió la sonrisa, pero no me importaba. La señora Boone era famosa por no sonreír.

—Y... —Me aclaré la garganta porque me sentía incómodo con el silencio—. ¿Viene su hija alguna vez a visitarla?

Frunció el ceño y movió las manos con nerviosismo sobre las piernas.

—Es culpa mía, sabes —dijo con voz sombría.

—¿El qué?

—La noche del accidente... Lo que le pasó a Maggie, es culpa mía.

Me senté en la silla.

—¿Y eso?

Adoptó una mirada melancólica.

—Esa noche pasó por mi patio. Me preguntó si podía coger unas flores de mi patio para su boda. Le grité y le dije que se fuera y no volviera más. —La señora Boone observaba sus manos temblorosas, sin dejar de darse golpecitos en las piernas con los dedos—. Si no hubiera sido tan desagradable, tan dura, habría estado más tiempo en el patio. No se habría ido al bosque. Habría estado a salvo de lo que se llevó parte de su mente esa noche.

Las lágrimas empezaron a derramarse por sus ojos y sentí su dolor. Entendía su sentimiento de culpa, porque yo también lo había sentido durante todos esos años.

—Yo sentí lo mismo, señora Boone. Esa noche tenía que encontrarme con ella en el bosque, y llegué tarde. Si no hubiera tardado tanto en elegir una corbata, podría haber estado allí para proteger a Maggie. Podría haberla salvado.

Levantó la vista y se secó las lágrimas negando con la cabeza.

—No fue culpa tuya. —Lo dijo muy rápido.

Claramente temía que me culpase a mí mismo de esa forma. Fue realmente triste lo rápido que había asumido ella la culpa, y lo rápido que se aseguró de que yo no lo hiciera. Me encogí de hombros.

—Tampoco fue culpa suya.

Se levantó y se acercó a la repisa de la chimenea para mirar las fotografías.

—Era igual que Maggie de niña, mi hija. Habladora, demasiado habladora a veces. Salvaje, libre. Tampoco tenía miedo de nadie. Veía lo mejor de las personas más rotas. Su sonrisa... —La señora Boone soltó una risita y cogió una de las fotos que mostraban a Jessica con una sonrisa de oreja a oreja—. Su sonrisa curaba. Podía entrar en una habitación, contar el peor chiste imaginable y hacer que la persona más gruñona de los presentes se riera tanto que le bailara el estómago.

—¿Qué le pasó?

Dejó la foto y cogió otra, donde la sonrisa de Jessica había desaparecido.

—Mi hermano vino de visita. Estaba en proceso de divorcio y tenía que irse de casa, así que vino a quedarse con nosotros. Una noche estábamos haciendo una barbacoa y Henry bebió demasiado y empezó a enfadarse cada vez más. Comenzó a discutir con mi marido, Stanley, y estaban a punto de pelearse. Entonces llegó la dulce y tonta de Jessica con sus chistes malos e hizo reír a todo el mundo, incluso al borracho de Henry. Esa misma noche, más tarde, Stanley fue a ver a Jessica. Encontró a Henry en su habitación con una botella de alcohol en la mano. Henry se había desmayado, y estaba desnudo y borracho encima de mi hija, que estaba petrificada del miedo.

—Dios mío. Lo siento mucho. —Dije esas palabras y cuando salieron de mi boca supe que no era suficiente. No había palabras que pudieran expresar lo que sentía en el estómago en ese momento. Había vivido en la misma calle que la señora Boone toda mi vida y nunca había conocido las tormentas que había tenido que atravesar.

—Jessica dejó de hablar después de aquello. Dejé mi trabajo como profesora y me quedé con ella para educarla en casa, pero le habían robado su luz. Ya no era la misma después de lo que Henry le hizo. Dejó de hablar y no volvió a sonreír nunca. Pero no la culpaba. ¿Cómo vas a hablar cuando alguien en quien se supone que puedes confiar te roba la voz? Jessica siempre iba por ahí, como si oyera voces en su cabeza, demonios que intentaban hacer que se derrumbara. Cuando cumplió los veinte, finalmente lo hizo. Dejó una nota diciendo que nos quería, a Stanley y a mí, y que no era culpa nuestra.

Cerré los ojos al recordar las palabras de la señora Riley.

Ha intentado suicidarse.

Se giró hacia mí y frunció el ceño cuando vio mi expresión de desconsuelo.

—Ay, querido. Te he invitado para distraerte de tus cosas y al final te he hecho sentir peor.

—No, no. Es que lo siento mucho. Ni siquiera sé qué responder a todo esto.

—No te preocupes. Yo tampoco sabría. —La tetera empezó a silbar en la cocina y gritó—: Stanley, ¿puedes encargarte tú?

Miré a la señora Boone entrecerrando los ojos y ella se detuvo. Un instante después, se dio cuenta de su error y entró rápidamente en la cocina para volver con el té. Nos quedamos allí sentados, bebiendo aquel asqueroso té en silencio. Cuando llegó la hora de irme, me levanté y le di las gracias a la señora Boone por invitarme, no solo a su casa, sino también a escuchar a su historia.

Cuando abrió la puerta para que saliera, le hice una última pregunta.

—¿Por eso se ofreció a visitar a Maggie? ¿Porque le recordaba a su hija?

—Sí y no. Maggie tiene mucho en común con mi Jessica, pero hay diferencias muy grandes entre ellas.

—¿Como qué?

—Jessica perdió la esperanza en la vida. Maggie de vez en cuando tiene destellos de esperanza. Cada vez los veo más. Estará bien. Sé que estará bien. Quiero creer que será así. ¿Sabes cuál es la mayor diferencia entre las dos?

—¿Cuál?

—Jessica no tenía a nadie. Se aisló de todos nosotros. ¿Pero Maggie? Ella tiene amigos. Maggie te tiene a ti.

—Gracias, señora Boone.

—De nada. Ahora deja de culparte, ¿vale?

Sonreí.

—Lo mismo digo.

Ella asintió.

—Sí, sí, lo sé. En el fondo sé que no fue culpa mía, pero a veces, cuando te sientas en soledad, tu mente viaja a lugares donde no debería. A veces somos nuestro propio enemigo. Debemos aprender a discernir entre nuestros propios pensamientos. Debemos ser capaces de descifrar la verdad y separarla de las mentiras que nos cuenta nuestra mente. De lo contrario, acabamos siendo esclavos de los grilletes del sufrimiento que nos colocamos nosotros mismos en los tobillos.

Capítulo 20

Maggie

Hacía cinco días que no hablaba con él, y me habían parecido los cinco días más largos de mi vida.

—¿Qué estás leyendo ahora? —me preguntó la señora Boone desde el otro lado de la mesa del comedor.

Cuando le pedí a papá que le dijera a la señora Boone que no me sentía bien, ella dijo que era una niña ridícula que necesitaba un poco de té. También culpó de mi falsa enfermedad al hecho de que siempre me dejara el pelo húmedo después de la ducha.

Apreté el libro contra mi pecho y me encogí de hombros, y entonces le di la vuelta para enseñarle el título.

—Ajá. *Si no despierto*, de Lauren Oliver. ¿De qué trata?

La miré entrecerrando los ojos. Siempre hacía eso. Siempre me hacía preguntas que sabía que no podía responder. Como nunca me dejaba escribir en un papel, me hacía sentir presionada, y lo último que necesitaba era presión.

Dejé el libro en la mesa y sorbí el asqueroso té con una mueca.

—Así que hoy vuelves a odiar el té, ¿eh? —comentó.

Me encogí de hombros.

—¿Dónde está tu novio?

De nuevo me encogí de hombros. Ella puso los ojos en blanco.

—Vuelve a encoger los hombros y se te quedarán atascados. Qué infantil. Está preocupado por ti, ¿sabes? Mantenerlo alejado no va a ayudar a nadie. La verdad es que hacerlo es bastante grosero. Es un buen chico.

¿Un buen chico? En toda mi vida no había oído a la señora Boone decir nada amable sobre nadie.

—Brooks, ya puedes entrar —dijo la señora Boone en dirección a la cocina.

Brooks salió de detrás de la puerta de la cocina, levantó la mano y saludó tímidamente.

¿Qué hace aquí?

—Lo he invitado yo —dijo la señora Boone, leyéndome la mente una vez más—. Siéntate, Brooks.

Hizo lo que le había ordenado.

—Ahora llega el punto en que yo hablo y vosotros dos escucháis. Sois idiotas, los dos. —Eso sonaba más a la señora Boone que me encantaba odiar—. Os gustáis, ¿no? Pues permitid que eso sea suficiente. Dejad de pensar tanto. Sed felices y ya está. Maggie, deja de actuar como si no merecieras ser feliz. Si solo pudiera ser feliz la gente que tuviera un pasado perfecto, entonces no existiría el amor. Ahora besaos y reconciliaos, idiotas.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó mamá, que entró en el comedor. Parecía cansada, como si no hubiera dormido durante días, y tenía el pelo alborotado. Miró a Brooks y una expresión de decepción y asombro asomó a su rostro—. No deberías estar aquí.

La señora Boone se puso derecha.

—Katie, antes de que empieces a gritar a los chicos, quiero que sepas que esto ha sido cosa mía.

—¿Usted? ¿Usted le ha dicho que viniera?

—Sí. Los chicos estaban tristes, así que pensé...

—Necesito que se marche —dijo mamá.

—Anda, venga, eso es ridículo. Deja que el chico...

—No, me refiero a usted, señora Boone. Necesito que se marche. Hoy ha cruzado la línea, y ya no es bienvenida en mi casa.

Me levanté de un salto de la silla, asombrada al oír a mi madre, que cada día parecía más una desconocida. ¡No! Golpeé la mesa con las manos. La golpeé una y otra vez hasta que se me pusieron rojas, y luego seguí golpeándola.

—Brooks, vete tú también. Tú y yo ya hemos hablado, y creo que mi mensaje fue bastante claro. Maggie, vete a tu habitación.

¡No! ¡No!

Brooks bajó la cabeza y se fue. La señora Boone se levantó y sacudió la cabeza.

—Esto no está bien, Katie. Esos chicos... se ayudan mutuamente.

—No se ofenda, señora Boone, pero Maggie no es su hija, y preferiría que dejase de tratarla como si fuera su responsabilidad. Ella no es Jessica, y no tiene derecho a tomar esas decisiones por ella. Me niego a dejar que mi hija termine como...

—*¿Como qué?* —replicó la señora Boone, claramente muy ofendida. Cogió su bolso y lo apretó con fuerza—. *¿Como mi hija?*

Un destello de culpa asomó a los ojos de mamá antes de parpadear.

—Desde ahora, no habrá más horas del té. Valoro que pase el tiempo con Maggie, señora Boone, de verdad, pero eso es todo.

La señora Boone se dirigió a la puerta principal, mamá la siguió y yo prácticamente me pegué a sus talones.

—Sé lo que intentas hacer, Katie. De verdad. Yo también intenté hacerlo con mi hija. Crees que la ayudas manteniéndola apartada del mundo, de lo que le hizo daño, pero no es así. La estás asfixiando. Estás ahogando la poca voz que tiene: su libertad para elegir. Para elegir amar y para abrirse a los demás. Le estás robando eso.

Mamá bajó la cabeza.

—Adiós, señora Boone.

Había apartado de mí a mi novio y a mi mejor amiga, y no lograba entender qué había hecho para merecer eso. Empecé a aporrear la pared que tenía más cerca para llamar su atención. *Mírame. ¡Préstame atención!*

Se giró, indiferente a mis ruidos.

—Vete a tu habitación, Maggie.

No. Seguí aporreando y ella me rodeó con sus brazos. *¡No!*

—Basta —ordenó—. Piensa en el tipo de vida que le ofrecerías a Brooks. ¿De verdad quieres que renuncie a sus sueños para quedarse aquí contigo? ¿Cómo crees que podrías tener una relación con él mientras viaja por el mundo y construye una vida propia? ¿Por qué le harías una cosa así? Esto no es bueno ni para ti, ni para él. Se merece algo más que tener citas en esta casa. Y tú mereces estar sola para poder arreglarte.

¿Arreglarme?

¿Y si no estaba rota? ¿Y si simplemente yo era así?

¿Dónde estaba papá? Necesitaba que volviera a casa. Necesitaba que intentase darle sentido a los pensamientos de mamá. Necesitaba que arreglase esto. Seguí forcejeando entre sus brazos mientras ella me arrastraba escaleras arriba.

—Esto es por tu propio bien, Maggie. Lo siento, pero es por tu propio bien.

Me resistí, pero no me soltaba. No me liberaba. Parpadeé y lo vi. El demonio.

Me pedía perdón por hacerme daño, por presionar con unos cuantos dedos el lateral de mi cuello, provocando que cada vez me costase más trabajo seguir respirando.

—¡Mamá! ¡Suéltala! —dijo Calvin saliendo de su habitación. Intentó que mamá me soltara, pero ella le dio un empujón.

—Mantente al margen, Calvin. Tu hermana está bien.

No es verdad. Me estás haciendo daño.

Cheryl salió y vi el miedo en sus ojos. Estaba segura de que ella también lo vio en mi mirada.

Ayúdame.

—Mamá —empezó a decir, pero mamá la silenció enseguida también a ella.

Me arrastró hasta mi habitación y me metió dentro de un empujón. Rápidamente, cerró la puerta y la mantuvo cerrada desde fuera.

—Ya verás, Maggie. Hago esto por ti. Te estoy protegiendo.

¿Qué le pasaba? ¿Por qué actuaba como una loca? Aporreé la puerta, haciendo lo posible por abrirla, pero no se movía. La empujé con todo mi cuerpo, una y otra vez. *¡Déjame salir! ¡Déjame salir!* Tenía las manos alrededor del cuello, y podía sentirlo allí conmigo. Me estaba ahogando; iba a matarme. *¡Déjame salir, déjame salir!*

No podía respirar. No podía respirar... No sabía qué otra opción tenía.

No sabía qué otra cosa podía hacer, así que hice lo único que me vino a la mente.

Me tiré al suelo.

Coloqué la cara contra la alfombra.

Abrí la boca.

Y grité.

Capítulo 21

Maggie

Parpadeé.

La puerta se abrió de par en par y papá vino corriendo hacia mí. Estaba acurrucada en una esquina de mi habitación, apretándome las orejas con las manos.

Parpadeé.

Mamá entró detrás de él y papá empezó a dar vueltas y a gritarle que se fuera.

Parpadeo.

Mamá lloraba e intentaba acercarse a mí, pero Calvin y Cheryl la sujetaron.

Parpadeo.

Papá se agachó y me miró a los ojos para ver si estaba bien.

—¿Maggie? —susurró. Se ahogaba—. Maggie.

Parpadeo.

Me peinó el pelo con los dedos y me levantó.

—Déjame acercarme a ella —suplicó mamá.

Papá me tumbó en la cama y luego sacó a mamá de la habitación.

Parpadeo.

Lo sentía. La sensación era tan real. Me estaba ahogando otra vez. Me estaba robando el aire. Había vuelto. Era real. Era real...

Parpadeo.

Papá salió de la habitación para gritarle a mamá. No hacían más que gritar. Calvin y Cheryl entraron en la habitación.

Parpadeo.

Los dos se sentaron en la cama conmigo y me abrazaron. Me sujetaban con fuerza mientras yo temblaba entre sus brazos.

Parpadeo.

Cheryl no paraba de decirme que estaba bien, y Calvin asentía mientras yo lloraba sobre las sábanas, temblando, sintiéndome rota, confusa. Asustada. Tan asustada.

Shh...

Shh...

¿Por qué había hecho eso mamá? ¿Por qué me había arrastrado? ¿Por qué hizo eso el demonio? ¿Por qué mató a esa mujer? ¿Por qué intentó matarme a mí?

Parpadeo.

Cerré los ojos. No quería sentir. No quería ser. No quería volver a parpadear. Mantuve los ojos cerrados. No quería ver, pero aun así, veía. Lo vi. Lo sentí. Lo saboreé. También vi a mamá. La vi. La sentí. La quise.

La odié.

¿Por qué me había hecho daño?

¿Por qué había apartado de mí las cosas que quería?

Todo se volvió más oscuro.

Todo se convirtió en sombras.

Todo se volvió negro.

Capítulo 22

Maggie

—¿Estás bien hoy, Magnetismo? —preguntó Brooks desde la puerta.

Le habían prohibido que entrara en nuestra casa durante la última semana, y como mamá no estaba, supuse que papá le había dejado entrar. Mamá se había ido a pasar unos días con su hermana; se lo había pedido papá. Me alegraba de que desapareciera por un tiempo.

Ver a Brooks allí de pie, apoyado en el marco de la puerta, me rompió el corazón.

¿Cómo era posible?

¿Cómo se puede echar de menos a alguien que está a unos pasos de ti?

No me preguntó si podía entrar en mi habitación como de costumbre; se quedó allí con las manos en los bolsillos.

—Volamos mañana por la mañana. Nos reuniremos con el productor para hablar de nuestro futuro. —Sonrió, pero pareció más una mueca que una sonrisa. Eso me puso aún más triste de lo que hubiera podido imaginar. La música era su sueño, y su sueño se estaba haciendo realidad, y aun así, parecía triste.

Estoy muy orgullosa de ti.

Soltó una risita y miró al suelo resoplando.

—¿Qué está pasando, Maggie May? ¿En tu cabeza?

No lo sé.

Entró en la habitación.

—¿Me quieres?

Sí.

—¿Pero no quieres estar conmigo?

Dudé sobre si escribir o no, porque sabía que mis palabras podían resultarle confusas. No podía estar con Brooks, y menos ahora. Su sueño por fin se estaba haciendo realidad y lo último que necesitaba era que lo interrumpiera yo con mis problemas. ¿Cómo podíamos salir juntos si mis padres se estaban distanciando? ¿Cómo podíamos estar enamorados cuando él iba a estar en la otra punta del país? Aunque lo odiaba, mamá tenía razón. Brooks se merecía algo mejor que yo. Merecía que lo quisieran a voces, y mi amor era un susurro en el viento que obviamente solo él podía oír.

Se aclaró la garganta. Mi ausencia de respuesta sonaba como las palabras que temía oír.

—¿Me quieres? —volvió a preguntar.

Sí.

Me dio la espalda por un segundo y se secó los ojos. Cuando se giró, me dirigió una sonrisa tirante y se acercó.

—¿Puedo cogerte de las manos?

Se las ofrecí, y cuando entrelazó sus dedos con los míos, la noté en todo mi cuerpo: esa sensación de sentirme en casa. Un edificio con paredes no es un hogar. El hogar es el lugar en el que viven los más cálidos tipos de amor entre dos personas. Brooks era mi hogar.

Me resultó muy difícil no llorar.

—¿Sabes ese momento en que descubres una canción nueva? Piensas que no es para tanto, que

has oído muchas canciones nuevas, y esta será como todas las demás, pero cuando el principio te golpea en los oídos y se dispara a través de ti, la sientes en los huesos. Y cuando llega el estribillo, lo sabes. *Lo sabes*. Sabes que esa canción te va a cambiar para siempre. Nunca serás capaz de recordar tu vida sin esos ritmos, esas letras, esos acordes. Cuando acaba la canción, la pones rápidamente otra vez, y cada vez que la oyes, es mejor de lo que recordabas. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pueden tener más significado las mismas palabras cuanto más las oyes? La pones una y otra vez hasta que se mete dentro de ti, hasta que recorre todo tu cuerpo a gran velocidad, y se transforma en la corriente que hace latir tu corazón.

Me temblaban las manos entre las tuyas, y las tuyas temblaban entre las mías. Nos acercamos el uno al otro, y él apoyó su frente contra la mía.

—Maggie May, tú eres mi canción favorita.

No pude contener las lágrimas, y él no pudo contener las tuyas mientras apoyábamos las caras una contra la otra.

—Me siento muy dividido ahora mismo, Maggie. Parte de mí quiere ir a Los Ángeles y perseguir mi sueño, pero otra parte de mí sabe que *tú* eres mi sueño. Eres tú. Así que, dime qué quieres. Dime que me quieres. Me quedaré. Te lo juro, me quedaré.

Retrocedí y le solté las manos.

Su sueño estaba en Los Ángeles.

Mamá tenía razón.

Yo no era el tipo de vida adecuada para él.

No era su sueño. Era su pesadilla en la realidad.

—Dime que me quede y lo haré —suplicó—. Dime que me vaya y me iré, pero no me tengas en este limbo, Maggie May. No me dejes marchar sin saberlo. No me hagas nadar en aguas desconocidas, porque estoy seguro de que es en lo desconocido donde me ahogaré.

Ve.

Leyó las palabras en la pizarra y vi que la expresión de los ojos le cambiaba. Parecía sorprendido por mi respuesta. Parecía dolido. Roto. La mirada de desesperación de sus ojos me dejó atónita. Corrí hacia él e intenté abrazarlo.

—No, Maggie. Está bien.

No, no estaba bien. Se sentía dolido por mi culpa. Se estaba rompiendo, porque yo lo había roto. *Por favor. Necesito que lo entiendas. Por favor.*

Levanté la mano.

Cinco minutos.

Eso era todo lo que necesitaba. Cinco minutos más.

Él suspiró y asintió.

—Vale. Cinco minutos.

Lo abracé y le obligué a abrazarme. Él tosió, se estaba atragantando.

—No es justo. No es justo. Éramos felices.

Lo abracé con más fuerza y lo miré. Nuestros labios se rozaron y nos besamos. Primero nos besamos suavemente, y luego más fuerte. Nos besamos con nuestras esperanzas y nuestras excusas, todas a la vez. Me sorprendía cómo, en el pasado, cinco minutos se me antojaban una eternidad, pero en ese momento, cinco minutos eran un borrón.

—Maggie May —susurró Brooks con la voz rota—. ¿Cómo has hecho eso? ¿Cómo me has roto el corazón y lo has arreglado al mismo tiempo, con tan solo un beso?

Yo también lo sentía. Cuando nuestros labios se encontraban, los besos dolían y curaban. Éramos la tormenta y luz del sol a la vez. ¿Cómo podíamos hacernos eso el uno al otro? ¿Por qué lo hacíamos? ¿Y cómo se suponía que íbamos a poder despedirnos de verdad?

Tocó el colgante del ancla que no me había quitado en años antes de soltarme y retroceder.

—No puedo quedarme aquí... Tengo que irme. Tengo que dejarte marchar.

En unos segundos, salió de mi habitación y de mi vida.

Cuando se marchó, Cheryl vino a mi cuarto y se sentó a mi lado en la cama.

—¿Por qué has hecho eso, Maggie? ¿Por qué le has dejado marchar?

Me incliné hacia mi hermana y apoyé la cabeza en su hombro, sin saber muy bien cómo responder. Sentía en mi pecho que hacía mal dejándolo marchar, pero tenía que perseguir sus sueños sin mí. Cuando quieres a alguien, le dejas volar, incluso si no vais en el mismo vuelo.

—No es justo —dijo—. Porque la manera en la que te mira, y la manera en la que lo miras tú a él... ese es mi sueño. Eso es lo que quiero tener algún día.

Abrí la boca para hablar, pero no salió nada. Le dirigí a Cheryl una sonrisa curiosa, y ella frunció el ceño.

—He descubierto qué clase de activista quiero ser —dijo mi hermana, cogiéndome la mano—. Quiero luchar por ti, por la gente como tú. Quiero luchar por los que no tienen voz pero gritan para hacerse oír.

Pidieron a Calvin y a los chicos que se quedaran en Los Ángeles unos cuantos días más. Les habían ofrecido un acuerdo para grabar con Rave Records, y casi sentía su emoción desde la costa oeste.

Brooks me llamó para contarme la noticia.

—Sé que no deberíamos estar hablando... pero... lo hemos conseguido, Magnetismo. —Habla en voz baja—. Lo hemos conseguido. Hemos llegado a un acuerdo. En unas semanas será oficial y firmaremos con Rave. Esto lo has hecho tú por nosotros. Tú lo has hecho posible.

Me cayeron lágrimas por las mejillas. Deseaba con todas mis fuerzas que les ocurriera algo tan increíble. Los chicos se lo merecían. Merecían todo lo que les estaba ocurriendo.

—Te quiero, Maggie —susurró antes de colgar.

Fue la última vez que supe de él. Calvin llamó para contarle a la familia que el productor quería que fueran al estudio para grabar algunos temas mientras preparaban los contratos, y antes de que me diera cuenta, los días se convirtieron en semanas, y las semanas se convirtieron en meses. Sus vidas empezaron a moverse a una velocidad de vértigo, y yo estaba inmobilizada. En septiembre, invitaron al grupo a actuar como teloneros de The Present Yesterdays en su gira mundial.

Parecía que, en un abrir y cerrar de ojos, sus vidas habían cambiado por completo.

Hice lo posible por dejar de echarle de menos. Leía mis libros, me tomaba mis baños y escuchaba el iPod que él me había dejado. También tocaba su guitarra. Descubrí que echar de menos a alguien no se hacía más fácil con el paso del tiempo, sino simplemente más silencioso. Aprendías a vivir con la angustia que provocaba el dolor dentro de ti. Llorabas por los momentos que habíais compartido, y a veces también te permitías sentir el dolor.

Hubo tantas veces en las que cogí el teléfono y me quedé mirando su número, tantas veces en las que estuve a punto de llamar para ver cómo estaba. Me dije a mí misma que solo llamaría una vez, solo para escuchar su voz, pero nunca reunía el valor necesario para hacerlo. En el fondo sabía

que si llamaba una vez, no podría evitar llamarlo cada día para volver a escuchar su voz.

La mayoría de los días apenas salía de mi habitación, porque temía encontrarme a mamá.

Papá y ella se estaban convirtiendo en unos perfectos desconocidos el uno para el otro justo delante de mis ojos. Cuando estaban en la misma habitación, uno de los dos se iba. Antes, cuando papá se iba a trabajar, la besaba en la frente, pero ahora esos besos no eran más que un recuerdo.

Llegaron nuevas estaciones, y cada vez que la banda venía al pueblo, no había forma de ver a Brooks. Pensé que tal vez había encontrado a su siguiente aventura en la carretera. Tal vez nuestro amor solo había sido un momento pasajero en el tiempo.

—¡Está sonando! —gritó mamá una noche, corriendo por la casa—. ¡Está sonando!

Todos salimos de la habitación, y por primera vez en meses, mi familia pareció unida al rodear la radio del comedor para escuchar la primera canción de The Crooks. El pecho se me encogió y agarré el colgante del ancla que nunca me quitaba mientras escuchaba las palabras que ya conocía. Nuestra canción...

*Se apoya en mi pecho
y sus gotas de lluvia empiezan a caer.
Se siente tan débil, flotando sin rumbo,
chocando con las paredes.
Rogando que llegue el momento
en que no empiece a ahogarse.
Su corazón suplica encontrar la respuesta
al dolor silencioso que ha atado su alma.*

*Yo seré tu ancla.
Te agarraré con fuerza por la noche.
Seré tu firmeza
durante las mareas oscuras y solitarias.
Te abrazaré, seré tu luz, te prometo que estarás bien.
Seré tu ancla
y ganaremos esta lucha.*

Escuchar esas palabras fue como recibir el beso que había estado anhelando. Era como escucharle prometer que volvería a mí. Todos empezamos a aplaudir y a abrazarnos, algo que no habíamos hecho en mucho tiempo. Cuando mamá rodeó el cuerpo de papá con las manos, él la abrazó. Juro que lo vi: el espacio en el que existió su amor. Desapareció enseguida cuando se separaron, pero yo lo había visto, y eso significaba que, en alguna parte dentro de ellos, ese amor seguía vivo.

No me permití llorar por la partida de Brooks hasta la noche en que recibí un paquete.

Un libro.

Agua para elefantes, de Sara Gruen.

Dentro del libro había post-its amarillos que marcaban las mejores partes, llenos de anotaciones con su letra. Al final del libro había una nota, una nota que leí cada día, una y otra vez, durante años. La nota era lo que probaba que nunca volvería a querer a otro chico.

Una nota para la chica que me rechazó

Por: Brooks Tyler Griffin

22 de octubre de 2018

Maggie May,

Han pasado dos años desde la última vez que vi tu cara. Veinticuatro meses echándote de menos, soñando contigo y deseando que estuvieras a mi lado. Todo me recuerda a ti, y siempre que vuelvo al pueblo, me quedo en casa de mi hermano, porque no soy capaz de verte. Si volviera a verte, no podría marcharme. Sé que no podría. Mi vida se mueve muy rápido. Algunos días dudo que pueda mantener el ritmo. Otros días quiero dejarlo y volver a casa contigo. Esos días recuerdo cómo me alejaste. Es lo que querías, y tengo que respetar tu petición. Años antes de saber lo que era quererte, me tumbé en tu habitación, te cogí de la mano y te hice una promesa. Te di un colgante de un ancla y te prometí que sería tu amigo pasara lo que pasara. He estado pensándolo mucho y preguntándome cómo podría seguir siendo un amigo y respetar tu espacio a la vez. Esta es la mejor manera que se me ha ocurrido. Seguiré enviándote novelas con mis pensamientos; espero que esto te ayude a recordar que nunca estarás sola. Si alguna vez te sientes sola, lee las anotaciones de los libros.

Si algún día me llamas, estaré ahí.

Te quiero, Magnetismo, como amante y como amigo. Esas dos cosas no cambiarán nunca, ni siquiera cuando mi corazón necesite un descanso.

Siempre tuyo,
Brooks Tyler

P. D.: Siempre estoy disponible para escuchar tu silencio.

Una nota para el chico que sale en la tele

Por: Maggie May Riley

1 de agosto de 2019

Brooks,

Hoy te he visto en *Good Morning America*. Llevas el pelo más largo, ¿no? ¿Y eso que tienes en el brazo derecho es un tatuaje? No he podido verlo de cerca, pero juraría que era un tatuaje. ¿De qué es? Te envío de vuelta mis comentarios de *American Gods* de Neil Gaiman. Pero tengo que confesarte algo: ya lo había leído tres veces antes de que tú me lo enviaras. Aunque verlo desde tu perspectiva y tus ideas ha sido como leerlo de nuevo. Ninguna de sus novelas tiene pegas.

Terminé de leer *La sociedad literaria y el pastel de piel de patata* de Guernsey, de Mary Ann Shaffer y Annie Barrows. Cruzo los dedos para que te guste. A mí me encantó, pero sé que no te interesan tanto las obras de época como a mí. Está ambientado en la Segunda Guerra Mundial, y aunque destacan los efectos de la guerra, la historia tiene un toque muy dulce y encantador. Y también es divertidísima.

¿Te dije que Muffins murió? Le pedí a papá que le dijera a la señora Boone que sentía su

pérdida. ¿Su respuesta? «Ese maldito bicho vivió un millón de años. Así ya no tengo que desperdiciar el dinero en comida para gatos».

Lo que quería decir en realidad era que la echaba de menos más de lo que podía expresar con palabras.

Yo también la echo de menos.

Siempre,
Maggie

P. D.: El nuevo disco de The Crooks vuelve a ser número uno esta semana... No me sorprende. He estado escuchándolo sin parar durante las últimas cinco semanas. Sois mi sonido favorito.

Una nota para la chica que relee libros por diversión

Por: Brooks Tyler Griffin

5 de enero de 2020

Magnetismo,

La banda está en Tokio esta semana, y Rudolph comió por accidente orejas de cerdo fritas pensando que eran pepinillos orgánicos fritos. Posiblemente sea lo mejor que he visto nunca. Hay un desagradable resfriado rondando por aquí, y he sido la última víctima de la plaga. Es preocupante la cantidad de remedios para el resfriado que me he metido en el cuerpo, pero el espectáculo debe continuar esta noche. Espero pegarle el resfriado a Calvin pronto, solo por las risas.

El libro: *El pasaje*, de Justin Cronin.

Número de post-its: 102.

He oído que Cheryl entró en la Universidad de Boston y que está estudiando Periodismo especializándose en estudios de la mujer. La próxima vez que habléis por Skype, dile lo orgulloso que estoy de ella.

Brooks

Una nota para el chico que puede irse al infierno

Por: Maggie May Riley

14 de junio de 2021

Brooks Tyler:

¿En serio? ¿*Bajo la misma estrella*?

Acabo de llorar dentro de una tarrina de helado de menta con trozos de chocolate. Sorprendentemente, las lágrimas saladas le dieron un toque de sabor. Y con eso, veo tu novela de John Green y la elevo a *Mil soles espléndidos*, de Khaled Hosseini. Cheryl me hizo leerlo, y no he sido la misma desde entonces.

Buena suerte.

Maggie

Una nota para la chica que odio

Por: Brooks Tyler Griffin

12 de agosto de 2021

M:

Que te jodan, Maggie May Riley.

Que te jodan mucho.

Me ha encantado llorar con un libro en una fiesta en que solo hay tíos.

Me ha dado un montón de puntos.

B

P. D.: ¿Estás recibiendo clases *on line* para ser bibliotecaria? Increíble. En la última nota pusiste: «Espero salir de casa un algún día y hacerme bibliotecaria».

No necesitas esperanza.

Ya existen los hechos.

Serás la mejor bibliotecaria de la historia de los bibliotecarios, y yo visitaré tu biblioteca para leer todos los libros.

Una nota para el chico que tiene un Grammy

Por: Maggie May Riley

28 de febrero de 2024

Brooks,

Estoy muy orgullosa de ti.

Tu talento es asombroso.

Espero que tu gira mundial sea más que increíble.

El libro: *¡Qué lejos llegarás!* de Dr. Seuss.

Post-its: 18.

Maggie

Una nota para la chica que respeto

Por: Brooks Tyler Griffin

18 de julio de 2025

Magnetismo,

Siento no haberte enviado nada últimamente. Todo ha sido una locura con los ensayos, las reuniones y las entrevistas. Estoy cansado. Últimamente siempre estoy cansado. Todavía me encanta todo esto, pero algunos días desearía poder frenar.

Creo que debería decirte una cosa, pero no estoy seguro de cómo hacerlo, así que allá va.

He conocido a alguien.

Se llama Sasha.

Es modelo, y es dulce. Es muy, muy dulce. Es una cantante pésima y baila todavía peor, pero se ríe, y eso es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente que he conocido en esta travesía.

No sé por qué he sentido que tenía que decírtelo, pero pensé que deberías enterarte por mí primero, y no por la prensa sensacionalista.

Brooks

P. D.: He releído *Cometas en el cielo*. Fue el primer libro que me diste, ¿te acuerdas? No recuerdo haber llorado la primera vez que lo leí, pero quizá el tiempo cambia la manera en que vemos las historias. Tal vez cuando crecemos las experiencias vitales cambian el significado de los libros. Quizá no soy la persona que era hace años, cuando lo leí.

O quizá es solo que siento nostalgia.

Tercera parte

Capítulo 23

Maggie

8 de abril de 2026 - Veintiocho años

Cada noche, mamá, papá y yo cenábamos juntos en la mesa del comedor. Mamá y papá apenas se miraban. Cuando se cruzaban era como si fueran desconocidos.

Papá ya casi nunca hacía chistes, y cuando venía a mi habitación, lo que más hacía era quejarse de lo mucho que mamá bebía.

Costaba creer que alguna vez hubieran estado enamorados. Costaba recordar cómo solían bailar.

Aun así, seguíamos cenando juntos cada noche, aunque resultaba incómodo para todos. Pero los viernes eran mi noche favorita, porque después de cenar, Cheryl siempre me llamaba para hablar por Skype.

Limpiaba mi plato y corría escaleras arriba para encender el ordenador, impaciente. Desde que terminó la universidad, Cheryl se había embarcado en la misión de descubrir el mundo. Había empezado a viajar por Europa y Asia, y desde entonces no había parado. Había visitado toda clase de lugares, había descubierto todo tipo de culturas, y había presenciado más sufrimiento del que jamás habría imaginado en partes remotas del mundo que casi siempre pasaban desapercibidas.

Cuando nos vimos por Skype esa noche, estaba en Bangkok, Tailandia.

—¡Hola, hermanita! —dijo. La imagen no era tan nítida como la semana anterior, pero me hacía feliz ver su cara—. Tienes buen aspecto.

Sonreí y teclé. *Lo mismo digo.*

—Pues hoy he ido a ver Phra Phuttha Maha Suwana Patimakon. Seguro que lo he pronunciado mal, porque cuando lo dije antes, mi guía comentó que había destrozado la pronunciación por completo, pero bueno. Es ese Buda dorado, ¿sabes? Ha sido increíble. ¡Ah! —Se movió por la pequeña habitación del hostel y sacó un libro—. ¡Y te he comprado tu primer libro de Tailandia! No sé de qué va, pero creo que es bueno si sabes como leer tailandés.

Sonreí a la tonta de mi hermana. La quería mucho.

Cheryl arqueó una ceja.

—Desde que me fui, ¿has empezado a hablar y a maldecir como tu hermana con su lenguaje de marinero?

Negué con la cabeza.

—Un día quiero que extiendas los brazos y grites el *joder* más alto que se pueda gritar. Creo que será refrescante.

Creo que no.

Frunció el ceño.

—Sería mejor si fueras un poco más desastrosa. Menos perfecta, ¿sabes? A ver, ya sé que tienes eso de no hablar y no poder salir de casa, pero parece poco comparado conmigo, una mujer soltera que va corriendo sola por este peligroso mundo. Me pones muy difícil ser tu hermana.

Sonreí. *Lo siento.*

Ella se echó a reír.

—No es verdad. Bueno, ¿cómo van las clases?

Había estado apuntada en clases *on line* de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee y me había sacado la carrera de Literatura. Después de eso, me apunté a muchas facultades diferentes que ofrecían un Máster, pero ninguna me aceptó. Probablemente, mi cañero currículum no era de lo mejor, ya que no había hecho prácticamente nada con mi vida.

El año anterior estaba a punto de rendirme, pero papá me convenció para que me apuntase a la Universidad de Wisconsin-Milwaukee e hiciera su Máster en Bibliotecas y Ciencias de la Información. Cuando me aceptaron en su programa *on line*, lloré.

Mamá decía que era una pérdida de tiempo y dinero. Papá decía que era un paso más que me acercaba a mi final feliz.

Las clases van bien. Casi ha terminado el semestre, lo cual está bien.

—¿Ligas con alguno de tus compañeros en los foros y esas cosas? —preguntó Cheryl levantando la voz.

Puse los ojos en blanco, aunque ella lo decía en serio. Una vez, Cheryl intentó convencerme de que me enamorase por internet. Incluso me apuntó a unas cuantas páginas de citas.

—Maggie, solo digo que eres culta, eres bonita y...

Y vivo con mis padres.

—Sí, pero no en el *sótano*. Vives en el *piso de arriba*. Es diferente.

También está eso de ser muda y no salir nunca de casa.

—¿Bromeas? Los hombres adoran cuando las mujeres se callan. Además, si nunca sales de casa, eso significa que las citas serán extremadamente baratas. ¡A los hombres les encanta no gastar dinero! Deberías añadir eso a tus puntos fuertes en una página de citas. —Me guiñó el ojo.

Sonreí, y ella siguió insistiendo hasta que le pregunté si había hablado con Calvin.

—He hablado con él por Skype antes, y me ha dicho que había encontrado una banda en YouTube que se llama Romeo's Quest. Una atmósfera totalmente *indie* y *underground*. Me ha enviado un enlace para que escuchara su música, y me he caído, literalmente, así que te lo paso ahora porque sé que está hecho para *ti*. Te pongo el enlace abajo. Y fíjate, ¡todas sus canciones se basan en obras de Shakespeare!

Tú no sabes nada de Shakespeare.

—¡Ya lo sé, Maggie, pero esa no es la cuestión! La cuestión es que es diferente y puro y... —Hizo una pausa—. «¡Ser o no ser, esa es la cuestión!» ¡Lo ves! ¡Sé algo de Shakespeare! Tengo un título universitario, señorita.

¿De qué obra es?

—Dios mío, ¿qué es esto? ¿El juego de las veinte preguntas? ¡No me toques las pelotas, hermana! Bueno, escucha su música cuando colguemos. Creo que Calvin está intentando montar algo para el grupo, una especie de cadena de favores, porque ellos los descubrieron en internet.

Muy guay.

—También he hablado con Brooks —dijo Cheryl.

Ladeé la cabeza e intenté ignorar el vuelco que me había dado el estómago.

¿Está bien?

—Sí. Tiene muy buen aspecto. Se le ve feliz, ¿sabes? Pero cansado. Tiene pelo por toda la cara, como si no se hubiera afeitado en años, o algo. Resulta que solo han sido unos meses, pero le queda bien. Parece más adulto.

¿Y feliz?

Ella asintió.

—Y feliz.

Bien. Bien. Quería que fuera feliz. Se merecía ser feliz.

Cuando descubrí que estaba con Sasha, no pude seguir escribiéndole. Me dolía demasiado saber que cuando recibía mis libros, ella podía estar sentada a su lado. Y eso tampoco habría sido justo para ella.

Cerré los ojos para imaginar su nuevo aspecto. La última vez que lo había visto fue en los Grammys, cuando ganaron el premio a Disco del Año. Entonces también se le veía feliz, casi como si se hubiera liberado y alcanzado sus sueños.

—¿Tú eres feliz, Maggie? —preguntó mi hermana.

Sonreí y asentí, pero ella no vio que me daba un único golpecito en la pierna por debajo de la mesa.

La felicidad era algo difícil de encontrar a solas en mi habitación, sobre todo cuando la persona que querías estaba ahí fuera amando a otra.

Mientras Cheryl y yo hablábamos, mamá empezó a gritar.

—¡No lo he roto, Eric! Estaba intentando arreglarlo. Dijiste que lo harías tú hace semanas y ni siquiera has empezado.

—Te dije que no lo tocaras. Ahora lo has estropeado más —replicó papá.

Cheryl frunció el ceño.

—¿Por qué están discutiendo ahora?

El lavaplatos.

No me preguntó nada más. Mamá y papá solo tenían dos versiones de su relación: la silenciosa y la iracunda.

Si no estaban en silencio, estaban gritando.

Si no estaban gritando, se cruzaban y era como si fueran fantasmas.

Cheryl y yo hablamos un poco más hasta que empezó a bostezar y se fue a la cama.

Cuando terminamos de hablar, empecé a ver los vídeos de Romeo's Quest en YouTube. Empecé a darme golpecitos en el abdomen con los dedos mientras escuchaba las canciones instrumentales y me dejaba bañar por ellas. Cheryl entendía mi mente y mi alma, y cuando el cantante principal empezó a cantar, lo sentí: una flecha me atravesó el corazón.

Escuché todos los vídeos que tenían colgados, una y otra vez. Mi canción favorita era *Broken Nightmares*, porque era triste, pero de alguna forma, también era esperanzadora.

Búscame en la oscuridad porque ahí es donde vivo.

Abre tu corazón y deja que entren las sombras.

Parpadeé unas cuantas veces, intentando imaginar lo que sentía el grupo cuando compusieron esas letras, esas palabras. La música era uno de los mejores recordatorios de que nunca estaba sola en este mundo. Era ese poderoso momento en el que oía los sonidos y las letras de las canciones. Parecía como si el artista entrara a gatas en mi mente solitaria y creara la canción solo para mí, recordándome que, ahí fuera en alguna parte, había alguien que se sentía exactamente como yo.

Estaba segura de que a Brooks le habrían encantado.

Capítulo 24

Brooks

—¡Birmingham, esta noche habéis estado increíbles! Somos The Crooks, y os damos las gracias por habernos dejado robaros el corazón esta noche —gritó Calvin al micrófono durante nuestro segundo concierto en Birmingham, Inglaterra.

Habíamos vendido todas las entradas, más de dieciséis mil; más de dieciséis mil fans gritando nuestros nombres y cantando nuestras canciones.

Estaba seguro de que uno nunca podría hartarse de estar delante de la gente que le permite vivir su sueño a viva voz.

Los cuatro habíamos estado viviendo nuestro sueño durante los últimos diez años. Empezamos como teloneros de nuestro grupo favorito, y poco después nos convertimos en el grupo principal del concierto. Nuestras vidas distaban de ser normales.

—Ah, y deseadle un feliz cumpleaños a mi compinche, que hoy cumple veintiocho años. ¡Felicidades, Calvin! El mundo está un poco más borracho porque existe tu voz.

El público vitoreó y gritó pidiendo un bis, algo que no nos permitían hacer porque el tiempo implicaba dinero, y el dinero era algo que los *mánagers* odiaban desperdiciar.

Bajamos del escenario a toda prisa y yo me dejé caer en el camerino. Mi asistente personal, Michelle, llegó de inmediato con una lista de entrevistas en radio y televisión que había organizado para la semana siguiente.

—Un concierto genial esta noche, Brooks —dijo sonriendo y haciendo malabares con su iPad, su iPhone y un paquete de caramelos—. Esta noche hay un *after* en Urban.

—¿El mismo Urban del año pasado donde Rudolph, de alguna forma, acabó liándose a puñetazos porque el atún estaba hecho de carne de delfín? —pregunté mientras me acercaba al lavabo y cogía un trapo húmedo para limpiarme la cara.

—El mismo. Esta noche celebran la fiesta de cumpleaños de Calvin.

Suspiré. Odiaba los clubes, pero quería a mi mejor amigo.

—Entonces tengo que estar allí.

—Tienes que estar allí, al menos para las fotos, y luego puedes irte cuando quieras. Por la mañana tienes que estar en KISS 94.3 a las cinco para la entrevista de radio. Después de eso, nos desplazamos a The Morning Blend a las siete, a las nueve vamos a The Mix 102.3 para hacer una grabación de radio en vivo, y a las doce estaremos en el programa de debate de Craig Simon. A las tres volvemos al estadio para hacer la prueba de sonido, luego un comité de bienvenida de cuatro y media a seis, y después cena con los teloneros donde habrá una sesión de fotos con unos cuantos periodistas antes de que empiece el concierto a las ocho. ¿Alguna pregunta?

—Eh, sí, ¿cuándo puedo dormir?

Soltó una risita y empezó a teclear en el teléfono.

—Ya conoces mi lema, Brooks...

—Podremos dormir cuando estemos a dos metros bajo tierra —respondí rememorando sus palabras. Me senté en la silla y cogí el paquete que había preparado esa tarde antes del concierto—. ¿Puedes buscar una oficina de correos para enviar esto mañana?

Michelle frunció el ceño.

—¿Cuándo crees que voy a tener tiempo para hacer eso?

Sonreí.

—Ya conoces mi lema: ¿por qué no encontrar una razón para visitar una oficina de correos cada día?

—Ese no es tu lema, pero lo haré. —Me quitó el libro de las manos y me miró entrecerrando los ojos—. ¿Te molesta?

—¿El qué?

—¿Que ella haya dejado de enviarte libros?

Maggie no me había enviado ningún libro en el último año, cuando le dije que estaba saliendo con Sasha. ¿Que si me molestaba? Todos los días. ¿Que si echaba de menos los post-its rosas? Todos los días. ¿Pero iba a mostrar ese dolor? Nunca.

—No, ya he dejado de esperar una respuesta.

—Debes de haber hecho algo espantoso para que dejara de hacerlo.

—¿Qué te hace pensar que ha sido culpa mía?

Sonrió.

—El pene que tienes dentro de los pantalones. —Se dirigió a la puerta para marcharse—. Realmente espero que sea quien sea esta chica de los libros tenga una biblioteca del estilo de *La Bella y la Bestia*, porque la va a necesitar con todos los libros que le has enviado últimamente. Tienes veinte minutos para ducharte y lavarte para ir a Urban. —Y con eso, se marchó.

Me senté delante del espejo e inhalé asimilando todos mis cambios. Tenía bolsas debajo de los ojos a los veintiocho años, y no pequeñas, sino bolsas muy marcadas que nuestra maquilladora ocultaba muy bien. Tenía los brazos llenos de tinta de mis días de juventud de tatuajes borrachos mientras estaba de gira por Estados Unidos, y la barba, que seguía creciendo, era más larga de lo que debería, pero mi mánager, Dave, me dijo que las barbas estaban de moda y por tanto, se negaba a dejarme afeitarme.

Me pregunté qué habría pensado Maggie de mi cara llena de pelo.

Me pregunté qué habría pensado Maggie de mí.

Me pregunté si alguna vez me tenía presente en su mente como yo la tenía presente a ella siempre.

—Hola, monstruo peludo —dijo una voz sacándome de mis pensamientos.

En cuanto me giré en la silla y vi a Sasha, me sentí culpable. Odiaba cuando mi mente vagaba hacia Maggie May y Sasha estaba cerca. No me parecía justo para nadie.

Sasha se acercó a mí y se sentó en mi regazo.

—Esta noche ha sido increíble. Eres increíble —susurró besándome la nariz.

La culpa se desvanecía rápidamente cuando Sasha se acercaba a mí. Era preciosa, no solo físicamente, sino también por su bondad. No encuentras mucha gente tan dulce como ella en el reino de la fama.

—Gracias —respondí besándole la barbilla—. Tenemos que ir un rato a Urban esta noche.

Ella soltó un gruñido. Odiaba los clubes tanto como yo.

—¿En serio? Pensaba que podríamos volver al hotel, encender el *jacuzzi* y pedir comida al servicio de habitaciones.

—Ay, no me tientes.

Sus labios planearon sobre los míos. Sabía a vino tinto, lo que bebía siempre detrás del

escenario cuando podía volar para asistir a uno de nuestros conciertos.

—Mi avión sale por la mañana. Tengo una sesión de fotos en Los Ángeles, y un desfile en Nueva York.

—Llegaste hace solo unos días —protesté.

Desde el inicio de la gira, Sasha y yo solo nos habíamos visto unas pocas veces, pero siempre dedicábamos unos minutos para vernos por FaceTime cada noche. Había volado a Birmingham cuatro días antes, y aunque estábamos en la misma ciudad, yo siempre estaba yendo de un lado para otro. No era justo para nuestra relación, pero Sasha sabía cómo era. Cogería un avión para ir a verla cuando tuviera un descanso, pero ella había estado trabajando tanto en su carrera como yo en la mía.

—Lo sé. Te echo de menos. Te echo de menos incluso cuando estás aquí.

La abracé y apoyé la cabeza contra su frente.

—¿Qué te parece esto? ¿Qué te parece si hacemos una visita rápida a Urban, nos quedamos una hora o así, y luego volvemos al hotel, pedimos algo al servicio de habitaciones y nos pasamos toda la noche comiendo en el *jacuzzi*?

Se puso muy recta y sus labios formaron una sonrisa placentera.

—¿No tienes un día ajetreado mañana? ¿Cuándo dormirás?

—Puedo dormir cuando esté a dos metros bajo tierra —bromeé imitando a Michelle—. Pero, en serio, prefiero estar cansado por haber pasado tiempo contigo que estar completamente descansado.

Me puso las manos en las mejillas y se inclinó para besarme.

—Estoy loca por ti, señor Griffin. Venga, ve a ducharte y a prepararte para esta noche.

Nos dirigimos a Urban y nos quedamos una hora y media, más de lo que planeábamos inicialmente, pero valió la pena. Calvin se lo pasó en grande, y verlo feliz era la mejor sensación del mundo. Stacey también estaba allí, pegada a su brazo, el mismo sitio en el que había estado desde octavo curso.

Había algo entre Sasha y yo cuando salíamos juntos: la gente nos miraba. Éramos el centro de todos los eventos; reíamos, bebíamos, bailábamos. Movíamos la boca sin parar, hablando con la gente, y teníamos cierta manera de acabar las frases del otro. Ser sociable con Sasha Riggs era natural, no suponía ningún esfuerzo. Conectábamos tanto que nadie podía dudar que estábamos destinados a encontrarnos hacía más de un año.

Las revistas nos llamaban «la pareja de moda».

Los próximos Brad y Angelina.

La próxima pareja real de América.

Era difícil estar a la altura, pero lo lográbamos con nuestro encanto. No conocía a nadie más que pudiera seguir el ritmo de mis palabras, de mi voz.

Para cuando Sasha y yo llegamos al hotel, los dos estábamos bastante borrachos. Siempre que se emborrachaba, le daba el hipo, y, joder, era lo más adorable del mundo. Nos besamos durante todo el camino hasta llegar a nuestra habitación, y cuando entramos, se quitó los zapatos, corrió al *jacuzzi* y lo puso en marcha.

—Coge el menú del servicio de habitaciones y pide lo que quieras y patatas fritas. Muchas patatas fritas.

Fui hasta el teléfono para pedir la comida y me detuve cuando vi *Cometas en el cielo* en la mesita de noche.

Se me encogió el pecho al pasar las páginas y leer las anotaciones de Maggie.

—Voy a poner las burbujas. No sé si debería, pero voy a hacerlo —gritó Sasha.

No respondí. Seguí pasando las páginas.

—La verdad es que esta noche ha sido muy divertida, ¿verdad? Me encantó el público. Había muchos...

Siguió hablando, pero yo dejé de escuchar. La culpa empezó a invadirme de nuevo al leer las notas de Maggie. No debería haberme sentido así. No debería haberla echado de menos. No debería sentirme atraído hacia ella cada vez que abría una de las viejas novelas que me había enviado.

—¿Has pedido? —preguntó Sasha acercándose a mí.

Abrí el cajón de la mesita, metí el libro y lo cerré rápidamente.

—¿Eh?

—¿Has pedido la comida?

—Ah, ya, todavía no.

Arqueó una ceja, perpleja.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

No.

—Ven aquí —dije, sentándome en la enorme cama. Ella se sentó también y me miró. Le cogí las manos—. ¿Podemos probar una cosa?

—Me estás asustando...

—Perdona, solo quiero probar cinco minutos.

—¿Qué significa eso?

—Quiero que nos miremos el uno al otro durante cinco minutos.

Hizo una mueca.

—¿Por qué?

—Por favor, Sasha. Es que... necesito que lo intentes.

Asintió.

—Vale. —Durante el primer minuto, nos costó trabajo mantener contacto visual. En el segundo minuto, comentó lo raro que era estar en silencio. En el minuto tres, me soltó las manos—. No lo entiendo, Brooks. No entiendo qué te pasa. Nos lo hemos pasado tan bien esta noche, y cuando volvemos al hotel, te pones todo raro.

—Lo sé, lo siento.

Entrecerró los ojos.

—¿Es por la chica de los libros?

—¿Quién?

Se mordió el labio inferior.

—Ya sabes, la chica de los libros. ¿Crees que no me doy cuenta de que siempre tienes las manos en la guitarra o en un libro, escribiendo notas que nunca me dejas ver? A veces, cuando estás leyendo, podría estar desnuda delante de ti bailando el hula hula y ni siquiera te darías cuenta. —Inhaló profundamente—. Te quiero, Brooks —dijo con la mirada llena de esperanza y un poco de preocupación.

Abrí la boca, pero cuando fui a hablar, no me salieron las palabras. Lo único que se me ocurrió fue «gracias».

Sasha se revolvió y se levantó de la cama.

—Vaya. Vale. Me voy a ir.

—¡Sasha, espera!

—¿Que espere? ¿A qué? Brooks, acabo de decirte que te *quiero* por primera vez, y tú me has dado las gracias. ¡Joder! ¡Eres un capullo! —gritó—. Es muy difícil ser la tercera, pero lo hice porque pensé que tal vez al cabo del tiempo me ascenderías.

—¿La tercera?

—La tercera en tu vida. Tienes tu música, a tu chica de los libros, y luego está el resto del mundo, y por mucho que el resto del mundo intente llamar tu atención, nunca estás ahí del todo.

Sí que era un capullo. Un auténtico capullo.

—Lo siento, Sasha.

—Estamos bien juntos. Todo el mundo lo ve. Estamos bien. Tiene sentido que estemos juntos.

Asentí. No se equivocaba. Tenía sentido para el mundo entero. Solo deseaba que tuviera sentido también para mi corazón.

Se mordió el labio inferior.

—Vamos a romper, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—¿La quieres? —susurró derramando unas pocas lágrimas.

Enjugué con los pulgares la prueba de su tristeza, pero aparecieron más lágrimas unos segundos después.

—He intentado no hacerlo. Quería que esto funcionara. Quería que funcionáramos.

Se encogió de hombros.

—Me merezco algo mejor, ¿sabes?

Asentí. Lo sabía.

—Y para que quede claro, soy yo quien está rompiendo contigo, no al revés. Te dejo yo a ti. Porque soy un todo partido, Brooks. Me merezco a alguien inteligente y divertido y encantador. Alguien que no se vuelva distante cuando estamos en la misma habitación. Alguien que me vea y me quiera por completo.

—Sí. Te lo mereces.

Se secó las lágrimas y se incorporó. Cogió el bolso antes de marcharse.

—Pero lo que realmente me merezco, lo que todo el mundo se merece, es alguien que me mire como tú miras esos libros.

Capítulo 25

Maggie

Durante los últimos años, miraba por la ventana en dirección a la casa de la señora Boone, donde ella se sentaba a beber té. Mamá nunca se ablandó respecto la señora Boone. Cuando papá le dijo que siempre sería bienvenida en nuestra casa, la señora Boone se negó a volver diciendo que no quería causar más problemas. Pero seguimos bebiendo té. Ella siempre miraba hacia mi ventana al mediodía y sonreía cuando yo levantaba una taza de té. Era mi hora favorita del día y la que más ansiaba.

Últimamente no la veía.

Los primeros días no le di importancia. Su coche había desaparecido de la entrada de su garaje y supuse que se había ido de viaje, aunque viajar no era algo que la señora Boone hiciera. La semana siguiente, empecé a preocuparme al ver que no había vuelto.

Cuanto más días pasaban, más nerviosa me ponía. Papá salió a buscarla, pidió a otros vecinos que lo ayudaran y denunció su desaparición a la policía, pero estaban seguros de que no podían hacer nada para ayudar.

Eran las cinco de la mañana cuando papá me despertó con la noticia.

—Ha habido un accidente, Maggie. La señora Boone ha tenido un accidente de coche y la han trasladado rápidamente al hospital Mercy. Ha...

Siguió hablando, pero yo no podía escucharle. Las palabras entraban en mis oídos tan rápido como salían de ellos. No lloré. Estaba demasiado conmocionada para llorar. Estaba inconsciente y tenía muy mal aspecto. Papá dijo que conducía un poco rápido, y un testigo había dicho que parecía confusa y perdida.

Cuando salió de la habitación, se hizo más real. Tenía que ir a verla. No tenía a nadie que fuese a verla. No tenía familia. Yo era todo lo que tenía.

Así que tenía que salir.

—¿Estás segura, Maggie? —me preguntó papá cuando estábamos en el vestíbulo principal, preparado para llevarme en coche al hospital.

Asentí.

Mamá levantó la cabeza y me miró. Tenía los ojos entrecerrados con una expresión de concentración intensa, como si estuviera esperando que no fuera capaz de hacerlo. Casi como si quisiera que no fuera capaz de hacerlo.

—No lo hará —dijo mamá con un tono cortante—. No está preparada. No irá a ninguna parte.

—No —dijo papá severamente—. Irá. —Me miró a los ojos con esperanza y compasión—. Me dijo que iría, y va a ir. ¿Verdad, Maggie?

Di dos golpecitos en la puerta y él sonrió.

Mamá se retorció y se cruzó de brazos. Sus nervios eran más que evidentes, pero una vez más, papá no se dio cuenta.

—Eso no es verdad. Mírala. Volverá corriendo a su habitación. No pasa nada, Maggie. Puedes volver arriba. No dejes que tu padre te presione.

—Katie, déjalo —la reprendió. Ella hizo una mueca y guardó silencio, pero sentía sus ojos

clavados en mí.

Tenía las manos sudadas y el corazón me golpeaba el pecho con fuerza. Papá me sonrió.

—No te preocupes, Mags. Esto está hecho. Puedes hacerlo —me animó.

Shh...

Di un paso atrás y al verlo, él se acercó a mí y sacudió la cabeza.

—No, no, no. Maggie, puedes hacerlo. Mira. —Extendió una mano hacia mí y utilizó la otra para dar dos golpecitos en la puerta—. ¿Sí? ¿Recuerdas? Has dicho que sí. Vas a venir.

Miré su mano temblorosa y cuando volví a mirarlo a los ojos, la esperanza que antes había en ellos fue engullida por la confusión y la preocupación.

—¿Maggie? —susurró extendiendo más la mano.

Seguí retrocediendo y choqué con la mesita auxiliar del vestíbulo. Negué con la cabeza.

—Vamos, Maggie. Tenemos que irnos —dijo.

Di un golpe en la mesa. *No.*

¿Qué me pasaba? Era demasiado mayor para tener tanto miedo. Era demasiado mayor para estar rota. Lo vi en los ojos de papá: algo que había pasado años intentando ocultarme, su agotamiento. Casi todo el pelo se le había puesto blanco, tenía bolsas marcadas debajo de los ojos, y su sonrisa parecía una mueca. ¿Cuándo había dejado de sonreír del todo? Estaba cansado. Cansado de preocuparse. Cansado de esperar. Cansado de mí.

Su intensa mirada se volvió sombría.

—No... —Se pasó los dedos por el pelo—. No. No hagas esto. Por favor.

Se me cerró la garganta y sentí los dedos del demonio rodeándome de nuevo. Me estaba quitando el aire. Me ahogaba. Me agarré el cuello y jadeé suplicando ayuda. Mamá observó mis gestos y arqueó una ceja al ver mi pánico, al ver cómo mis sombras del pasado empezaban a emerger. Papá y ella empezaron a hablar, a *gritar*. Volvían a gritar otra vez. Movían los labios rápidamente, pero no entendía lo que decían porque oía al demonio muy fuerte en mi oído, ahogándome una vez más. Me llevé las manos a los oídos y cerré los ojos con fuerza. *Vete, vete, vete...*

—¡Déjalo, Eric! —gritó finalmente mamá rodeándome los hombros con los brazos. No podía recordar la última vez que me había abrazado de forma protectora—. No tiene por qué salir. Déjalo.

Papá frunció el ceño, se quitó las gafas y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Lo siento. No quería presionarte. Solo pensé... —Dejó escapar un suspiro pesado—. No sé lo que pensé. —Salió y cerró la puerta principal detrás de él, y entonces cerré los ojos y oí sus pasos alejarse cada vez más.

De pronto, comprendí de forma aterradora que nunca sería capaz de abandonar esas cuatro paredes.

¿Cuándo había ocurrido?

¿Cuándo se había convertido mi refugio en mi propio infierno personal?

La señora Boone estaba sola, no se despertaba, y yo no era lo suficientemente fuerte para ir a verla. Me derrumbé en mi habitación. Aquella noche me senté en el suelo e hice lo único que sabía que podría mejorar las cosas.

Lo llamé.

—¿Maggie? —Brooks bostezó. No había pensado en la hora que era en Europa; eran casi las ocho de la tarde en mi casa, así que tenía que ser bastante tarde para él—. ¿Qué pasa? ¿Qué te ocurre?

Abrí la boca y empecé a llorar contra mi mano. Lloré por lo perdida que me sentía, y porque el sonido de su voz me hizo sentir enseguida como en casa.

—Vale —susurró sin saber muy bien qué pasaba, pero comprendió que lo necesitaba—. Voy para allá.

Trece horas después, estaba de vuelta en el pueblo, y no vino solo: toda la banda viajó con él. Pero Brooks no vino a mi casa, y no estaba segura de por qué. No estaba segura de qué me dolía más: saber que él estaba tan cerca o sentirme como si él estuviera muy lejos. Pero Rudolph, Oliver y Calvin entraron directamente en mi habitación y se quedaron conmigo. No se apartaron de mi lado desde que aterrizaron.

—Somos un equipo, ¿sabes, Maggie? Y de no ser por ti, hoy no estaríamos donde estamos —dijo Rudolph sentándose en el borde de mi cama.

—Cuando Brooks nos dijo que se marchaba, fue imposible detenerlo. Además, The Crooks son un grupo. No podríamos actuar sin él. Además, *además*, la familia es lo primero, ¿verdad? —dijo Oliver.

—Siempre nos tienes aquí, hermanita, incluso si estamos allí. Bueno, estoy bastante seguro de que los *mánagers* nos van a repudiar por un tiempo, pero no me preocupa demasiado. —Calvin sonrió y me dio un codazo en el brazo.

Nos quedamos sentados en silencio. Ni siquiera sabían que su silencio me ayudaba a respirar mejor.

—Todavía te quiere —me dijo Calvin—. Lo sabes, ¿verdad?

Me encogí de hombros. Deseé que fuera cierto durante mucho tiempo, pero a juzgar por sus publicaciones en Twitter y lo locas que sus fans estaban por él, dudaba que el amor bastara. Lo más triste del mundo es que puedes conocer a una persona que te cambie la vida para siempre y que esa no sea la persona con la que acabes. La gente que te enseña a amar no es siempre la que se queda.

¿Por qué no está aquí?

Calvin leyó mis palabras.

—Después de hablar con papá y que nos contara lo que había pasado, Brooks sabía dónde lo necesitabas más. Cuando llegamos al aeropuerto, cogió un taxi directo al hospital para estar con la señora Boone.

Me tapé la boca con la mano, y en ese momento lo quise más de lo que lo había querido en toda mi vida. Era increíble cómo lograba que me enamorase más de él sin estar cerca.

Lo quiero.

Calvin asintió.

—Lo sé. Si hay dos personas que se merezcan estar enamoradas, sois vosotros dos. Solo desearía que la vida dejase de interponerse en vuestro camino.

Cerré los ojos y me tumbé en la cama con los pies colgando del borde. Calvin se tumbó a mi lado. Los mellizos se tumbaron en el suelo y Rudolph puso música en su móvil. Guardamos silencio y dejamos que la música nos invadiera mientras esperábamos a que Brooks volviera a mí.

Capítulo 26

Brooks

Llevaba doce horas sentado en la misma silla, en la misma habitación, mirando a la señora Boone y las vías conectadas a su cuerpo para suministrar líquido a su sistema. Estaba llena de magulladuras, pero no estaba rota. No podía imaginar cómo habría sido para ella estar sola, ponerse a conducir y estrellarse. ¿Qué pensamientos se le habrían pasado por la cabeza? ¿Qué clase de cosas experimentaba alguien cuando sentía tanto pánico? ¿Habría pensado en sus seres queridos? ¿Se habría olvidado de todo en ese momento? ¿Se habría perdido tanto en el momento que le había resultado difícil retener los recuerdos?

—Lo siento, señor Griffin, se ha acabado la hora de visita —dijo una enfermera joven entrando en la habitación—. Y sé que esto puede sonar muy inapropiado, pero ¿podría, quizá, hacerme una foto con usted? —preguntó con la voz llena de esperanza.

Antes de que pudiera responder, otra enfermera, Sarah, entró en la habitación.

—Tienes razón, Paula. Eso es muy inapropiado. Me alegra que te hayas dado cuenta de lo inapropiado que es y que hayas decidido salir de la habitación. —Y sin decir una palabra más, Paula se marchó avergonzada.

—Lo siento —dijo Sarah—. Estas chicas se están volviendo literalmente locas porque estás aquí. Lo cual no tiene sentido. Hoy he escuchado tu música en el descanso y es horrible. —Me guiñó el ojo. Era la enfermera jefe y se había pasado todo el día viniendo a ver cómo estaba la señora Boone y cómo estaba yo. Era una mujer mayor, de unos sesenta años, que tenía una dulzura en la voz que resultaba sanadora por sí misma, incluso cuando te insultaba—. Bueno, odio ser la bruja mala, pero se acaba la hora de visita...

—No se preocupe, gracias. ¿Cree que podría quedarme un minuto más?

Asintió.

—Claro, sin problema.

—También tengo una pregunta, y puede que suene estúpida.

—Dispara, hijo.

—¿Puede... oírme? —pregunté metiéndome las manos en los bolsillos—. Quiero decir, si le hablase, ¿podría oír lo que le digo?

—Hay gente que dice que no, y otros que dicen que sí. Pero ¿entre tú y yo? —dijo acercándose a mí—. A veces hablamos para nosotros mismos, para liberar nuestros sentimientos. Es mejor decir siempre las cosas en lugar de quedárnoslas dentro, y si nuestros seres queridos también nos oyen... pues mejor aún.

Sonreí y le di las gracias.

Al darse la vuelta para marcharse, Sarah se detuvo.

—La música también. La gente dice que la música también ayuda. Pero estoy segura de que tú ya lo sabías.

Nunca se han pronunciado unas palabras más ciertas.

Cuando salió, acerqué la silla a la cama de la señora Boone y le cogí la mano.

—Tengo una petición interesada, señora Boone. Supongo que este es el momento en que

normalmente me llamaría idiota o algo así, pero tengo que pedirle que haga esto. Vuelva. Tiene que despertar, no por mí, no por usted, sino por Maggie. Necesita un respiro; necesita ganar por una vez en la vida. Ha vivido tantas mierdas, *tantas*. Así que, le prohíbo que haga esto. Le prohíbo que se quede así. No sé si lo sabe, pero es su mejor amiga. Es lo único que tiene, y no puedo dejar que la abandone y se vaya al otro barrio, porque creo que ella haría lo mismo y, egoístamente, no puedo permitir eso. Necesito que las dos os mejoréis. Necesito que os curéis. Así que, haga esto por mí. Le prepararé un cheque, ¿vale? Pero vuelva con nosotros, señora B. Vuelva.

Sollocé y acerqué la silla a la cama todavía más al recordar las últimas palabras de Sarah. Me incliné sobre su oído y empecé a cantar en voz baja *Sittin' On The Dock Of The Bay* de Otis Redding, la canción de Stanley y la señora Boone.

Rogué en silencio que pudiera oírme.

No tenía ni idea de por qué me aterraba tanto la idea de ver a Maggie. Después de un vuelo de dieciocho horas y doce horas más en un hospital, pensaba que estaría preparado mentalmente para estar cerca de ella, pero en cuanto me aproximé a su porche, empezaron a temblarme las manos. Llamé al timbre y cuando la señora Riley abrió la puerta, frunció el ceño. No habíamos hablado en años, desde que me prohibió entrar en su casa, pero esta vez se hizo a un lado y me dejó pasar.

—Gracias, señora Riley —dije.

Esbozó una pequeña sonrisa y se adentró en la casa.

Subí a la habitación de Maggie. La puerta estaba abierta de par en par, pero ella no estaba. Entré cuando vi la pila de libros que le había enviado: los que nunca me devolvió. Los abrí todos y pasé las páginas, y vi sus etiquetas de color rosa en cada una de ellas. Había respondido a todos mis comentarios, pero no lo entendía. ¿Por qué no me los había enviado?

Me giré con un libro en las manos mientras leía sus anotaciones hechas a mano, y entonces levanté la vista.

Maggie.

Estaba preciosa.

Joder, realmente preciosa.

Tenía un libro en las manos y lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra su pecho. Nos quedamos inmóviles, mirándonos. Se me hizo un nudo en el estómago y di un paso hacia atrás para dejar en el escritorio el libro que había cogido.

—Perdona —murmuré.

Parpadeó unas cuantas veces y se tiró de las puntas del pelo húmedo sin dejar de mirarme. ¿Eso era todo lo que podía decirle? ¿Perdona? No la había visto desde hacía años. ¡Años! Había cruzado un océano por ella. No había estado cerca de ella en muchísimo tiempo, y ahora, la primera palabra que salía de mi boca era «perdona».

—¿Cómo estás? —pregunté.

Ella ladeó la cabeza sin apartar la mirada.

Noté que había varias cosas diferentes en Maggie desde la última vez que la vi. Llevaba el pelo más corto, pero todavía le sobrepasaba los hombros. Esbozaba sonrisas muy pequeñas, pero nunca mostraba los dientes. Presionaba los labios y las comisuras se curvaban hacia arriba, pero no llegaba a formar una sonrisa completa. Era muy pequeña, como su figura. Sus ojos azules también parecían solitarios. Eso fue lo más duro para mí, mirarle a los ojos. Apenas parpadeaba, pero

cuando lo hacía, era muy rápido, como si no quisiera perderse un segundo.

—¿Cómo estás? —volví a preguntar. No me respondió de ningún modo—. ¿Estás bien hoy, Maggie May? —susurré.

Su cuerpo se tensó y se encogió de hombros.

Seguía siendo tan hermosa como antes, pero ahora era de una belleza fantasmal, el tipo de belleza que hacía que quisieras reír y llorar a la vez.

Di un paso al frente para tocarle el brazo, para recordar cómo era sentirla, pero cuando me moví, ella se apartó.

—Perdona —murmuré—. Te dejaré en paz.

Frunció el ceño. Había olvidado que un ceño fruncido podía ser más precioso que una sonrisa. Pasé junto a ella y nuestros brazos se rozaron, y sentí cómo temblaba. O tal vez era yo quien temblaba. Era difícil diferenciarnos el uno del otro. Justo cuando estaba a punto de marcharme, me detuve.

—Te echo de menos —espeté, un poco dolido, un poco sincero, un poco confundido—. Te echo de menos, y no sé por qué, porque me dejaste claro que querías que fuera a Los Ángeles hace muchos años. Te echo de menos, porque dejaste de enviarme los libros. Te echo de menos y no sé por qué, porque estás justo aquí. Estás a pocos pasos de mí, pero siento como si hubiera una especie de muro gigantesco entre nosotros. ¿Cómo puedo echarte de menos cuando estás tan cerca de mí?

Permaneció de espaldas a mí y vi que se agachaba para dejar el libro en el suelo, delante de ella. Al incorporarse lentamente, se volvió hacia mí y entonces saltó en mis brazos.

Saltó literalmente. Voló hacia mí, y yo la cogí y la abracé con fuerza.

Dios.

Eso me hizo sentir tan bien...

Me hacía sentir muy bien tenerla entre mis brazos. Apretarla contra mí. Oler su pelo, que siempre olía a miel y a flores. Sentir el roce de sus labios en mi hombro. Abrazarla.

Mi Maggie May...

—No te sueltes —susurré contra su pelo—. Por favor, no te sueltes.

Me abrazó con más fuerza.

Esa noche nos tumbamos en su cama a escuchar música en su iPhone, cada uno con un auricular en la oreja, y fue increíble lo natural que me resultaba estar en esa habitación junto a ella. Dicen que el tiempo cambia a las personas, y era verdad. No éramos las personas que solíamos ser, pero de algún modo, habíamos evolucionado como una sola. Incluso con cientos de kilómetros de distancia entre nosotros.

Pero lo que más me gustó de esa noche fue ver como algunas cosas nunca parecen cambiar.

Me encantaba que mis momentos favoritos siguieran siendo los mismos.

Incliné la cabeza en su dirección y le hice una pregunta.

—¿Por qué no me devolviste los libros?

Se incorporó, entrecerró los ojos y parecía confusa. Cuando fue a coger la pizarra, esperé su respuesta pacientemente.

Sasha.

—¿Qué pasa con ella? —pregunté.

La carta que me enviaste cuando la nombraste por primera vez. Supe que tenía que dejar de responder.

—¿Porque te hacía daño?

Maggie negó con la cabeza. *Porque podría haberle hecho daño a ella ver que otra chica te enviaba paquetes.*

Y ahí estaba de nuevo: la mujer más considerada del mundo entero.

—Hemos roto —dije.

Maggie me miró con una mirada interrogativa y me froté la barbilla peluda.

—Bueno, supongo que ella rompió conmigo. Decía que odiaba ser la tercera opción en mi vida.

¿La tercera?

—La música... y, bueno... —Le dirigí una sonrisa triste y ella me la devolvió. *La música y tú* —. No es justo, ¿sabes? Porque cada vez que intentaba pasar página, tu amor volvía a retenerme.

Se acercó y sus labios se enlazaron con los míos. Cuando empezamos a besarnos, no teníamos intención de parar. Seguramente era lo mejor que había hecho en los últimos diez años: volver a casa, a su amor.

Esa noche dormimos abrazados, y cada vez que me despertaba, la acercaba más a mí. La idea de volver a perderla era demasiado. Antes de reincorporarme a la gira, necesitaba saber que volvería con ella. Necesitaba que supiera que lograríamos hacerlo funcionar, pasase lo que pasase. Necesitaba que supiera que ella era y siempre sería mi mayor sueño.

Capítulo 27

Maggie

Cuando desperté, Brooks se había ido, pero encontré a mi lado la pizarra, donde había escrito: *He ido a visitar a la señora Boone. Volveré esta noche. Te quiero.*

Borré todas las palabras con la mano salvo las dos últimas.

No me importaba dejarlas allí.

—He oído que la señora Boone ha despertado hace unos treinta minutos —dijo Calvin entrando en mi habitación.

Abrí mucho los ojos y me levanté de un salto, frotándome los ojos soñolientos.

—Los médicos dicen que está bien. Van a hacerle unas pruebas para ver si le falla la memoria. Alzheimer, demencia o algo así. No sé todos los detalles, pero por ahora está bien. Está despierta, Maggie.

¿En serio?

—Sí, Brooks ha enviado un mensaje a todo el grupo. Supongo que todavía no has mirado el móvil, porque de lo contrario te habría oído celebrarlo en silencio. —Me guiñó un ojo.

Puse los ojos en blanco y le tiré la almohada. Él la cogió y me la lanzó, lo que me hizo caer hacia atrás. En cuestión de segundos, se subió a mi cama y empezó a saltar. La sensación de alivio que me invadió era incomparable a ninguna otra sensación que hubiera tenido nunca. Saber que estaba bien, saber que respiraría un día más, solo eso era ya hermoso.

—Bueno, cogemos un vuelo de vuelta a Reino Unido el lunes por la mañana temprano. Los mánagers nos han dado una buena regañina por habernos perdido dos conciertos —dijo Calvin—. Parece que no les hace mucha gracia que cojamos un avión de vuelta a casa durante una gira para cuidar de nuestra abuela... bueno, eso es lo que hemos dicho, que la señora Boone es nuestra abuela... lo cual es verdad en cierto modo. Los mánagers están bastante cabreados porque, ya sabes, el tiempo es dinero, pero bueno. Lo retomaremos en Birmingham la semana que viene.

Ay Dios... Lo siento mucho. Es culpa mía.

Calvin puso los ojos en blanco.

—No es culpa de nadie. La vida funciona así. Lo peor que puedes hacer es seguirles la corriente. Estos años han sido una locura, así que realmente necesitábamos un respiro. Además... tengo un secreto.

Arqué una ceja y me pregunté de qué podía tratarse. Él sonrió.

—No se lo he dicho a nadie. He pensado en decírtelo a ti primero porque no hay nadie que guarde los secretos mejor que tú por eso de... —Se llevó los dedos a los labios e hizo un sonido como de cremallera—. Estar muda.

Sonreí.

Él me devolvió la sonrisa, sacó algo del bolsillo trasero y me lo mostró. Era una cajita. Me llevé las manos a la boca. Por fin iba a pedirle a Stacey que se casara con él.

Abrió la caja y me quedé sin aliento. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Calvin me dio un empujoncito.

—Venga, hermanita. No llores.

Le quité la caja de las manos y observé el precioso anillo de diamantes, anonadada por su belleza.

—¿Crees que le gustará?

Puse los ojos en blanco con dramatismo y eso le hizo reír. *Le va a encantar.*

—Voy a enseñárselo también a mamá y papá antes de ir al hotel para ver Stacey. Joder, no he estado más nervioso en toda mi vida, ¿sabes? Siento como si el corazón fuera a estallarme en el pecho.

Cogió el anillo y lo contempló, casi como si le pusiera nervioso que Stacey dijera que no. Pero esa posibilidad no existía. Nunca había visto a dos personas más destinadas a estar juntas que Calvin y Stacey. Cuando Calvin tuvo el golpe de suerte con el éxito del grupo hace unos años, no afectó a su relación; incluso la fortaleció. Qué demonios, llevaban anillos de novios en el dedo anular con sus iniciales grabadas por dentro desde que se graduaron en octavo.

Stacey y mi hermano estaban destinados a vivir felices para siempre. Era su destino.

Le apreté la rodilla y él apartó la vista del anillo y se volvió hacia mí. Sonreí. Él me devolvió la sonrisa, pero aún había algo de miedo en sus ojos.

—Gracias, Maggie. Voy a enseñárselo a mamá y papá. —Se levantó de un salto de la cama y salió de la habitación. Un segundo más tarde, volvió a asomar la cabeza por la puerta—. Y, Maggie, te quiero. Dudo que lo diga lo suficiente como hermano, pero no sé. Con todo lo que le ha pasado a la señora Boone, he estado pensando. La vida es imprevisible, así que más vale decirle a la gente que quieres cómo te sientes, ¿sabes?

Mi hermano, el músico sensible.

Cogí la pizarra en la que ponía *te quiero* y añadí delante *yo también*.

Solo hacía dos minutos que se había ido cuando oí gritar a mamá desde su habitación.

—¡Ay Dios mío! ¡Mi hijo se casa!

—Tranquila, mamá. Todavía no se lo he pedido —respondió.

—¡Ay Dios mío, ay Dios mío, ay Dios MÍO! ¡Hay tantas cosas que hacer, tantas cosas que planear! —vociferó—. ¡Llevo toda mi vida esperando este día!

Sonreí. Sabía que lo decía en serio. También sonreí porque no había sonado tan feliz desde hacía años.

—¿Estás bien hoy, Magnetismo? —Mis palabras favoritas. Brooks apareció en mi habitación esa noche con una bolsa en la mano y se sentó en la cama conmigo—. He oído rumores de que pronto habrá una boda. Supongo que una chica que quería a un chico respondió que sí a una pregunta y aceptó un anillo. He salido a cenar con el grupo para celebrarlo, y lo único en que podía pensar era lo mucho me habría gustado que estuvieras allí. Así que me he marchado pronto y te he traído la cena.

Me incliné para besarle. Empezamos a comer más patatas fritas de las que debíamos y a devorar unas hamburguesas gigantes.

—¿Alguna vez piensas en casarte, Maggie May?

Sí.

—¿Alguna vez piensas en casarte conmigo?

Le cogí la mano y la apreté dos veces.

Me acurruqué contra su cuerpo y él me mantuvo cerca de su corazón.

—Un día me casaré contigo. Nos casaremos y seremos las personas más felices del mundo. Luego tendremos los niños más regordetes del mundo y sonreirán todo el tiempo porque habrán copiado nuestras sonrisas. Tendremos un perro que se llamará Skippy y una gata que se llamará Mermelada, y conseguiremos una casa grande con un espacio en el patio para que tú puedas escaparte y beber vino cuando necesites un respiro de los niños. Un cobertizo para ti. Trabajarás en tu sueño, sea cual sea tu sueño, y seremos felices, Magnetismo. La veo claramente en mi cabeza, nuestras vidas. Seremos felices para siempre.

Me encantaban sus palabras, su esperanza, sus planes. Sus planes eran también los míos. Todo lo que él deseaba, posiblemente yo lo deseaba más. Yo también pensaba que estaba en camino. Nos lo merecíamos, él y yo. Al igual que mi hermano y Stacey, Brooks y yo nos merecíamos ser felices para siempre. *Esta vez es para siempre.*

He oído que os habéis metido en un lío por perderos los conciertos. Lo siento mucho. No pretendía interferir en vuestra música.

—No es para tanto —dijo Brooks en voz baja sentándose a mi lado. Su pierna rozó la mía—. Solo es música—. La música era su vida, y él la había dejado a un lado por mí—. Además, hay sueños mejores. —Me miró a los ojos y lo dijo todo con su sonrisa ladeada y su silencio. Le escuché alto y claro, y esperaba que él también pudiera escuchar mi voz.

Yo también te quiero, Brooks.

Esa noche nos quedamos dormidos después de hacer el amor. En mitad de la noche me desperté sintiendo su tacto, sus manos encima de mí, sus labios sobre los míos.

—Maggie —susurró sin aliento, tendido encima de mí en la oscuridad.

Nuestra ropa estaba apilada en una esquina de la habitación, y sentía su aliento cálido al besarme en el cuello. Su boca recorrió mi cuerpo, centímetro a centímetro, cortándome la respiración, lo cual estaba bastante bien. En ese punto, respirar me parecía una pérdida de tiempo. Me rodeó las piernas con las manos y las separó de manera lenta y controlada. Observé atentamente cómo empezaba a tocarse, y con la otra mano insertó dos dedos dentro de mí, haciendo que clavara las uñas en las sábanas. Cuando sacó los dedos, se tumbó encima de mí y se deslizó en mi interior lentamente. Sentí que me relajaba con cada centímetro, con cada embestida, con cada gemido.

Sí. Sí...

Se inclinó para besarme suavemente en los labios.

—¿Estás bien? —preguntó.

Asentí. Sí. Sí...

Me penetró más profundamente, salió despacio, y volvió a entrar una y otra vez, haciendo que mi boca se abriera de incredulidad. Rápido y fuerte, despacio y profundo.

Brooks...

¿Cómo? ¿Cómo un movimiento tan simple podía hacerme sentir tan...? Vaya...

Me hizo el amor como si se estuviera disculpando por todos los años que habíamos perdido. Con cada embestida me prometió en silencio que nunca querría a otra, y con cada beso salvaje, yo le prometí lo mismo.

—No tienes que hablar —susurró deslizando la lengua contra mi labio inferior, amándome con fuerza, profundamente, rápido y despacio. Me rozó la oreja con la boca antes de succionarla suavemente—. Pero, por supuesto, puedes gritar todo lo que quieras.

Capítulo 28

Maggie

—¿La boda será en interior o al aire libre? —preguntó mamá a Calvin y Stacey a la mañana siguiente. La mesa del comedor estaba totalmente cubierta de revistas nupciales y de agendas. Mamá no había dejado de ir de un lado para otro desde que se había enterado de que Calvin iba a pedirle la mano a Stacey, y en cuanto llamó diciendo que Stacey había aceptado, entró en modo correccaminos—. Ah, ¿habéis pensado en celebrar la boda en algún lugar exótico? París. ¡Ah! ¡Bora Bora! ¿Y una boda en otoño? ¿Qué tal en primavera? Las bodas en primavera siempre son tan bonitas, y me encantan los tonos melocotón. ¿Habéis escogido ya los colores?

Stacey se echó a reír y se apoyó en la mesa para ojear una revista. Era hermosa, y sin ningún esfuerzo. Tenía una piel de color caramelo y el pelo rizado de color castaño miel. Siempre parecía tenerlo todo bajo control, con esa sonrisa perfecta y sus preciosos ojos marrones que casi sonreían más que sus labios. Yo estaba en la cocina, junto a la nevera, un poco apartada del barullo, bebiéndome un vaso de zumo de naranja. No se habían girado para ver que yo estaba a solo unos metros del comedor. Estaban demasiado ocupados respirando agitadamente, comiendo donuts cubiertos de azúcar glas y contemplando el dedo anular de Stacey.

Me puse recta y di un sorbo a mi zumo de naranja. Papá entró en la cocina con un libro en la mano y me sonrió. Se acercó a mí y me ofreció mi siguiente lectura: *Buscando a Alaska*, de John Green.

—Una chica lo estaba leyendo en clase ayer —dijo en voz baja antes de coger un donut y metérselo en la boca—. Debe de ser bueno, porque ignoró toda mi clase.

Sonreí y pasé los dedos por la cubierta del libro. Le di la vuelta y volví a sonreír. *Gracias, papá.*

—De nada, pequeña. —Se apoyó en el frigorífico y observó a mamá y a la pareja recién prometida—. ¿Planeando la boda?

Asentí.

—La verdad es que esperaba que se fugaran. Vamos a tener que lidiar con una *madredelnoviozilla* durante los próximos meses.

Nos mantuvimos alejados, observando a la *madredelnoviozilla* mientras hacía mil y una preguntas. La verdad es que mamá no había estado tan emocionada en mucho tiempo. Stacey se mantuvo tranquila y dulce como siempre e hizo todo lo posible por responder a cada una de las preguntas.

—No hemos tenido mucho tiempo para decidir nada, Katie, pero es tan emocionante, ¿verdad?

Mamá aplaudió e hizo un pequeño baile.

—¡Sí que lo es! Llevo toda la vida esperando este día. Es mi única oportunidad de celebrar una boda para alguno de mis hijos.

—Venga, mamá —susurró Calvin. Se me hizo un nudo en el estómago—. No digas eso.

—Solo digo que no parece que tus hermanas vayan a casarse. Cheryl está en una fase feminista y Maggie... Lo único que digo es que no creo que pueda planear una boda para ellas dos. —Mamá se volvió hacia Stacey, le cogió la mano y se la apretó—. Pero al menos tengo una futura nuera con la que hacer todo esto. Me siento como si por fin tuviera la hija que me prometieron. Dios sabe que

ya me he perdido muchos momentos importantes con Cheryl, y ahora es como una niña salvaje dando tumbos por el mundo, así que dudo que la idea del matrimonio se le pase por la cabeza. ¿Y sabes cómo llama a Maggie la gente del pueblo? «Una historia de terror. La peor pesadilla de toda madre. Es una excéntrica huraña». Es difícil no creerles. Está enferma, y no se pondrá mejor. Seguramente lo mejor es que nunca salga de casa. Aquí está a salvo.

Ay.

—Katie —siseó papá desde la cocina.

Todos giraron la cabeza y nos vieron a papá y a mí a pocos metros de ellos. Fruncieron el ceño a la vez cuando me miraron a los ojos.

A mamá se le enrojecieron las mejillas y se puso nerviosa.

—Maggie May, sabes que tienes que dar un golpe cuando estés en una habitación para anunciar que estás ahí. De lo contrario, estás escuchando a escondidas, y eso no está bien.

¿Bien? Mi madre sabía mucho de lo que estaba bien esa tarde.

Di cuatro golpecitos en la encimera.

Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí. Estoy aquí.

Siguieron mirándome con el ceño fruncido. Yo me quedé inmóvil y me sentí realmente incómoda.

Así que me di la vuelta y me fui a mi habitación.

Había un petirrojo bailando en el alféizar de la ventana de mi habitación, recordándome la libertad que me había perdido. Me senté a leer mi lista de cosas por hacer una y otra vez, hasta que me pareció que me la sabía entera. Cerré el libro y lo puse en el alféizar. Oía las palabras de mamá en mi cabeza una y otra vez.

Debería marcharme. Voy a marcharme.

Debería haber metido mis cosas en una bolsa y haberme marchado de casa hacía años. Debería haberme ido a vivir aventuras, encontrar el amor y casarme en una iglesia grande donde un coro cantase himnos y el cura contara chistes malos. Debería haber sido famosa como mi hermano, o al menos algo más que lo que era en ese momento: nada.

Me levanté de la silla, salí de la habitación y cogí una maleta del trastero. La arrastré hasta mi habitación, me senté en el suelo y empecé a meter mi ropa dentro. Encima de la ropa coloqué mis novelas favoritas. Encima de las novelas, puse más novelas favoritas. Encima de mis novelas favoritas, coloqué mi lista de cosas por hacer.

Voy a marcharme.

Voy a vivir.

El corazón empezó a latirme con fuerza, e intenté mantener la mente clara. *No lo pienses, solo haz el equipaje y vete. El primer paso será el más difícil, pero también el más gratificante. La señora Boone tenía razón. Tengo que vivir ahora o nunca. Tengo que vivir para que mamá esté orgullosa de mí otra vez. Tengo que vivir por Brooks.*

Cuando las primeras lágrimas cayeron encima de *Los juegos del hambre*, hice lo posible por detener los lagrimones. Mi mente trataba de convencerme por todos los medios de que me quedase, me hablaba de los horrores que había al otro lado de esas paredes, me recordaba el silencio con el que me habían maldecido hacía años.

Shh...

Shh...

Sacudí la cabeza y seguí haciendo la maleta.

Sé mejor, sé más fuerte, Maggie May.

Cuando se abrió la puerta de mi cuarto, di un salto, sobresaltada, hasta que vi a papá al otro lado. Posó la mirada en la maleta e hizo una mueca antes de acercarse a la ventana que daba a la calle.

—Ven aquí, Maggie —dijo.

Me levanté y me acerqué a él. Dejó que pasaran unos momentos de silencio antes de volver a hablar.

—A Emily Dickinson no le gustaba conocer gente nueva, ¿sabes? —Por supuesto, él conocía la vida de Emily Dickinson—. Solo salía de casa de su padre algunas veces, y al cabo de un tiempo, dejó de salir del todo. Siempre vestía de blanco y nunca hablaba mucho.

Miré al exterior, vi a los niños jugando al pillapilla, montados en bicicletas, viviendo más vida que la que había vivido yo en todos esos años. Me enjugué otra lágrima para que él no la viera.

Pero la vio y sonrió. Siempre veía mis lágrimas y sonreía, pero era una sonrisa triste, una mueca rota.

—Que fuera diferente no la hacía un bicho raro. La gente también la llamaba una huraña excéntrica, ¿sabes? La gente decía que Einstein era un loco con problemas mentales.

Sonreí, pero de alguna forma él siguió viendo la tristeza que habitaba dentro de mí.

—Maggie May, eres perfecta tal y como eres.

Qué comentario tan típico.

—Sé que te preocupas. Te preocupa lo que piensen los demás de ti, lo que tu madre piense de ti, lo que yo piense de ti. Lo cual, francamente, es una pérdida de tiempo. Puede que tu madre y yo seamos mayores, pero eso no nos hace más sabios de ningún modo. También estamos evolucionando. No importa cómo te llamen los demás, si te llaman huraña o excéntrica, ninguna de esas palabras importa. Lo que importa son los nombres que te pones a ti misma cuando estás a solas.

Volvió a sonreírme.

—Si un día decides salir a explorar, por supuesto, hazlo, pero no lo hagas para hacer feliz a tu madre, o a mí, porque creo que a cambio perderás tu propia felicidad. Ve cuando estés preparada, no cuando te sientas presionada. ¿Vale?

Asentí.

Vale, papá.

Me besó en la frente.

—El mundo sigue girando porque existen tus latidos. —Se dio la vuelta para marcharse, pero antes de salir de la habitación, se aclaró la garganta y se rascó la barbilla peluda—. Ah, tienes una sorpresa en el comedor.

Bajé las escaleras y me dirigí al comedor. Sentada a la mesa había una mujer mayor con dos sándwiches de pavo y dos tazas de té.

—Bueno —dijo sosteniendo una taza en la mano—. Resulta que mi memoria no es tan buena como antes—. Se levantó de la mesa y caminó en mi dirección ayudándose de un andador, cojeando un poco. Tenía unos cuantos pequeños moratones en las mejillas. Pero a pesar de todo, estaba tan guapa e iba tan arreglada como siempre. Con una pequeña sonrisa en los labios, me dio un empujoncito en el hombro—. Pero siempre podría ser peor —dijo jugueteonamente—. Podría estar muda.

Me eché a reír y le devolví el empujón.

Nunca había abrazado a nadie tan fuerte en mi vida.

—Perdón, ¿interrumpo algo? —dijo Brooks al entrar en el comedor y vernos a la señora Boone y a mí abrazadas.

—No, no. Cualquier chico que cante a una señora mayor en el hospital tiene permiso para interrumpir.

Brooks le dedicó una media sonrisa.

—¿Me oyó?

—Dios mío, el hospital entero te oyó. Después de que te fueras, cada noche, las enfermeras se ponían como locas por tu voz y por tu barba, y de verdad que no podía entenderlo. Tu voz es decente, pero pareces un monstruo peludo. Afeitarse es bueno, ¿sabes? Te compraré una cuchilla si quieres.

Me acerqué a Brooks y le froté su barbilla peluda. A mí me gustaba su nuevo *look*. Tenía los brazos tonificados y musculosos, como si hubiera hecho ejercicio durante años. Parecía tan adulto, tan masculino.

La señora Boone refunfuñó.

—Claro que a ti te gusta, pero tu opinión no es imparcial, así que no cuenta. Por cierto, toma, Brooks. —Rebuscó en su bolso y sacó un juego de llaves.

—¿Para qué son? —preguntó.

—Es mi agradecimiento por cuidar de mí. Calvin me dijo que vais a pasar aquí el fin de semana, y me ha contado lo estresados que habéis estado, así que he pensado que podríais ir a mi cabaña para pasar un fin de semana de chicos y hacer lo que sea que hagáis los jóvenes hoy en día.

—Vaya, es genial. Gracias, señora Boone.

Llamaron a la puerta principal y papá fue a abrir. Apareció una mujer que tenía una amable sonrisa. Cuando la señora Boone la vio, puso los ojos en blanco.

—Uf, otra vez tú.

—Hola, soy Katelynn —dijo la mujer—. Soy la nueva cuidadora de la señora Boone. Es un poco difícil seguirle el rastro. No para quieta.

—Lo único que yo quiero parar es a ti, acosadora —murmuró la señora Boone.

Solté una risita. *Buena suerte, Katelynn*. Iba a tener mucha faena con esa vieja señora.

Las dos se marcharon lentamente a la casa de la señora Boone, y Brooks hizo sonar las llaves entre sus manos.

—No tenemos que ir este fin de semana. No he tenido suficiente tiempo contigo ni mucho menos, y quiero aprovechar cada momento.

Negué con la cabeza. Nos esperaban muchos momentos en el futuro. El grupo se merecía aislarse de todo, tener un poco de tiempo para ellos. Después de tratar de convencerlo durante un rato, Brooks accedió a irse al norte. Me prometió volver el domingo por la tarde para pasar su último día conmigo.

Luego me prometió más y más días en el futuro.

Capítulo 29

Brooks

Antes de que los chicos y yo llegáramos a la cabaña, teníamos que hacer una parada importante. La tienda James' Boat Shop. Si queríamos ir a la cabaña de la señora Boone, que estaba en un lago, necesitábamos llevarnos un buen barco. Habían cambiado muchas cosas desde que Calvin y yo fuimos con su padre a vender su barco, así que fue agradable ver que la tienda de James seguía como siempre, incluyendo a un Wilson mucho más viejo que seguía ladrando con fuerza en el porche.

—¡Calla, Wilson! —dijo James al salir—. Ese maldito perro no se calla nunca—. El perro ladró aún más fuerte, como si estuviera mandando a su propietario a la mierda. James sonrió y se rascó su pelo gris—. Tengo que decir que no todos los días me llama una banda que ha ganado un Grammy para ver si puedo ofrecerles un barco. Es un placer veros. —Se rio y nos estrechó la mano.

Calvin le devolvió el apretón a James y dijo:

—En realidad nos conoció a Brooks y a mí hace unos diez años. Mi padre vino a vender su barco, y su hijo nos enseñó ese yate enorme.

—*Jenna*. —Asintió con una mirada de orgullo—. Tiene que ser ese. No estáis aquí para alquilarlo, ¿verdad?

Me eché a reír.

—No. Creo que necesitamos algo un poco más pequeño. Algo que podamos utilizar para pescar.

—Bueno, supongo que no puedo discutirlo. Eh... Acabamos de recibir un barco pontón muy bonito para alquilar. Es genial para pescar, y tiene sofás y sillones para una mayor comodidad. Da una sensación de lujo muy agradable, pero no es demasiado excesivo. Creo que os encantará.

—¿Algo más... pequeño? —pregunté—. Nos gustaría tener esa experiencia de pesca a la antigua usanza.

James asintió.

—¿Qué tipo de barco teníais antes, chicos?

—Un yate de motor —respondió Calvin—. No era muy grande, pero funcionaba genial.

—Ah, entonces os daré un yate de motor, si no teméis estar demasiado pegados unos a otros.

—Nooo —dijo Oliver rodeando la cabeza de Rudolph con el brazo—. Nos gusta acurrucarnos.

—¡Dios, te odio! —dijo Rudolph.

—Vamos, hermanito. ¿Qué te he dicho antes? No tienes que llamarme Dios. Con Majestad es suficiente.

Puse los ojos en blanco. Mis compañeros no cambiaban nunca. James nos dijo que entráramos en su oficina para hacer el papeleo. Mientras hablaba, Oliver se comió todo el regaliz negro que había en el escritorio de James. Rudolph refunfuñó.

—Sabes que esa basura es veneno, ¿verdad? ¿Entiendes lo malo que es para tu cuerpo?

Oliver se metió otros dos trozos en la boca y se encogió de hombros.

—Es mi chuche favorita.

—Eres asqueroso —dijo su hermano.

—Tengo que ser sincero, Oli. Esta vez Rudolph tiene razón. A nadie en su sano juicio le gusta el regaliz negro —dije, metiéndome en la conversación.

—¡Obviamente, a este tipo le gusta, porque se lo ofrece a sus clientes! —vociferó Oliver mientras seguía comiendo.

James se echó a reír y deslizó unas hojas en mi dirección para que las firmara.

—Culpable. Es mi favorito. Me como un paquete al día, y mi hijo me odia por ello. Dice que me matará algún día, pero yo le recuerdo que probablemente los cigarrillos me matarán antes que el regaliz. —James guiñó un ojo y nos hizo reír a todos.

James encontró el barco del tamaño perfecto para nuestro fin de semana y un remolque para engancharlo al coche. Enseguida nos pusimos en marcha e iniciamos el largo viaje. La cabaña estaba a unas cuatro horas de distancia, pero una vez llegabas allí, veías que cada segundo había valido la pena.

—No puedo creer que la señora Boone tenga esta cabaña aquí y nunca la utilice —exclamó Calvin cuando aparcamos junto a la cabaña de troncos.

Cuando la señora Boone dijo que la cabaña estaba en un lago, obvió el hecho de que el lago era tan grande que algunos lo habrían considerado un océano. Desde el muelle apenas se veía el otro lado.

También tenía un cobertizo con una colección de seis canoas pequeñas.

La cabaña en sí era enorme y espectacular. Había un total de doce habitaciones, incluidos tres baños y cinco dormitorios. La sala de estar estaba decorada con una cabeza de alce gigante encima de la chimenea de piedra, y en la esquina de la sala había una gramola gigantesca que reproducía buenos clásicos. Por cinco centavos podías elegir cinco canciones entre cincuenta.

Junto a la gramola había un tocadiscos, además de una estantería llena de vinilos. Era la mejor parte de la casa.

Cada habitación tenía una decoración diferente, inspirada en varias partes del mundo. Una tenía una decoración estilo Reino Unido, en otra parecía que acababas de llegar a Tailandia, y así con todas. Entrar en cada habitación era como dar la vuelta al mundo en dos minutos.

Parecía que la señora Boone había decorado aquel lugar pensando en las aventuras que había vivido con su difunto marido. Toda su vida estaba condensada en las paredes de la cabaña, y parecía que habían vivido una hermosa vida.

—No puedo creer que no nos hubiera hablado de esto hasta ahora —exclamó Rudolph saliendo del coche con un montón de protección solar casera en la nariz—. ¡Imagina las fiestas que podríamos haber celebrado aquí!

Me eché a reír.

—Seguramente por eso nunca nos habló de la cabaña. La habríamos destrozado.

—A Stacey le encantaría esto —dijo Calvin tirando de su maleta en dirección a la cabaña.

—¡TRAMPOSO! —gritaron los mellizos señalando a mi mejor amigo. Era divertido lo sincronizados que estaban, aunque parecieran tan diferentes.

—Nada de mencionar a la prometida o, de lo contrario, chupito —dijo Rudolph severamente.

—Eso se aplica a todo el mundo —dijo Oliver, señalando a cada uno de los demás—. No se mencionará a ninguna mujer bajo ningún nombre, o si no, chupito. Si pillamos a alguien hablando con una chica, tendrá que beberse dos chupitos, y ay del que se las arregle para colar una chica en esta propiedad, porque entonces tendrá que beberse el pis de Rudolph.

—Créeme, probablemente sea el pis más limpio de esta casa. Lo cierto es que sería un honor beberse mi pis.

Puse los ojos en blanco. Un fin de semana con los chicos. Nada de chicas o, de lo contrario, beberíamos pis. Una norma férrea a seguir.

Al mediodía estábamos trompa hablando de música; todo era perfecto. Lo único que quedaba por hacer era meter en el agua el barco que habíamos alquilado.

—A la mierda —protestó Oliver medio dormido en el sofá—. Voy a quedarme aquí sin hacer absolutamente nada hasta que llegue la hora de cenar pizza.

—Venga, puedes no hacer nada en el barco. Hace un día perfecto.

—Si tu idea de un día perfecto implica nubes en el cielo, adelante, pero yo voy a sentar mi enorme culo en este sofá y no voy a moverme hasta la hora de la pizza.

Puse los ojos en blanco.

—Vale. ¿Dónde está tu hermano?

Tres segundos más tarde, vi a Rudolph hablando con una planta artificial en la esquina. No solo le estaba hablando a la planta, sino que estaba ligando con ella.

—¿Y... vienes aquí a menudo? —dijo acariciando las hojas de plástico.

Miré el reloj.

—¡Tío, es la una del mediodía! ¿Cómo estás tan borracho?

Levanté una botella vacía de Fireball y comprendí la respuesta a mi pregunta.

—¡Calvin! Necesito un cómplice para que venga al lago conmigo y me ayude a sacar de aquí a estos dos idiotas. ¿Calvin? —grité mientras caminaba por la casa.

No estaba en ninguna parte.

Comprobé cada habitación dos veces. No lo encontré hasta que salí al exterior y lo vi agachado detrás de un arbusto, susurrando.

—Vale, nena. Tengo que colgar. Alguien se acerca. Yo también te quiero.

—Serás gamberro. —Me eché a reír al ver a Calvin colgar el teléfono rápidamente e incorporarse de golpe.

—No sé de qué hablas —dijo en tono defensivo.

—Oh, sí que lo sabes. ¡Estabas hablando con Stacey!

—¿Qué? De eso nada. Es un fin de semana de chicos. Nada de chicas.

Entrecerré los ojos.

—Lo dejaré correr y podrás evitar los chupitos si vienes a ayudarme a preparar el barco para salir esta tarde y meter a los otros dos en él.

Hizo una mueca.

—No me apetece mu...

—¡TÍOS! Calvin HA ESTADO HABLANDO CON...

Corrió hacia mí y me plantó la mano en la boca.

—¡Vale, tío, vale! No sé si te has dado cuenta, pero los mellizos sirven los chupitos en vasos grandes.

—¡Pues prepárate, colega! Nos vamos de pesca. Alcohol, tíos y cañas.

—Eso me parece un título muy desafortunado para el evento que se avecina. Me preocupa el evento que se avecina.

—¿Te preocupa? —pregunté con una sonrisa astuta—. ¿O te ilusiona?

Calvin empezó a dar saltitos como un niño teatrero de cinco años.

—¡Me ilusiona! ¡Me ilusiona mucho! Voy a por la bebida y a por los chicos. Tú trae tu caña larga.

—No hace falta que me lo digas dos veces.

En el trayecto hacia la cocina, se detuvo.

—Solo para que quede claro... Cuando digo caña me refiero a tu caña de pescar, Brooks. No tu polla.

Levanté las cejas.

—Llámala como quieras, hermano. Voy a traerla en cualquier caso. Tú deberías traer tu guitarra. Podemos tocar unas notas y repasar algunas letras para el próximo disco. —Se le iluminó la cara. Nunca había conocido a nadie que se emocionara tanto ante la idea de trabajar... bueno, aparte de mí.

Una hora más tarde, llevamos el barco al agua y apagamos el motor cuando llegamos al centro del lago. Había mucha paz; no se veía ningún otro barco. Entonces empezamos a beber. Nada mejor que beber durante el día con tus amigos en un barco en Wisconsin. Era obligatorio si querías vivir en ese estado.

—Estoy un poco preocupado por el grupo —dijo Oliver cuando nos sentamos.

Los tres estaban borrachísimos, y por algún motivo, me había tocado a mí asegurarme de que no se mataran. Cada vez que tomábamos un chupito, tenía a mi lado mi fiel lata de cerveza para fingir que le daba un trago, cuando en realidad la utilizaba para escupir el asqueroso chupito.

—¿Sí? ¿Y eso por qué, Oli? —pregunté.

—Bueno, nunca quise tener un grupo de chicas, y es bastante alarmante que, últimamente, a tres cuartos del equipo les han salido vaginas.

—¿Qué?

—Es bastante patético y, sinceramente, la hostia de raro. Calvin, tú no serías capaz de pasar veinticuatro horas sin llamar a Stacey. Brooks, no pienses que no me he dado cuenta de que estabas chateando con Maggie. Y mi mellizo está ahora mismo enamorado de una planta, aunque dado su extraño amor por la Madre Naturaleza, no me sorprende tanto.

Miré a Rudolph, que estaba abrazado a la maceta que se había traído consigo.

—Se llama Nicole y es preciosa —farfulló con orgullo.

—¿Veis lo que quiero decir? Mis amigos se están convirtiendo en bebés, y tengo miedo de que pronto empecemos a escribir canciones sobre el matrimonio y cambiar pañales.

Me eché a reír.

—No es para tanto, Oliver.

Hizo un gesto en el aire con la mano.

—Brooks Tyler Griffin. Estabas usando Snapchat. Sacando la lengua. Fingiendo que eras un puto perro.

Entrecerré los ojos y seguí pescando.

—Para que conste, sí, estaba usando Snapchat, pero era para nuestros fans. ¿Os acordáis de ellos? ¿La gente que nos apoya? Es importante darles un poco de mí, Oli. Deberías tomar nota. Por eso los fans me prefieren a mí antes que a ti.

—¡Ja! Lo dudo. Además, ¿desde cuándo le dices a tus fans con voz de perro «te quiero, Maggie»? Ya lo sé, algunos fans tienen nombres. Demi Lovato tiene Lovatics. Justin tiene a los Beliebers. Beyoncé tiene su Beyhive. Pero, a ver, «te quiero, Maggie» no suena tan bien.

Me volví para hacerle un corte de mangas a Oliver y él me hizo dos.

Touché.

El cielo se estaba nublando y el agua estaba en calma. El único ruido que se oía eran nuestros gritos cada vez que pensábamos que habíamos pescado un pez, lo cual nunca ocurría. Si miraba hacia atrás, apenas veía la enorme cabaña, y si miraba hacia delante, vislumbraba un poco las tiendas del pueblo. Un lugar perfecto. No oíamos más que el agua moviéndose ligeramente.

—Bromas aparte, me alegro mucho por ti y por Stacey, Cal —dijo Oliver cogiendo la guitarra de Calvin sin tener ni idea de cómo tocar un acorde.

—¿Crees que los mánagers se van a enfadar? —preguntó Calvin.

—¡Ja! Claro que sí. ¿Uno de los cantantes principales de The Crooks echando el lazo, rompiendo cientos de corazones por todo el mundo? Los mánagers harán todo lo posible por disuadirte.

—Ya, eso pensaba. Pero bueno, ya están enfadados con nosotros por habernos perdido algunos conciertos. Ya puestos, los enfadamos un poco más para ver cuántas canas les provocamos.

Calvin le quitó la guitarra a Oliver y se acercó a mí. Yo estaba sentado detrás del timón. Cogí mi guitarra y empecé a tocar el inicio de nuestra canción *Split Ends*. Él se unió a mí con su guitarra. Oliver empezó a cantarla, y Rudolph se limitó a seguir hablando con su planta. Trabajar con tus mejores amigos puede traer grandes problemas, pero ese no era el caso con mi grupo. Aparte de las discusiones entre los mellizos, trabajábamos juntos sin esfuerzo. Por supuesto, a veces no estábamos de acuerdo, pero nunca era por algo que no pudiéramos arreglar.

Pasamos la tarde en el agua. Cuando el cielo empezó a oscurecerse, nos pusimos a trabajar en nuevas canciones. Nuestra creatividad era casi imparable cuando entrábamos en nuestro espacio de música feliz. Al caer las primeras gotas de lluvia, Calvin sugirió que termináramos en la cabaña, así que puse en marcha el motor del barco para volver a casa.

En pocos minutos, el cielo se puso negro y la lluvia caía sobre nosotros con fuerza. Rudolph dio un salto hacia el borde del barco y sostuvo a Nicole en el aire.

—¡Sí, mi amor! ¡Bébetela toda! ¡Bébetela el agua de la Madre Naturaleza!

—Es una planta de plástico, idiota —gritó Oliver por encima del sonido de la lluvia—. ¡No necesita agua!

—No escuches al chico solitario, Nicole. Mi hermano nunca ha estado enamorado de nada salvo de los tacos.

—¡Los tacos son vida! —exclamó Oliver, agitando los puños con gratitud justo cuando se formaba un rayo sobre nuestras cabezas—. ¡Os quiero, tacos!

—Oye —dijo Calvin balanceándose a mi lado mientras nos dirigíamos a casa—. ¿Quieres ser mi padrino? —gritó por encima del viento.

Me sequé el agua de la cara.

—Ya he comprado el esmoquin, tío. Estaba claro que iba a ser tu padrino.

Se echó a reír.

—Sí, pero supuse que lo más educado sería preguntar.

—Eso es porque te está saliendo una vagina. Las vaginas son mucho más educadas que los pitos.

—Sí, eso es lo que me dijo tu madre anoche.

—Tiene gracia, porque tu madre no dijo gran cosa la última vez que la vi. Aunque la verdad es que tenía la boca bastante llena, así que probablemente hablar no era una opción.

Cogió mi lata de cerveza vacía para lanzármela, pero cuando fue a hacerlo, se detuvo y entrecerró los ojos.

—Has estado bebiendo esto durante cuatro horas y sigue lleno.

—Eh...

Olisqueó la lata y soltó un grito ahogado.

—¡TRAMPOSO! ¡Brooks ha estado escupiendo los chupitos en esta lata de cerveza!

Los mellizos gritaron, al igual que él, y empezaron a canturrear entre ellos.

—¡TRAMPOSO! ¡TRAMPOSO!

Cuanto más alto gritaban, más rugía la tormenta. El agua estaba cada vez más revuelta a medida que la tormenta crecía y se hacía más ruidosa. Más turbulenta.

—¡No os preocupéis! —Rudolph se tambaleó con Nicole entre los brazos—. Todavía nos queda una botella de Fireball —gritó.

Al acercarse a mí, vi que se inclinaba demasiado hacia el borde. Salté del asiento, le pedí a Calvin que tomara el timón y corrí a ayudar a mi amigo borracho.

—¡Eh, Rudolph, cuidado! Estás demasiado cerca del borde.

Rudolph soltó una risita y me pellizó la mejilla.

—Eres una vagina tan dulce, Brooks Griffin.

Solté una risotada. Estaba empapado.

—Eso es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Eso es porque la Novia de América Maggie May no habla. Si lo hiciera, diría algo poético. Seguro. —Hizo una pausa y abrió mucho los ojos—. ¡TRAMPOSO! He mencionado a una chica. ¡Necesito un chupito! ¡FIREBALL! —Se lanzó a por la botella de Fireball y, al moverse, el barco se tambaleó. Se inclinó de tal forma que acabó colgando del borde del barco. Lo agarré con fuerza y tiré de él hacia la cubierta. Al ponerlo a salvo, la tormenta azotó el lateral del barco. Tropecé.

—¡Mierda! —grité antes de aterrizar en las densas aguas. Al hundirme, noté lo helada que estaba el agua.

—¡Brooks! —gritaron mis amigos, que corrieron hacia el borde del barco para tirarme el salvavidas.

—No es un viaje oficial hasta que alguien se cae al agua, ¿verdad? —grité riéndome mientras sujetaba el salvavidas con los brazos.

Los chicos se rieron también y empezaron a tirar de mí, hasta que no hubo razón para seguir riendo.

Al acercarme al barco, el dolor me atravesó.

—¡Joder!

Ocurrió en un instante, en un destello fugaz.

La hélice del barco me golpeó el costado derecho.

En cuestión de un segundo, la risa se convirtió en terror.

En cuestión de un segundo, mi vida cambió y yo empecé a ahogarme.

Sangre. No podía verla, pero me dolía demasiado como para no haberme hecho un buen corte.

El dolor me inundó el costado derecho.

Mi respiración se volvió agitada; tenía la mente borrosa.

Me ahogaba. Empecé a revolverme pidiendo ayuda mientras tragaba agua.

Me llevé la mano derecha al costado. *Mierda*. Otra vez.

La hélice había vuelto a golpearme.

Pánico. Mi mano. Mi hombro. Mi cuello.

Mi vida...

Las olas me lanzaban hacia atrás, hacia las aguas salvajes y violentas.

Cayó un rayo.

Sonó un trueno.

Mis mejores amigos me gritaban, pero yo no podía responder.

Ocurrió en un instante, en un destello fugaz.

En cuestión de segundos, la risa se convirtió en terror.

En cuestión de segundos, la vida cambió y yo empecé a ahogarme.

En cuestión de segundos, las olas me zarandearon como si yo no fuera nada.

Me convertí en la nada.

Capítulo 30

Maggie

—¡Maggie, vamos! Baja corriendo. Tenemos que irnos.

Arqueé una ceja al oír mi nombre. Estaba sentada en mi habitación, tocando la guitarra mientras sonaba el último disco de The Crooks. Me levanté y corrí hacia las escaleras. La señora Boone estaba abajo con una mirada de pánico.

Bajé los escalones y levanté la ceja.

Estaba frenética, algo impropio de ella.

—Venga, ponte los zapatos. Vámonos.

¿Vámonos? ¿A dónde?

—Maggie, por favor. —La señora Boone frotó con las manos las barras de metal de su andador—. Ha habido un accidente en la cabaña, y Brooks está herido. Tenemos que irnos.

Retrocedí trastabillando, como si alguien me hubiera aplastado contra la pared.

Brooks está herido.

Esas palabras me ahogaron. Mi mente empezó a trabajar rápidamente. ¿Cómo es que estaba herido? ¿Era grave? ¿Qué había pasado? ¿Cómo estaban los otros?

Papá salió corriendo de la habitación y mamá vino a toda prisa de la cocina. Los dos tenían el móvil en la mano. Seguramente habían leído algún mensaje de Calvin.

—Lo han llevado al hospital de Saint John. Van a operarlo —dijo papá. Hablaba rápido y sonaba asustado—. Voy para allá.

—Yo también —afirmó mamá.

—Y Maggie —ordenó la señora Boone—. Ella viene con nosotros. Vamos —dijo haciéndome un gesto con las manos—. No tenemos tiempo que perder. Está lejos de aquí.

—No —espetó mamá con voz severa—. No. Ella no tiene que ir. Casi tuvo un ataque de pánico cuando intentó salir a verla a usted cuando tuvo el accidente, señora Boone.

—Pero esa era yo y, a ver, fue bonito por su parte, pero esto es diferente. Yo no soy su persona especial. Yo no soy su Brooks. Venga.

Cerré los ojos.

Mamá y la señora Boone empezaron a discutir cada vez más alto, y papá a gritaba para intentar calmarlas. Me latía el corazón con fuerza mientras intentaba seguir el ritmo de mi conmoción. Mi mente hacía lo posible por mantener a raya al demonio, pero él intentaba salir a buscarme.

Shh... Shh...

—¡Basta! —gritó la señora Boone lo suficientemente alto como para obligarme a abrir los ojos. Empezó a aporrear el suelo con el andador una y otra vez—. ¡Basta! Esto es ridículo. Por el amor de Dios, Katie, no sé quién tiene más miedo de que salga Maggie, si tú o ella.

—Se está pasando de la raya, señora Boone —la reprendió mamá, pero estaba temblando.

Por un momento me lo pregunté yo misma: ¿mamá quería que saliera?

—¡Claro que me estoy pasando de la raya! Siempre me he pasado de la raya, y nada ha cambiado. Pero no se trata de mí. Katie, sé que me dijiste que esta chica no es asunto mío. Me lo has dicho una y otra vez, pero esto es más grande que tú, Katie. Esto es más grande que tú y que Eric y

que yo. Ahora mismo se trata de Maggie y Brooks. Maggie May. —La señora Boone se volvió hacia mí—. Si me dices sinceramente que los demonios de tu pasado son más fuertes que el amor que sientes por ese chico, entonces, por favor, perdóname. Eso significa que he excedido mis límites y he malinterpretado cada momento que recuerdo de vosotros dos. Pero si por casualidad ese amor es más fuerte... si por casualidad ese amor está empezando a inundar tu alma, entonces tienes que salir. Tienes que venir con nosotros ahora mismo. Brooks es un buen chico y ha sido tu ancla durante todos estos años. Ahora te toca a ti ser la suya.

Me froté los ojos con los puños y los tres empezaron a discutir otra vez.

Cinco minutos.

Levanté la mano y todos guardaron silencio. Subí las escaleras, entré en el baño y llené el lavabo de agua. Hundí la cara en el agua y contuve la respiración.

Necesitaba cinco minutos para tranquilizar mi mente. Necesitaba cinco minutos para olvidar sus gritos y encontrar mi propia voz.

Necesitaba cinco minutos para respirar.

Vi su cara: el demonio. Me estaba ahogando, intentando matarme como había matado a la mujer. Iba a matarme.

Shh...

Me perdí a mí misma.

Me robó algo de mí misma en ese momento.

Me sentí sucia.

Me sentí utilizada.

Me sentí atrapada.

Lo sentía como si fuera real. Cada día, después de todos esos años, seguía pareciéndome tan reciente. Pero al mantener la cara sumergida en el agua, lo recordaba todo incluso más.

«¡Maggie May! ¿Dónde estás?», gritó Brooks. Su voz sacó al demonio de mis pensamientos.

Al mantener la cara debajo del agua, lo recordé a él. Recordé a mi Brooks.

«Eres mi mejor amiga, Magnetismo, pero...» Sus labios se acercaron y juraría que los sentí rozar los míos. Sus dedos me masajearon la espalda formando círculos y me derretía cada vez que completaba uno. «¿Y si tenía razón? ¿Y si Lacey no iba desencaminada? ¿Y si hay algo más que amistad entre nosotros?» Se aferró más a mi espalda, atrayéndome hacia él. Nuestros labios volvieron a rozarse y se me hizo un nudo en el estómago.

Saqué la cabeza del agua, empapada, pero consciente de dónde tenía que estar. Corrí a mi habitación y cogí los zapatos.

—Maggie May, no lo hagas —dijo mamá desde la puerta. Tenía los brazos cruzados y me miraba con los ojos vidriosos—. No salgas.

Entrecerré los ojos, confundida. Se acercó a mi cama y se sentó, y le dio unos golpecitos al colchón para que me uniera a ella. No recordaba la última vez que había entrado en mi habitación, y mucho menos la última vez que se había sentado a hablar conmigo.

—Me aseguraré de que está bien. Me aseguraré de que mejore y de que sepa que te gustaría poder estar allí, Maggie, pero, por favor... no vayas.

Cogí la pizarra y empecé a escribir.

¿Por qué no?

Bajó la cabeza y se miró los dedos. Los movía nerviosamente.

—Si te vas... si por fin empiezas a pasar página... ¿cómo podré protegerte? Ni siquiera sabía

que habías salido de casa aquel día, porque estaba lavando la ropa. Tendría que haber estado vigilándote. Tendría que haberte mantenido a salvo. Y si te vas... si vas a explorar el mundo... ¿cómo voy a protegerte?

Ahí estaban: los secretos y los miedos más profundos de mamá.

Todos tenemos una parte que elegimos silenciar.

La de mamá era la culpa.

Cogí el rotulador y escribí las palabras más importantes que había escrito nunca.

No fue culpa tuya.

Mamá tragó saliva con dificultad y empezó a sollozar entre sus manos. Se encogió y yo la rodeé con los brazos y la apreté con fuerza. Lloró tanto como pudo antes de pasarse el dorso de la mano por la nariz e incorporarse un poco.

—Mírame, soy un desastre. Lo siento, Maggie May. Por todo lo que te he hecho pasar... Solo estoy preocupada, eso es todo. —Sollozó y yo apoyé la cabeza en su hombro. Me cogió la mano—. Vas a hacerlo, ¿verdad?

Le apreté la mano dos veces.

Suspiró y se puso derecha.

—Vale. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a bajar las escaleras y a dirigirnos a la puerta principal. Cuando esos pensamientos aparezcan en tu mente, vas a seguir andando, ¿vale?

Asentí. *Vale, mamá.*

—Incluso cuando estés asustada, tú sigue caminando. Y cuando las voces suenen más fuerte, corre. Corre, Maggie May Riley. Corre y corre hasta que estés fuera.

Inhalé profundamente.

—¿Estás asustada?

Dos apretones.

¿Tú estás asustada?

Dos apretones de parte de ella.

—Vale. Vámonos.

—Cierra los ojos y coge aire —susurró mamá cogiéndome de la mano—. Tu padre y yo te llevaremos al coche.

Cuando di los primeros pasos, sentí que se me cerraba la garganta. Quería rodearme el cuello con las manos e intentar respirar, pero no podía, porque papá y mamá me agarraban las manos con fuerza. ¿Estaba bien? ¿Podía respirar?

Papá me apretó la mano dos veces. Sí. ¿Cómo podía haber oído las palabras que no había pronunciado?

Los siguientes pasos que di fueron aún más dolorosos. Necesitaba agarrarme el cuello. Necesitaba apartar sus manos de él. Necesitaba respirar. *No puedo respirar.*

Mamá me apretó la mano dos veces. *Sí que puedes.*

—Ya casi hemos llegado —dijo papá avanzando unos pasos más.

Cuanto más avanzábamos, menos sentía sus manos alrededor de mi cuello. Visualicé a Brooks. Su sonrisa. Su risa. Su amor. Cuanto más avanzábamos, más fácil se me hacía respirar.

Me detuve y abrí los ojos. Papá y mamá me miraban, nerviosos.

—¿Estás bien, Maggie?

Me solté y me llevé las manos al pecho para colocármelas sobre el corazón. Inhalé profundamente y contemplé el mundo, saboreé el aire, sentí el viento, me permití a mí misma empezar a soltar lentamente las cadenas que me rodeaban los tobillos.

Tras una larga exhalación, volví a coger a papá y a mamá de las manos y se las apreté dos veces.

Sí.

Estoy bien.

Ahora había llegado el momento de asegurarnos de que Brooks estaba bien.

Durante el trayecto, lo observé todo. Observé el tacto de la tapicería del coche, y cómo el motor se trababa de vez en cuando. Sentía cada bache y miraba todas las luces que destellaban. Era surrealista estar fuera de casa y ver cosas que nunca había visto. Edificios, árboles, animales. Todo era tan abrumador, casi como un sueño. Y, a pesar de todo, era real. Tuve el pecho encogido durante todo el trayecto. Estuve en el asiento trasero, hecha una bola, pero no pude dejar de mirar por la ventana ni un segundo. Había tantas cosas en el mundo que ni siquiera sabía que existían. Me había perdido tanto.

Llegamos al hospital unas horas después y Brooks todavía estaba en el quirófano. El edificio estaba rodeado de fans de The Crooks; al parecer, las noticias volaban. Los padres de Brooks y su hermano, Jamie, también estaban allí, luchando con todas sus fuerzas por no derrumbarse.

Las luces del hospital eran brillantes. Me hacían daño en los ojos. No recordaba haber visto nunca unas luces tan brillantes. También olía raro. Como un olor a productos de limpieza que enmascarase más productos de limpieza. Había mucho revuelo por todas partes: enfermeras que chocaban unas con otras, objetos que se caían, familias que caminaban por los pasillos.

Cerré los ojos e intenté concentrarme. Todo era demasiado, todo iba demasiado rápido. Necesitaba ralentizar mis pensamientos. ¿Y si el demonio estaba allí? ¿Y si podía verme? ¿Y si podía tocarme otra vez? *No*. Tenía que centrarme en algo bueno, algo que me mantuviera centrada. Necesitaba encontrar paz. Rodeé el colgante con los dedos.

Brooks. Mi ancla. Mi fuerza.

—Maggie —dijo Calvin al levantarse. Se quedó mudo de la emoción. Estaba en la sala de espera privada—. Estás... estás aquí —tartamudeó y se acercó a mí. Me abrazó con fuerza—. Estás aquí.

En unos segundos, los mellizos también me abrazaron también y permanecimos así durante un rato.

—Está muy mal —nos dijo Calvin a mamá, papá y a mí, poniéndonos al día—. La hélice le ha hecho un buen corte en el costado. Los médicos dicen que podría perder dos dedos. También le ha golpeado un poco en la garganta, pero... no sé. Ha pasado muy rápido. En un abrir y cerrar de ojos, todo ha cambiado. Estábamos en el agua, pasándolo bien. Todo iba genial. Pero ahora... —Se pellizcó la nariz, tal y como hacía siempre papá—. Ahora todo ha cambiado y solo podemos esperar para saber cuánto.

Mamá y papá se fueron a buscar café para todos, ya que teníamos por delante una larga noche. Después del café, llevaron a la señora Boone al hotel más cercano para que pasara la noche. Rudolph estaba en una esquina, atacado, culpándose a sí mismo por el accidente. Oliver estaba a su lado, intentando convencerlo de lo contrario. Le di un golpecito a Calvin interrogándolo con la mirada.

—Brooks evitó que Rudolph cayera al agua. La tormenta hizo virar el barco, y Rudolph casi se

cae por la borda, pero Brooks consiguió tirar de él hasta ponerlo a salvo. Cuando lo apartó del borde, el barco volvió a balancearse y Brooks cayó al agua.

Vaya...

—Rudolph lo está pasando mal. Se culpa a sí mismo. Pero no ha sido más que un extraño accidente. No se puede culpar a nadie ni a nada salvo a la casualidad.

Al cabo de un rato, encontré un asiento en una esquina y me hice una bola mientras esperaba.

Durante la espera, lo vi y oí todo. El movimiento de cada persona, sus voces, los objetos de la sala. Todo parecía estar tan cerca, era tan real desde que había salido de casa. Si a una enfermera se le caía el bolígrafo, giraba la cabeza inmediatamente en dirección al sonido.

Salir de casa fue más difícil de lo que había imaginado, pero era mucho peor no saber si Brooks estaba bien.

Así que, cada vez que el demonio intentaba apoderarse de mi mente, me encerraba en mí misma, inspiraba varias veces y recordaba que nuestro amor era más fuerte que mis momentos pasados.

—Ha salido de la operación —le dijo el médico a los padres de Brooks. Me senté muy derecha para escuchar—. Está bien. Ha tenido mucha suerte: el corte del costado no era muy profundo. De haberlo sido, podríamos haberlo perdido.

—Dios mío —murmuró la madre de Brooks con los ojos llenos de lágrimas.

—La mala noticia es la mano. —El médico se revolvió y cruzó los brazos sobre su bata blanca—. Lo siento. Hemos hecho lo posible por salvar los dos dedos, pero el daño de la hélice ha sido demasiado. Esperábamos salvar ambos, pero no hemos podido. Hemos tenido que amputarlos para mejorar las funciones de la mano.

¿Qué mano?, me pregunté con el estómago encogido.

—¿Qué mano? —dijo Jamie detrás de sus padres.

El médico levantó una ceja y miró a Jamie.

—¿Perdón?

—Digo que qué mano.

El médico titubeó y miró a los padres de Brooks, sin saber muy bien si debería decir nada delante de todos nosotros. Cuando le dieron permiso para hablar libremente, dijo que era la mano izquierda. Todo el mundo soltó un gemido.

—Mierda —dijo Rudolph golpeando la pared—. ¡Mierda!

Brooks utilizaba la mano izquierda para hacer los acordes. Con esa lesión no podría tocar, y todos los que estábamos en la sala nos sentimos devastados.

—Sé lo difícil que puede ser esto porque se trata de su carrera, pero estamos muy contentos de que aún siga con nosotros. Me temo que le resultará prácticamente imposible volver a tocar la guitarra. El daño que ha sufrido su garganta podría dificultar que cante, pero creo que con el tiempo recuperará la voz del todo. Será duro, pero todo indica que con la terapia física apropiada y con ejercicios vocales, su voz debería volver a la normalidad. —El médico nos dirigió a todos una triste sonrisa—. Seguramente descansará un tiempo ahora, pero cuando puedan verlo, pediré a unas enfermeras que vengán a avisarlos.

Se marchó y la sala se sumió en un silencio, salvo por el sonido de Rudolph golpeando la pared y espetando: «Mierda, mierda, mierda».

Cuando trasladaron a Brooks a otra habitación, nos dejaron pasar a verlo de dos en dos. Yo esperé, porque quería ser la última en visitarlo. Cuando entré en la habitación, estaba dormido, y me sentí algo agradecida. Me quedé en una esquina de la habitación y lo observé mientras dormía. Respiraba pesadamente, y parecía costarle tragar. La cicatriz que tenía en el cuello iba desde la clavícula hasta la mandíbula. Tenía la mano izquierda vendada y varias magulladuras en el cuerpo, pero estaba vivo. Por lo tanto, nada más importaba.

—No le harás daño —me dijo una enfermera mientras comprobaba sus constantes vitales. No me había movido de la esquina en los treinta minutos que llevaba en la habitación.

Me sonrió.

—Si le coges la mano derecha, no le harás daño. Le han dado somníferos para que descanse un poco. Ha estado algo inquieto mientras dormía, y eso hace que le resulte más difícil curarse. Así que estará dormido durante un rato. Pero, si quieres sentarte a su lado... —Señaló la silla que estaba a la derecha de Brooks—. Puedes cogerle la mano.

Asentí, me acerqué y me senté, y lentamente entrelacé los dedos con los suyos. *Estoy aquí, Brooks. Estoy aquí.*

La enfermera sonrió.

—Volveré para ver cómo está dentro de un rato.

Una vez se marchó, me incliné y apoyé la cabeza en su brazo. Su pecho subía y bajaba cada pocos segundos, y conté cada vez que lo hacía. Me acerqué un poco más. Quería que sintiera mi calor en su piel, quería que supiera que estaba allí. *Estoy aquí.*

No podía dejar de mirarlo. No podía apartar la mirada, porque si lo hacía, tenía miedo de que dejase de respirar.

—Lo siento, no sabía... —dijo una voz. Levanté la cabeza de la cama de Brooks. Me giré y vi una mujer con un jarrón lleno de flores—. Eh... —Sus palabras tropezaron en la lengua y frunció el ceño—. No sabía que había alguien aquí.

Sasha.

La había visto antes cuando la espiaba por internet y miraba las fotos que publicaba en Instagram. Era preciosa, y al parecer era una belleza natural. No llevaba maquillaje. No llevaba ropa bonita. Eran tan solo ella y sus flores.

Bajó la mirada hasta mi mano, que aún sostenía la de Brooks.

La dejé caer rápidamente.

—Lo siento. Dejo esto y me voy. —Hizo una mueca al poner el jarrón en la mesa. Al volverse para marcharse, se detuvo—. Eres tú, ¿verdad? —preguntó.

Entrecerré los ojos, confundida.

—Ay, no te hagas la tonta. Tú eres la chica. La chica que le enviaba los libros.

Me quedé inmóvil, incómoda, incapaz de comunicarme con ella.

—¿Nada? ¿No tienes nada que decir? No pretendo ser maleducada. Es solo que... —Hizo una pausa—. No eres la única a la que le importa de verdad, ¿sabes?

Me di unos golpecitos en la garganta y ella entrecerró los ojos, confusa.

—¿Qué?

Miré a mi alrededor en busca de algo que pudiera utilizar para escribir. Cuando levanté la vista

hacia la pared, vi la pizarra blanca de las enfermeras y fui hasta allí.

No tengo voz.

Sasha se cruzó de brazos.

—¿Pero hoy o... desde siempre?

Desde siempre.

Frunció el ceño. Un destello de culpa asomó en sus ojos.

—Lo siento, no lo sabía. ¿Cómo te llamas?

Maggie.

—Maggie. —Hundió los dedos en su pelo marrón chocolate y luego se colocó las manos en las caderas—. Estás loca por él, ¿verdad?

No sabía cómo responder, porque sentía que cualquier cosa que dijera podría hacerle daño. Ella sonrió.

—No pasa nada, lo entiendo. Es difícil no estarlo. Me voy... Por favor, no le digas que me he pasado por aquí. No por él, sino por mí. Prefiero que no lo sepa.

¿Estás segura?

—Sí. Tú solo cuida de él, ¿vale? Estará un poco destrozado por no poder volver a tocar la guitarra. Es su vida. Aparte de, bueno... —Guardó silencio y me dirigió otra sonrisa tirante—. En fin, me voy. No dejes que mire internet, ¿vale? Los medios pueden quererte un día y odiarte al día siguiente. Es fácil que alguien famoso se pierda después de sufrir una tragedia. Esta vez los medios no han tardado nada en darle la espalda a Brooks. Ya sabes el buen corazón que tiene... No estoy segura de que pueda soportar las malas críticas. Cuida de él. Aunque parezca que nunca estás realmente solo cuando eres el centro de atención, nadie habla de lo solitario que se te hace. Recuérdale que su valor no lo decide el titular principal de la semana.

Prometí que cuidaría de él.

Salió de la habitación y borré la pizarra. Me senté junto a Brooks y volví a cogerle la mano. Apoyé la mejilla en su brazo y volví a observar cada uno de sus movimientos.

—Ah, Maggie —dijo Sasha, que había entrado de nuevo en la habitación—. Solo quiero que sepas que lo veo. —Se movió un poco e hizo un gesto hacia Brooks y hacia mí—. Lo miras de la misma forma en que él miraba los libros. Gracias por no ser el monstruo que imaginé que serías. Solo me gustaría que fueras un poquito fea, eso es todo —dijo con cierto encanto.

Sonreí. *Lo mismo digo.*

Capítulo 31

Brooks

Mamá, papá y Jamie me dijeron que estaría bien. Me dijeron que tenía suerte de haber sobrevivido al accidente con heridas leves. Leves... No era la palabra más adecuada, y en cuanto mi hermano la pronunció, se dio cuenta de su error.

—Perdona, no quería decir leve, es solo que... —Titubeó—. Estoy contento de que estés aquí y puedas vivir un día más.

Me miré la mano, que estaba vendada. No había dicho ni una palabra. La gente entraba y salía de mi habitación, sonriéndome como se sonríe a los niños que han perdido a sus mascotas.

Patético.

Me sentía patético.

El grupo vino a sentarse conmigo un rato, y el aire estaba cargado de culpa. Pero lo que más me dolía era lo mucho que me hacían pensar en la música. Cómo me recordaban lo que había perdido en un instante. Cuando vinieron los mánagers, casi pierdo el control.

—Tenemos que pensar un plan de ataque. Los medios están como una moto. Necesitamos una declaración —dijo Dave.

—Necesitamos un respiro —respondió Calvin secamente—. Te comportas como si Brooks no acabara de sufrir un trauma.

—Pero ha sobrevivido —dijo Dave, esbozando su sonrisa astuta—. Y ese es el mensaje que debemos enviar. Tenemos que mostrar lo fuerte que es y cómo su regreso...

¿Regreso?

Resoplé y solté un gruñido.

Todos me miraron.

Horas antes, había sufrido un accidente, y ahora esperaban que regresara como por arte de magia.

Dave frunció el ceño.

—¿Sabes qué? Vamos a darle uno o dos días. Le daremos tiempo.

Cuando todos salieron de la habitación, suspiré, sin saber siquiera dónde estaba mi mente. Todavía me sentía como si estuviera en el agua. Cuando cerré los ojos, habría jurado que sentía las olas.

La puerta de mi habitación volvió a abrirse y deseé que no lo hubiera hecho. Estaba harto de ver gente, harto de oírles hablar de lo milagrosa que era mi vida, de lo afortunado que había sido.

Me giré hacia la puerta y casi me caigo de la cama.

Maggie.

Estaba junto a la puerta de la habitación, mirándome con las manos alrededor de su cuerpo. Sus ojos azules estaban rojos, como si hubiera llorado durante horas, y tenía el pelo recogido en un moño despeinado. Ella nunca se recogía el pelo.

Aunque, por otro lado, nunca había salido de casa.

¿Estaba soñando?

De ser así, esperaba no despertar.

Abrí la boca para preguntarle qué estaba pasando, pero me ardía la garganta. Me dolía abrir la boca. Me dolía moverme hacia la izquierda y girarme hacia la derecha. Me dolía respirar.

Me dirigió una sonrisa tirante y se acercó a la cama. Me cogió la mano derecha, besó la palma y yo cerré los ojos. Intenté aclararme la garganta para hablar, pero ella me apretó la mano una vez, ordenándome que no lo hiciera. Y nos quedamos así, yo con los ojos cerrados y Maggie May sosteniéndome la mano.

Durante los siguientes días, apenas se apartó de mi lado. Cuando le ofrecieron una habitación para las visitas, como si fuera un hotel, ella se negó y me apretó la mano con más fuerza. Cada noche se enroscaba en el pequeño sofá y se quedaba dormida. Maggie me sonreía durante el día, pero por la noche, cuando soñaba, la observaba moverse y revolverse, y a veces se despertaba cubierta de sudor. Sus demonios no habían desaparecido por haber salido de casa, pero estaba haciendo lo posible por mantenerlos a raya.

—Vale, es hora de levantarte y de que des una vuelta, Brooks —dijo una enfermera al entrar en mi habitación una tarde. Odiaba ese momento del día. Me obligaban a caminar por los pasillos con un andador. Maggie siempre me acompañaba, y cuando mi lado izquierdo tenía ganas de rendirse y empezaba a caerme, ella corría a ayudarme, pero la enfermera le decía que no me rescatara—. Puedes venir para apoyarle, pero no puedes ayudar. No te preocupes, no dejaré que se caiga.

Hacia la mitad del pasillo, empezó a dolerme el pecho y me quedé sin aire.

—Atrás —dije tosiendo y con la voz ronca.

Quería volver a la habitación y tumbarme.

—No, ¿te acuerdas? Vamos a completar una vuelta antes de...

Empecé a golpear el suelo con el andador una y otra vez. Tenía un dolor punzante en el cuello. *Atrás. Atrás. Atrás.*

Era embarazoso sentirme tan débil. Me dolía la mano. Me ardía el costado. Mi mente era un desastre.

La enfermera me dirigió una sonrisa tirante y luego miró a Maggie.

—Creo que es un buen momento para echar una siesta. —Guiñó el ojo a Maggie. Ella frunció el ceño; la preocupación de su mirada era más que evidente.

Refunfuñé un poco más. Volvimos a la habitación y después de tumbarme en la cama, Maggie cogió una libreta y se sentó a mi lado.

¿Estás bien hoy, Brooks?

Le apreté la mano una vez.

Lo cierto era que estaba enfadado. Estaba enfadado porque los mánagers nos estaban preguntando cuál era el plan para el resto de la gira, a pesar de que yo no podría volver a tocar. Propusieron un montón de opciones, incluido que los chicos siguieran con la gira sin mí, que me sustituyeran por otro artista durante un tiempo o que trabajase duro para recuperar la voz mediante clases intensivas de vocalización.

Las cicatrices de mi cuerpo todavía estaban lejos de curarse y ya me estaban tratando como si hubiera dejado de existir. A sus ojos, incluso después de dedicarles diez años de mi vida, no era más que un cheque.

—No vamos a hacer eso —protestó Calvin—. Esperaremos a que se recupere —decía mi mejor amigo una y otra vez.

—Sí. Sin Brooks somos, literalmente, solo The Cro. ¿Y quién coño quiere escuchar a The Cro?
—dijo Oliver.

Rudolph no decía gran cosa. Apenas me miraba. Intuía que se culpaba a sí mismo por el accidente. Lo que más odiaba era que el lado oscuro de mi mente también lo culpaba un poco. Cada día era menos yo. Cada día estaba un poco más amargado. Y odiaba que Maggie se sentara allí a observar cómo ocurría. Odiaba que fuera testigo de mi destrucción.

Cuando llegó la hora de abandonar el hospital, Maggie y yo nos quedamos sentados en la habitación mientras la enfermera iba a buscar una silla de ruedas. Mis padres habían planeado que me quedase con ellos en casa durante un tiempo, así podría tener una enfermera que me ayudara y podría concentrarme en curarme. Pero yo tenía un plan distinto.

—Voy a volver a la cabaña —susurré, porque todo lo que decía sonaba en un tono bajo. Mi voz siempre sonaba ronca, y lo odiaba.

Maggie levantó una ceja.

—No quiero ir a casa. No quiero lidiar con la compasión de la gente. No quiero eso.

Nadie se compadece de ti.

—Todos lo hacen. Se comportan como si estuviera sordo. Les oigo. Y además me culpan. O por lo menos los medios lo hacen. No sé. Solo necesito desaparecer un tiempo. Ser yo mismo.

Sé lo que es eso. Estar en una sala abarrotada donde todo el mundo habla como si fueras un fantasma. Iré contigo.

Fruncí el ceño.

—No, Maggie. Tienes una lista de cosas por hacer aún por empezar. No estoy en forma para poder... —Suspiré. *Para poder tenerte*—. ¿Por qué siento como si siempre fuéramos a destiempo?

Inclinó la cabeza sobre su pizarra y empezó a escribir mientras derramaba lágrimas sobre las palabras.

Por favor, no me dejes otra vez.

Levanté la mano izquierda para consolarla y me detuve al verla vendada. La quería. La quería mucho, pero sabía dónde estaba mi mente. Sabía que tenía ataques de pánico por la noche cuando recordaba el accidente. Sabía que tenía ataques de pánico durante el día al darme cuenta de que estaba frenando a mi grupo, decepcionando a mis fans, perdiendo promotores para nuestra gira. Perdiendo cientos de miles de dólares por culpa de mi idea de salir en barco.

No quería dejar a Maggie May, pero sabía que debía hacerlo. Ella tenía sus propios ataques de pánico con los que lidiar. Lo último que Maggie necesitaba mientras progresaba era lidiar con los míos.

Capítulo 32

Maggie

—¡Adivinad quién ha vuelto! ¡Quién ha vuelto otra vez! ¡Cheryl ha vuelto! —gritó Cheryl entrando en la casa. Llevaba dos maletas y rastas. Había pasado una semana desde que Brooks me mandó a casa y se fue a la cabaña sin mí. Todos habían hecho lo posible por convencerle para que no fuera solo, pero él no había hecho caso. Tenía a sus enfermeras, que comprobaban cómo estaba y lo cuidaban cada día, pero aparte de eso, estaba solo en Messa.

Papá, mamá y yo estábamos sentados a la mesa del comedor, cenando, cuando Cheryl entró en casa como un torbellino, sin avisar. Lo último que sabía de ella era que estaba en una isla con su novio.

—Cheryl —dijo mamá, sorprendida, pero feliz de ver a su trotamundos—. ¿Qué haces aquí?

—¿Qué? ¿Es que una chica no puede venir a visitar a su familia? —Cogió la silla que había a mi lado y se sentó.

—Siempre —dijo papá—. Pero la última vez que tuvimos noticias tuyas, estabas enamoradísima de un chico llamado Jason y haciéndote rastas en una playa arenosa.

Ella asintió.

—Sí, así es.

—¿Dónde está Jason? —preguntó mamá.

—Pues la verdad es que es una historia divertida. Resulta que la mujer que me hizo las rastas acabó haciéndoselo con mi novio. —A todos nos cambió el semblante, y Cheryl sonrió—. Ay, venga. Nada de caras tristes. Ya sabéis lo que digo siempre: cuando la vida te da limones, busca vodka. —Me cogió la mano y la apretó—. Y busca a tu familia también.

Mamá se revolvió en el asiento y miró a papá con tristeza. Mantuvieron una conversación sin palabras, hasta que ella abrió la boca.

—Chicas, ahora que estáis las dos aquí, creo que es el mejor momento para que vuestro padre y yo os demos una noticia.

Me puse muy derecha y Cheryl hizo lo mismo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vuestra madre y yo... vamos... —Papá tragó saliva y me lanzó una sonrisa tirante—. Vamos a separarnos.

¿Qué?

No.

—¿De qué habláis? —preguntó Cheryl, confundida. Se rio nerviosamente—. Venga ya, no vais a separaros. Eso es ridículo.

—Bueno, hace tiempo que se veía venir —explicó mamá con la voz temblorosa—. Y ahora que Maggie ha sido capaz de salir de casa, pensamos que es el momento.

—Es lo mejor, de verdad. Para todos nosotros —mintió papá entre dientes.

Sabía que estaba mintiendo. Porque si estuviera diciendo la verdad, su mirada no sería tan triste.

Después de cenar, Cheryl vino a mi habitación. Yo estaba tumbada en la cama, escuchando

música en el iPhone. Se tumbó a mi lado y cogió uno de los auriculares para escuchar ella también.

—Tengo veintisiete años y, de algún modo, siento que quiero volver a convertirme en una adolescente ansiosa, meterme en el armario y escuchar *Autobiography* de Ashlee Simpson una y otra vez porque mis padres se van a separar.

Yo tengo veintiocho y siento lo mismo.

—¿Cómo está Brooks? —preguntó ladeando la cabeza en mi dirección.

Me encogí de hombros. *Dijo que necesitaba espacio, estar solo.*

Ella asintió.

—Entiendo. Cuando tú le pediste espacio, él te lo dio... así que entiendo que sientas que necesitas darle lo mismo.

Seguimos escuchando música y Cheryl se rio.

—¿Recuerdas cuando éramos niñas y te dije «no sé qué estoy haciendo con mi vida» o algo así? Diez años después, sigo pensando lo mismo.

Aunque la idea era deprimente, no podíamos dejar de reírnos. A veces lo único que necesitas para relajar tu mente perturbada es la compañía de tu hermana y unas risas.

Unos segundos después estábamos escuchando *Pieces of Me* de Ashlee Simpson, sacudiendo la cabeza. Escuchamos el disco varias veces, hasta que nuestra mente volvió a los días de la infancia.

Cada vez que sonaba la canción *LaLa*, nos levantábamos y nos poníamos a bailar juntas. Aunque estaba orgullosa de que Cheryl viajara por el mundo, mentiría si dijera que no me alegraba de que hubiera vuelto a casa.

Aunque Brooks me pidió espacio, necesitaba recordarle, igual que lo había hecho él, que no estaba solo. Le enviaba un mensaje cada mañana.

Maggie: ¿Estás bien hoy, Brooks Tyler?

Brooks: Estoy bien, Maggie May.

Y un mensaje cada noche.

Maggie: ¿Estás bien esta noche, Brooks Tyler?

Brooks: Estoy bien, Maggie May.

Aunque no bastaba para que dejara de preocuparme, me ayudaba a dormir a veces.

Capítulo 33

Brooks

El pueblo de Messa era diminuto. El lago ocupaba la mayor parte de la zona. No había gran cosa salvo una tienda de comida, un instituto, una gasolinera y una biblioteca, y todos estaban alineados a lo largo del lago. Pero todo se encontraba en la orilla opuesta a donde estaba la cabaña de la señora Boone, y eso era lo mejor. Me hacía sentir más solo. Únicamente iba al pueblo a buscar comida y luego regresaba a la cabaña.

El otro sitio que había encontrado que mereciera la pena visitar estaba justo en la periferia de Messa: un bar.

Era un como un agujero en la pared.

Nadie sabía que existía, lo cual lo hacía perfecto para mí. Tenía whisky y dolor y soledad envueltos en sus paredes silenciosas.

No había dejado de leer sobre mí en los foros de internet. No había dejado de observar cómo los fans se volvían contra mí, me tachaban de drogadicto, me llamaban mentiroso e infiel. Se creían todas las mentiras que la prensa sensacionalista les suministraba, y me daban la espalda como si no les hubiera dado toda mi vida en los últimos diez años.

Como me hubiera convertido en todas las palabras negativas que habían escrito sobre mí.

Sabía que debería haber parado de leer, pero no podía dejar el teléfono ni el whisky. Los comentarios de los que antaño decían adorarme me dolían más de lo debido.

Simplemente reemplazad al drogata. ¡Ya se ha hecho anteriormente!

Mi hermano murió de alcoholismo. Es preocupante que Brooks sea tan insensato. Espero que encuentre ayuda en el centro de rehabilitación.

Es una desgracia para la música. Millones de personas matarían por tener su vida, y él la ha echado por la borda.

Mierda de famoso. Otra historia sobre cómo la fama se te sube a la cabeza.

Esta es como la quinta vez que va a rehabilitación. A lo mejor es hora de empezar a darse cuenta de que nada va a cambiar.

Para cuando cumpla los treinta estará muerto, igual que los demás grandes artistas adictos a las drogas.

Me serví más whisky mientras las palabras se grababan en mi mente. También había comentarios de apoyo, pero por algún motivo, me parecían mentiras. ¿Por qué los comentarios negativos de los desconocidos son los que más daño hacen?

—Creo que ya has bebido suficiente —dijo el camarero, con cierta amabilidad en la voz, al alejar la botella de whisky. Tenía un bigote canoso y espeso lleno de secretos, mentiras y migas de patatas fritas. Cuando hablaba, el bigote bailaba sobre su labio superior y las palabras le caían por la comisura izquierda de la boca. Tenía el pelo gris, largo y ondulado, y lo llevaba recogido en un moño. Un moño de señor mayor. Aquel tipo debía de tener más de setenta años, y de alguna forma parecía liviano, tranquilo y sereno.

Justo lo contrario a mí.

Cada mañana y cada noche, le mentía a Maggie cuando respondía sus mensajes.

Cerré los ojos e intenté recordar el nombre del camarero. Me lo había dicho cientos de veces durante mis borracheras.

Kurt rima con tahúr.

Últimamente, Kurt era lo más cercano a un amigo que tenía. Recordaba la primera vez que lo vi, hacía dos semanas, cuando entré en su bar. Estaba hecho un desastre desde hacía otros quince días. La primera vez que nos encontramos, yo estaba sentado con los hombros caídos. Tenía los brazos cruzados y la frente apoyada en los antebrazos, e intentaba detener mis recuerdos en la mesa de la esquina de su bar vacío. No me hizo preguntas. Esa noche simplemente me trajo una botella de whisky y un vaso con hielo, e hizo lo mismo todas las noches siguientes.

—Uno más —murmuré, pero él frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Es la una de la mañana, colega. ¿No crees que deberías irte a casa?

—¿A casa? —Refunfuñé intentando coger la botella, pero él se negaba a dármela. Miré en sus ojos azules y sentí un tironcito en el corazón. *A casa*—. Por favor —supliqué. Suplicaba... le suplicaba que me diera alcohol. Qué patético—. Por favor, Kurt.

—Bert —corrigió con una mueca.

Maldita sea.

Kurt rima con tahúr, que no tiene nada que ver con Bert, que es su nombre.

—Eso es lo que he dicho.

—No es lo que has dicho. Pero probablemente era lo que querías decir.

—Sí, eso es lo que quería decir, Bert. Bert. Bert. —¿Cuántas veces podía decir su nombre antes de volver a olvidarlo?

Se sentó delante de mí y jugó con su bigote retorcido.

—¿Qué intentas olvidar con la bebida? —preguntó.

Tragué saliva con dificultad y guardé silencio.

—Sí que es malo, ¿eh?

No respondí, pero moví el vaso en su dirección. Ese mismo día había ido a la tienda de comida y había visto mi cara en las portadas de las revistas. Hablaban de una crisis nerviosa que no sabía que tenía. También resultó que era adicto a la heroína y que había abandonado furiosamente *The Crooks* por culpa de mi adicción.

Entonces cometí el error de meterme en internet para leer más cosas sobre mí. Me desconcertaba cuántos fans se habían tragado las mentiras.

Así que me resultaba aún más fácil estar borracho.

Bert movió el vaso hacia mí.

—Eso ha sido una estupidez —murmuré.

Antes de que pudiera responder, un grupo de chicas borrachas irrumpieron en el bar. Estaban más que trompas, daban gritos e iban vestidas de rosa de los pies a la cabeza. Salvo por una, que iba toda de blanco. Una despedida de soltera. *Genial*. Bert se levantó y fue a la barra a servirles.

—¡Ay Dios! Este sitio es taaan adorable —dijo una entre risitas.

—¡No puedo creer que lo hayas encontrado! —gritó otra.

Parecían estar jugando a la búsqueda del tesoro, y una de las paradas era un agujero en la pared del bar. Perfecto.

Me hundí en mi mesa. Solo quería que me dejaran solo.

Se acercaron corriendo a la mesa, entre risas.

—¿Qué os pongo, señoritas? —preguntó Bert.

Gritaron al unísono, levantando las manos: «¡FIREBALL!»

Cerré los ojos y de nuevo estaba en el barco.

«Eso es porque la Novia de América Maggie May no habla. Si lo hiciera, diría algo poético. Seguro.» Hizo una pausa y abrió mucho los ojos. «¡TRAMPOSO! He mencionado a una chica. ¡Necesito un chupito! ¡FIREBALL!» Se lanzó a por la botella de Fireball y, al moverse, el barco se tambaleó. Se inclinó de tal forma que acabó colgando del borde del barco. Lo agarré con fuerza y tiré de él hacia la cubierta. Al ponerlo a salvo, la tormenta azotó el lateral del barco. Tropecé.

Sacudí la cabeza. *Basta*. Me desplazé por el asiento para levantarme, con la idea de escaparme por la puerta trasera, pero una de las chicas me vio.

—Ay. Dios. Mío —exclamó.

Dejé caer la cabeza en la mesa e intenté actuar con normalidad.

—¡Tiffany! Mira, ¿ese es...?

La rubia se volvió hacia mí.

—¡Ay Dios mío! ¡Es Brooks Griffin! —gritó.

Todas las chicas empezaron a gritar y se acercaron a mi mesa. Al principio habría jurado que solo eran unas pocas, pero mi visión borrosa me confundía más de lo normal. Me plantaron la cámara de sus teléfonos delante de la cara y yo hice lo posible por apartarlas. Entonces me inundaron con preguntas y comentarios.

—Ay Dios, Brooks. Siento mucho lo de tu accidente.

—¡Dios mío! ¿Has perdido los dedos?

—¿Eso significa que ya no vas a poder tocar la guitarra?

—¿Seguirás haciendo música?

—¿Podemos invitarte a un trago?

—¿Podemos hacernos una foto?

—¡Te adoro tanto!

—¿Es verdad lo de las drogas?

—¡No! Él no lo haría... ¿verdad? Yo no lo juzgaría.

—Yo fumo hierba.

—Mi primo estuvo enganchado a unas píldoras que solo venden con receta médica.

—¿Brian?

—No, West.

—¿Qué pasó con Sasha?

—¿Te engañó?

—¿La engañaste tú? Leí un artículo sobre ti y Heidi Klum...

—¡No me conocéis! —estallé cerrando las manos en un puño—. ¿Por qué demonios se comporta todo el mundo como si me conociera? En las noticias, en internet, en los periódicos —grité. Me ardía la garganta mientras daba voces a unas chicas que ni siquiera intentaban ofenderme—. Nadie sabe cómo es ser yo. Nadie sabe cómo es no ser capaz de hacer lo que amas. Mi vida era la música y ahora apenas puedo hablar. No puedo... Nadie sabe... —No podía seguir hablando. Estaba borracho y me dolía el cuello. Demasiadas palabras. Demasiadas emociones. Las chicas guardaron silencio sin saber qué hacer o qué decir—. Lo siento —murmuré—. No pretendía...

—No pasa nada —dijo una con los ojos llenos de culpa—. Perdona.

Después de eso, me dejaron solo y salieron del bar.

Bert se quedó cerca de mí, mirándome sin decir una palabra. Ladeó la cabeza hacia la izquierda y luego a la derecha, y en unos segundos, se sentó en mi mesa, delante de mí. Colocó su mano sobre la mía y me la apretó levemente. El apretón me recordó a Maggie, porque todo me recordaba a ella.

Bert cogió la botella de whisky y me sirvió otro vaso.

No me ofreció palabras de consuelo; no me llenó de sandeces para eliminar el dolor.

En lugar de eso, me dio whisky para ahogar los recuerdos.

Me lo bebí y el líquido me quemó la garganta. La sensación de ardor me recordaba a los rumores, las mentiras, el accidente, las cicatrices. Me recordaba todo el dolor que vivía en mi pecho hasta que lograba desconectar mi mente por completo.

Me levantaba cada mañana por inercia. Me cepillaba los dientes, me duchaba y me vestía porque era mi rutina de toda la vida, pero eso era todo lo que hacía. Me levantaba, leía mentiras, bebía, me iba a dormir.

El grupo hizo lo posible por convencerme de que les dejara venir a quedarse conmigo, pero me negué. Lo que había pasado no era culpa suya, era mía. Yo les obligué a ir en barco cuando lo que querían era quedarse en casa y relajarse.

La cabaña de la señora Boone era el mejor sitio para escapar del mundo. No tenía cámaras delante de la cara todo el tiempo intentando adivinar cuál sería mi futuro. Podía estar solo sin más.

Los únicos días en los que cambiaba de rutina eran los días de lluvia.

Mientras llovía, me quedaba en el centro del lago, en una pequeña canoa.

Remaba hasta allí mientras las gotas de lluvia caían sobre mí. El cielo rugía y yo me quedaba quieto y en silencio.

Aunque se suponía que había venido a la cabaña para encontrarme a mí mismo, cada día estaba más perdido. Notaba los cambios en mí. Me estaba volviendo más frío. Me estaba convirtiendo en un extraño para mí mismo.

Estaba adentrándome en un camino que nunca me conduciría a casa.

Capítulo 34

Maggie

—Esto servirá —dijo papá al traer la última caja del camión.

De alguna forma, habíamos viajado atrás en el tiempo a cuando vivíamos los dos solos en un piso diminuto, soñando con un mundo más grande. Pero esta vez había también una hermana con rastas que no se apartaba de nuestro lado.

Esa noche, Cheryl se fue a casa para estar con mamá, y yo dormí en un colchón inflable en una de las habitaciones, mientras que papá durmió en el otro dormitorio también en un colchón inflable. Sobre las tres de la mañana me desperté al oír movimiento por el piso. Me incorporé y fui de puntillas hasta la cocina, donde vi a papá despierto, preparando café. Al girarse y verme, casi se le sale el corazón por la boca.

—¡Dios, Maggie! Me has asustado.

Sonreí a modo de disculpa, cogí mi pizarra y me senté en la encimera.

—¿No puedes dormir? —preguntó.

Te he oído dando vueltas. ¿Estás bien?

Hizo una mueca.

—Pensaba que ya estaba, ¿sabes? Pensaba que ella sería para siempre. —Sirvió dos tazas de café y me ofreció una—. Cuando conocí a Katie, era un como un rayo de sol. Tenía una energía que se contagiaba, ¿sabes? No sé qué le pasó a lo largo de varios años, pero empezó a cambiar. Se volvió más fría... Me preguntaba si era por algo que había hecho yo, algo que hubiera dicho, pero había perdido a mi mujer hace mucho tiempo. Aunque, qué demonios, yo también he cambiado. Me convencí a mí mismo de que ella solo estaba pasando por una mala racha, que lo que te había pasado a ti, de alguna forma, también le había pasado a ella; no directamente, sino como una especie de causa y efecto. Pero las cosas fueron empeorando cada día. La mujer que yo conocía fue desapareciendo delante de mí día por día. Y el hombre que yo era antes también se marchó.

¿La echas de menos?

Se frotó la sien con los dedos.

—Echo de menos la idea de echarla de menos. La verdad es que dejé de echarla de menos incluso cuando estábamos en la misma habitación. Al cabo del tiempo, quería marcharme. Pero no podía presionarte a ti. No podía hacerte marchar sin que estuvieras preparada.

Se me subió el corazón a la garganta. Solo había permanecido junto a ella por mí. Había sido infeliz para mantenerme a salvo.

Siento haberte obligado a quedarte.

Él negó con la cabeza.

—Lo haría de nuevo sin pensarlo.

Nos quedamos sentados, bebiendo el café más negro del mundo sin decir nada. A papá y a mí se nos daba muy bien estar juntos en silencio. Siempre nos sentíamos a gusto. Cuando estaba a punto de volver a la cama, él me interrumpió.

—Un profesor de Lengua le pide a un alumno que le diga dos pronombres. ¿Qué responde el alumno?

Sonreí al oír el chiste y respondí. *¿Quién, yo?*

Él soltó una risita.

—Quién, yo. —De camino a su habitación, se volvió hacia mí y me dijo la verdad que había evitado reconocer.

—La echo de menos.

A pesar del sufrimiento, incluso a pesar del dolor, seguía queriéndola. Así es el amor. No desaparece porque tú le pidas que se vaya. Solo se queda en silencio, sangrando de dolor, rogando para que no lo dejes escapar.

—No ha sacado sus cosas de las cajas —me dijo Cheryl desde la sala de estar.

Papá estaba sentado en la cocina bebiendo otra taza de café. Hacía una semana que nos habíamos mudado al nuevo piso, pero su habitación todavía estaba dentro de esas cajas.

—¿Por qué crees que será?

Está esperando a que ella le pida que vuelva a casa.

La mirada de Cheryl se ensombreció, y frunció el ceño, pensativa.

—Mamá no está mucho mejor. No es que la critique, pero a juzgar por la grasa del pelo y el enjambre de moscas que la siguen a todas partes, dudo que se esté duchando siquiera.

Solté una risita ante el comentario de mi dramática hermana.

—El amor es duro, ¿verdad?

Sí.

—Por eso yo solo voy a tener un gato. Los gatos no necesitan nada más que comida y un sitio donde hacer caca. Y eso es precisamente todo lo que espero de una relación. Dame unos tacos y un baño para después de los tacos, y viviré feliz para siempre. Está claro que voy a tener un gato. Y a lo mejor tacos para cenar. ¿Vendrás a casa a limpiar el arenero?

No. Seguramente no.

—Vale. Está claro que no voy a tener un gato.

Me reí. Mi teléfono empezó a sonar y descolgué activando FaceTime.

—¡Hola hermanita! —dijo Calvin sonriendo a su teléfono.

Saludé con la mano y Cheryl se asomó para que la viera.

—¡Hola hermano! —gritó agitando la mano.

—Ah, dos por el precio de una. Me molan tus rastas, hermanita. Estoy en Los Ángeles con los chicos. Tenemos reuniones y tal, y solo tengo unos minutos antes de que empiece la siguiente. Pero te llamo para pedirte ayuda, Maggie.

Levanté una ceja.

—He llamado a Brooks y sonaba bastante borracho cuando ha descolgado. No ha querido hablar mucho, pero creo que está mal. Sé que te dije que necesitaba espacio, y sé que tú se lo has dado solo porque él te dio espacio en el pasado, pero esto es diferente. Entiendo que necesite tiempo para aclararse, pero creo que no es eso lo que está haciendo. Creo que está haciendo justo lo contrario, y me gustaría pedirte si podrías ir a ver cómo está.

La respuesta era sí. Si Brooks estaba perdido, estaría ahí para él. Enseguida. A veces, cuando la gente cree que necesita espacio, en realidad necesita cualquier cosa menos eso.

¿Me llevas tú?, le pregunté a mi hermana. Ella asintió.

—Claro. —Se frotó el estómago—. ¿Podemos parar para comprar unos tacos primero? Porque... tacos.

Caían gotas de lluvia sobre el pequeño pueblo de Messa cuando Cheryl y yo aparcamos junto a la cabaña. Sacamos mi equipaje del coche y caminamos hasta al porche frontal. Llamé a la puerta varias veces, pero no recibí respuesta de Brooks. Tenía un nudo en el estómago y pensaba lo peor. Me sentía muy agradecida de que la señora Boone me hubiera dado una copia de la llave al oír que iba a quedarme con Brooks un tiempo.

Giré el pomo y la puerta se abrió, pero Brooks no estaba en el interior, lo cual era extraño, porque su coche estaba aparcado delante.

Quizá había ido caminando al pueblo.

Saqué mi pizarra. *Puedes irte, Cheryl.*

Ella arqueó una ceja.

—¿Estás segura? No quiero que te quedes aquí si no lo encuentras por ninguna parte...

Estaré bien. Te lo prometo. Te llamaré si necesito algo.

No estaba muy convencida, pero después de insistir durante un rato, se fue. Me senté en el sofá de la sala de estar a esperar mientras Brooks regresaba, pero no lo hizo. Al cabo de un rato, cogí un paraguas y fui hacia el pueblo. La lluvia seguía cayendo. Cuando llegué a la biblioteca local, me metí dentro a toda prisa con mi pizarra.

La biblioteca era enorme para ser un pueblo tan pequeño, y me hacía sentir como si estuviera en mi habitación, rodeada de mis historias favoritas. Al entrar, una mujer que estaba sentada detrás del mostrador me sonrió. Tenía cierta dulzura, con sus ojos marrón chocolate y el pelo corto y gris. En su credencial se leía Señora Henderson.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo?

Empecé a escribir. *Estoy buscando a alguien, y no estoy segura de si lo ha visto por aquí recientemente.*

Ella soltó una risita.

—Cariño, ya sé que esto es una biblioteca, pero no tienes que ser tan silenciosa.

Hice una mueca, me di unos golpecitos en la garganta y negué con la cabeza. Ella frunció el ceño.

—Ay, ¿no puedes hablar? Lo siento mucho. Vale, a ver, ¿a quién buscas?

Brooks Griffin.

Entrecerró los ojos.

—No vengas a este pueblo fingiendo dulzura para que luego resultes ser una acosadora de ese pobre chico. Ya ha sufrido bastante. Lo último que necesita es que alguien venga a molestarlo para conseguir un autógrafo o algo.

Soy su amiga.

—Demuéstralo.

Me metí la mano en el bolsillo, saqué el teléfono y le enseñé las fotos que me había hecho acurrucada con Brooks. Ella sonrió.

—Parece que sois buenos amigos. De acuerdo. Bueno, está lloviendo, así que solo puede estar en un sitio. Ven, sígueme. Te lo enseñaré. Pero si resulta que esas fotos son un montaje hecho con

Photoshop, llamaré a Lucas. Y no solo es el *sheriff*, sino que también es mi marido.

Cogió su paraguas y me condujo fuera de la biblioteca hasta el otro lado de la calle, hacia la orilla del lago Messa.

—¿Lo ves? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Allí. —Señaló el agua—. Ese punto diminuto es él. Él y su pequeña canoa —explicó la señora Henderson mirando en la misma dirección que yo. Brooks estaba sentado en medio del lago, en su canoa individual. La lluvia caía con fuerza sobre él, pero parecía no inmutarse—. Solo va al lago cuando llueve, nunca los días de sol.

Giré la cabeza hacia la señora Henderson, asombrada, y ella se encogió de hombros antes de volver a hablar.

—Muchos de los habitantes del pueblo piensan que va durante las tormentas a intentar ahogarse.

Yo sabía que no era así. Sabía que el mejor lugar del mundo para intentar respirar era debajo del agua.

Capítulo 35

Brooks

Cuando la lluvia amainó, empecé a remar hacia la cabaña. Era tarde, cerca de las once de la noche, cuando las nubes de lluvia decidieron irse a otro pueblo. Até la canoa al muelle y me pasé las manos por el pelo empapado, sacudiéndome parte del agua.

—Mierda —murmuré para mí mismo.

Estaba congelado. Solo quería entrar en la cabaña, cambiarme de ropa y acurrucarme en la cama. Pero cuando me estaba arrastrando hacia la cabaña, se me encogió el pecho al ver que había alguien tumbado en el balancín del porche, durmiendo. *Malditos paparazzi*. No era la primera vez que intentaban acampar en la cabaña para sacarme información, pero normalmente el *sheriff* del pueblo, Lucas, hacía un trabajo excelente manteniéndolos alejados.

Después de pasar horas en soledad en el agua, no podía aguantar que un pelmazo estuviera sentado junto a la cabaña para hacerme fotos.

Me acerqué al porche refunfuñando.

—Oye, imbécil. ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a tomar unas putas fotos de...?

Guardé silencio al ver a una Maggie soñolienta despertándose, alarmada. Dio un pequeño brinco en el asiento, sobresaltada, y se llevó las manos al cuello. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, relajó sus manos.

—¿Maggie? —dije entrecortadamente, casi como si dudara de mis palabras. El pecho se me encogió aún más—. ¿Qué demonios haces aquí? —exclamé, un poco confuso y un poco enfadado, pero feliz. Sobre todo feliz.

Tan feliz de verla, joder.

Se llevó la mano detrás de la espalda, como si buscara algo. Cuando volvió a sacarla, sostuvo una pizarra en el aire, y empecé a leer mi propia letra.

Un día te despertarás y saldrás de casa, Magnetismo, y descubrirás el mundo. Un día verás el mundo entero, Maggie May, y ese día, cuando salgas al exterior y respires por primera vez, quiero que me busques. Pase lo que pase, búscame, porque yo seré quien te lo enseñe. Voy a ayudarte a tachar cosas de tu lista. Voy a enseñarte el mundo entero.

Se levantó. Tenía la ropa empapada, como si ella también se hubiera pasado la noche bajo la lluvia. Estornudó y temblaba de frío.

Maggie se quedó allí de pie, mirándome, esperando a que yo dijera algo más, lo que fuera. Me vinieron muchos pensamientos a la cabeza cuando nuestras miradas se cruzaron, pero no me los merecía. No merecía echarla de menos. No merecía abrazarla. No merecía quererla.

Lo único que hacía era beber y dormir en mi propia autocompasión.

Se merecía algo más que mi tristeza. ¿Cómo iba a enseñarle el mundo cuando estaba haciendo todo lo posible por evitarlo?

—Ven dentro a secarte —dije.

Vi que un leve destello de tristeza la invadió mientras asentía. Era casi como si esperase que fuera a hacer el equipaje y me marchara con ella a completar su lista de cosas por hacer.

Era la primera vez que realmente sentía que la había defraudado.

Entramos en la cabaña y vi unas maletas en la sala de estar.

—¿Son tuyas?

Asintió.

—Enseguida vuelvo. —Entré en mi habitación y fui directo al baño para lavarme la cara—. Por Dios, Brooks. Tranquilízate.

Ver a Maggie me alteraba. Recordar algo tan bonito cuando últimamente lo único que experimentaba eran momentos feos era una transición difícil para mí. Verla hacía que tuviera ganas de respirar, cuando durante las últimas semanas, solo había sido capaz de aguantar la respiración.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté al salir. Me la encontré secándose el pelo con una toalla y buscando un pijama en su maleta.

Ella empezó a garabatear. *Cheryl*.

Suspiré.

—Es tarde, y estoy un poco borracho, así que no puedo llevarte a casa hasta mañana. Puedes quedarte aquí esta noche, pero luego tienes que irte. Te acompañaré a una habitación donde puedes dormir.

Me siguió y la llevé a la habitación europea.

—Puedes quedarte aquí hasta por la mañana. Luego te llevaré a casa. A primera hora de la mañana, Maggie. Hay pizza de ayer en el frigorífico, si quieres, y algunos refrescos. Buenas noches.

Fui breve y conciso. No quería entrar en ningún tipo de conversación con Maggie esa noche, porque tenía la habilidad de hacer que las cosas fueran a mejor. No quería sentirme mejor.

No quería sentir nada.

Me giré para marcharme y cerré los ojos al sentir sus dedos sobre mi antebrazo.

—Maggie —susurré, titubeando, pero me hizo volverme hacia ella. Miré sus ojos azules y esbozó su sonrisa perfecta—. No puedo hacer esto ahora mismo —dije, pero ella no me dejaba marchar. Me solté de su mano y me di la vuelta—. No puedo. Lo siento, no puedo hacer esto.

Salí de su habitación y evité girarme para no ver su reacción. Cerré la puerta de mi habitación con fuerza, cogí una botella de Jack Daniel's e intenté olvidar lo que era volver a sentir.

—¿Por qué estás cocinando? Tenemos que irnos —dije secamente a Maggie a la mañana siguiente al verla en la cocina preparando tortitas.

No lo entendía. Fui conciso con ella la noche anterior. Dejé claro que saldríamos a primera hora de la mañana.

No se giró para mirarme. Siguió cocinando.

—¡Maggie! —grité, pero no obtuve respuesta.

Puse los ojos en blanco, fui hasta el frigorífico y lo abrí para coger una cerveza, pero no había cervezas.

—Pero qué... —*Está bien*. Me acerqué al armarito de los licores y lo abrí, pero no encontré nada dentro—. ¿Estás de coña? —refunfuñé—. Maggie, ¿dónde está mi alcohol?

Sin respuesta.

—Por Dios, Maggie. ¡Estás muda, no sorda!

Se volvió hacia mí entrecerrando los ojos, y me lanzó una mirada de odio, lo cual me obligó a disculparme.

—Pero, en serio, ¿dónde están mis cosas?

Señaló las botellas vacías en el fregadero. Se me hizo un nudo en el estómago, y tomé aire.

—Tienes que irte a casa, Maggie. Tienes que ir a por tus maletas para que pueda llevarte a casa ahora mismo.

Se acercó a mí y puso la mano en mi mejilla para consolarme. Luego acarició suavemente con los dedos la cicatriz que me recorría el cuello. Cerré los ojos. Demasiado. Su tacto me consolaba demasiado.

—No deberías estar aquí —dije colocando mi mano sobre la suya. Me aclaré la garganta—. Te pedí que me dieras espacio... —Tragué saliva con dificultad.

Deslizó sus labios sobre los míos y levantó la mano derecha. *Cinco minutos.*

Cerré los ojos.

—No puedo...

Me atrajo hacia ella y colocó las manos sobre mi pecho. Cuando abrí los ojos, me miraba con esperanza.

—Vale. —Me re Coloqué y le cogí las manos—. Cinco minutos.

El primer minuto, me costó mucho mirarla. Me recordaba a todo lo que siempre había querido y todo lo que había perdido. El segundo minuto, me recordó los mejores días de mi vida. El tercer minuto, pensé en la música. Maggie siempre me recordaba a la música. Ella era mi música.

Se acercó a mí, y yo di un paso atrás, soltándome. Sacudí la cabeza.

—No. No puedes consolarme. Lo siento. No puedo estar cerca de ti. Lo siento, Maggie. Voy a ir al pueblo a pasar el día, y cuando vuelva, por favor, tienes que estar preparada para irte. —Me giré para marcharme, avergonzado por mi brusquedad, y cuando puse un pie en la entrada, dije la verdad—. No puedes arreglarme, Maggie. Tienes que dejar que me ahogue.

Capítulo 36

Maggie

No me iba, y eso le cabreaba.

Cada día que pasaba obtenía dos versiones distintas de Brooks Tyler Griffin. El primero era el silencioso, que pasaba junto a mí sin decir palabra. Desde que lo conocía, nunca me había hecho sentir invisible hasta que entré en esa cabaña.

El segundo Brooks era el capullo borracho y grosero. Era una faceta de él que no sabía que existía. A menudo entraba en casa a trompicones, borracho, y venía hacia mí y me decía que era patética y que debería haber pasado página porque nunca estaríamos juntos, nunca tendríamos un futuro.

—Mírate. Estás aquí sentada esperándome. ¿Qué problema tienes? —farfullaba tambaleándose en mi puerta una noche a las tres de la mañana—. Deja de ponerte en ridículo, Magnetismo. No va a suceder. ¿No tienes una lista que cumplir? —Se rio y se dejó caer contra la pared—. ¿O es que te asusta demasiado hacer algo tú solita?

Eran esas noches cuando más me atraía la idea de marcharme. Eran esas noches cuando quería tirar la toalla y dejar que Brooks se hundiera en su propia miseria.

Pero entonces me aferraba al colgante del ancla y me recordaba a mí misma todas las veces que él había estado a mi lado.

Por la noche me daba baños, me sumergía en el agua y me repetía: *Ese no es él. Ese no es él. Ese no es mi amor...*

Si me apartaba de él cuando las cosas se ponían difíciles, ¿qué diría eso de mí? ¿Cómo podría perdonarme a mí misma si dejaba que su mente se volviera tan oscura que acabara desvaneciéndose? Los días en que más lo había necesitado, siempre había estado a mi lado, y le debía lo mismo.

Enamorarte de alguien no implicaba quererlo solo durante los días soleados. Implicaba permanecer a su lado también durante las noches nubladas.

Él ya no quería a la persona que le devolvía la mirada en el espejo. No veía a la persona divertida, encantadora y bobalicona que solía ser. Ya no se reía, y me costaba recordar la última vez que había sonreído.

Mi trabajo era recordárselo.

Mi trabajo era ser su ancla.

Mi trabajo era quedarme y quererle durante todo el proceso.

Los días en que Brooks estaba peor, tenía que salir. Me iba al pueblo a explorar las pequeñas tiendas, pero no sabía lo duro que iba a resultar para mi mente. Lo percibía todo: cada olor, cada ruido, a cada persona. Mi mente estaba en alerta constantemente, advirtiéndome de los peligros del mundo. La idea de no saber qué me esperaba al otro lado de la esquina me aterrorizaba.

Cuando un hombre chocó conmigo sin querer, tropecé y me caí al suelo, encogida de miedo. Él se disculpó una y otra vez e intentó ayudarme a levantarme, pero yo estaba demasiado avergonzada

para aceptar su ayuda.

Como no podía volver a la cabaña, fui al lugar que más me recordaba a mi casa: la biblioteca. Visitaba cada día la Biblioteca de Messa y me sentaba en una esquina a leer para olvidarme del mundo. La señora Henderson siempre venía a verme y me pasaba un trozo de chocolate guiñándome un ojo.

—No está permitido traer comida ni bebida a la biblioteca, pero como se te da tan bien casi fusionarte con las paredes, creo que podemos dejarlo pasar.

Gracias, escribí.

—No hay por qué darlas. —Cogió la otra silla que había junto a la mesa e hizo una pausa—. ¿Te importaría tener un poco de compañía hoy?

Le hice un gesto para que se sentara. Cualquier persona que me trajera chocolate cada día tenía permiso para sentarse conmigo.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó. Le enseñé la cubierta.

—Ah, *Persuación* de Jane Austen. Es una de mis obras favoritas tuyas. Solo sin contar *La abadía de Northanger*.

Asentí, apreciando la sabia opinión de la señora Henderson sobre el trabajo de Austen.

Se llevó la mano al bolsillo, sacó un trozo de chocolate y se lo metió en la boca.

—Me gusta pensar que *Persuación* es una combinación perfecta de momentos profundos mezclados con un entretenimiento maravilloso.

Aquella mujer comprendía lo que constituía una historia maravillosa.

—Te dije que mi marido es el *sheriff* aquí, ¿verdad?

Sí.

Ella sonrió.

—Si conocieras a Lucas, pensarías que está hecho del pedazo de chocolate más dulce. Su voz es tan relajante, y tiene una personalidad tan rica que todo el mundo lo adora enseguida. Hay una cierta chispa en él; cuando entra en una habitación, la energía se transforma en algo más luminoso. Es el amor de mi vida, y por lo que veo, Brooks es el amor de tu vida, ¿verdad?

Lo es.

Se metió otro trozo de chocolate en la boca.

—El noventa y cinco por ciento de mi matrimonio siempre ha estado lleno de felicidad. Casarme con Lucas fue la mejor elección de mi vida, pero hubo un momento en nuestra historia en que apareció ese cinco por ciento. Vivíamos en un barrio pobre, y Lucas trabajaba en los turnos de noche como oficial de policía. Apenas hablaba de las cosas que veía ahí fuera, pero yo sabía que le afectaban. Empezó a sonreír menos, apenas se reía, y todo lo que yo hacía le parecía mal. Me gritaba por cosas absurdas. Porque el lavaplatos goteaba, porque el chico que repartía el periódico lo había lanzado a los arbustos por error. Ese tipo de cosas lo volvían loco, y me gritaba por ello. Pero yo cargué con su ira sobre mis hombros, y me recordaba a mí misma que había tenido un día duro. Mi dulce Lucas tenía un trabajo duro. Era un trabajo en el que la muerte era algo más común que la vida. A veces entraba en casas donde se encontraba con niños que habían perdido la vida por meterse en medio de las discusiones de sus padres. Estaba cansado, y yo me hice cargo de su agotamiento. Me dije a mí misma que era su roca, y que por lo tanto, tenía que sostener el fuerte por los dos.

Escuchaba sus palabras casi sin pestañear.

—Pero el problema de las rocas es que, aunque son fuertes, no son invencibles. No puedes

dejar que alguien golpee una piedra con un mazo y esperar que no se resquebraje. Nos costó mucho, pero lo superamos cuando empecé a defenderme a mí misma y le recordé a Lucas que era su pareja, no su saco de boxeo. —La señora Henderson se acercó más a mí y me puso un trozo de chocolate en la mano—. Lo veo en tus ojos, cariño. Cómo guardas su dolor en tu pecho. Cómo te rompes intentando parecer fuerte. He leído algunos artículos sobre Brooks y son realmente duros. Brooks es un alma sensible. Las almas sensibles son las que más sufren cuando el mundo les da la espalda. Por eso tu papel es muy importante. Tú eres su verdad. Así que, ayúdalo, pero mantente firme. No seas su saco de boxeo, Maggie. Quiérela, pero quiérete a ti también. Que esté sufriendo no le da derecho a hacerte daño —dijo la señora Henderson—. Prométeme que cuidarás de ti misma.

Lo prometo.

—Bien. —Sonrió y pasamos a hablar de temas mucho más alegres.

—Creo que nunca te he preguntado qué planeas hacer con tu vida. ¿A qué quieres dedicarte? —me preguntó.

La verdad es que estoy estudiando para ser bibliotecaria.

La señora Henderson se metió el último trozo de chocolate en la boca y me dirigió una sonrisa traviesa.

—Pues cariño, te ruego que te lo pienses dos veces. Si te soy sincera, creo que hablas demasiado para trabajar en una biblioteca. ¿Has pensado en dedicarte a la política? Hablan todo el día aunque rara vez tienen algo que decir.

Sonreí. El mundo necesitaba más mujeres como ella. El mundo necesitaba más gente que fuese como el libro *Persuasión*: una combinación perfecta de momentos profundos mezclados con algunos toques de entretenimiento.

El viernes siguiente, Brooks no llegó a casa hasta las dos de la madrugada. A esa hora diluviaba y yo no podía dormir con el sonido de la tormenta. Estaba sentada en la sala de estar, escuchando la gramola de la señora Boone, una canción detrás de otra, mientras esperaba a que se abriera la puerta principal.

Cuando por fin lo hizo, contuve el aliento. Oí que se cerró con fuerza.

La segunda versión de Brooks entró por la puerta, empapado y borracho después de pasar horas en el lago.

—¿Qué demonios es esto? —espetó mirando la gramola. Dio cinco largos pasos hacia la máquina y la desenchufó de la pared—. No quiero oír eso.

Gruñón.

Cada vez que ponía música cuando él estaba cerca, me obligaba a quitarla.

Me acerqué y volví a enchufarla.

Yo sí quería oírla.

Él se irguió y sacó pecho.

—No puedes hacer eso, Maggie. No puedes venir aquí y poner esa mierda. —Volvió a desenchufarla, y yo la enchufé de nuevo—. Por Dios, ¿por qué no te vas? No quiero que estés aquí. ¿Qué es lo que no entiendes? ¡No te quiero aquí! Me estás volviendo loco. Estoy harto de esta mierda. Estoy harto de que intentes meterte en mi vida, de que intentes hacerme sentir mejor, de que me obligues a ser algo para lo que no estoy preparado. Joder, ¿cómo te atreves? —gritó, borracho y dolido—. Durante más de veinte años te he dejado ser lo que necesitabas ser para que superaras lo

que necesitabas superar. Nunca teforcé, nunca te presioné, y ahora tú estás haciéndolo conmigo. Cuando me dijiste que me fuera hace años, me fui. Te di el espacio que querías. ¿Por qué no eres capaz de hacerlo tú? Me estás ahogando al intentar salvarme. ¿No lo ves? No necesito que me salves. No quiero que me salves. Estoy harto. Solo quiero que te vayas a casa. ¡¿Por qué no puedes dejarme en paz, joder?!

Me temblaba el cuerpo al oír sus palabras, que me golpearon con fuerza.

Se dio la vuelta y se pasó los dedos por el pelo, molesto, cabreado.

Cuanto más se enfadaba, más molesta me sentía yo. Volvió a desenchufar la gramola y yo la enchufé de nuevo.

Cada vez que me acercaba a él, me venía su aliento con olor a whisky. Brooks dio un último tirón al cable y empujó la gramola con la mano derecha.

—¡Basta! ¿Por qué? ¿Por qué hostias no me dejas en paz cuando yo te dejé tranquila hace años? Que le jodan a tu música y a tu esperanza, y a tu lista de cosas por hacer. Si estás esperándome, te aseguro que no va a suceder nunca, Maggie. —Cada palabra era como un golpe que me empujaba hacia atrás—. Estás perdiendo el tiempo, así que sal de una puñetera...

—¡LO PROMETISTE! —grité. Mi voz sonó rota al pronunciar las palabras. Me llevé las manos a los labios, y se me encogió el estómago. ¿Era yo quien había dicho eso? ¿Habían salido de mí esas palabras? ¿Era esa mi voz? ¿Mis sonidos? ¿Mis palabras?

Sus ojos marrones parecían perplejos, confundidos por el sonido, por mi voz. Yo estaba igual de confundida. Bajó la mirada hasta mis labios y dio un paso hacia mí.

—Repíte eso —me rogó.

—Lo prometiste. —Me acerqué a él, incapaz de ocultar el temblor de mi cuerpo. Miré al suelo y luego levanté la vista—. Me prometiste que serías mi ancla, y yo siempre prometí que sería la tuya si me necesitabas. Estoy aquí por las promesas que hicimos, pero ahora mismo ni siquiera sé quién eres —susurré—. El chico que conocía no me gritaría. Nunca. El chico que conocía no se torturaría tanto.

—Maggie.

—Brooks.

Cerró los ojos con fuerza al oírme decir su nombre.

—¿Otra vez? —pidió.

—Brooks —murmuré.

Cuando abrió los ojos, estaba más cerca de él. Apoyé los dedos en su pecho.

—Brooks... por favor, no hagas esto. Deja de apartarme. Quiero ayudarte, pero me golpeas cada día con tu ira, con tu dolor, y no puedo más. No puedo seguir siendo tu saco de boxeo. No te hagas esto —supliqué—. No te ahogues. Es demasiado, y lo sé muy bien. Me he estado ahogando durante años. Te sientas aquí y te matas a cada segundo, como si estuvieras solo, pero no lo estás. —Le cogí las manos y las coloqué sobre mi pecho—. Estoy aquí. Estoy aquí para ti, pero tienes que dejar de golpearme con tus palabras. Tienes que dejar de actuar como si yo fuera el enemigo aquí.

Solté sus manos y él siguió mirándome, tal vez sorprendido por mi voz. O tal vez por las palabras que mi boca pronunciaba.

—Será duro. Será muy duro. No voy a dar marcha atrás, pero no puedes tratarme así, Brooks. No puedes convertirte en algo que no eres. No eres un monstruo. Eres justo todo lo contrario a un monstruo. Eres dulce y amable, y divertido, y mi mejor amigo. Ya lo sabes. Así que no voy a irme de aquí hasta que vuelvas a encontrarla —dije.

—¿A encontrar el qué?

Apoyé las manos en su pecho, le di un beso en la mejilla y susurré:
—Tu voz.

Capítulo 37

Brooks

Lo prometiste.

Su voz. Sus primeras palabras después de tantos años e iban dirigidas a mí por su frustración. La verdad detrás de esas palabras me mantuvo despierto toda la noche. Además del sonido de su voz. Odiaba que su voz hubiera aparecido cuando estaba dolida y enfadada. Odiaba ser la persona que la había empujado hasta ese punto.

¿En qué me había convertido?

—Maggie —susurré hacia las cinco de la mañana. Le di un golpecito en el hombro. Estaba dormida en la cama—. Maggie, despierta.

Se revolvió un instante, y entonces bostezó y se frotó los ojos soñolientos. Levantó una ceja, sorprendida.

—Sé que es temprano, pero ¿puedo enseñarte algo?

Asintió, y me pregunté si habría imaginado sus sonidos antes. Salió de la cama y la conduje a la parte trasera de la cabaña, hacia el muelle, donde me senté. Ella se sentó a mi lado.

Ladeó la cabeza y me miró entrecerrando los ojos, confundida.

—Número sesenta y siete de tu lista de cosas por hacer. Ver un amanecer o una puesta de sol junto al agua.

Un leve suspiro escapó de sus labios y levantó la vista hacia el cielo oscuro, que empezaba a despertar poco a poco.

—Te revuelves en sueños toda la noche —dijo.

—Sí, lo sé.

—¿También te despiertas sudando? ¿Y a veces te sientes como si te estuvieras ahogando en el agua, y aunque sabes que no está pasando realmente, te sientes como si estuvieras ahí otra vez?

Asentí rápidamente.

—Sí. Sí. Exacto. Es difícil describir lo que ha estado ocurriendo en mi mente. Todo el mundo me decía que me recuperaría, pero los recuerdos, las voces en mi cabeza...

—Son reales. Las voces. Los *flashbacks*. Los miedos. Todo eso es real, Brooks, y por mucho que intentes describírselo a una persona que nunca ha sufrido un trauma, no lo entenderá. Lo que te pasó tuvo que ser aterrador. Sé lo que es agitarse en sueños. Sé lo que son los sudores. Sé que parece como si estuviera pasando todo el rato, cada segundo de cada día.

Bajé la cabeza.

—¿Ha sido así desde los diez años?

—Ajá. Por eso no podía dejarte. Sé lo que es que te dé miedo volver a empezar.

—Ahora me siento idiota por mis actos... Egoísta. Has estado lidiando con esto toda tu vida, y nunca has sido fría. Nunca la tomaste con nadie. Me he portado como un mierda contigo, Magnetismo. Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Cada persona lidia con sus traumas de forma diferente. Solo porque yo reaccionara de un modo distinto no significa que tú tengas que reaccionar igual. Lo que te pasó fue traumático, y

entiendo perfectamente que tengas miedo a la música por lo que te ha pasado. Te sientes como si te hubieran engañado. Lo que realmente quieres no puedes tenerlo todavía. Pero llegarás a superarlo, Brooks. Encontrarás la manera.

—El otro día cogí la guitarra. Estaba en una esquina de la habitación, y la cogí por la costumbre, y entonces recordé que no puedo tocar. Así que, en vez de ponerme triste, me enfadé. Me emborraché para dejar de sentir el dolor. Pero cuando se me pasó la borrachera, el dolor seguía ahí.

—Te dolerá. Es doloroso, es duro, y duele muchísimo. Duele durante tanto tiempo que a veces crees que el dolor no se irá nunca. Pero esa es la parte bonita del dolor.

—¿El qué?

—La fuerza que encuentras para seguir adelante. Incluso las mañanas en que piensas que no vas a conseguirlo, al caer la noche te das cuenta de que has podido. Esa es mi parte favorita de la vida: que a pesar de todo, sigue avanzando.

—¿Cuál es la parte de la vida que menos te gusta? —pregunté.

Bajó la cabeza, pensativa, durante un minuto antes de mirar al cielo.

—Que a pesar de todo, sigue avanzando.

Apoyé la mano en el muelle y cuando sus dedos encontraron los míos, los entrelazamos y miramos el cielo de algodón de azúcar que estaba despertando.

—Lo siento. —Me aclaré la garganta, sintiéndome estúpido—. Siento haber sido tan frío y desagradable, Maggie. No te merecías nada de eso. Solo trataba de apartarte mientras me autodestruía. No quería que estuvieras cerca cuando ocurriera. El agua me llegaba al cuello, y estaba preparado para sumergirme. Pero entonces, tu voz me sacó a la superficie. Tu voz me salvó. Todavía estoy bastante roto, pero te hice una promesa. Te prometí que un día te enseñaría el mundo, y eso es lo que voy a hacer. No puedo asegurarte que no vaya a tener días malos, pero te prometo que lucharé por los buenos. Lucharé por ti, Magnetismo. Del mismo modo que tú luchaste por mí.

—Has estado a mi lado durante veinte años, Brooks. Creo que puedo soportar unos cuantos días malos. —Se echó a reír, y me enamoré del sonido—. Además, tú has visto mi oscuridad. Es justo que yo pueda ver la tuya también.

—Tu voz, Maggie... Creo que no entiendes el efecto que tiene en mí.

Se rio, y me enamoré todavía más de ella.

—Me preguntaba cómo sonaría. ¿Te gusta?

—¿Si me gusta? Me encanta.

—¿No es demasiado...? —Se revolvió y arrugó la nariz—. ¿Chillona? ¿O infantil? —Puso una voz grave antinatural—. Anoche practiqué delante del espejo mi voz seductora. ¿Te gusta?

No podía dejar de reír.

—Te gusta, ¿verdad? —dijo con voz grave; sonaba realmente extraña—. Te parece una voz sexy. Quieres follarme.

—Bueno, sí, pero podríamos prescindir de la voz. Suenas como si te hubieras fumado cincuenta paquetes de cigarrillos al día.

Se echó a reír y me dio un golpecito en el brazo. Reímos y hablamos como si comunicarnos sin pizarra fuera algo normal para los dos. No nos costaba ningún esfuerzo. La verdad era que si hubiera podido sentarme en silencio a escuchar su voz durante el resto de mi vida, habría sido feliz.

Se acercó más cuando empezó a salir el sol.

—¿Estás bien hoy, Brooks? —susurró, provocándome un escalofrío al hacerme la pregunta que yo había hecho casi cada día de su vida.

Le apreté la mano dos veces. Sí.

No volvimos a pronunciar palabra.

Cinco minutos antes de que se sentara en mi muelle, estaba completamente perdido.

Cinco minutos después de sentarme a su lado, empezaba a recordar el camino a casa.

Maggie seguía agitándose por las noches. No tanto como antes, pero aún tenía noches de oscuridad que la atrapaban. Una vez, mientras dormíamos juntos, me desperté al oír sus quejidos. Estaba susurrando algo para sí misma, con el cuerpo empapado en sudor. No la desperté porque sabía que no había nada peor que el hecho de que te sacaran de una pesadilla antes de estar preparado para salir de ella. Esperé a que volviera a mí.

Cuando lo hizo, abrió los ojos jadeando, y yo estaba allí para ofrecerle consuelo. Por un momento, se llevó las manos al cuello, pero inspiró y espiró profundamente varias veces para relajarse. Parecía que, al cabo de los años, había aprendido a manejar mejor sus ataques de pánico.

—Estás bien —prometí—. Estoy aquí.

Maggie se incorporó y se colocó el pelo detrás de las orejas.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de malo ha sido? —pregunté.

—Ocho.

La besé en la frente.

—¿Te he despertado? —preguntó.

—No.

Ella sonrió.

—Mentiroso. —Se movió bajo las sábanas y se llevó las rodillas al pecho, agitándose nerviosamente. Vi que parte de su mente todavía estaba viviendo la pesadilla.

—Dime qué necesitas —dije—. Dime qué puedo hacer.

—Abrázame —respondió, y cerró los ojos.

La acerqué a mí y la rodeé con los brazos. Apoyé la barbilla sobre su cabeza mientras la abrazaba.

Llevé los labios a su frente para darle un beso. Deslicé los labios hasta sus lágrimas, y las enjuagué suavemente con un beso. Luego mis labios viajaron hasta su boca mientras la observaba inhalar y exhalar. Cerré los ojos cuando mis labios rozaron los suyos. Ella rozó los míos. Su aliento se convirtió en el mío, y el mío en el suyo.

—Esta noche estás bien —prometí.

Y si no era así, lo sería por la mañana. En cualquier caso, no iba a alejarme de ella.

Apretó los labios contra los míos y los dedos contra mi pecho. Deslicé la lengua sobre su labio inferior y lo succioné suavemente.

—Yo también he tenido una pesadilla —dije—. Sentí que me ahogaba otra vez.

—¿Quieres hablar de ello? —susurró.

Cerré los ojos y vi el agua. La sentí. La sensación era tan real, tan fría, tan cercana. Entonces Maggie me besó en los labios y me recordó que no tenía que ahogarme solo.

—Sí —respondí.

—Dime qué sentiste —dijo con la voz llena de preocupación—. Dime qué sentiste en el agua.

—Pánico. Ocurrió tan rápido, pero en mi cabeza parecía avanzar a cámara lenta. Mi mente

daba vueltas mientras intentaba volver al barco —dije.

Posó los labios sobre la cicatriz de mi cuello y la besó suavemente antes de deslizarse hasta mi omóplato.

—Cuando la hélice me golpeó la primera vez, estaba seguro de que era el fin. Sabía que iba a morir. Suena muy dramático ahora...

Maggie me interrumpió.

—No tiene nada de dramático.

—Ahora tengo pesadillas y me siento como si estuviera ocurriendo otra vez. Siento el agua fría. Siento la hélice contra mi piel y me despierto esperando sangrar. —Extendí el brazo y miré mi mano herida.

Bajó con sus labios por mi brazo izquierdo, y me tensé cuando se acercó a mi mano.

—¿Qué sientes? —preguntó posando los labios en mi antebrazo.

—Todavía noto una especie de dolor de miembro fantasma. Siento como si alguien estuviera apretándome el dedo con fuerza mientras le acerca un soplete. Pero eso va y viene. Cuando tengo frío, la mano se me pone morada. Odio las cicatrices. Son un recuerdo constante de lo que pasó.

—Todo el mundo tiene cicatrices. Es solo que a algunas personas se les da mejor esconderlas.

Sonreí y le besé la frente.

—Sinceramente, creo que la ansiedad y los *flashbacks* son la peor parte.

Frunció el ceño.

—Sí, te entiendo. —Se incorporó y se mordió el labio inferior—. ¿Te parece bien que hable yo también de mis cicatrices?

—Claro.

La voz de Maggie sonaba asustadiza. Vi el miedo en sus ojos ante la idea de hablar de lo que pasó en el bosque años atrás. Sabía lo difícil que le iba a resultar, pero a pesar de su voz temblorosa, habló.

—Se llamaba Julia. A veces mi memoria intenta convencerme de que era Julie, pero no es así. Era Julia, claramente —dijo.

—¿Quién?

—La mujer que murió en el bosque.

Yo también me incorporé, más alerta.

—Se llamaba Julia, e iba a dejar a su marido.

Me contó todos los detalles de lo que ocurrió. Me explicó qué aspecto tenía él, me habló del color de pelo de Julia, su pánico, sus gritos. Recordó los olores, su tacto, su voz. Durante veinte años, Maggie había revivido su horror una y otra vez, sin llegar a olvidar nunca un solo detalle. Siguió hablando y empezó a temblar un poco, pero no se detuvo. Siguió contándome la historia del día que cambió su vida. Escuché, sintiéndome cada vez más enfadado y asustado, y triste por ella. No podía imaginar lo que era haber visto las cosas que vio siendo niña. No podía imaginar cómo sería presenciar un asesinato delante de mis ojos.

—Pensaba que yo también iba a morir, Brooks. Igual que tú pensaste que tu vida había llegado a su fin. Yo también lo sentí. Y podría haber sido así. Si te hubieras caído hacia delante, la hélice se habría llevado tu vida. Si no me hubiera escapado de aquel hombre, me hubiera matado.

—¿Cómo te libraste de él?

Pestañeó y le brillaron los ojos.

—Dijiste mi nombre, y eso le asustó. Me salvaste la vida.

—Bueno, entonces supongo que estamos empatados, porque tú también has salvado la mía.

Nos quedamos despiertos hasta el amanecer, hablando de los traumas, de todo el dolor y los miedos a los que ambos nos enfrentábamos. Aunque era difícil, los dos lo necesitábamos. Era liberador hablar de nuestros problemas. Muchas de las partes de esa noche fueron difíciles, y a veces teníamos que hacer una pausa de cinco minutos para recordarnos que teníamos que respirar. Pero lo agradecí todo: los momentos tranquilos y los dolorosos, también. Me sentía agradecido por su voluntad de permitirme desangrarme sobre ella. Me sentía agradecido porque ella se hubiera desangrado sobre mi alma.

—Bésame —ordenó.

Hice lo que me pedía.

Éramos dos almas rezando para ser rescatadas, pero con cada beso que nos dábamos, las aguas crecían. Me mordió el labio inferior, y yo gemí contra ella. Me rodeó la cintura con su cuerpo y yo la sostuve en mis brazos. Apretó las caderas contra mí con fuerza, como si intentara aferrarse a mí todavía más. Puse mi mano derecha en su pecho, y la sujeté para después deslizar la boca hasta su cuello, besándola, mordiéndola, necesiéndola. Hundió los dedos con fuerza en mi espalda, casi como si se aferrase a toda mi existencia.

Me soltó y me miró a los ojos. Esos ojos azules tan tristes y hermosos.

Dios, cómo odiaba la tristeza de sus ojos.

Dios, cómo adoraba la tristeza de su mirada.

Me recordaba que no estaba solo.

¿Ella también veía mi tristeza?

¿Podía saborear el dolor en mis labios?

—Túmbate —ordené.

Ella hizo lo que le pedí.

Me quitó los calzoncillos, y yo lancé su camiseta blanca de tirantes a un lado de la habitación. Mi lengua bailó sobre su pezón, y ella soltó un gemido. El sonido me hizo detenerme un segundo, pero cuando me agarró el pelo y bajó mi cabeza hacia su pecho, supe que necesitaba saborear cada centímetro de su cuerpo. Necesitaba engullir su existencia para que mi dolor desapareciera durante un rato.

Ahogándonos.

Nos estábamos ahogando. Nos ahogábamos en la tristeza, nos asfixiábamos de dolor. Cada vez que nos tocábamos, las olas rompían contra nosotros. Deslicé los dedos por el borde de sus braguitas y observé cómo bajaban por sus bonitos muslos. Besé su abdomen, y oí que volvía a gemir. Levanté la vista y la encontré mirándome. Sabía que quería cerrar los ojos, pero no podía. Tenía que mirarme, observarme.

¿Sí?, pregunté en mi mente, mirando sus ojos azules.

Ella asintió. Sí.

Bajé más la boca y le besé la cara interna del muslo izquierdo. Deslicé la lengua lentamente por la cara interna del muslo derecho. Luego me coloqué contra ella y me deslicé en su humedad, sintiendo la opresión de nuestros miedos con cada embestida, sintiendo cómo las aguas se alzaban por encima de nuestras cabezas. Nuestro barco se mecía contra la marea, rompiéndose cada vez más a medida que nos íbamos perdiendo.

Esa noche aprendí unas cuantas cosas de la vida. A veces la lluvia es más agradable que el sol. A veces el dolor es más gratificante que la cura. Y a veces, las piezas de un rompecabezas son más hermosas cuando se dispersan.

Hicimos el amor a oscuras. Fue sucio, brusco, era un lado de nosotros que no sabíamos que existía. Nos entregamos a la oscuridad esa noche, perdiéndonos, y de alguna forma, sintiéndonos más cerca de casa.

Al aproximarse el amanecer, nuestros besos se convirtieron en algo más. Con cada beso, cada embestida y cada gemido, las corrientes empezaron a descender. Maggie me miraba a los ojos cada vez que me adentraba más profundamente en ella. Me encantaba cómo me hacía sentir, me encantaba cómo susurraba, me encantaba cómo me quería. Me encantaba cómo la quería yo. Nos envolvimos hasta convertirnos en el ancla del otro, buscando el camino de vuelta a la orilla.

Cuando los rayos de sol atravesaron las cortinas y los pájaros empezaron a cantar, seguimos abrazándonos e hicimos el amor a plena luz del día.

Capítulo 38

Maggie

Cheryl: Ven a casa si puedes. Necesito tu ayuda.

Contemplé el mensaje de texto de mi hermana envuelta en una toalla después de salir de la ducha. Estaba muerta de sueño por haber trasnochado con Brooks. Hablar de lo que me había pasado había sido probablemente lo más difícil que había hecho nunca, pero también había sido lo mejor. Me sentía como si unas pocas de las cadenas de mi alma se hubieran soltado.

—Brooks —exclamé—. Creo que tenemos que irnos a casa.

No hubo respuesta.

Recorrí la casa, apretando la toalla contra mí, pero no lo encontré en ninguna parte. Cuando salí al porche, la luz del sol besó mi piel. Posé la mirada en el lago, y no solo lo vi, sino que lo oí. Brooks estaba sentado en medio del lago, cantando. Cantando bajo el sol.

Para cuando volví, ya me había vestido y había hecho las maletas.

—¿Va todo bien?

—Sí. Pero Cheryl me ha dicho que mis padres me necesitan allí. ¿Puedes llevarme a casa? —Hice una mueca—. Sé que quizá no estés preparado para volver, pero tengo que asegurarme de que todos estén bien.

—Claro. Iré a preparar mis maletas.

—¿Vas a volver conmigo?

—Acabo de recuperarte, Maggie May Riley, y no volveré a dejarte marchar nunca más —dijo acercándose y envolviéndome en sus brazos—. Además, tenía que haber devuelto ese barco hace semanas, así que estoy bastante seguro de que debo más dinero de lo que me gustaría saber.

Me eché a reír.

Cargamos el coche, enganchamos el remolque del barco en la parte trasera del coche y nos dirigimos a casa. Durante el camino de vuelta no escuchamos la radio. Sabía que Brooks no estaba preparado para adentrarse en nada relacionado con la música. Al igual que él había esperado a que yo encontrara mi voz, yo esperaba pacientemente a que él encontrara la suya. Y la encontraría; sabía que lo haría. Verlo cantar en el barco fue la mayor señal de ello para mí. Poco a poco, estaba encontrando el camino de vuelta a casa.

—Creo que te esperaré aquí —dijo Brooks al aparcar delante de nuestra casa—. No quiero intervenir.

Me incliné para besarle en la mejilla.

—¿Estás seguro?

—Sí. Tú ve a ayudar a tu madre. Estaré aquí.

Asentí y le dije que no tardaría mucho. En cuanto saqué el pie del coche, Cheryl vino corriendo hacia mí.

—¡Ay Dios! ¿Por qué has tardado tanto? ¡Te escribí como hace cuatro horas! —protestó.

Me eché a reír mientras mi hermana avanzaba hacia mí.

—Se tardan cuatro horas en venir desde la cabaña.

—Ya losé, pero eso no significa que... —Hizo una pausa y se llevó las manos al pecho—.

Perdona. Espera. Frena el carro. ¿Acabas de...? —Cruzó los brazos, los descruzó, se los llevó a las caderas, y luego volvió a cruzarlos—. ¿Acabas de hablar?

Asentí.

—Sí, es una cosa nueva que estoy probando.

—Dios mío. —Se llevó las manos a la boca. Empezó a llorar y me dio un puñetazo en el hombro—. ¡Caramba, mi hermana habla! —gritó cogiéndome las manos y haciéndome girar en círculos antes de abrazarme—. Ay Dios mío, mamá va a flipar. Es perfecto. Necesita algo que le levante el ánimo.

—¿Qué le pasa?

—Ah, ya sabes, llora cada noche y come helado como si fuera el único grupo alimenticio que conociera la humanidad.

—¿Lo echa tanto de menos?

—Más de lo que crees. Además, papá también está hecho un desastre. Por primera vez en mucho tiempo, tú y yo no somos las más problemáticas de la familia. —Me guiñó un ojo y se echó a llorar otra vez—. Maggie. Estás hablando.

Nos quedamos en el jardín delantero abrazándonos un poco más antes de que nos separáramos y ella mirase a Brooks.

—Hola, desconocido. ¿Eres tú el responsable de que mi hermana hable?

Él gritó a través de la ventanilla bajada del coche.

—Culpable. Se cabreó un poco y explotó.

Cheryl se rio.

—Gracias por cabrear a mi hermana, Brooks.

—Todas las veces que quieras, Cheryl. Todas las veces que quieras.

Cuando entramos en la casa, mamá estaba sentada en el sofá de la sala de estar, viendo la tele.

—Maggie May —dijo mamá, sorprendida. Se levantó y vino hasta mí para abrazarme. Tenía el pelo revuelto, y habría jurado que tenía chocolate en la barbilla—. Te he echado de menos.

—Yo a ti también, mamá.

Retrocedió tambaleándose al oír mi voz. Le dirigí una pequeña sonrisa.

—Lo sé. Hoy parece que todo el mundo reacciona así.

—No. Qué. ¿Cómo? ¿Qué? —Empezó a hiperventilar—. Dios mío, Maggie May. —Me abrazó, y no me soltaba—. No lo entiendo —dijo, estupefacta—. ¿Qué ha cambiado?

—El tiempo.

—Dios mío. —Le temblaban las manos—. Tenemos que decírselo a Eric. Tenemos que llamarlo. Tiene que venir. Ay Dios. Tiene que venir a verlo. —Empezó a dar vueltas por la casa—. No puedo creer que se esté perdiendo esto.

—Deberíamos darle una sorpresa —sugirió Cheryl—. Podríamos invitarlo a cenar. —Cheryl me guiñó un ojo. Estaba matando dos pájaros de un tiro. Papá escucharía mi voz, y nuestros padres volverían a estar juntos bajo el mismo techo.

—Eso es... —Mamá entrecerró los ojos—. ¡La verdad es que es una idea estupenda! ¡Pediré comida china! ¡Cheryl! Llama a tu padre y dile que venga porque tienes que darle una buena noticia.

—¡Hecho! —dijo Cheryl y salió corriendo a toda prisa para ir a buscar el móvil.

—Y, Maggie, dile a Brooks que entre. No debería estar tanto tiempo sentado en el coche. Además... —Se acercó a mí y colocó las manos sobre mis mejillas. Un suspiro pesado escapó de sus labios—. Tienes una voz muy, muy bonita. Siempre la has tenido, y siento haber pasado tanto

tiempo sin escucharla. —Me besó la frente antes de alejarse a toda prisa para poner la mesa.

Cuando llegó papá, parecía confuso al vernos a Brooks y a mí allí, pero se alegró. Nos sentamos todos a cenar. Mamá estaba demasiado nerviosa como para mirar a papá, y él apenas la miraba a ella. Cheryl era quien más hablaba, algo que se le daba bien.

—Maggie May, ¿puedes pasarme los rollitos de primavera? —preguntó papá.

Mamá me miró y asintió. Me aclaré la garganta, cogí los rollitos, y se los ofrecí.

—Toma, papá.

—Gracias cari... —Hizo una pausa. Levantó la vista para mirarme a los ojos, y su tono se llenó de incredulidad—. No.

Asentí y di dos golpecitos en la mesa.

—Sí.

—Ay... Dios... —Se llevó las manos al pecho y empezaron a caer las lágrimas. Se quitó las gafas y se tapó la boca con las manos. A medida que caían sus lágrimas, empezaron a caer también por las mejillas de mamá. Papá se levantó y yo lo imité. Se acercó a mí y me colocó el pelo detrás de las orejas. Puso las manos sobre mis mejillas, del mismo modo en que lo había hecho mamá—. Di algo más. —Se rio nerviosamente—. *Lo que sea*. Di lo que sea, dilo todo, di la palabra nada. Lo que sea. Di algo más.

Le rodeé la cara con las manos, sosteniéndola como él sostenía la mía, y susurré las palabras que siempre había deseado decir al primer hombre que me quiso con toda su alma.

—El mundo sigue girando porque existen tus latidos.

Mi familia se quedó hablando hasta tarde esa noche, riendo, llorando y haciéndome pronunciar cada palabra del diccionario. Hicimos una sesión de Skype con Calvin, que estaba en Nueva York por trabajo, y cuando vio a Brooks sonreír y me vio hablar a mí, él también empezó a llorar. Hubo momentos especiales aquella noche en que mamá y papá se rieron al mismo tiempo y se derrumbaron a la vez, pero no se hablaron. Aunque notaba el temblor en sus labios, las miradas robadas, el amor que aún residía en sus corazones.

—Bueno —dijo papá cerca de la una de la mañana—. Debería irme.

Se levantó y miré a mamá, suplicándole en silencio que dijera algo, pero no habló. Vio que el amor de su vida se iba otra vez.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté—. ¡Tienes que ir a por él!

—¿Qué? No. Estamos separados. Los dos estamos exactamente donde queremos estar —dijo mamá.

—¡Mentira! —gritó Cheryl—. ¡Mentira! ¿Cuándo fue la última vez que te duchaste, mamá?

Mamá reflexionó sobre la última ducha.

—¡Yo me ducho! —dijo.

—Sí —bufó Cheryl—. Sí, te das una ducha de Ben and Jerry's.

—Pero vuestro padre es feliz. Parece feliz.

Le lancé una mirada de complicidad. Claro que no era feliz. Parte de su corazón aún latía dentro del pecho de mamá. ¿Cómo puede ser alguien feliz cuando le falta un trozo de su alma?

—Deberías llamarlo.

Se le humedecieron los ojos y me dirigió una sonrisa tirante.

—Ay, no. No, no podría. No... —Le tembló la voz y se colocó las manos en las caderas—. Ni siquiera sabría qué decir.

—¿Le echas de menos?

Empezó a llorar. Las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Más de lo que puedo expresar con palabras.

—Entonces díselo.

—No sé cómo. No sé qué decir ni cómo decirlo.

Me acerqué a ella y le enjuagué las lágrimas.

—Vamos. Brooks nos llevará al piso de papá. Te ayudaré a encontrar las palabras por el camino. Puedes sentarte delante.

Empezó a temblar, y le di un fuerte abrazo, apretándola contra mí. Al acercarnos al vestíbulo, mamá se quedó petrificada.

—No puedo.

—Sí puedes. Esto es lo que vamos a hacer. Vamos a salir por la puerta principal, hacia el coche. Cuando esas preocupaciones y dudas aparezcan en tu mente, vas a seguir andando, ¿vale? Incluso cuando estés asustada, tú sigue caminando. Cuando las dudas suenen más fuerte, corre. Corre, mamá. Corre hasta que estés de vuelta en sus brazos.

—¿Por qué me estás ayudando? Maggie May, he sido espantosa contigo. Durante todos esos años te he impedido vivir tu vida. ¿Por qué me ayudas tanto? ¿Por qué eres tan indulgente?

Me mordí el labio inferior.

—Cuando era más joven, una mujer siempre me decía que en la familia nos cuidamos unos a otros pase lo que pase, incluso en los días difíciles. *Sobre todo* en los días difíciles.

Inhaló profundamente.

—¿Estás asustada? —pregunté.

—Sí.

—Vale —asentí—. Pues vamos.

Cuando llegamos al coche, Brooks ayudó a mamá a colocarse en el asiento del copiloto y ella dejó escapar un suspiro.

—Gracias por llevarme, Brooks —dijo mamá dirigiéndole una pequeña sonrisa.

—Cuando quiera. —Brooks sonrió y cogió a mamá de la mano—. ¿Está bien hoy, señora Riley?

Ella le apretó la mano dos veces.

Fue una respuesta silenciosa, pero cargada de significado.

Sí.

De camino al piso de papá, saqué mi pizarra y empecé a escribir. Cuando Brooks aparcó, salí del coche con la pizarra en la mano y mamá me siguió.

—Espera, Maggie. No me has dicho qué debo decirle. —Le temblaba el cuerpo de los nervios, del pánico, de la preocupación de que, de algún modo, el hombre al que amaba ya no la quisiera—. No sé qué hacer.

Le mostré la pizarra. Cuando leyó lo que había escrito, dejó de temblar. Una oleada de paz la invadió. Inhaló un poco de aire y lo soltó aliviada.

—Vale —dijo—. Vale.

Se dirigió a la entrada, pulsó el número del piso de papá, y esperó a que bajase. Me coloqué en el asiento del copiloto del coche y cerré la puerta. Brooks se inclinó hacia delante para observar la

interacción entre mis padres. Cuando papá abrió la puerta, lo vi: el amor que viene sin instrucciones.

Se puso las gafas en la cabeza y no dijo ni una palabra. Mamá tampoco. Cuando llegó el momento, le dio la vuelta a la pizarra para que la viera, y papá se llevó el puño a la boca, con los ojos humedecidos. Empezó a derramar lágrimas y abrazó a mamá con fuerza. Al caer la pizarra al suelo, se abrazaron aún más fuerte. Sus cuerpos se convirtieron en uno solo. Entonces se besaron. Fue un beso caótico, y divertido, y triste, y entero. Tan, tan entero.

Si los besos eran capaces de arreglar los pedazos rotos de los corazones, estaba segura de que los corazones de mis padres estaban recomponiéndose lentamente.

—Vaya —susurró Brooks.

Sí, vaya.

—Creo que podemos irnos ahora —dije.

Al poner el coche en marcha, preguntó:

—¿Qué ponía en la pizarra?

Miré una vez más a mis padres, que todavía estaban abrazados y meciéndose. Abrí la boca y sonreí al contemplar su amor.

—Baila conmigo.

Volvimos a casa para informar a Cheryl de lo que había pasado y suspiró de alivio.

—Bien. Bien. —Me dio las gracias por venir a ayudar.

Brooks y yo fuimos a mi habitación y nos tumbamos en la cama, con los pies colgando por el borde.

—Se quieren de verdad —dijo Brooks mirando al techo—. Después de todo lo que han pasado, siguen manteniendo ese amor.

—Sí. Es precioso.

—¿Maggie May?

—¿Sí?

—¿Crees que podríamos escuchar un poco de música?

Era una pregunta sencilla, pero el significado que había detrás era gigantesco.

—Sí, claro.

Se levantó, cogió los auriculares de mi escritorio y los enchufó a su iPhone.

—¿Qué quieres oír? —preguntó al tumbarse.

—Lo que sea. Todo. —Lo puso en modo aleatorio y escuchamos toda clase de sonidos durante una hora.

—Hoy he cantado —dijo—. Ahí fuera en el lago. He salido para cantar esta mañana.

—¿Ah sí? —dije. Soné sorprendida.

—Sí. A ver, tengo que trabajar mucho, pero creo que mi voz se recuperará. Quizá al grupo le parezca bien que yo solo cante.

—Claro que les parecerá bien, Brooks. ¿Te has fijado en la reacción de Calvin cuando te ha visto antes? Solo quieren que vuelvas. Y no me refiero a la música; me refiero a volver a ellos. Son tus mejores amigos. Solo quieren que estés bien. Deberías llamarlos.

Asintió.

—Lo haré. Simplemente estoy preocupado por los fans, ¿sabes? Muchos se han creído los rumores. Creen que soy un vago.

—Brooks, venga ya. Cualquiera que te conozca y vea cómo eres de verdad sabe que esos rumores no son ciertos. Por cada comentario negativo, hay mil positivos que solo te desean que te recuperes y vuelvas con ellos. Créeme. Yo también he estado leyendo los comentarios.

Sonrió y me besó.

—Gracias.

—Me alegro de que hayas cantado hoy.

—Sí, ha sido difícil sin la guitarra. Creo que cuando vuelva con los chicos y ellos toquen en mi lugar, me las apañaré mejor.

Me incorporé y sacudí la cabeza.

—¡No tienes que esperar! ¡Puedo hacerlo yo! —Corrí a coger la guitarra que estaba en una esquina—. No he dejado de tocar desde que me enseñasteis.

Tocamos la guitarra hasta que empezó a salir el sol de la mañana, y él cantó lo mejor que pudo, lo cual siempre era suficiente. Cuando fue evidente que ninguno de los dos podía seguir manteniendo los ojos abiertos, dejamos la guitarra y nos tumbamos en la cama. Apoyé la cabeza en su pecho, y él me abrazó con fuerza.

—Te quiero —susurró mientras yo empezaba a quedarme dormida—. Te quiero mucho, mucho. No había nada más especial que poder responderle con las mismas palabras.

Capítulo 39

Maggie

A la mañana siguiente, Brooks y yo fuimos en coche a devolver el barco que había alquilado. Estábamos jugando al juego de adivinar cuánto dinero debería pagar por entregarlo con retraso. Nuestra estimación actual era: un montonazo.

—Oye, estaba pensando. Seguramente pronto tendré que empezar las clases de canto y dar los pasos necesarios para recuperarme. Quizá eso implique que tenga que ir a Los Ángeles una temporada. Para ver a los chicos, para empezar a trabajar en volver a darle forma a mi carrera. Sé que tienes clases y...

—Es todo a distancia —le interrumpí—. Puedo hacerlo desde cualquier sitio, y si es necesario, puedo coger un avión para volver a casa en cualquier momento.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó, sorprendido.

Le cogí de la mano y la apreté dos veces. Él soltó un suspiro de alivio.

—Eso me hace feliz. Es más fácil contigo, ¿sabes? Todo es más fácil.

Aparcamos delante de la tienda James' Boat Shop y no pude evitar sonreír al perro viejo que ladraba en el porche. Al subir los escalones, me acerqué a él y le acaricié detrás de la oreja. Él dejó de gimotear. *Buen chico*.

—He estado aquí varias veces y nunca lo había visto tan callado —bromeó Brooks.

Cuando entramos en la tienda, nos saludó un hombre que parecía tener nuestra edad, tal vez treinta y pico.

—Hola, Brooks. Me alegro de verte otra vez —dijo el tipo acercándose a Brooks para darle unas palmaditas en la espalda—. Pero creo que a ti no te conozco. —Me tendió la mano—. Soy Michael. Soy el dueño de este sitio junto con mi padre.

Le estreché la mano.

—Encantada de conocerte. Soy Maggie.

—Mi padre ha dicho que si queréis, podéis dar una vuelta por el muelle y mirar algunos barcos. Ahora está al teléfono pero acabará enseguida. Dice que se reunirá con vosotros atrás si os parece bien.

—Claro, está bien. Gracias, Michael —dijo Brooks.

Brooks me cogió de la mano y fuimos a la parte trasera a esperar en el muelle mientras observábamos los barcos.

—¿Te hace sentir mal? —pregunté—. ¿Estar tan cerca de los barcos? ¿Quieres que esperemos en la parte delantera de la tienda?

Él negó con la cabeza.

—No. Solo me siento mal cuando estoy soñando. Ahora estoy bien.

—Vale. —Miré nuestras manos y sonreí—. Es raro, ¿eh? Estamos en la calle, cogidos de la mano. Estamos en la calle juntos.

Tiró de mí hacia él y frotó su nariz contra la mía.

—Es genial, ¿verdad?

Era aún más genial de lo que se imaginaba. Había soñado con ese día durante mucho tiempo.

La puerta de la tienda se abrió de repente y un hombre mayor salió fumándose un cigarrillo. El perro que estaba delante de la tienda empezó a ladrar otra vez.

—¡Por Dios, cállate, Wilson! ¡Shh! ¡Shh! Maldito perro.

Se me tensó el cuerpo. Brooks me miró entrecerrando los ojos.

—¿Estás bien?

Shh... Shh...

Asentí con la cabeza.

—Sí, estoy bien. Perdona. A veces tengo *flashes*.

Arrugó la frente y frunció el ceño mientras me observaba. Le dirigí una sonrisa tirante.

—Estoy bien. De verdad.

—Vale —dijo con cautela.

El hombre empezó a avanzar en nuestra dirección y yo rodeé con un brazo la cintura de Brooks para atraerlo hacia mí.

Cuanto más se acercaba, más se me tensaba el estómago. Se detuvo a medio camino y apagó el cigarrillo de un pisotón. Entonces nos saludó con la mano.

—Hola, perdonad por la espera. Una llamada larga, ya sabéis, los negocios y eso. ¿Qué os parece si entráis los dos conmigo y hacemos el papeleo en mi despacho?

Avanzamos hacia él y cuando lo alcanzamos, me tendió la mano.

—Hola, soy James. Encantado de conocerte.

Le estreché la mano y el olor a tabaco danzó debajo de mi nariz. Una sensación perturbadora se apoderó de mi estómago. Nos guio hasta su despacho y cerró la puerta detrás de él. Wilson seguía ladrando, y James volvió a gritar.

—¡Shh, Wilson! ¡Calla! —Se masajeó la sien y pidió disculpas—. Después de tantos años, ese perro sigue sin callarse. En fin. —Se dejó caer en la silla y esbozó una sonrisa—. Ojalá pudiéramos vernos en mejores condiciones. Siento lo de tu accidente. Es una desgracia cuando ocurren estos extraños accidentes.

Se subió las mangas, fijé la vista en su antebrazo y observé los tatuajes.

El aire del despacho era cada vez más denso y habría jurado que las paredes se movían hacia mí. Extendió el brazo para coger dos trozos de regaliz.

Mi mente empezó a dar vueltas cada vez más rápido. Sentí cómo me agarraba. Sentí sus manos alrededor de mi cuello, sus labios contra mis orejas, su cuerpo encima del mío.

Eché la silla hacia atrás y me levanté tambaleándome.

—No —murmuré, apartándome de su escritorio—. No...

James me miró entrecerrando los ojos.

—Eh... ¿estás bien? —Miró a Brooks—. ¿Está bien?

Brooks se levantó y se acercó a mí.

—Maggie, ¿qué pasa?

Cuanto más se acercaba, más me temblaba el cuerpo. Cerré los ojos, sacudiendo la cabeza. *No. No.*

No solo podía verlo, sino que también lo sentía. Sentí su cara contra mi cara, su piel contra mi piel, sus labios contra...

—Maggie, no pasa nada —dijo Brooks en un tono suave—. Solo estás teniendo un ataque de pánico. No pasa nada, todo va bien.

—¡No! —grité, abriendo los ojos de par en par—. No, no estoy bien. No estoy bien. No...

Tenía frío. Tenía náuseas. Iba a vomitar. Sabía que iba a vomitar.

En unos segundos, mi pasado y mi presente colisionaron. Parpadeé.

Había un hombre con alguien más. Una mujer. Ella no dejaba de decir que no, le decía que no podía seguir con él, y a él no le gustaba eso. «Tenemos una vida juntos, Julia. Tenemos una familia.»

Volví a parpadear.

Brooks se acercó más a mí, con los ojos llenos de preocupación.

—Maggie, habla conmigo. —James se levantó de la silla y se pasó los dedos por el pelo antes de acercarse a mí.

Parpadeo.

Empezó a gritarle y se le quebró la voz. «¡Maldita puta!», gritó, dándole un fuerte bofetón en la cara. Ella trastabilló y gimoteó, se llevó la mano a la mejilla. «Te lo he dado todo. Teníamos una vida juntos. Me hice cargo del negocio. Estábamos remontándolo. ¿Y qué pasa con nuestro hijo? ¿Qué pasa con nuestra familia?»

Parpadeo.

Wilson empezó a ladrar y James gritó para mandarlo callar.

—¡Michael! ¡Dile a ese maldito perro que se calle! —Volvió a mirarme. No apartaba los ojos de mí.

—No me mires —susurré.

Parpadeo.

Junté las manos y mi mente empezó a dar vueltas. Retrocedí con torpeza, rompiendo todas las ramas que había detrás de mí. Mi espalda chocó contra el tronco del árbol más cercano mientras los ojos marrón chocolate del demonio recorrían mi cuerpo.

Parpadeo.

Michael entró en el despacho. Entrecerró los ojos al verme. Parecía confuso. Todo el mundo estaba confuso. Todo el mundo gritaba. Todos alzaban la voz por encima de los demás, intentando entender qué me pasaba. Yo no sabía qué me pasaba.

—Está sudando un montón. Va a desmayarse.

Se me cerró la garganta. Me estaba ahogando. El demonio estaba a pocos centímetros de mí y sentía sus manos alrededor de mi cuello.

Parpadeo.

Me agarró del cuello con una mano, me costaba respirar. Lloraba. Lloraba mucho. Lloraba y se disculpaba. Me pedía perdón por hacerme daño, por presionar con unos cuantos dedos el lateral de mi cuello, provocando que cada vez me costase más trabajo seguir respirando. Me dijo que la quería, que el amor le había hecho eso tanto a él como a ella. Juró que nunca le había hecho daño. Prometió que nunca le haría daño a la mujer que había matado.

Parpadeo.

James colocó una mano sobre mi piel, y yo le di un empujón.

—¡No! —Retrocedí hasta darme con la pared de la esquina del despacho—. No me toques. —Me llevé las manos a las orejas, y me dejé caer deslizándome por la pared—. ¡Lo hiciste tú! ¡Lo hiciste tú! —Gritaba y me ardía la garganta. El corazón me latía con fuerza dentro de la caja torácica—. ¡Lo hiciste tú!

Parpadeo.

«No tenías que estar aquí, pero ahora estás aquí», dijo inclinando la cabeza sobre mí. «Lo siento. Lo siento». Oía a tabaco y regaliz, y en el antebrazo llevaba un tatuaje grande de dos manos rezando con el nombre de una persona debajo. «¿Cómo has llegado hasta aquí?», preguntó.

Shh...

Shh...

Me sentía sucia.

Me sentía utilizada.

Me sentía atrapada.

¿Lo había visto Brooks? ¿Había visto los tatuajes? ¿Había olido el tabaco? ¿Se había fijado en el regaliz?

Parpadeo.

Cerré los ojos. No quería sentir. No quería existir. No quería volver a parpadear. Mantuve los ojos cerrados. No quería ver, pero veía. Lo veía a él. Lo sentía. Seguía siendo una parte de mí.

Todo se volvió más oscuro.

Todo se convirtió en sombras.

Todo se volvió negro.

Entonces, grité.

—¡Tú la mataste! ¡Tú la mataste! ¡Mataste a Julia!

Capítulo 40

Brooks

El espacio se llenó de silencio. Maggie temblaba en un rincón y no dejaba de llorar. Michael miraba a su padre, y los ojos de James estaban fijos en Maggie.

—¿Qué has dicho? —preguntó Michael, confundido.

Maggie se apretaba las manos con fuerza contra las orejas y casi sentía su miedo. Abrió la boca para decir algo, pero no salió ningún sonido.

—Oye, no sé qué está pasando, pero es mejor que os vayáis los dos —dijo James con un suspiro pesado.

Se acercó a Maggie y le cogió del brazo para levantarla.

Ella empezó a temblar más y se hizo un ovillo.

—¡No! Por favor, no —gritó.

Me acerqué rápidamente y lo aparté de ella.

—Atrás, por favor.

—¿Qué está pasando? —preguntó Michael con el ceño fruncido—. ¿Qué le pasa? ¿Llamo para pedir ayuda?

—No —dijo James—. Creo que es mejor que se vayan sin más. Es evidente que está sufriendo alguna especie de colapso nervioso.

—No es un colapso nervioso —repliqué—. Es solo... —Guardé silencio y miré a Maggie—. Maggie, ¿qué pasa?

—Él la mató —dijo—. Es el hombre del bosque.

Me volví hacia James y durante un segundo vi el miedo en sus ojos.

—Se ahogó en Harper Creek. La vi. Te vi ahogándola —gritó Maggie.

—No sabes de qué demonios hablas, pequeña, así que es mejor que dejes de hablar.

—Mataste a tu mujer —dijo Maggie, incorporándose—. Te vi. Yo estaba allí.

—¿Papá? —susurró Michael con la voz temblorosa—. ¿De qué está hablando?

—Ni idea. Obviamente está delirando. Debería verla un médico. Lo siento, Brooks, pero necesito que os vayáis. No sé qué ha desatado su pánico, pero tienes que conseguirle ayuda. Cancelaré el pago por el barco y todo. Pero tú consíguele ayuda.

—Di la verdad —dijo Maggie, creciéndose más a cada segundo—. Di la verdad. Cuéntale lo que hiciste.

James fue hasta su escritorio y se sentó en la silla. Descolgó el teléfono y lo meció en el aire.

—Ya está. Voy a llamar a la policía. Esto se te está yendo de las manos.

Maggie no dijo nada. Se cruzó de brazos y, aunque estaba temblando, no se derrumbó.

—Vale. Llámalos. Si no hiciste lo que sé que hiciste, marca el 911.

A James empezó a temblarle la mano y Michael abrió los ojos horrorizado.

—Papá. Llámalos. Marca el número.

James dejó lentamente el teléfono en el escritorio. Michael estuvo a punto de tener un colapso.

—No. No...

James miró a Maggie, derrotado, asombrado.

—¿Cómo? ¿Cómo lo supiste?

—Yo era la niña que lo vio todo.

—Dios mío. —James empezó a sollozar. Se cubrió los ojos con las palmas de las manos—. Fue un accidente. Todo fue un accidente. No pretendía...

—No. —Michael negaba con la cabeza—. No. Mamá nos dejó, ¿te acuerdas? Se fugó con otro. ¡Eso fue lo que me contaste! Me juraste que eso era lo que había pasado.

—Así fue. Bueno, así iba a ser. Iba a abandonarnos, Michael. Sabía que iba a abandonarnos. Encontré unas llamadas de un tipo en su móvil, y ella no le dio ninguna importancia. Discutimos y ella se fue al bosque hecha una fiera. Dios mío, no quería hacerlo. Tienes que creerme. —Se levantó y corrió hasta su hijo—. Michael, tienes que creerme. La quería. Joder, la quería mucho.

Me coloqué delante de Maggie porque no sabía lo que James podría hacer. Parecía enloquecido por el modo en que se movía de un lado a otro y se pasaba las manos por el pelo. Fue rápidamente a su escritorio, abrió los cajones y sacó unos papeles.

—Papá, ¿qué haces? —preguntó Michael, estupefacto.

—Tenemos que irnos, Michael. Tenemos que perdernos por un tiempo. Tú y yo, ¿vale? Siempre hemos sido tú y yo. Podemos volver a empezar. Cometí un error, pero he cargado con la culpa. He vivido cada día con la culpa de lo que he hecho. Ahora tenemos que irnos.

—Papá, cálmate.

—¡No! —James tenía la cara roja. No dejaba de mover los hombros y de exhalar—. Tenemos que irnos, Michael. Tenemos que... —Se quedó sin palabras y empezó a sollozar de forma incontrolable—. La tenía, Michael. La tenía entre mis brazos. No quería....

Michael se acercó a su padre con las manos en alto.

—Vale, papá. Ven aquí, ven aquí. Nos iremos. Nos iremos. —Envolvió a su padre con los brazos y lo atrajo hacia sí—. Estás bien, papá. Estás bien.

James siguió llorando sobre la camiseta de su hijo mientras decía palabras ininteligibles.

Cuando Michael me miró, hizo un gesto hacia el teléfono del escritorio y murmuró: «*Llama a la policía*».

Cuando James se dio cuenta de lo que estaba pasando, era demasiado tarde. Su hijo lo tenía bien agarrado y no iba a dejar que se moviera. Llegó la policía, y después de explicar la situación, detuvieron a James. Durante todo ese tiempo, Maggie permaneció muy erguida. Habló con la policía con fuerza y entereza. En ningún momento tartamudeó, y apenas le tembló la voz.

Cuando el coche de policía se alejó con James en el interior, un suspiro pesado abandonó su cuerpo.

—¿Se ha ido? —me preguntó.

—Sí. Se ha ido.

Estuvo a punto de caerse al suelo, pero la cogí. La sostuve mientras lloraba sin parar, pero sabía que sus lágrimas ya no eran de miedo.

Eran las lágrimas de la libertad.

Después de aquello, la policía envió un equipo de búsqueda a Harper Creek. Tardaron cinco días en encontrar el cuerpo de Julia. El descubrimiento afectó a mucha gente: a todo el condado de Harper. La familia de Maggie lidió con la revelación de lo que había ocurrido lo mejor que pudo, lo cual implicaba apoyarse unos a otros durante el proceso. No estaba muy preocupado por ellos; saldrían a flote fortalecidos por los días oscuros que habían vivido.

Pero la persona por la que me sentía peor era el hijo que creía que su madre lo había abandonado. El hijo que había vivido una vida con un padre que, en un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en un monstruo. Michael tenía un largo camino que recorrer, y no estaba seguro de cómo iba a enfrentarse a las verdades que se habían revelado ante sus ojos.

Recé para que encontrase la paz en el ojo del huracán.

Capítulo 41

Maggie

Tenía que ir al juicio, pero era incapaz de dar un paso.

Llevaba un vestido negro de encaje y unos zapatos planos amarillos, y me había rizado el pelo y las pestañas con la ayuda de Cheryl.

—Tienes que estar presentable en el juicio, Maggie. Siempre hay cámaras, sobre todo cuando sales del edificio. Con una historia tan grande como esta, habrá periodistas —me explicó mientras me rizaba el pelo.

Una vez estuve lista para las cámaras, me acerqué a mi espejo de cuerpo entero y me quedé mirando el reflejo. Todos estaban preocupados por mí después de lo ocurrido en la tienda de James. Pensaban que volvería a mi miedo, a mi silencio, lo cual era verdad en cierto modo. No había hablado mucho desde que detuvieron a James. No había dicho una palabra sobre lo que presencié en el bosque, pero ellos sabían que tenía que haber sido horrible ver morir a una mujer y pensar que tú serías la siguiente.

Cuando me llamaron para pedirme que testificara contra James, accedí rápidamente. Sabía lo importante que era mi visión de la historia. Sabía lo importante que era hablar al fin, no solo por mí misma, sino por Julia. Por Michael.

Estaba lista. Estaba preparada para ir al juzgado. Solo había un pequeño problema: era incapaz de mover los pies.

Brooks se asomó a mi puerta. Llevaba un traje azul marino con una corbata celeste a cuadros. Su pequeña sonrisa me hizo sonreír. No dijo nada, pero sabía lo que estaba pensando.

—Estoy bien —susurré, y seguí alisándome el vestido.

—Mentirosa —dijo, acercándose. Se colocó detrás de mí y me rodeó con sus brazos. Nos miramos en el espejo. Brooks apoyó la barbilla en mi hombro—. Dime qué es. ¿Qué está pasando por esa cabeza?

—Es que... hoy tengo que sentarme delante de él. Tengo que sentarme sabiendo lo que hizo ese hombre y hacer lo posible por no reaccionar. Cuando lo vi el otro día, todo ocurrió tan rápido... Fue un destello, pero ahora tengo que enfrentarme a él de verdad. Fue él quien marcó mi destino; fue él quien me robó la voz. ¿Cómo puedo enfrentarme a eso? ¿Cómo puedo colocarme delante del hombre que me robó la voz hace tantos años, y cómo le pido que me la devuelva?

—No se la pides —dijo Brooks—. La tomas. Recuperas lo que te robó sin permiso. Sin culpa. Es tuya. La única manera de recuperarla es contando tu historia. Tienes una voz, Maggie May. Siempre la has tenido. Solo que ahora le toca escucharla al resto del mundo.

—¿Podemos escuchar una canción? —pregunté, nerviosa.

—Siempre. —Sacó el teléfono, cogió unos auriculares y me ofreció uno—. ¿Qué quieres oír?

—Pon algo que me ahogue —susurré.

Y me puso nuestra canción.

Conté mi historia. Cada fragmento, cada centímetro, cada cicatriz. Mi familia estaba sentada en el

juzgado, escuchando. Mamá lloraba y papá le enjugaba las lágrimas. Cheryl y Calvin no apartaron la vista de mí ni un segundo. No estaba segura de si habría podido hablar tan alto sin contar con su apoyo silencioso.

Cuando acabé, me reuní con mi familia en el vestíbulo, y me dijeron lo fuerte que había sido después de pasar por todo lo que había pasado. Las puertas del juzgado se abrieron unos minutos después y Michael salió. Le pesaban los ojos, y pude verlo: el peso del mundo sobre sus hombros. Vino en mi dirección y me dedicó una sonrisa que se transformó en un ceño fruncido en cuestión de segundos. Tenía las manos metidas en los bolsillos de los pantalones.

—Hola, perdona. Sé que quizá no debería hablar contigo, pero solo quería decirte que lo que acabas de hacer ha sido muy valiente. No puedo imaginar ni por asomo por lo que has pasado a lo largo de tu vida. Siento mucho lo que te pasó.

—No tienes por qué sentirlo. Tú no eres culpable de los errores de tu padre —dije.

Él asintió.

—Lo sé, lo sé. Pero aun así... Te robaron la vida. Y mi madre... —Soltó una risita nerviosa—. Pensaba que nos había abandonado. Me he pasado toda la vida confundido, odiándola, porque cada recuerdo que tenía de ella estaba lleno de amor. No entendía cómo podía habernos abandonado.

—Si hubiera tenido la oportunidad, nunca se habría apartado de tu lado —intervino mamá—. Créeme, lo sé bien.

Michael le dio las gracias a mamá y se alejó, pero lo llamé.

—No sufrió —mentí—. Fue rápido e indoloro. Acabó en cuestión de segundos. Tu madre no sufrió.

Sus hombros parecieron liberarse un poco del peso al decirle esto.

—Gracias, Maggie. Gracias por decírmelo.

Después de pasar años sin hablar, comprendía la importancia de las palabras. Tenían el poder de hacer daño a las personas, pero también tenían el poder de sanar si se usaban correctamente. Durante el resto de mi vida, haría lo posible por usar mis palabras con cuidado.

Tenían el poder de cambiar vidas.

Al día siguiente fui a casa de la señora Boone con té y sándwiches de pavo. Puso los ojos en blanco cuando llegó a la puerta y entonces me invitó a entrar para comer.

—Te vi en las noticias ayer —dijo la señora Boone—. Podrías haberte maquillado un poco más. Estabas en la tele, no en una fiesta de pijamas, Maggie.

Sonreí.

—La próxima vez.

—La próxima vez... —La señora Boone soltó un bufido y sacudió la cabeza—. Diría que estás bromeando, pero tú y tu novio sois probablemente las personas más dramáticas que he conocido nunca, así que viniendo de ti, no me extrañaría que hubiera una próxima vez —dijo sorbiendo el té—. Y se te da fatal escoger té. Está asqueroso.

Me eché a reír.

—Ahora sabe cómo me he sentido yo todos estos años.

Levantó la vista de la taza y le temblaron las manos.

—Tu voz no es tan fea como pensaba que sería. —Sonrió y asintió con la cabeza, complacida. Un medio cumplido de mi *enamiga* favorita era lo mejor. Cogió el sándwich y le dio un mordisco—.

Sabía que hablarías algún día. Sabía que podrías hacerlo.

Charlamos durante horas de cualquier cosa que se nos ocurría. Nos reímos juntas, y esa era la mejor sensación del mundo. Cuando empezó a hacerse tarde, la señora Boone cogió su andador para ir al recibidor. Cada vez que su enfermera intentaba ayudarla, ella la mandaba al diablo. Lo cual, en el mundo de la señora Boone, quería decir «gracias».

—Bueno, cuídate, Maggie May, y date un respiro de las tragedias, ¿vale? Es hora de que salgas a vivir la vida que te mereces con ese chico que te mira con ojos de corderito. Pero no tengas miedo de pasarte por aquí cuando necesites un respiro de tus aventuras para tomar un poco de té. —Me miró a los ojos y esbozó la sonrisa más dulce que había visto nunca—. O, ya sabes, para hablar con una vieja amiga.

—Lo haré. —Sonreí—. La quiero, señora Boone.

Puso los ojos en blanco, se enjugó una lágrima que le caía de los ojos y respondió:

—Sí. Vale.

Lo cual, en el mundo de la señora Boone, quería decir «yo también te quiero».

Al cruzar la calle, vi a toda mi familia sentada en el césped, mirando la casa.

—¿Qué pasa? —pregunté al acercarme.

Cheryl tenía la cabeza apoyada en el hombro de Calvin, y papá rodeaba a mamá con sus brazos. Me senté junto a mis hermanos y miré hacia arriba.

—Nos estamos despidiendo —dijo papá.

—¿Qué? —Sacudí la cabeza—. ¿Vais a venderla?

Asintió.

—Todos creemos que ha llegado la hora. Esta casa ha sido un lugar de nuevos comienzos para nosotros, de risas, de amor.

—Pero también de mucho dolor —dijo mamá con una leve sonrisa—. Y pensamos que es hora de volver a empezar. De encontrar lugares nuevos, vistas nuevas. Es hora de dejar atrás el pasado y encontrar nuestro futuro.

No repliqué, porque parecía que estaban más que decididos, pero sentí la tristeza que acompañaba a la idea de librarse de la casa que me salvó de mí misma.

La casa se vendió cincuenta y cinco días después de ponerla a la venta. Brooks y su banda se fueron a Los Ángeles para empezar a reconstruir su música, y prometí que me reuniría con él cuando todo estuviera en orden en casa.

El día de la mudanza, el cielo estaba oscuro y la lluvia cayó sobre Harper County. Había dos camiones U-Haul aparcados en la entrada y pasamos horas cargándolos. Cuando metimos la última caja, pedí a mis padres que me dieran unos minutos para despedirme.

Mi habitación, antes llena a rebotar, estaba vacía de toda su historia. Me llevé la mano al corazón mientras escuchaba cómo las gotas de lluvia golpeaban el alféizar. No estaba segura de cómo empezar a despedirme. El dolor que sentía en el pecho me recordaba todos los momentos que me habían traído esas paredes. Fue el primer sitio en el que aprendí lo que significaba tener una familia; fue el primer sitio donde me enamoré, y allá donde la vida me llevara, aquella casa de ladrillos amarillos siempre sería mi hogar.

Estaba a punto de echarme a llorar cuando oí mis cinco palabras favoritas.

—¿Estás bien hoy, Maggie May?

—Deberías estar en Los Ángeles —dije con una sonrisa al girarme para ver a Brooks detrás de mí, con las manos escondidas tras la espalda. Tenía el pelo y la ropa empapados por la lluvia, y una

sonrisa enorme en los labios—. ¿Qué haces aquí?

—No pensarías que iba a perderme la despedida de la casa que te trajo a mi vida, ¿verdad? Además... —Entró en la habitación, sacó las manos de su espalda y sostuvo la pizarra con sus palabras escritas con rotulador permanente—. Hace unos años hice una promesa a una chica, y creo que es la hora de cumplirla. Quiero enseñarte el mundo, Maggie May. Quiero llevarte a vivir la mayor aventura de tu vida.

Sonreí y me acerqué. Lo que Brooks no sabía era que él era la mayor aventura de mi vida. Era mi viaje favorito, el ancla que siempre me llevaba a casa. Puso la pizarra en el suelo y me cogió de las manos.

—Estoy preparada para eso. Estoy preparada para vivir nuestra vida juntos, Brooks. Quiero estar contigo, y solo contigo, durante el resto de mi vida. Ya estoy lista para dejar este lugar.

Sonrió.

—¿Estás segura? —Eché un vistazo a la habitación vacía.

Me acurruqué con él y él me abrazó con fuerza.

Me mordí el labio inferior.

—Tal vez cinco minutos más —susurré.

Me besó en la frente y susurró:

—Hagamos que sean diez.

Cuando llegó la hora de irse, Brooks cogió la pizarra y me tomó de la mano para salir de la casa. La lluvia seguía cayendo con fuerza, y empecé a correr hacia el coche, pero Brooks me detuvo.

—¡Espera, Maggie! He olvidado decirte mi único requisito para cumplir mi promesa de ayudarte a completar tu lista de cosas por hacer.

—¿Y cuál es?

Le dio la vuelta a la pizarra, y leí las palabras.

Cásate conmigo.

—¿Qué? —Solté una risita nerviosa.

—Cásate conmigo —repitió.

El agua caía por su nariz como si fueran cristales y se deslizaba hasta el suelo.

—¿Cuándo? —pregunté.

—Mañana —respondió.

—Brooks. —Me reí y le cogí de las manos.

—Y al día siguiente. Y al otro, y al otro, también. Cada día, Maggie May. Quiero que te cases conmigo cada día durante el resto de nuestras vidas. —Me acercó a él y, de algún modo, la lluvia fría me pareció más cálida en ese momento. Nos convertimos en uno bajo la intensa lluvia. Su piel contra mi piel, su corazón latiendo junto al mío, nuestras almas unidas a partir de ese día. Rozó mis labios con los suyos y susurró—: Di que sí.

Le apreté la mano dos veces.

Y nos besamos bajo la lluvia.

Eso fue todo.

Ese fue el gran momento. Era lo que mi padre siempre me decía que pasaría algún día. Brooks era el momento que había estado esperando toda mi vida.

Esta vez es para siempre.

Epílogo

Maggie

Diez años después

—Suenan demasiado fuerte —gritó Haley desde la primera fila del estadio. Había cumplido los seis años hacía dos semanas y era la primera vez que veía a The Crooks en un concierto. Brooks y los chicos estaban celebrando su vigésimo aniversario en el estadio que estaba a quince minutos de nuestra casa, y Haley había preguntado si podía ser ese su regalo de cumpleaños.

—No suenan demasiado fuerte, es que tú eres un bebé. —Noah se burló de su hermana pequeña.

—No, suenan un poco fuerte —respondí. Metí la mano en el bolso, saqué un par de auriculares rosas insonorizados y los coloqué sobre las orejas de mi hija—. ¿Mejor? —pregunté.

Ella sonrió ampliamente y asintió.

—Mejor.

Cuando las luces se apagaron, Haley y Noah empezaron a saltar. La banda salió al escenario y los niños parecían estar a punto de perder la cabeza. Abrían los ojos de asombro al mirar a su papá.

Su héroe. Mi amor.

—Hola, Wisconsin —dijo Brooks cogiendo el micrófono con la mano derecha—. Si habéis ido a algún concierto de The Crooks antes, sabéis que nunca hemos empezado con un discurso, pero esta noche es un poco diferente. Esta noche se conmemora el vigésimo aniversario de la banda y hemos vuelto a casa para celebrarlo. Así que los chicos y yo hemos pensado que lo mejor sería dedicar este concierto a la persona que hizo realidad nuestro sueño hace muchos años. Un día una chica subió unos cuantos vídeos a internet, y ella fue la razón por la que descubrieron a The Crooks. Qué demonios, hasta puso el nombre a la banda.

—¡Te queremos, Maggie! —gritaron los mellizos al unísono.

—Te quiero, hermana —dijo Calvin, sonriéndome.

—¡Te están hablando a ti, mamá! —dijo Haley, asombrada. La besé en la frente.

—Lo sé, cariño. Son geniales, ¿verdad?

Ella suspiró. Los ojos le hacían chiribitas.

—Sí, mamá. Papá es genial.

—La primera canción no es de The Crooks, pero nos parece apropiado tocarla en esta noche dedicada a mi corazón, mi alma y mi mejor amiga —explicó Brooks—. Es una canción antigua, pero buena, y os invito a que cantéis vosotros también. Es *Maggie May* del increíble Rod Stewart.

Calvin empezó a tocar la introducción con la guitarra, y en unos segundos, Brooks agarró el micrófono y empezó a cantar mela directamente a mí. Los niños no paraban de vitorear y gritar su nombre una y otra vez.

—Voy a ser una estrella del rock como papá —gritó Noah, saltando.

El concierto fue increíble, como siempre. Después de la actuación final, Brooks dijo:

—Gracias a todos por venir. Somos The Crooks, y estamos muy contentos de que nos hayáis dejado robaros el corazón esta noche.

—¡Papá, has estado genial esta noche! —dijo Haley bostezando. Tenía los mismos ojos azules que su madre y la misma sonrisa preciosa que me hacía ceder a todas sus peticiones. Rodeó mis cuello con sus brazos mientras la llevaba a su habitación. Aunque había dado conciertos por el mundo entero y había visto de todo, no había nada mejor que estar en casa con mis seres queridos.

—¿Sí? ¿Eso crees?

Ella asintió.

—Sí. Creo que mamá canta mejor que tú, pero aun así, has estado bien.

Arqué una ceja.

—¿Ah sí? ¿Crees que mamá es mejor cantante? —La tumbé en la cama y empecé a hacerle cosquillas—. ¡Di que yo soy el mejor cantante! ¡Dilo!

—¡Papi! —Se rio—. Vale, vale. ¡Tú eres el mejor cantante! ¡Tú eres el mejor cantante!

Me reí y la besé en la frente.

—Eso pensaba.

—¿Papi? —preguntó Haley.

—¿Sí?

—¿Hora de los secretos?

Asentí.

—Hora de los secretos.

Se acercó y tiró de mí para contarme el secreto, y susurró:

—Te he mentado con lo de que tú eres mejor cantante.

La guerra de cosquillas volvió a empezar y siguió hasta que nos quedamos los dos sin aliento. Cogí al gato que estaba dando vueltas por la habitación y lo puse en la cama de Haley, donde dormía cada noche.

—Bueno, es hora de que descanséis los dos. —Le di otro beso en la nariz—. Ah, Haley.

—¿Sí, papi?

—El mundo sigue girando porque existen tus latidos.

Salí de su habitación después de encender su luz nocturna y, cuando salí al pasillo, vi a Maggie, que venía de la habitación de Noah. Sonreímos y bajamos las escaleras juntos.

—¿Está Skippy con él? —pregunté.

Ella asintió.

—¿Y Mermelada, está con Haley?

—Sí.

Cuando Maggie entró en la sala de estar, me acerqué al interruptor y atenué las luces. Ella me sonrió, se mordió el labio inferior y se acercó a la gramola que nos había dado la señora Boone como regalo de bodas. Escogió su canción favorita: la nuestra.

Cuando la música empezó a sonar, cogí a Maggie de las manos y la acerqué a mí. Nuestros labios se rozaron y la besé suavemente antes de decirle:

—¿Bailas conmigo?

Siempre decía que sí.

Momentos

Los humanos siempre recuerdan los momentos.

Recordamos los pasos que nos condujeron allá donde debíamos estar. Las palabras que nos inspiraron o nos derrumbaron. Los incidentes que nos marcaron y nos engulleron por completo. He tenido muchos momentos a lo largo de mi vida, momentos que me cambiaron, me retaron, momentos que me asustaron y me sepultaron. Sin embargo, los más grandes —los más desgarradores y asombrosos—, la incluían siempre a ella.

**Todo acabó con dos niños,
un perro llamado Skippy,
una gata llamada Mermelada,
y una mujer que siempre me quiso.**

Nota de la autora

Vale, vale, ya sé que acabo de contar una historia, pero ahora me gustaría contar otra. No os preocupéis, es más corta. No llega a las trescientas páginas. Esta es un poco más real y un poco más personal, pero allá va. *El silencio bajo el agua* fue un libro difícil de escribir. Al contrario que Maggie May, de niña no era muda, pero apenas hablaba. En primaria era muy habladora. Cuando llegué a tercer grado, era extrovertida y salvaje. Me encantaba la gente, y yo parecía gustarles también a ellos. Salvo por una chica. Llamémosla Kelly. Kelly y yo íbamos juntas en autobús al colegio, ¡y un día Kelly dijo que llegaría a medir dos metros y medio!

¡Dos metros y medio! ¿Os lo imagináis?

—Eso es demasiado —respondí—. ¡Serías más grande que el mundo entero! —exclamé.

Kelly me miró entrecerrando los ojos.

—¿Qué has dicho?

—¡Digo que serías más grande que el mundo entero!

—¿Me has llamado puta? —replicó, enfadada.

Su ira me descolocó. ¿Qué había dicho? ¿Qué había hecho mal?

Resulta que tenía un trastorno del habla. Había ciertas letras que no podía pronunciar, y de mi boca salían algunas palabras que no sonaban como las que tenía en la cabeza. Y todavía hoy en día, hay cosas que no puedo pronunciar correctamente cuando me pongo nerviosa. Es muy vergonzoso lo rápido que esta mujer de veintinueve años puede sentirse como una niña de tercer grado en un abrir y cerrar de ojos.

Yo dije *whole*, entero en inglés, y ella oyó *hoe*, puta.

Y nunca dejó que lo olvidase.

Ni siquiera sabía qué era una puta. Estaba en tercer grado. Básicamente solo sabía lo que me enseñaba la serie *Yo y el mundo*, y Cory nunca le decía la palabra puta a Topanga.

Pero Kelly no lo olvidó. Hizo de mi vida un infierno. Hacía comentarios sobre mi forma de hablar, me acosaba en el autobús del colegio y me pellizcaba en las orejas diciendo: «¡Quiero ver lo rojas que se le ponen las orejas a Cherry!» Fue una locura lo rápido que se unieron los demás niños y empezaron a burlarse de mis palabras. Era horrible. Volvía a casa llorando y a mi madre no se le ocurrió otra forma de arreglarlo que ir al distrito escolar y ponerse en modo madre para exigir que cambiasen las cosas.

P. D.: Funcionó. (¡Gracias, mamá!)

Pero, para entonces, yo ya había cambiado.

Había perdido mi voz.

Me volví plenamente consciente de las palabras que utilizaba, de modo que apenas usaba ninguna. Era un bicho raro, una marciana que no podía hablar correctamente. Mi voz no merecía ser oída.

En secundaria, me votaron la chica más callada en el anuario. Cuando teníamos que leer en voz alta en clase, recuerdo tener ataques de pánico y echarme a temblar. Cuando sabía que íbamos a leer en voz alta, me quedaba en casa, enferma. Si no podía quedarme en casa, iba a la enfermería después de echarme agua caliente en la frente para fingir que tenía fiebre. Y si aun así tenía que leer en voz alta, pensaba en ello durante días y semanas después de hacerlo, imaginando las palabras que

había pronunciado mal y los compañeros de clase que seguramente se habrían reído de mí.

Era tan tímida que los profesores llegaron a preguntarse si tenía algún trastorno de aprendizaje. Le dijeron a mi madre que nunca sería capaz de comunicarme de manera normal a causa de mi timidez y de mi forma de hablar, pero ella dijo que no quería creer eso. Lo cierto es que en casa era muy habladora. Mi hogar era mi refugio. Entre esas paredes era donde se oía mi voz. Era el único lugar en el que podía ser yo misma después de pasar ocho horas en el colegio tratando por todos los medios de *no ser yo*.

Mi hermana mayor, Tiffani, no lo sabe, pero ella me ayudó a encontrar mi voz. Era una animadora increíble, popular y divertida, y yo la admiraba mucho. Un día me dijo que debería probar a unirme al equipo de animadoras de lucha libre. Sí, eso existe.

Lo probé y llegué a formar parte del equipo.

Me colocaba delante de multitudes y, aunque me aterraba lo que pensara la gente de mí, lo daba todo. Empecé a hablar más en el colegio. También empecé a reírme más. Salir ahí fuera fue lo mejor del mundo. Un día, durante el último año de instituto, un chico se giró en su silla y me dijo: «Me gustabas más cuando no hablabas».

Durante un segundo, quise retirarme de nuevo a mi cueva silenciosa, pero en lugar de eso, pensé: «*Sé fuerte como Tiffani*». Y respondí: «Tiene gracia, porque tú a mí nunca me has gustado».

Descaro. Había descubierto el descaro.

¡Tenía voz de descarada a veces! Tiempo después, eso seguramente me traería problemas, pero esa es otra historia.

Por eso *El silencio bajo el agua* es tan especial para mí.

Yo fui Maggie May, y ella, en cierto modo, era y sigue siendo yo. Aún tengo ataques de pánico a veces, sobre todo antes de publicar una novela, o antes de enamorarme, o antes de tomar una decisión importante en mi vida, porque en mi mente sigo siendo esa colegiala que se siente como si la estuvieran juzgando. ¿Y si meto la pata? ¿Y si no merezco amor, o éxito o vivir mis sueños?

Pero entonces respiro y me recuerdo a mí misma que está bien ser yo. Está bien sentir miedo algunos días y no sentirlo al día siguiente. Está bien que te dé miedo tener voz, y a pesar de eso, utilizarla cada día. Está bien estar un poco rota y, aun así, seguir estando entera.

De modo que este libro lo escribí para mí, pero no solo para mí. Este libro es para todas las Maggie May del mundo que a veces se sienten perdidas y solas. Es para las que se sienten como si fueran invisibles. Es para las que tienen ataques de pánico en sus habitaciones oscuras por la noche. Es para las que lloran hasta quedarse dormidas y a la mañana siguiente se despiertan con manchas de lágrimas en la almohada. Este libro es vuestro. Este libro es vuestra ancla. Este libro es la prueba de que vosotras también encontraréis vuestra voz. Merecéis amor y éxito, y que vuestros sueños se hagan realidad. No dejéis de hablar, ni siquiera cuando empiece a temblaros la voz, ¿de acuerdo? Nunca os deis por vencidas. Sois importantes, sois queridas, y vuestra preciosa voz importa.

Agradecimientos

Escribir un libro es muy duro, pero escribir los agradecimientos es lo más duro de todo. Siempre tengo la sensación de que voy a dejarme a alguien, y entonces quedará registrado que me olvidé de esa persona, lo cual es aterrador.

Pero, en fin, allá va. Primero voy a dar las gracias a Danielle Allen, mi hermana del alma. Gracias por estar ahí siempre para mí. Me has provocado más lágrimas de risa y aprecio que ninguna otra persona. Gracias por ser una amiga de verdad.

A mi tribu. Todos sabéis quiénes sois, y soy una mujer más fuerte por haberme cruzado con vosotros.

A Allison, Alison, Christy, Tammy y Beverly: las mejores *beta readers* del mundo. Esto ha sido DURO. Gracias por la sinceridad y el apoyo que me habéis dado para ayudarme a convertir esta historia en lo que es hoy.

Gracias a mis editoras Caitlin de Editing by C. Marie, y Ellie de Love N Books, y Kiezha, por ir más allá del deber con este libro. ¡Me hacéis sonar mejor de lo que soy y os debo el mundo entero!

A mis correctoras, Virginia y Emily. No hay palabras para describir vuestro talento y vuestro ojo para el detalle. Gracias por detectar esos errores de última hora.

Un enorme gracias a Indie Solutions de Murphy Raw por dar formato a la novela, a Staci Brillhart por la increíble cubierta, y a Luke Ditella por ser un modelo espectacular.

A los lectores, blogueros, familiares y amigos que no solo apoyan mi trabajo, sino que hablan a otros de él sin vergüenza ni bochorno: gracias. Gracias por dejarme vivir este sueño salvaje y por darme razones para sonreír cada día. Gracias por escucharme, incluso cuando me tiembla la voz. Gracias por creer en mí, incluso cuando quiero retirarme y esconderme. Gracias por vuestro amor. Gracias por vuestra energía. Gracias por ser vosotros. El mundo sigue girando porque existen vuestros latidos.

Sobre la autora



Brittainy C. Cherry siempre ha sentido pasión por las letras. Estudió Artes Teatrales en la Universidad de Carroll y también cursó estudios de Escritura Creativa. Le encanta participar en la escritura de guiones, actuar y bailar... Aunque dice que esto último no se le da muy bien. Se considera una apasionada del café, del té chai y del vino, y opina que todo el mundo debería consumirlos. Brittainy vive en Milwaukee, Wisconsin, con su familia y sus adorables mascotas. Es la autora de *Querido señor Daniels*, *El aire que respira* y *El fuego que nos une*.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



BRITTAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

Cherry, Brittainy C.

9788416223503

304 Páginas

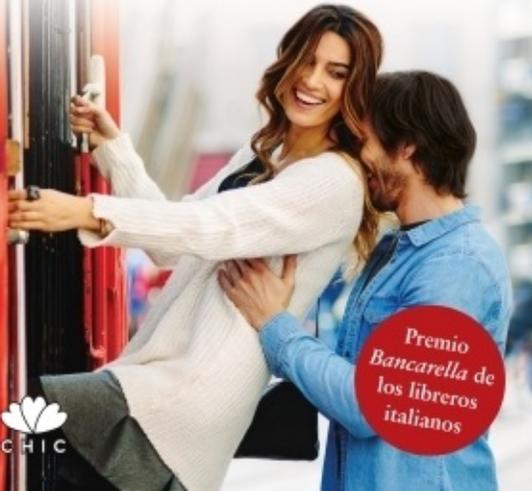
[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli

Por favor,
**déjame
odiarte**



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
«UNA OBRA MAESTRA» MARTIN AMIS

PRINCIPAL

Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa *The Wire*.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de las LBR35

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy

9788494223488

336 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

EN REALIDAD,
NUNCA
ESTUVISTE AQUÍ



JONATHAN
AMES

Una novela del creador de *Bored to Death*

En realidad, nunca estuviste aquí

Ames, Jonathan

9788416223329

96 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un héroe cuya arma favorita es un martillo... claramente tiene problemas Joe es un ex marine y ex agente del FBI, solitario y perseguido, que prefiere ser invisible. No se permite ni amigos ni amantes y se gana la vida rescatando jóvenes de las garras de los tratantes de blancas. Un político lo contrata para que rescate a su hija de un burdel de Manhattan, y entonces Joe descubre una intrincada red de corrupción que llega a lo más alto. Cuando los hombres que lo persiguen acaban con la única persona que le importa en el mundo, abjura de su voto de no hacer daño a nadie. Y si alguien puede abrirse paso hasta la verdad a fuerza de cadáveres, ese es Joe. En realidad, nunca estuviste aquí es un homenaje a Raymond Chandler y a Donald Westlake y su serie sobre Parker. En esta dura y emocionante novela, Ames desafía los límites de la novela negra y crea un protagonista demoledor y psicológicamente perturbado que salva a otros pero es incapaz de salvarse a sí mismo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

CONTENIDOS

Momentos

Prólogo

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Tercera parte

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Epílogo](#)

[Momentos](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)